Rosa desteñido

Noelia Rodríguez



zafiro

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1. Solo unas manos bonitas
Capítulo 2. La gente directa
Capítulo 3. Mr. Rock
Capítulo 4. Un amor de los que te fríen las neuronas
Capítulo 5. Cardiólogos y arquitectos
Capítulo 6. West Wittering
Capítulo 7. En el trastero
Capítulo 8. Medio francés
Capítulo 9. Cruasanes de chocolate
Capítulo 10. A destiempo
Capítulo 11. Nuestras motivaciones
Capítulo 12. La chica con el nombre de una ciudad de Suiza
Capítulo 13. Quirúrgicamente satisfactorio
Capítulo 14. Sexo sin cena
Capítulo 15. Tiffany’s time
Capítulo 16. Friday night
Capítulo 17. Los miserables
Capítulo 18. Lovers
Capítulo 19. Flores y corazones
Capítulo 20. Doce años de amor
Capítulo 21. Algodón de azúcar
Capítulo 22. Cuando el carruaje se convierte en calabaza
Capítulo 23. Una lluvia de pétalos rosas
Capítulo 24. Karma
Capítulo 25. Un día en Regent’s Park
Capítulo 26. My girl
Capítulo 27. Mis vísceras y latidos
Capítulo 28. Lluvia sobre tu piel

Capítulo 29. Un remanso de paz
Capítulo 30. Charlas, amor y perdón
Capítulo 31. Esbozos en Nueva York
Capítulo 32. Las cartas que nos han tocado
Capítulo 33. Con el frío de noviembre
Capítulo 34. Mi corazón lleno de flores
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

ROSA DESTEÑIDO

Noelia Rodríguez

zafiro

A Noelia Moreira, siempre serás mi chica de pelo rosa

Capítulo 1

Solo unas manos bonitas

Nunca entendí el sexo como una forma de comprender el amor o de llegar a él. Para mí el sexo nunca fue algo especial, algo profundo o transformador. No, para mí el sexo simplemente era una actividad para satisfacer una necesidad. Ni siquiera representaba la actividad más placentera. De hecho, mi mejor amigo Michael siempre me recordaba que en una cena había declarado que prefería la comida al sexo. No es que no me gustara el sexo, me gustaba, simplemente es que en aquel entonces me parecía que la comida podía proporcionarme una satisfacción mayor. El sexo, bueno… el sexo, al fin y al cabo, solo me parecía sexo. Nunca había sido una mujer especialmente sensible en lo que a las relaciones personales se refiere. Ni enamoradiza ni mucho menos romántica. Siempre había sido práctica, no me gustaba disfrazar las cosas y consideraba que el mejor camino entre dos puntos siempre era la línea recta. En lo que al sexo se refiere me gustaba ser clara, no me gustaban los chicos que hablaban de amor cuando lo que de verdad querían era otra cosa. ¿Por qué no llamar a las cosas por su nombre?

Pero todos mis esquemas vitales sobre el sexo, el amor, la perspectiva de lo que está bien y lo que está mal, todo lo cambió Adrián. Llegó a mi vida y fue como si alguien alterara el equilibrio de las cosas. Las rectas comenzaron a enredarse y la gravedad cambió su eje. Yo al fin y al cabo solo quería sexo, pero con Adrián las cosas nunca fueron sencillas.

Cuando lo conocí me pareció un pijo, un ligón y un fanfarrón. En realidad, no había nada de él que realmente me gustara. Bueno, nada salvo sus manos. Pero a excepción de eso nada en él me gustaba especialmente. No porque no fuera atractivo, a los ojos del mundo lo era sin lugar a dudas, simplemente porque no tenía nada de lo que a mí me solía interesar. Como representante del género masculino, en cuanto a atributos de belleza, debo reconocer que los tenía todos. También estaba dotado de encanto e inteligencia a raudales. Pero era su esencia, y todo lo que a simple vista representaba, lo que no me encajaba. No tenía nada que ver conmigo, era literalmente de otro planeta.

Lo conocí una noche en la azotea de mi edificio, tuvimos un encuentro un tanto disparatado e insólito. Supongo que ese momento debería de haberme preparado para lo que vendría después.

* * *

Siempre me había gustado el piso de Susan. Era exactamente igual que el mío, pero con la

diferencia que desde el séptimo podías subir a la azotea por el acceso que había en la última planta. Desde la azotea de nuestro edificio, genuinamente londinense, situado en Pall Mall, se podía disfrutar de las impresionantes vistas de Londres.

Cuando yo organizaba una cena, en mi piso ubicado cuatro plantas más abajo, el centro de la diversión era la mesa de la cocina o mi minúsculo y abarrotado salón. Aunque bueno, eso de diferenciar cocina de salón era mucho decir. En realidad, lo único que separaba ambas estancias era el largo sofá violeta. Sí, cuando yo organizaba una fiesta, la gente, las cervezas y los cigarros se acumulaban por donde podían, como lo hacían los lienzos que se amontonaban por todas partes. Mi casa era una amalgama de colores y texturas. Todo muy vivo y un tanto ecléctico. La gente, cuando entraba por primera vez en mi piso, solía tener la sensación de estar en una tienda de arte pop, con lienzos cubistas, paredes de colores, algunos vestidos *pin-up* y muchos discos de grupos ingleses de los setenta y los ochenta. ¿Quién no amaba a Génesis?

Me apunté como nota mental reubicar el exceso de obras cubistas e impresionistas que había acumulado por todas partes, apoyando unas sobre otras sin la menor misericordia. Suponía que mi problema con el espacio era algo común en los artistas. Los pequeños pisos que podíamos pagar no se compensaban con el exceso de arte que pretendíamos contener en ellos.

Sí, el espacio en mi salón era finito y una gran fiesta podía ser agobiante. Sonreí, porque agobiante o no, nos encantaba juntarnos en mi piso y estirar los escasos metros bebiendo botellas de vino y consumiendo cigarrillos entre conversaciones y risas hasta que despuntaba el alba. Si estaba Michael en la fiesta, las conversaciones cuanto más sórdidas mejor, y es que mi amigo defendía a capa y espada que el sexo era la solución de la mayor parte de los problemas del mundo. No era una mala teoría, ¿no?

En contraposición a lo que solía ocurrir en mi apartamento, las fiestas en casa de mi vecina Susan siempre resultaban refrescantes. Mantenía la puerta abierta, para que los invitados pudieran salir y subir las escaleras que llevaban a la azotea del edificio.

Esa noche hacía mucho calor, así que había hecho acto de presencia, había cogido una cerveza y me había escaqueado buscando algo de aire. Le di un trago a mi bebida y eché un vistazo a la calle y a los árboles de St. James' Square que se intuían más allá de los edificios. Por la puerta que daba acceso a la terraza se colaban risas y música, mientras yo paseaba mis ojos marrones por los detalles de mi calle a media luz. La imagen tenía una belleza cercana a lo romántico. Pero yo no era una persona romántica, solo podía ver la escena con una frialdad quirúrgica.

Mi mente solo pensaba en texturas y colores cuando oí un par de voces. Alguien más había salido a la terraza.

Hablaban en inglés casi a murmullos.

—¡Ven conmigo! Será solo un momento —susurró una voz masculina.

—Me he dejado mi bolso dentro, debería volver —se rio ella.

—Ahora entramos, solo quiero enseñarte una cosa. Mira, fíjate ahí —comentó él señalando hacia el cielo—. ¿Ves ese punto tan brillante cerca de la luna?

Miré al cielo buscando el lugar objeto de observación.

—¡¿Eres astronauta?! —replicó ella con una voz histriónica.

—Astrónomo, querrás decir.

—Eso he dicho, ¿no?

—No exactamente. ¡Bueno, no te preocupes! Mira ese punto.

No pude evitar sonreír con sorna. Él también se rio, pero no parecía desanimado por las patadas al diccionario de su compañera de aventuras.

Bajaron la voz y solo se oyeron risas y frases entrecortadas. No pude evitar echar un vistazo hacia la otra esquina de la terraza. Habitualmente no era cotilla, pero la chica tenía una risa tan peculiar que era difícil no mirar. Él claramente estaba tratando de ligársela y sus problemas con el léxico no parecían haberle desalentado. La chica era una amiga de Susan con la que ya había coincidido otras veces. De hecho, la había visto esa misma noche, llegando a la fiesta con su novio que no era el impresionante chico de metro noventa que la estaba acorralando contra una esquina de la terraza. ¡Vaya, la cosa se ponía interesante! Y aunque mi carácter me impulsaba a irme o a darme la vuelta para dejarles privacidad, el momento engaño me pareció lo suficiente divertido como para tener algo que contarle a Michael. Él siempre tenía historietas que relatar. Le debía alguna, ¿no?

El chico había colocado un brazo sobre la barandilla a cada lado de su cuerpo y ella había quedado atrapada entre sus brazos mientras él supuestamente le enseñaba las estrellas. La escena era tan típica que rozaba lo ridículo.

—Es ese puntito. ¿Ves cómo brilla?

—Sí. Es una estrella preciosa.

El joven bajó sus labios al cuello de la chica mientras esta se retorcía entre sus brazos. Sin embargo, no pudo evitar corregirla.

—En realidad es un planeta, es Júpiter.

Busqué en el cielo para localizar al invocado Júpiter.

—¿No ha dejado de ser un planeta? ¿No es ese que antes era y ahora no?

—Ese es Plutón.

—Pero ¿no es el mismo?

—Ehh… ¡No, en realidad no! —replicó el joven un tanto contrariado.

Solté una risa.

Ambos miraron hacia mí. En cuanto fueron conscientes de mi presencia, la chica salió prácticamente corriendo y el galán se quedó plantado.

¡Qué incómodo! Teniendo en cuenta que ella había salido espantada, yo no podía hacer lo mismo. Así que me quedé en mi esquina de la terraza esperando que él también se largara.

De repente, mi móvil sonó. Era Michael. ¡Salvada por la campana!

—¿Qué tal, Michael?

Mi amigo era inglés desde la raíz del cabello hasta los dedos de los pies, pero siempre

hablábamos en español desde que había ido a clases de español unos años atrás. En los últimos tiempos había perfeccionado muchísimo el idioma.

—*Love*, estoy terriblemente deprimido —sentenció con angustia—. Necesito noche de chicas. ¡Es urgente! Vacía tu agenda porque voy hacia tu casa.

—Michael, estoy en una fiesta en casa de Susan.

—¿Qué Susan? No sé de quién hablas —farfulló al otro lado de la línea—. Te estoy diciendo que te necesito. Es *absolutely* necesario un tiempo juntos. Jaime lleva toda la semana fuera por unas conferencias y la situación comienza a ser exasperante. No solo no tengo sexo, ¡tengo arrugas!

—No seas dramático. Estoy segura de que puedes sobrevivir unos días sin Jaime —le aseguré, y volviendo a su pregunta inicial contesté—: Susan es mi vecina del séptimo.

—*I know. Big tits!* [1]

—Sí, esa misma —afirmé mientras le daba otro trago y vaciaba mi botellín.

—Bueno, pues yo te necesito más. ¡Ella con esas tetas no necesita a nadie! —señaló malhumorado—. Si yo tuviera esas tetas estaría todo el día consiguiendo…

—No hace falta que termines la frase.

—No me entiendes. ¡Yo te necesito! Estoy en una crisis de verdad —siseó nervioso—. Empiezo a creer que Jaime me engaña.

Puse los ojos en blanco. Jaime y Michael llevaban juntos doce años. No creía a Jaime capaz de engañar a Michael en modo alguno, pero últimamente él estaba obsesionado con esa idea y podía ser tremendamente obsesivo.

—¿Ya estás otra vez? —suspiré—. Anda, no digas tonterías.

—¡No son tonterías! —se quejó mi amigo—. *Love*, veo que no comprendes la gravedad de la situación. *It's an emergency.* [2]

Suspiré. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Anda, vente cuando quieras. No tardaré en bajar a casa.

—¿Podré quedarme a dormir, querida? Hoy necesito extra de amor y atención.

—Siempre necesitas extra de ambas cosas. ¡Anda, vente! Te dejaré el mejor lado de la cama. Además, hoy he puesto tus sábanas favoritas.

—¿Las negras como tu oscuro corazón?

—Ajá. Esas mismas —me reí divertida.

—*Ok, love! See you!* [3]

—Te veo en un rato.

Negué con una sonrisa. Michael no tenía remedio. ¿Cómo podía pensar que Jaime lo engañaba? Últimamente andaba siempre con la misma cantinela.

—Me alegro de que alguien vaya a tener sexo esta noche —me sorprendió una voz masculina en perfecto español.

Me giré y tuve que levantar la cabeza para poder verlo bien, porque a pesar de los diez

centímetros de mis tacones apenas le llegaba a la mandíbula.

Me observaban dos ojos verdes con detalles castaños. Ese tipo de color que a veces parece verde y a veces castaño. Una mirada despierta con un toque desafiante que encajaba perfectamente en una cara aristocrática de nariz recta y labios no demasiado gruesos que esbozaban un gesto divertido. Su pelo castaño parecía bastante lacio y corto, sin embargo, como estaba mirando hacia abajo, le caía un poco sobre unos ojos que no dejaban de escudriñarme. Era un chico alto y delgado. Vestía un polo y unos pantalones chinos. Observé las marcas cosidas a su ropa y sus mocasines. Lo primero que cruzó mi mente en ese momento fue la palabra «pijo». *Borjamari* de libro. Le faltaban las ondas en el pelo para ser *borjamari* de primera. Era un *borjamari* de cabello lacio, segunda generación.

No obstante, a pesar de mi desagrado por cómo iba vestido y por todo lo que eso representaba a simple vista, acepté que era guapo objetivamente. Lo valoré con la misma frialdad artística con la que diseccionaba las posibilidades de cada escenario. No podía evitarlo, todo lo observaba con ojos de artista. En mi caso, con una frialdad cercana a lo insultante para un pintor. Los pintores solían ser más apasionados. Yo siempre veía colores, posibilidades y texturas. Sin sentir pasión, furia ni deseo.

El joven alzó una mano y se tocó ligeramente el mentón mientras esperaba una respuesta por mi parte. Esa mano sí que me pareció de lo más interesante. Una mano perfecta, de largos dedos delicados. Una mano regia, de piel perfecta. Me pregunté si él solo representaría unas manos bonitas.

Capítulo 2

La gente directa

—¿Perdona? —pregunté sin dar crédito.

—Nada, solo decía que, ya que has arruinado mi noche, espero que al menos tú puedas disfrutar de una buena sesión de sexo.

¿En serio había dicho eso?

—¿No vas a decir nada? —preguntó.

Parecía más divertido con la idea de molestarme que enfadado. Entonces me di cuenta de que la alusión a mi noche de sexo se refería a Michael y no pude evitar sonreír. ¿Michael y yo teniendo sexo? ¡Qué locura! Sabía que Michael contestaría con una sonrisa y un «¿por qué no?». Pero para mí Michael tenía el mismo *sex-appeal* que un pulpo.

—Siento haber provocado la estampida de tu ligue —comenté, levantando los hombros en un gesto—. De todas formas, supongo que, antes o después, tendría que volver a la fiesta con su novio.

Levantó las cejas sorprendido.

—¿Qué dices? ¿Tiene novio?

Asentí con un gesto.

—Un chico pelirrojo, bastante alto.

—¿El pelirrojo es su novio?

—Hasta donde yo sé, sí.

Pareció valorarlo un momento para finalmente sentenciar:

—¡Vaya, vaya con la rubia! Bueno, de todas formas, creo que habríamos tenido una bonita noche juntos.

—Eso es tener fe en uno mismo —comenté, divertida—. Así que crees que habrías ligado igualmente con ella, aunque tenga novio. Así, sin más, delante de las narices de su pareja.

Lo pensó un segundo y al momento esbozó una sonrisa de esas en las que ríen hasta los ojos. Me pareció joven, casi tierno. Me pregunté qué edad tendría, porque yo me sentía mayor a su lado y ya tenía casi veintinueve. No faltaba mucho para que abandonara la veintena y me embarcara en una nueva era.

—Bueno —se encogió de hombros—. Creo que ya me la ligué delante del novio.

—No sabías que había un novio.

—Supongo que eso suma puntos a mi favor.

—Cierto.

Me reí. Él se rio también. Era risueño; un pijo risueño.

—Pero no habrías terminado la noche con ella. Eso me parece muy poco probable.

—Nunca lo sabremos. En todo caso, no sería la primera vez.

Levanté las cejas, sorprendida. Había que tener mucha confianza para pensar que podría llevársela a su casa con el novio allí mismo. Aun así, estaba segura de que no mentía. Seguro que se había ligado a más de una chica en las narices de su novio. Eso podría considerarse casi un deporte de riesgo. ¿No?

Trató de poner cara de chico bueno. Estaba claro que era una cara que tenía muy bien ensayada. Para mí era muy fácil darme cuenta de esos detalles. Supongo que por el hecho de estar acostumbrada a examinar los rostros cuando los dibujaba. Siempre buscaba los matices.

Entonces me miró con interés. Parecía que estaba maquinando algo.

—Estoy pensando que, después de todo, quizás haya merecido la pena que hayas espantado a mi ligue…

Volví a levantar las cejas, desconcertada. ¿Eso iba por mí? ¡No podía estar hablando en serio! Sin embargo, no me quedó ni una sola duda al respecto por la mirada que me dedicó. Aparentemente, éramos como agua y aceite. Él era un pijo de libro, mientras yo tamborileaba con mis uñas pintadas de azul sobre el botellín vacío de mi cerveza. Uñas pintadas del mismo azul pitufo que estaban las uñas de mis pies, enfundadas en unos zapatos negros corte salón de charol. Brillantes, como casi todo lo que me gustaba, como la paleta de colores con la que veía la vida. Mientras él parecía ser un chico de gustos moderados y colores ocres. Yo vestía unos pitillos negros que se ajustaban a mis delgadas piernas y un top blanco de algodón con el corte por debajo de mi pecho. Era delgada, de curvas suaves. Yo era una *runner* y él parecía encajar en un partido de polo o en la hípica. Él parecía muy tradicional, mientras que yo mostraba un aro en la nariz y varios pendientes de colores que llevaba en ambas orejas. Cinco en cada una para ser exactos, entre aros, bolitas y demás abalorios. Mis ojos eran castaños y mi cara era bonita sin llegar a ser espectacular. Llevaba el pelo teñido de rosa muñeca, aunque el color ya no estaba perfecto y una pequeña raíz delataba mi verdadero color castaño. Durante años había llevado el pelo de distintos colores y muy corto. Con los colores me gustaba experimentar, pero siempre volvía al rosa. Ahora lo había dejado crecer y lo mantenía largo. Solía llevarlo recogido o trenzado. En esta ocasión una trenza rosa caía por mi hombro derecho.

—¿En serio? —pregunté sinceramente divertida.

Finalmente, la fiesta no iba a ser tan predecible como me imaginaba. Tenía a un perfecto pijo, mocasines incluidos, dispuesto a intentarlo conmigo tras haber espantado a su ligue. Era algo increíble que pudiera creerse capaz de reemplazar conquistas tan fácilmente.

—Claro, eres de lo más interesante —comentó, mordiéndose el labio inferior en un gesto distraído.

—¿Por qué soy interesante? ¿Porque tengo el pelo teñido de rosa? ¿Por el *piercing* de mi

nariz? ¿O porque mi risa no resulta irritante? —me reí socarrona—. A lo mejor mi coeficiente intelectual es igual que el de un besugo.

Esta vez fue él quien soltó una sonora carcajada.

—No, no lo creo —negó entornando los ojos—. Me encantan las mujeres que se saben reír de verdad.

—Pues no lo parecía… —repliqué, haciendo alusión a la rubia que había salido corriendo y cuya risa podría hacer llorar a los gatitos.

—No te cebes, hoy estaba perezoso… Pero se me ha ido toda la pereza.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Bueno —señaló, encogiéndose de hombros con cara de niño bueno mientras aceptaba que era un cabrón—. Pues que hay opciones muy fáciles cuando no tienes ganas de currártelo.

—¡Vaya! Estás muy bien pagado de ti mismo.

—Trataba de contestar sinceramente a tu pregunta.

—*Touché* —acepté.

—Por cierto, me llamo Adrián.

Colocó su mano en mi cintura y se inclinó para darme sendos besos. Sabía lo que estaba haciendo, era un seductor nato. Tardó más segundos de lo necesario en besar mis mejillas, mientras su mano acariciaba de manera sutil la piel de mi cintura que se entreveía entre el pantalón y el top. Aunque en otro me habría parecido una actitud desagradable, en él resultaba ridículamente atractiva. El hecho de saber que estaba siendo coqueto de forma descarada le sumaba una seguridad devastadora.

—Yo soy Roser.

—¿Catalana?

—Sí, barcelonesa.

—Lo he notado por tu bonito deje. No has perdido del todo el acento, pero estoy seguro de que llevas bastante tiempo fuera de Barcelona. ¡Mira qué bien, yo soy madrileño!

No hacía falta que lo dijera, encajaba perfectamente en el típico chulo madrileño, mientras que yo era la cosmopolita barcelonesa. Éramos un tópico: el chulo y la cosmopolita. Podríamos representar a los actores de una perfecta comedia romántica, cuyo escenario era una azotea londinense a media luz. Salvo por el hecho de que yo no tenía una sola célula romántica en todo mi cuerpo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió cuando soltó mi cintura.

—¡Claro! ¿Por qué no?

—¿Qué te hizo reír e interrumpir mi floja conquista de esta noche?

Lo miré con una medio sonrisa. Aunque la conversación estaba resultando divertida, no quería pasarme y ofenderlo. Mucho menos quería que pensara que conmigo iba a tener algo que hacer. Decidí que era hora de poner distancia.

—Nada, perdona. En serio, no quería interrumpiros. Iba a bajar ya… —comenté, dando un

paso hacia el frente.

—Sí, viene Michael a pasar la noche —dejó caer levantando las cejas.

Esbocé una tenue sonrisa. Decidí no desvelar que Michael era mi amigo gay. Gay hasta el tuétano. Aunque, bueno, Michael solía experimentar de vez en cuando… Pero ese era otro tema.

—¿De verdad no me lo vas a decir?

Dudé. Observé su cara de niño guapo. Pijo de colegio mayor que tendría algún trabajo como economista, ingeniero o algo así.

—Está bien. Te lo diré. Me reí porque me pareció todo muy predecible y un poco viejo.

Adrián levantó mucho las cejas.

—Explícate, por favor. ¡Tienes toda mi atención!

Dudé un momento. Yo no solía hacer cosas como ponerme a criticar a un desconocido, pero ya que había preguntado…

—Bueno, a ella la conozco un poco y sé que no tiene, digamos, muchas neuronas en el cerebro realmente útiles. Sin embargo, es bastante atractiva. —Él asintió—. Has aprovechado para manosearla descaradamente. Mientras le decías las frases más manidas del mundo.

—¿En serio la he manoseado? —preguntó levantando las cejas.

—A ver, has hecho lo típico.

—Define «típico».

—Le pasaste la mano a lo largo del brazo desde el hombro hasta el codo, en el típico gesto casual que no era nada casual.

Se cruzó de brazos interesado.

—¿Qué más?

—Has utilizado la excusa de apartarle un mechón para colocárselo detrás de la oreja y acariciarle el cuello y el hombro… y toda esa piel —añadí pasándome el botellín de una mano a otra—. Además, la has acorralado.

—¿Acorralado? —preguntó por fin sorprendido de verdad.

—Bueno, eres un tipo alto y has dejado que ella se apoyara en la barandilla para plantarte enfrente y apoyar tus brazos alrededor de ella, acorralándola.

—No se quejaba.

—No, no, eso está claro. Pero me has preguntado y solo te digo que cada una de las cosas que hiciste eran de lo más predecible. Utilizas tu presencia física para imponerte. Bueno, y eso de hablar de las estrellas… —moví la cabeza.

—¿Tienes algo en contra de las estrellas?

—No como astros de luz. —Me encogí de hombros—. Pero, lo siento, me horripila tanto azúcar.

Adrián se pasó una mano por el pelo. Había dejado de sonreír y parecía evaluarme.

—¿Y a ti qué te gusta?

Si pensaba que iba a caer en su patético intento de seducción lo llevaba claro.

Observé su polo y decidí ser un poco mala, no demasiado.

—Los polos y el azúcar no.

—¡Oh! —Se llevó la mano al pecho fingiendo estar ofendido—. Ni que utilicen la cercanía para seducirte.

—¿Seducirme? —me reí—. No, no suelo necesitar que me atormenten a testosterona para tener relaciones sexuales.

Se rio y todavía se le veían los ojos más verdes cuando brillaron divertidos.

—Entonces, ¿definitivamente no tengo nada que hacer?

Moví la cabeza en sentido negativo.

—Además, me espera Michael.

—¡Cierto! —reconoció, metiendo las manos en los bolsillos—. No deberías hacerle esperar.

—Desde luego. No soporta que nadie le haga esperar.

Me reí porque era cierto. Pero lo peor es que Michael siempre hacía esperar a todo el mundo.

—Bueno, aceptaré que esta noche dormiré solo. Pero al menos me dejarás que te acompañe a por otro botellín.

—No, gracias. Tengo que irme.

La sonrisa se le borró de la cara. Parecía realmente desilusionado.

—¿Te vas a marchar ya?

Asentí. Di un paso para moverme y él lo dio hacia atrás para no atormentarme a testosterona, algo que ya había dicho de manera expresa que no me gustaba que hicieran. Bueno, el chico aprendía rápido. Se veía a la legua que era un camaleón. Y, aunque sabía adaptarse rápido a las circunstancias, no me interesaba.

—Sí. Me voy ya. Estoy muy cansada, la verdad.

—¡Pero si es viernes! —murmuró frustrado.

Me reí.

—Mañana tengo muchas cosas que hacer.

Se limitó a asentir rendido, y estaba segura de que era de los que nunca se rendían.

—Bueno, me lo he pasado bien, romeo —comenté mientras comenzaba a caminar—. Disfruta de la noche. ¡Quizás todavía puedas encontrar a alguien a quien hablarle de las estrellas!

Resopló.

—¿De esos aburridos astros de luz?

Giré la cara para mirarle a los ojos.

—Las estrellas nunca son aburridas, pero no necesitan el romance para brillar. Ni mucho menos cucharadas de azúcar a raudales.

—*Touché* —aceptó él en esta ocasión—. ¡Oye! —me reclamó antes de que bajara los escalones que llevaban a la séptima planta.

Me di la vuelta para observarlo desde la otra punta de la terraza.

Él se acercó corriendo para acortar la distancia que nos separaba.

—¿No vas a darme tu número de teléfono?

Lo miré sorprendida. ¿Iba en serio? No pegábamos ni con cola.

—No —contesté sin rodeos—. No me gusta hacerle perder el tiempo a nadie.

—Pero ¿no vas a darte ni la oportunidad de conocerme? Imagínate que después soy un tío genial. Que nos convertimos en los mejores amigos y yo qué sé: comemos pizza los miércoles y chino los viernes. ¿Te lo vas a perder? Este momento puede cambiar el resto de tu vida. ¿En serio no vas a darme tu número?

—No.

—Qué directa.

—Siento resultar decepcionante.

—Con lo que a mí me gusta jugar.

Se veía. Era el típico chico al que le gustaba el tira y afloja. El típico de manual al que cuanto más le dicen que no, más le interesa algo. Si es difícil, le gusta; si es imposible, le obsesiona. Yo no era así. Los jueguecitos me parecían una pérdida de tiempo. Siempre había sido directa. Me gustaba la gente tranquila y sencilla. Los juegos, el tira y afloja, ese tipo de cosas no eran para mí. No era una mujer caprichosa, y esa clase de comportamientos me parecía puro capricho.

—Si te apetece jugar… cómprate un parchís. Digo, para jugar y pasar el rato.

—Qué dura.

Me reí. Ya había bajado el primer escalón cuando le oí decir:

—Como gato no valdrías ni un duro.

—¿Cómo dices? —pregunté girándome.

Había vuelto a captar mi atención.

—Digo que como gato no valdrías nada porque…

—Porque los gatos juegan y juegan con los ratones, pero al final los dejan tirados y no se los comen.

—¡Exacto!

Nos reímos los dos.

Lo observé con una mirada renovada. Era un pijo de polo y poni. Uno de esos chicos a los que les gustaba jugar, que hablaban de cursilerías como las estrellas para ligar, pero era un tío divertido y eso era algo que sí me atraía. Lástima que todo lo demás pesara tanto.

Justo iba a decirme algo más cuando la rubia entró por la puerta de la terraza. Los dos giramos la cabeza hacia ella. ¿En serio? ¿Había regresado?

Adrián se quedó tan sorprendido como yo. Cruzó una mirada conmigo y musité:

—Tu parchís.

Adrián iba a decir algo, pero no fue lo suficientemente rápido. Giré la cabeza y bajé las escaleras antes de que pudiera replicar; la siguiente en hablar fue la rubia, que musitó al pasar a mi lado:

—*Hello*.

Sonreí y crucé la puerta de la salida de la terraza. Una vez en la séptima planta me pasé un momento por la fiesta para dejar el botellín vacío de mi cerveza. Susan era prácticamente adicta a las fiestas. No había un mes del año en el que no hiciera una fiesta. Lo celebraba todo: los cumpleaños, Halloween, Navidad, Carnaval, el Día del Trabajo, el Día de la Marmota… Todo lo que fuera una buena excusa para celebrar una fiesta era aprovechado por Susan.

La verdad es que Susan no era la única que organizaba fiestas en el edificio. No sé qué pasaba en aquella inusual comunidad, pero siempre parecía haber un pretexto para hacer una fiesta. Michael siempre decía que cuando los *afters* cerraban siempre podías pasarte por mi edificio para tomar la última. Michael era exagerado por naturaleza, aunque en realidad no andaba tan desencaminado.

Susan estaba debatiendo animadamente con dos amigas en la cocina cuando me acerqué para despedirme. Me caía bien Susan. Era una tía sincera y no le daba vueltas a las cosas. Ese era el tipo de gente que me gustaba de forma natural: la gente directa, la gente transparente, la gente práctica.

Me despedí de la anfitriona y me dirigí a mi piso.

Capítulo 3

Mr. Rock

Michael llamó al timbre justo cuando había terminado de desmaquillarme.

Michael siempre era muy inoportuno. Pero de un tiempo a esta parte tenía la extraña habilidad de tocar siempre el timbre cuando estaba en el cuarto de baño. Solía llamar cuando estaba duchándome, lavándome el cabello, desmaquillándome o peinándome. Mi amigo solía decir que siempre me pillaba en el WC, a pesar de que yo le insistía que no estaba en el váter, sino en la ducha o en el lavabo. Sin embargo, para hacer la broma, en el último año y pico, había comenzado a llamarle Mr. Roca. Obviamente, como era inglés hasta la última célula de su piel, en un primer momento no entendió la broma. Pero en cuanto se la expliqué le encantó. Le parecía una broma maravillosa. Y ya, perdiendo su sentido por completo, pasó a autodenominarse Mr. Rock.

Michael era un tío descarado, íntimo, divertido, exagerado, en ocasiones estridente, y directo como una apisonadora. Le gustaba decir ese tipo de cosas que al resto de la gente le dan pudor, así que su nuevo apodo le iba como anillo al dedo.

Michael me sacaba más de diez años. Era celador y trabajaba en el mismo hospital que su novio, quien, en contraposición con su trabajo, según él de tan bajo rango, era uno de los cardiólogos más prestigioso de Londres y del panorama internacional. Michael había nacido en Chester, pero a los cinco años su madre, divorciada, se había mudado con él a Londres. Sin embargo, a todo aquel que no lo conocía íntimamente, le decía que era londinense de cuna. Amaba aquella ciudad con pasión, por su ritmo, y por la vida y la libertad que se respiraba en ella. De niño no había podido expresar todo lo que sentía, pero Londres fue, en ese sentido, su mayor aliada. En aquella ciudad creció y consiguió encontrarse en los zapatos que le hacían feliz. Michael era de esas personas irreverentes que se sentían a gusto entre multitudes, en fiestas y en ambientes donde podía destacar o poner nerviosos a los demás con sus comentarios fuera de tono. Amaba Londres, pero por encima de aquella ciudad amaba a Jaime, que representaba todo lo que él no era: un tío discreto y tranquilo, pero también sexi e inteligente de una forma abrumadora. Era de esas personas que no necesitan decir mucho, pero que sabes que han sido educadas, cultivadas y criadas en los mejores colegios y universidades. Jaime destilaba buen gusto desde cada poro de su piel y mucho estilo. Según Michael, desde la primera vez que lo vio, sintió que todo lo que llevaba puesto gritaba «caro e inalcanzable». Sin embargo, él lo alcanzó, le echó el guante y, en sus propias palabras, se lo comió entero. El mundo de Jaime había sido

refinado desde su nacimiento. Su familia era una familia unida, prolífera, con muchos hermanos y primos, y donde si rascabas un poco podías incluso encontrar algún lord. Mientras que Michael, desde los cinco años, siempre habían sido él y su madre, sin nadie más. La relación con su padre y la familia de este había sido inexistente. Sus abuelos maternos habían dejado este mundo antes de que él llegara y no había ni tíos ni primos. Michael no tenía familia, salvo aquella que había escogido: sus amigos eran su familia. Su madre había muerto en un accidente de coche dos años antes de conocer a Jaime. Desde que el cardiólogo había entrado en su vida, eran él y Jaime, y nadie más. Sin embargo, esa idílica relación entre el chico de los recados, como él se llamaba a sí mismo, y la eminencia en cardiología, comenzaba a tambalearse. Michael no acababa de explicarme qué estaba pasando, pero algo no iba bien desde hacía tiempo. Michael, mi mejor amigo, era capaz de hablar de los encuentros sexuales más sórdidos sin despeinarse, pero cuando no quería hablar de algo, se volvía hermético. Y, de un tiempo a esta parte, tenía claro que había algo de lo que no quería hablar.

Un segundo timbrazo me hizo replicar en alto:

—Un momento. ¡Ya voy!

Me aclaré la cara con agua y me la sequé con la toalla antes de dirigirme hacia la puerta de la entrada.

—Buenas noches, Mr. Rock.

—Querida, ¿no me digas que estabas otra vez sentada en el WC?

—Estaba desmaquillándome.

—Ya, desmaquillándote en el váter —comentó divertido mientras entraba.

—No. Desmaquillándome en el lavabo, que es donde se desmaquilla la gente. —Hice una pausa—. Bueno, ahí y en la ducha.

Michael entró con su mochila negra cargada al hombro.

—¿Qué traes ahí?

—Pijama y ropa para mañana, *darling*.

Puse los ojos en blanco.

—¿Pijama y ropa para mañana? —Eso me olía a chamusquina—. ¿Cuánto piensas quedarte, Michael? Ya tienes aquí un pijama, un pantalón de deporte, dos camisetas, dos pares de calcetines y dos mudas. ¿Qué más necesitas?

Michael puso cara de cordero degollado.

—¿Estorbo? ¿Es eso? ¿No quieres que me quede?

—Yo no he dicho eso.

—Pues entonces… ¿Por qué tanto reproche, *love*?

Cerré la puerta. Michael era incorregible, sabía cómo darle la vuelta a las cosas cuando le interesaba. Eso tenía que ser un don.

—No te estoy haciendo ningún reproche. Solo digo que aquí ya tienes ropa.

—¿Y si salimos a tomar una copa? ¿Quieres que vaya en chándal? ¿Quién crees que soy?

¿Rosalía?

Puse los ojos en blanco y volví hacia el cuarto de baño mientras Michael apoyaba su mochila en el sillón.

—¿Qué ha pasado? —pregunté cambiando el rumbo de la conversación.

—Ya sabes lo que ha pasado…

Cogí la crema hidratante y comencé a untármela por la cara.

—Jaime se ha ido este fin de semana a dar una charla —comenté, buscando la respuesta habitual.

—No, esta vez no se ha ido un fin de semana. —Michael puso cara de haberse comido un limón—. Se ha ido toda una semana a Nueva York.

Eso sí que me sorprendió.

—¿A Nueva York?

—Sí. Tienen unas conferencias. Todo muy *posh*. Estará en unas jornadas en el fantástico Edificio Rockefeller.

—Bueno, ya sabes que desde que publicó su último trabajo lo llaman mucho.

—Sí, creía que me había casado con un médico y ahora parece que lo esté con un conferenciante.

—Jaime no es un médico cualquiera, es el mejor cardiólogo del Reino Unido. Conoces perfectamente todos los avances que ha hecho. —Me encogí de hombros aceptando la realidad —. Es una eminencia.

—Sí, desde luego. Los corazones lo tienen obsesionado, salvo el mío. El daño que le hace a mi corazón no le importa en absoluto.

—No seas tonto.

—Me deja en casa, como a una esposa vieja.

—Por mucho que lo repitas, no estáis casados.

Michael se apoyó en el quicio de la puerta e hizo un puchero.

—Porque él nunca me lo pidió. Si al menos nos hubiéramos casado, yo podría estar ahora de compras por la Gran Manzana, viviendo a todo tren. Sin embargo, tengo que contar los euros que me quedan en la cuenta y comenzar a pensar en cómo voy a pagarme un piso con un sueldo de celador.

—¡No digas tonterías!

Michael ya estaba divagando.

—No son tonterías, *honey*. Jaime vive entre el hospital y los hoteles. El piso es de él. Cuando me deje, tendré que hacer las maletas y buscarme algo para mí solo. Algo que tendré que pagar con mi sueldo que no es ni la mitad del suyo. No podré llevar el ritmo de vida que tengo viviendo con él. *I'll be poor!* [1]

—Estás exagerando.

—Me gusta tu respuesta. Al menos no has dicho que no tengo por qué estar preocupado

porque eso sería directamente mentirme a la cara.

—Michael…

—No digas nada. ¡Me horrorizaría que yo fuera el culpable de que empezaras a mentir! Voy a prepararme una copa.

Michael se dio la vuelta y cruzó el salón camino de la cocina. Aunque en realidad ambos espacios compartían la misma estancia, diferenciados tan solo por la decoración. A Michael le encantaba mi cocina salón, solía decir que le recordaba a la de Mónica y Rachel en *Friends*, salvo por el hecho de que el espacio en mi piso era mucho más reducido y estaba mucho más abarrotado. Yo siempre le decía que era el hablar de series y películas de los noventa lo que delataba su edad. Michael tenía cuarenta y dos años, pero la década de diferencia que había entre los dos no había supuesto en absoluto un problema en nuestra relación de amistad. La verdad es que Michael me ganó desde el primer día. Recuerdo la primera vez que lo vi cruzar la puerta de mi tienda de óleos y pinturas con su aire descarado y sus alegres ojos castaños, en busca de un bloc de dibujo. Pronto supe que lo utilizaría para dar rienda suelta a sus dibujos llenos de libido y testosterona.

Éramos bastante diferentes, pero a pesar de toda la estridencia y parafernalia que rodeaba a mi amigo tenía una cualidad que yo valoraba mucho, y es que Michael era un hombre honesto en todo. Eso era lo que me había conquistado de él. Era alguien en quien confiar y que no te iba a fallar. Era de ese tipo de personas que se involucran hasta la médula. Así se involucraba en sus relaciones de amistad y así se había involucrado en su relación con Jaime durante años. Michael era muy diferente a mí: era apasionado, era descarado y era romántico hasta el tuétano. Era, en síntesis, un hombre muy cálido. Rompía con la idea que tenía la gente de los ingleses.

Jaime y Michael siempre habían tenido una relación abierta. Michael creía con firmeza en el compromiso, pero a su manera. Para él no había mayor compromiso que amar a alguien. Pero, a la hora de tener sexo, creía principalmente en la libertad. Para simplificar las cosas, diríamos que Michael era gay, pero él odiaba las etiquetas: gay, hetero, bisexual, todas esas etiquetas no decían nada para él. A Michael le gustaba acostarse con hombres. Le gustaban los hombres fuertes, rudos y sexis. Pero también se había acostado con mujeres en más de una ocasión. En otra época había participado en tríos e incluso, en un par de ocasiones, confesó que habían sido cinco en la cama. En los últimos años, había bajado su ritmo de actividad sexual con otras personas fuera de la pareja. Lo había reducido a solo dos o tres encuentros casuales al año. A Jaime nunca le había convencido ese tipo de cosas. Él era más clásico en todos los sentidos que Michael.

Jaime solía vestir camisa con pantalones chinos, tenía un bonito cabello salpicado de canas y unos ojos grises. Cuidaba su forma de hablar. Era correcto y siempre estaba centrado. Le gustaba tomarse una copa de vino, pero nunca se pasaba de la raya. Jaime era un hombre que sabía controlar sus pasiones. Creo que eso le gustaba en particular a Michael. En más de una vez me

había dicho que le encantaba llevarlo al límite, sacarlo de su zona de confort y hacerle perder el control.

Jaime no necesitaba tener sexo con otras personas, pero Michael sí, así que tuvieron que negociar ese punto cuando su relación se puso seria. Finalmente, Jaime aceptó que Michael tuviera sexo fuera de la pareja, siempre que este se limitara a dos o tres encuentros esporádicos al año. Antes de Jaime, Michael decía que se acostaba con alguien distinto todas las semanas, así que ambos habían cedido.

Había comenzado con Jaime cuando había cumplido treinta años. Ahora que tenía cuarenta y dos, era la primera vez que le veía realmente inseguro en su relación. No sabía muy bien qué estaba pasando, pero parecía que algo no iba bien del todo. En los últimos meses Jaime estaba siempre viajando y dando charlas. La verdad es que era un erudito en la materia. Por un lado, comprendía que él viajara y acudiera a todos los eventos y charlas posibles. ¿Quién no lo haría? Pero, por otro lado, se estaba resintiendo su relación. Jaime estaba muy ausente. ¿Qué estaba pasando entre estos dos?

—Te estás quedando sin ginebra —comentó Michael desde la cocina.

Salí a su encuentro mientras me pasaba el cepillo por el pelo.

—Tendría más alcohol si no vinieras por aquí todas las semanas a vaciarme el armario.

Michael sonrió.

—¿Preferirías vaciarlo tú sola?

—Por lo menos el alcohol bajaría más despacio.

Michael me echó un vistazo de arriba abajo, estilo radiografía. Me había puesto unos pantalones cortos de pijama con topitos azules y una camiseta de tiras. Detuvo su mirada en el cabello que caía en cascada por mi hombro.

—Vas a hacer algo con eso —comentó, señalándome con su dedo índice.

—¿Con qué exactamente?

—Con esa raíz castaña que asoma por debajo del rosa, cada vez es más grande.

—Sí, lo sé.

—El rosa está un poco desteñido, *sweetie*.

—Me gusta. Creo que lo voy a dejar así. Desde que me lo empecé a teñir de rosa tengo que estar cada dos semanas arreglando la raíz y el tono. Pero llevo unas semanas de retraso en mi visita a la peluquería y la verdad es que me gusta cómo queda.

Michael asintió con la cabeza.

—¡Cierto! —claudicó—. En otra persona parecería desaliñado, pero en ti se ve moderno.

Sonreí por el piropo estilo Michael.

—¿Te pongo una? —preguntó mientras se acababa la copa.

—No, no. Mañana madrugo.

—*Oh, love*. ¿Cuándo vas a cerrar los sábados por la mañana?

—Michael, tengo una tienda de óleos, lienzos y demás utensilios para pintar y hacer

manualidades ubicada en un centro comercial. ¿En serio crees que puedo cerrar los sábados por la mañana? —me reí—. La gente visita los locales de bellas artes en su tiempo libre.

Michael dio otro trago a su bebida.

—*Love*, no es *cool* trabajar los sábados por la mañana.

—No, desde luego. Pero es realista.

—Cierto, querida. Eso no puedo rebatirlo. Mejor ve a trabajar. Así, por lo menos, tú conservarás este techo cuando yo no tenga a donde ir.

—Michael, no digas más sandeces. Estás siendo un exagerado.

—Humm… —murmuró.

Y esa fue suficiente contestación. Cambié el rumbo de la conversación y Michael lo dejó estar. Seguramente, porque no quería ahondar por esos derroteros. ¿Acaso pensaba que su relación con Jaime era irrecuperable?

Capítulo 4

Un amor de los que te fríen las neuronas

Me puse unos pantalones chinos de color gris perla, una camiseta blanca de cuello redondo y unas Converse blancas. Me hice un moño alto y, tras tomar el primer café del día, cogí mi cartera negra *vintage*. Guardé mi bloc con el dibujo que tenía a medias y salí del piso sin despertar a Michael. Al final se le había ido la mano con las copas. Tres copas un viernes a última hora sin salir de casa tumban a cualquiera. Iba a tener un dolor de cabeza apoteósico.

Todavía eran las nueve de la mañana, así que tenía tiempo de sobra para ir caminando hasta el mercado de Covent Garden, donde estaba mi local de bellas artes. Vivía en Pall Mall, a nada de St. James' Square. Era una zona muy tranquila para vivir, pero estaba lo suficientemente cerca del centro como para ir caminando al trabajo, apenas tardaría unos veinte minutos.

Salí del ascensor, abrí la puerta de mi portal y, justo cuando iba a bajar los seis escalones que separaban la puerta de mi edificio de la calle, me encontré con una estampa inesperada. Y, a pesar de ser una persona discreta por naturaleza, no pude evitar por segunda vez convertirme en una *voyeur*.

—No puede ser —murmuré para mí sin dar crédito.

En la acera, a un metro del primer escalón estaba Adrián con su Parchís. Los dos parecían recién duchados, con el cabello mojado y un aspecto vigorizante. Él vestía vaqueros con una camiseta blanca. Ella la misma ropa del día anterior.

—*Will you call me?* [1]

—*I'm sorry. I'm going back to Spain today* —se excusó—. *You are amazing, I'll remember you.* [2]

Ella se pegaba por completo a él, colgada de su cuello. Probablemente habían disfrutado de sexo en la ducha hacía poco rato. Pero, por la forma en la que ella se le colgaba, estaba segura de que cualquier tío estaría contento con volver a subir y retomar la sesión de sexo.

Pero ¿cómo lo había hecho? Yo conocía al novio de esa chica. Los había visto en varias cenas y fiestas de Susan. Llevaban juntos al menos un año, ¿no?

Él se inclinó y susurró algo más en su oído. Ella suspiró y se derritió.

—Puro azúcar —murmuré sin poder evitarlo.

Había hablado demasiado bajo como para que me oyeran. Sin embargo, Adrián levantó la vista y me miró. No pude evitarlo, levanté las cejas a modo de saludo y sorpresa.

La cara de Adrián cambió por completo al verme. Una mezcla de sorpresa y calidez inundó su

mirada. La rubia no se había dado cuenta de que no estaban solos. Él bajó la mirada y le dijo algo al oído. Acto seguido le dio un beso en la frente y se despidió.

Ella suspiró y se dio la vuelta. Comenzó a caminar por la acera, pero él se quedó donde estaba. Miró hacia mí y volvió a mirar hacia ella. ¿A qué estaba esperando? Permanecía estático en la acera con las manos en los bolsillos. Entonces, ella se dio la vuelta y lo miró. Sonrió absolutamente encandilada y él levantó la mano para decirle adiós una vez más. Parchís sonrió ruborizada como una colegiala y siguió hacia delante hasta que giró por una calle.

Bajé los escalones mientras Adrián giraba el cuerpo hacia mí y esperaba a que llegara al final de la escalera.

Me observaba con una mirada tan clara como una mañana de primavera, de esas en las que el rocío todavía mantiene frío el ambiente, pero que sabes que va a ser un día cálido. Adrián tenía cara de niño por la mañana, con sus ojos verdes acastañados de largas pestañas que los hacía muy impresionantes. Su pelo castaño se mantenía retirado de la frente al estar todavía mojado. Era guapo. En mi opinión, estaba muy delgado para lo alto que era. Pero lo veía ahora mucho más atractivo que la noche anterior. Con una camiseta blanca sencilla se le veían unos brazos largos pero fibrosos que terminaban en sus bonitas manos.

No pude evitar fijarme en cada detalle. Defecto profesional, supongo. Me gustaba el cuerpo humano como fenómeno de estudio. Respecto a las manos, había llenado una carpeta entera de dibujos y esbozos de manos. Eran mi temática actual de trabajo, por eso mis ojos buscaban los detalles que las diferenciaban de otras. ¿Qué le iba a hacer?

Bajé hasta el último escalón y me quedé allí. Así ganaba unos quince centímetros y podía mirarlo a la cara.

—¿Cómo sabías que iba a darse la vuelta?

—Siempre lo hacen —replicó, encogiéndose de hombros.

En ese instante supe que era de ese tipo de tíos a los que les gusta dejar huella. Desde mi punto de vista había dos tipos de ligones: aquellos que te decían desde el primer momento que solo querían sexo, puro sexo sin compromiso. Y aquellos otros que, por algún extraño motivo, querían tenerte comiendo de su mano. Estos al igual que los del primer grupo también solo querían sexo. Pero estos jugaban con el romance; eran los dueños de la patente: «Eres todo para mí», «Jamás voy a olvidarte», «No estoy preparado para una mujer como tú», «Tengo que alejarme porque tengo miedo a hacerte daño», «Eres demasiado». Eran trapecistas del juego del amor. No tenían ningún tipo de interés en enamorarse, solo querían jugar con el tira y afloja de tener a alguien colgado. Hoy en día, estaba más de moda el primer grupo. Yo era una tía pragmática y me parecían mucho más honestos los tíos que iban de frente y no tenían miedo a decir que querían sexo sin compromiso. Pero no, Adrián no era de esa clase de tíos. Adrián era de los que querían que la chica se quedara prendada.

—Supongo que has hecho un estudio de mercado para llegar a esa conclusión.

—Supones bien. Tengo los resultados por segmentos de población y nacionalidades.

—Muy cuidadoso.

—Siempre trato de serlo. —Sus ojos brillaron y ya no estaba muy segura de qué estaba hablando—. ¿Cómo es posible que hayas aparecido justo en este momento? Voy a empezar a pensar que me persigues.

—¿Perdona?

—Lo digo porque pareces un poco obsesionada con espiar momentos privados. Ayer por la noche nos interrumpiste. Hoy vuelves a aparecer justo cuando estoy con ella… ¿Esto lo haces habitualmente?

Lo dijo un poco serio, y tuve que aceptar que era más guapo todavía cuando estaba serio que cuando se reía.

Iba a responderle cuando esbozó una sonrisa. Estaba bromeando.

—Te puedo asegurar que no suelo espiar momentos privados.

—Salvo conmigo.

—Ha sido una casualidad.

—¿Segura?

Y lo preguntó escudriñando la mirada y haciendo que sus ojos apenas fueran una rendija verde.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté, haciendo un gesto con la cabeza por donde se había ido la rubia.

Adrián volvió a encogerse de hombros.

—No tuve que hacer demasiado.

—¿Y se ha quedado contigo así sin más? ¿Y el novio?

—Pues no sé muy bien. Le dio esquinazo con una excusa.

Sorprendente. Eso no solo era estar muy seguro de uno mismo, sino tener apetencia a los deportes de riesgo. El novio de Parchís era un armario ropero.

Sentía curiosidad. ¿Dónde habían dormido? ¿En casa de Susan? ¿Adrián era amigo de Susan? ¿De qué se conocían? Susan era, ¿cómo decirlo sin ofender? Un poco choni. Mientras que Adrián parecía estar cortado por el patrón de los *borjamaris*.

Por la forma en la que me miraba Adrián, sabía que él sentía más curiosidad que yo. Nos habíamos conocido de una forma rocambolesca, y dos encuentros en menos de veinticuatro horas eran suficientes para que los dos nos miráramos con renovada curiosidad. Por la forma en la que me miraba supe que él sentía mucha más curiosidad que yo.

—¿Vives aquí? —preguntó.

—Sí.

—¡Maravilloso! —exclamó esbozando una sonrisa.

—¿Por qué es maravilloso?

—Porque yo también vivo aquí.

—¿Vives aquí? ¿Eres huésped de Susan? De todas formas, ¿no acabas de decir que te vas hoy

para España?

—Bueno, eso no es exactamente así. Eso fue una mentira piadosa, no quería romperle el corazón.

Levanté las cejas, sorprendida. Así que también era de los que les gustaba mentir. Con eso no comulgaba en absoluto. Me gustaba la gente honesta, los juegos y las mentiras no iban conmigo. Me hacían sentir incómoda.

—No vivo en casa de Susan. No sé por qué piensas eso.

—Lo di por sentado. Nunca te había visto por aquí.

—Vivo al lado, en el séptimo A.

—¿El séptimo A? Pensé que estaba vacío.

Llevaba sin alquilar tres meses.

—Sí, me instalé hace un par de días. Conocí a Susan al día siguiente de llegar y me invitó a la fiesta.

Lo miré valorando su respuesta.

—Susan es muy hospitalaria.

—Desde luego que sí. Por lo que he podido conocer, es una chica fantástica. Desde que he llegado siempre se pasa por mi piso en algún momento del día, por si necesito algo. Es la vecina ideal.

Me limité a asentir. Susan era una chica divertida a la que no le gustaban las responsabilidades y vivía como le apetecía. Nos llevábamos bien, lo suficiente para subir a sus fiestas y que ella viniera a las mías de vez en cuando. Pero no habíamos encontrado nada en común que nos animara a forjar una amistad. Si tuviera que irme a tomar un café con Susan estaba segura de que nos quedaríamos sin conversación en diez minutos. Sin embargo, en una fiesta, donde las conversaciones suelen ser de tres o más interlocutores y donde todo fluye, nos encontrábamos cómodas.

Pensé en cuánto tardaría Adrián en acostarse con Susan. Ella solía gustar mucho a los chicos. Diría que, por sus grandes atributos, pero era algo más. Susan era una chica simpática y divertida. A los chicos les gustaban las mujeres divertidas más que las guapas, de eso no tenía ninguna duda.

—Entonces… ¿vives en el edificio? —insistió Adrián.

—Sí, vivo aquí. En el tercero D.

Era ridículo no decírselo porque éramos vecinos. Ocultárselo era, cuanto menos, infantil.

Adrián ladeó la cabeza, parecía entusiasmado con la idea de que fuéramos vecinos.

—Creo que esto ha mejorado mi día.

Me reí meneando la cabeza. Había que ver con el romeo, se había pasado con las dosis de azúcar.

—¿Tu día es mejor porque yo vivo en el edificio?

Adrián me escudriñó con sus ojos verdes.

—Exacto.

Bajé el escalón que me quedaba y comenté antes de comenzar a caminar:

—¿Nunca te cansas de intentarlo?

—No, cuando de verdad me interesa la persona.

¿En serio? ¿De verdad no entendía que no tenía nada que hacer conmigo? ¡Por favor, si éramos como el agua y el aceite!

—Que pases buen día —fue todo lo que respondí mientras me alejaba. No estaba interesada en darle cuerda.

—Eso intentaré.

Caminé unos metros y estuve tentada de girarme para saber si estaba o no esperando a que me diera la vuelta. Pero no lo hice, ya que eso podía darle a él una idea equivocada, como el hecho de que me girara por los mismos motivos que Parchís. Así que seguí hacia el frente sin mirar atrás.

* * *

Me encantaba mi local de bellas artes. Era uno de esos sitios con óleos, pinturas y todo tipo de utensilios para hacer manualidades y pintar. No era un local muy grande, pero tenía de todo. Allí podías encontrar yesos para pintar, molduras, blocs, lápices, lienzos, acuarelas, óleos y pinceles, entre muchas otras cosas.

Me sentía plena cuando estaba allí. Me gustaba coger un lápiz y vaciar mi mente sobre el papel cuando no había clientes. En el fondo del local tenía parte de mis obras a la venta. Había de todo, pero lo que más abundaba era el cubismo. Sin embargo, últimamente había dejado el pincel y estaba centrada en el dibujo realista. Mi tema de trabajo: las manos. Las manos de una persona podían decir mucho, quizás por eso me parecían un tema de dibujo tan interesante.

La mañana estaba siendo tranquila. Tuve algunas ventas y el resto del tiempo me dediqué a dibujar en mi bloc.

Cerca de las doce de la mañana, Michael me llamó.

—*Darling*, esto es el fin.

—Buenos días, Michael.

—¿Me has oído? ¡Es el fin!

—¿De qué es el fin? —pregunté, dejando a un lado el lápiz.

Observé el dibujo de la mano que estaba haciendo mientras Michael suspiraba al otro lado. Estaba tomando como modelo la fotografía de un anuncio de perfume de una revista que solía comprar de vez en cuando. La modelo era una chica muy joven y sus manos eran largas y delicadas. Paseé mi mirada por la imagen de la chica y por mi dibujo. El resultado estaba quedando bastante bien.

Quien no estaba nada bien era mi amigo, que resoplaba al otro lado de la línea y había

comenzado una perorata en inglés que hasta a mí me costaba seguir.

—Pensaba que me habías dicho que no te volviera a hablar en inglés, que querías perfeccionar tu español.

Michael resopló.

—¡Oh, querida! ¡Vas a volverme *crazy*! ¿Tú me has escuchado?

—Un poco —suspiré queriendo quitarle hierro al asunto. No me parecía nada sano alentar esos celos e inseguridades que tanto daño estaban haciendo a mi amigo.

¿Desde cuándo era Michael tan celoso? Traté de hacer memoria y me remonté esos ataques de celos a unos meses atrás. A medida que Jaime había comenzado a estar más ausente, los ataques de celos de Michael habían ido aumentando. No me gustaba echar más gasolina al fuego, Michael era muy capaz de calentarse la cabeza él solito. Pero ¿qué pasaba con Jaime? Siempre habían estado muy enamorados. Era raro ver a alguien como Michael celoso, teniendo en cuenta que le gustaba acostarse con otras personas fuera de la pareja. Pero, claro, una cosa era el sexo por diversión y otra muy distinta la complicidad que hace que dos personas vivan dentro de una burbuja. Eso era lo que mantenía a Michael desquiciado: sentía que se había quedado solo dentro de aquella burbuja. ¿Cuándo había pasado eso?

—O dices algo de una maldita vez o voy a comenzar a quemar tus bonitos vestidos *pin-up* —siseó al otro lado del teléfono.

—Michael, creo que deberías tranquilizarte —traté de calmarlo—. Estás sacando las cosas de quicio.

—Pero ¿has escuchado lo que te he dicho? ¿O simplemente me dejas hablar y hablar como una vieja *crazy*?

—¿Qué de todo lo que me has dicho?

—*Damn, baby!* [3] —bramó en inglés—. Te he dicho que está en línea y que no me contesta.

—Sí, claro que te he escuchado.

—¡Nada, no escribe nada! A mí me parece una señal inequívoca de cuando alguien te manda a paseo. *I can't believe it, after twelve years!* [4]

—¿Cuándo le escribiste?

—Hace quince minutos. ¡Y sigue sin leerlo!

—Ya… Bueno, quizás ha mirado un momento el móvil, pero está en una reunión y no te ha podido contestar.

—Allí son las siete y media de la mañana. ¿Qué reuniones empiezan a esas horas?

—Bueno, tal vez está preparando una ponencia y no tiene la cabeza para nada más en este momento. Ya sabes lo centrado que está.

Michael guardó silencio.

—No me gusta esta nueva tú.

—¿Qué dices?

—Antes tú nunca mentías.

—No te estoy mintiendo, Michael. Hay una diferencia entre mentir y dejarse llevar por el pánico. —Hice una pausa y sentí el resoplido de mi amigo al otro lado del teléfono—. Solo te pido que trates de tranquilizarte un poco. Sabes la presión que Jaime tiene con tanto viaje. Seguro que ha echado un vistazo al móvil y lo ha dejado con el WhatsApp abierto, por eso aparece en línea. Estará desayunando o preparando su ponencia. No lo sé. Lo único que sé es que no tienes que preocuparte. Dale un rato. Seguro que te dirá algo, ya lo verás.

Michael guardó silencio unos instantes.

—Está bien, *love*. Esperaré un poco y trataré de no volverme *crazy*.

—Esa es la actitud.

—¿Cuándo regresas?

—Los sábados salgo a la una y media. No sé cómo todavía no te sabes mis horarios.

—Almorzaremos muy tarde, como los salvajes de los latinos.

—Creía que te gustábamos los latinos —me reí con sorna.

—Me gustan los latinos en la cama. No me gustan esas costumbres que tenéis de comer y cenar tan tarde. Es muy poco civilizado.

—¿Civilizado?

Meneé la cabeza riéndome.

—Desde luego, *darling*. La gente decente tiene horarios decentes.

En ese momento entró un cliente por la puerta.

—Te tengo que dejar, Michael. Tengo un cliente.

—*Ok, love. Take care*. [5]

No tardé ni cinco minutos en atender al cliente. Cuando acabé cogí el móvil por inercia. Simplemente para echar un vistazo a los wasaps. A Michael siempre le gustaba enviar algún mensaje cuando terminábamos de hablar. No me decepcionó, allí estaba:

> Michael: *Love*, trae comida. Helado, *please*. En tu nevera hay demasiados vegetales. Es deprimente.:D

Meneé la cabeza. Era incorregible. No le contesté, porque a Michael le gustaba tener la última palabra, y si no la había tenido por teléfono, pues la tenía por escrito.

También tenía unos wasaps de Eva gallega.

> Eva gallega: Hola. Para mañana te toca llevar los sándwiches. Michael llevará el alcohol y yo haré una tortilla. El resto ya está repartido.

Arqueé las cejas, Michael era incorregible. Escribí rápidamente mi respuesta.

> Yo: Michael está instalado en mi casa, así que o pretende que yo baje a comprar el alcohol o va a robar mis botellas.

No tardó en contestar:

Eva gallega: Ya me pareció raro. Dijo que llevaría ron, que no había ginebra.

Yo: Claro, lo que no te dijo es que no la había en mi casa. ¡Qué paciencia! Ha clavado el culo en mi sofá y no piensa levantarlo de ahí en todo el fin de semana.

Eva gallega: Sí, es muy posible. Lo veo preocupado de verdad por Jaime.

Medité un momento mi respuesta. Eva sí era una mujer romántica. Era más instintiva que racional. Hacía dos años que la conocía. Al igual que con Michael, me unía a Eva mi pasión por el dibujo y la pintura, aunque ella no pintaba, sino que dibujaba, hacía cómics.

Sabía que Eva tenía parte de razón, como también la tenía Michael. Pero yo prefería mantener un prisma más racional. Jaime estaba hasta arriba, atravesando el momento más álgido de su carrera. Era un profesional en la cumbre de su éxito. No era momento para desconfiar de él. Era el momento de que todos lo apoyáramos y le diéramos el espacio que necesitaba. Siempre había estado perdidamente enamorado de Michael. ¿Cómo iba a cambiar eso del día a la noche?

Yo: Ya sabes cómo es Michael. La paciencia no es su fuerte. Jaime está otra vez de viaje. Supongo que está hasta arriba. Lleva estresado mucho tiempo.

Eva gallega: Eso es cierto. Esperemos a ver antes de crucificarlo.

Yo: Sí, mejor. Menos sangre que limpiar.

Eva gallega: XDXDXD Nos vemos mañana.

Yo: Vale. Eva, recuerda que estas no son las playas de España.

Eva gallega: Lo sé. De todas formas, no te preocupes, que las playas de Galicia también están heladas.

Eva había conocido a Michael por mí, en una de nuestras cenas donde siempre aparecía algún invitado inesperado. Desde el primer momento, la personalidad de Michael la había arrollado, pero eso era algo que solía ocurrir. Michael no había tardado en sentirse atraído por la dulzura y, en cierto modo, inocencia de Eva en algunos temas. Ella no había conocido a ninguna pareja con unos códigos como los que tenían ellos. Primero le chocó, pero después llegó a comprender que, en el difícil equilibrio de su relación, ambos habían cedido. Aun así, en un par de ocasiones, Eva me había comentado que creía que Jaime no comulgaba del todo con ese aspecto de su relación. Lo aceptaba porque es el trato al que habían llegado cuando se habían conocido. Michael no podía concebir una relación cerrada del todo. Él consideraba el impulso sexual como algo sano y

natural, y el hecho de tener sexo con diferentes personas como una muestra de salud. La idea más clásica de la monogamia le parecía, cuanto menos, antinatural.

* * *

Ordené un par de cosas y me preparé para cerrar en diez minutos. Estaba pensando que tendría que pasarme por el súper antes de ir a casa, cuando mi móvil volvió a vibrar. Seguramente era Michael, desesperado por conseguir helado y chocolate en cantidades industriales.

Observé la pantalla y lo que vi me sorprendió sobremanera. ¿En serio estaba leyendo eso?

Número desconocido: Hola. ¿Por qué no te diste la vuelta esta mañana? A.

Yo: ¿Adrián?

Número desconocido: El mismo que viste y calza.

Yo: ¿Cómo has conseguido mi número?

Número desconocido: No puedo desvelar mis fuentes.

Yo: ¿Te lo ha dado Susan?

Número desconocido: Exacto:D

Bufé. ¿Qué le pasaba a mi vecina? ¿Cómo se le ocurría darle mi número a un desconocido? ¿En serio no había pensado que me podía parecer mal?

Número desconocido: ¿Estás molesta?

Yo: Hombre. Es un poco de *stalker*. [6]

Número desconocido: Sí, lo sé. Que conste que lo pensé. Pero, como tú has sido una *stalker* conmigo hasta en dos ocasiones, no pensé que te molestara. Supuse que lo llevarías en tu ADN.

Me reí. ¡Sería imbécil! Adrián parecía de ese tipo de tíos de los que huiría en un primer momento, pero, por algún motivo, me hacía gracia. Parecía un pijo, en el peor sentido de la palabra, y un imbécil. Pero ya no estaba tan segura de que lo fuera, un imbécil, digo. Un pijo lo era sin lugar a dudas. No era por la ropa de marca, que eso, oye, allá cada uno con lo que se quiere vestir. Era un PIJO con mayúsculas. De los que su familia lo tiene todo, de los que siempre han tenido una vida fácil. Yo tenía otro tipo de experiencias vitales. Las de partirte la cara para conseguir las cosas. Las de ir a un colegio público en una zona complicada y

sobrevivir. Las de irme a Londres con trescientos euros en el bolsillo y un cuaderno de dibujo tan solo por vivir una experiencia que se convirtió en diez años de mi vida.

Número desconocido: ¿No vas a decirme nada?

Yo: No sé qué quieres que diga. Ya te expliqué ayer por qué no te daba mi móvil.

Número desconocido: Sí, me quedó claro. No te gustan los polos ni el azúcar, pero he pensado que ya que somos vecinos podríamos empezar de cero. Estoy solo en la ciudad y casi no conozco a nadie. ¿Qué te parece si te invito a cenar? Así puedo hacer que cambies tu primera impresión sobre mí, que está claro que no ha sido muy buena.

Dudé. Era un camelador. No conocía a nadie, pero se había acostado con Parchís la noche anterior y había conseguido mi número en menos de veinticuatro horas.

Yo: No.

Número desconocido: ¿No? ¿Así sin más? ¿Ni siquiera a tomar una caña?

Yo: No, lo siento.

Adrián esperó unos segundos antes de escribir.

Número desconocido: Eres muy dura. Así, sin edulcorar.

Yo: Ya te lo dije ayer, no me gustar jugar con alguien si sé que no voy a querer nada.

Número desconocido: Yo no he dicho que quiera algo.

Yo: Se te ve venir a leguas.

Número desconocido: ¿Tan previsible soy?

Yo: Un poco.

Número desconocido: Estoy seguro de que puedo llegar a sorprenderte. Además, quizás al conocernos más sea yo el que me sienta decepcionado. ¿Qué puede pasar? ¿No te da pena no ayudar a un recién llegado a conocer la ciudad del Támesis?

Dudé. No quería pasarme. No teníamos confianza, aunque estaba claro que la estábamos cogiendo a marchas forzadas. Pero si no quería jugar, era mejor cortar por lo sano.

Yo: Oye, te tengo que dejar. Estoy trabajando.

Número desconocido: Está bien. No quiero molestarte en el trabajo.

Yo: ¿Prefieres molestarme fuera del trabajo?

Número desconocido: Sí. Por cierto, ¿en qué trabajas?

Yo: En serio, te tengo que dejar.

Número desconocido: Está bien. Solo una última cosa: sé que no te diste la vuelta a propósito.

Miré el móvil con él en línea, esperando una respuesta. Esbocé una sonrisa. Obviamente no me di la vuelta a propósito por lo que él había dicho: que todas las chicas lo hacíamos. Pero la cuestión no era por qué yo no me había dado la vuelta. El quid de la cuestión era el impulso casi irracional de querer darme la vuelta. Yo no era de ese tipo de chicas, de las que languidecen ante cursilerías o cuatro frases bonitas.

Nunca me había obsesionado con alguien. Nunca me había torturado esperando que un chico me llamara o contestara al wasap. Nunca me habían hecho llorar, ni nunca se lo había hecho pasar mal a ningún chico. Según Michael, el problema radicaba en que nunca me había enamorado. Obviamente, tampoco había tenido una relación seria que hubiera durado años. Nada que fuera más allá de unos meses. Siempre había dejado esas relaciones porque, tras la atracción inicial, la llama tendía a apagarse con los meses. Michael solía decir que yo lo que necesitaba no es que la mecha se encendiera con alguien, necesitaba arder de arriba a abajo. Sentir una de esas pasiones que te arrollan hasta dejarte sin aliento. Eva creía que lo que decía Michael no iba demasiado desencaminado. Ella sí había tenido una historia así en Galicia, antes de venirse a Londres y antes de enamorarse de Nolan, su novio desde hacía un par de años. Eva lo había pasado muy mal y me decía que no me deseaba en absoluto que me arrollara el amor. Sí que me enamorara, si tenía que pasar, pero a ser posible sin atropellos ni dramas.

Michael era más extremo, como en todo. Él creía firmemente que necesitaba sentir ese tipo de pasión al menos una vez en la vida. Un amor de los que te llenan por completo, de los que te fríen las neuronas.

Capítulo 5

Cardiólogos y arquitectos

—Estoy en casa.

—Por fin, ¡estoy muerto de hambre!

Dejé las bolsas de la compra encima de la mesa de la cocina y eché un vistazo hacia el salón.

Según se entraba en mi piso, la cocina quedaba a la derecha y el salón a la izquierda. Separando ambos ambientes había un sofá largo de cuatro plazas color violeta en el que Michael había plantado su trasero y del que no parecía dispuesto a levantarse.

—Podías haber bajado a comprar algo y así me dabas una sorpresa con una suculenta comida preparada a mi regreso.

—*What?* ¡¿Estás *crazy*?! ¿Tú crees que puedo preparar una comida en este estado? Eso es algo loco.

Traté de respirar hondo.

—¿En qué estado, Michael?

—En este estado de absoluta depresión.

Comencé a vaciar las bolsas sobre la mesa. Preferí no decir nada porque no me parecía buena idea añadir leña a la hoguera de autoflagelación que estaba construyendo. Solo necesitaba una excusa para prender la cerilla y no quería dársela yo.

—¿Quieres comer unas fajitas de pollo? Son rápidas de hacer.

—Preferiría una pizza enorme, hasta arriba de queso, *love*. Pero si no hay otra opción acepto tus fajitas llenas de vegetales… Ya sé yo a lo que te refieres cuando dices pollo.

Esbocé una sonrisa y dejé algunas cosas sobre la encimera que había entre el fregadero y la cocina.

Michael se levantó del sofá y caminó hasta la zona de la cocina. Llevaba puesto su pijama de seda negro con flamencos. Era el mismo que había conocido años atrás, con su cabello rapado y sus ojos castaños siempre divertidos. Michael era un tío alto y tenía muy buen cuerpo. Hacía una combinación curiosa con Jaime, que era mucho más formal y tenía una serena mirada de ojos grises. Jaime solía vestir pantalones de lino y camisa, mientras que Michael siempre llevaba básicos y vaqueros. Eran como agua y aceite a simple vista, y personalmente siempre había pensado que eso era lo que los complementaba. ¿Quizás las diferencias que a primera vista los atraían ahora comenzaban a separarlos?

—¿No vas a preguntarme por qué estoy deprimido?

—No, Michael, prefiero no saberlo.

—¿No te importa?

—No —sonreí.

Claro que me importaba, pero no pensaba dar alas a su psicosis. Michael se valía solo para eso.

—Eres cruel —siseó mi amigo mientras observaba cómo guardaba la compra—. No te importan mis desvelos.

—En absoluto, les tengo muchísimo respeto a tus desvelos.

Michael frunció el ceño.

—¡Tengo arrugas!

—Michael, no digas tonterías. Estás estupendo y lo sabes.

Michael acortó la distancia que nos separaba y, plantándose delante de la ventana de la cocina, que estaba encima del fregadero, me apremió:

—Míralas por ti misma. Están justo aquí.

Comenzó a gesticular. A abrir y cerrar los ojos y forzar sonrisas exageradas. Pequeñas arrugas se marcaban alrededor de sus ojos y en su frente, para después desaparecer.

—¿Lo ves?

—No puedo creer que me estés hablando en serio. Eso lo tiene todo el mundo.

Michael me miró severo. Al dejar de gesticular sus arrugas desaparecieron en parte, pero otras se quedaron allí, como recordatorio de que él ya no era un niño. Cuando cumplió cuarenta, Michael lo celebró y no se inmutó en absoluto con el cambio de década. Sin embargo, dos años más tarde, las cosas ya no parecían igual. Estaba atravesando una crisis, de eso no había duda. No solo parecía estar en crisis su relación, sino él mismo. ¿Qué había comenzado antes? ¿Sus propias inseguridades y miedos o los miedos sobre el estado de su relación con Jaime?

—Estoy atravesando la peor crisis de mi vida y tú te mantienes ahí, imperturbable, como un témpano de hielo. *I call you the Ice Queen for a reason!* [1]

Michael abrió el bote de helado.

—Ni se te ocurra, Michael. Vamos a comer en diez minutos. No tardo nada en preparar las fajitas.

—Ya, tus fajitas de vegetales hasta arriba y con unas tiras de pollo a la plancha —gimoteó—. ¡Yo lo que necesito es helado! Algo dulce que llene este inmenso vacío que siento.

No pude evitar que metiera una cuchara en el bol de helado de chocolate y se la tragara.

* * *

Ya eran las cinco de la tarde y Michael se negaba a quitarse el pijama. Dormitaba en mi sofá mientras yo desde el sillón de al lado hacía un boceto de sus manos, que reposaban sobre su estómago.

—Estás obsesionada con las manos —murmuró Michael.

—Pensé que estabas durmiendo.

—Ya no. Hace rato que me despertaste con tu lapicito arriba y abajo, *darling*.

—No se hace ruido haciendo un dibujo.

—Eso pensaba yo, pero cuando todo está en el más absoluto silencio, sí que se oye. Tu lapicito arriba y abajo.

Sonreí.

—¿Qué tal están quedando?

—¿Cómo sabes qué estoy haciendo unas manos?

—Mira *love*, no me hagas como la gallega: contestar a una preguntita con otra. ¿Qué vas a estar dibujando si no? Últimamente solo dibujas manos, *every day*.

—Cierto.

—Eres obsesiva.

—Solo con el dibujo.

—Tú sabes que eso es cierto. Solo con el dibujo, el resto te damos igual. Puedes ser fría como el hielo mientras los demás nos deshacemos en lágrimas…

Respiré hondo.

—Oye, una cosa es tener confianza. Pero con los amigos que te quieren y aguantan, no hay que pasarse —me quejé veladamente—. La paciencia es finita, Michael.

Esta vez fue él quien sonrió.

—No te hagas la ofendida, que sé que no lo estás. En el fondo te dan igual mis dramas, creo que no me tomas demasiado en serio. Sé que me amas y no me vas a echar por muy pesado que me ponga.

—Bueno, depende de cómo de pesado —murmuré sin dejar de dibujar.

—Pero me amas a tu manera, desapasionadamente. No te compadeces de mi estado de ansiedad ni de mi depresión.

—No necesitas que te compadezcan, para eso ya te vales tú solito.

—¿Y qué necesito?

—No comerte medio kilo de helado y tranquilizarte. Comer tanto helado solo te va a causar más ansiedad. El azúcar es adictivo.

Michael hizo un puchero.

—Eso es cierto, pero yo no puedo verlo desde una perspectiva tan analítica como tú. Siento ansiedad, y el helado me calma.

Me encogí de hombros. Mejor eso que el alcohol, ¿no?

—Jaime no me ha contestado. Desde esta mañana que lo saludé no ha dicho nada en absoluto.

¡Oh, no! Comenzaba otra vez, tenía que decir algo que cortara su línea de pensamiento. No pensaba volver a debatir lo mismo que un par de horas antes.

—¿Quieres que te cuente algo que te anime?

Michael abrió los ojos y se movió un poco para mirarme a la cara.

—¿Es algo inapropiado?

—En parte sí.

Michael se incorporó del todo y se sentó en el sofá.

—¿Y a qué estás esperando?

—¿Te acuerdas de la amiga de Susan que viene muy a menudo?

—Susan tiene cientos de amigas. Esa casa parece algo así como una parada de metro, siempre está entrando y saliendo gente.

—Me refiero a la rubita que siempre lleva faldas muy cortas.

Michael frunció el ceño.

—La del novio pelirrojo, alto como un armario —insistí.

—*Oh, sure, love!* Buen culo el pelirrojo.

—Claro, tenía que haberte hablado de él antes que de ella.

—Ella es monilla, pero nada memorable. Con él no me importaría pasar una noche tórrida. Yo me pondría de rodillas y…

—¡Vale! No quiero oírlo. Te estaba hablando de la rubia.

—Cierto, *darling*. La rubia, disculpa.

—Bueno, pues ayer vinieron los dos a la fiesta de Susan. Los vi entrar juntos, y un poquito más tarde la vi a ella con otro tío en la terraza.

—¿Con otro?

Una historia inapropiada. Sabía que eso haría sonreír a Michael.

—¿Y qué estaban haciendo?

—Pues se estaban haciendo arrumacos. Él la tenía acorralada contra la barandilla, ya sabes. Y le decía unas cursilerías sobre las estrellas…

—¿Y se liaron allí? ¡Por favor, dime que sí! Una historia de pasión a pocos metros de su novio.

—Bueno, ella salió espantada de allí cuando se dio cuenta de que no estaban solos en la terraza.

—¿Qué hiciste, *love*? Dijiste: «¿*Stop*, aquí la guardiana de la moralidad?» —se rio Michael con sorna.

—No. Pero no pude evitar reírme.

Michael me miró sorprendido.

—Estás *crazy*. ¡Les fastidiaste el momento!

—Supongo que un poco, pero es que Adrián es tan cursi. Utiliza todos esos trucos tan manidos… No pude evitarlo.

—¿Perdona, *love*? ¿¡Adriánnnn!? ¡¿Hola?! ¿Cómo que Adrián? ¿Por qué sabes su nombre?

—Habló conmigo tras la espantada de la rubia. Es el nuevo vecino del séptimo A.

Michael levantó las cejas.

—¿Tienes un nuevo vecino? ¿Y eso no te parece lo suficiente interesante como para contármelo antes? ¿Has estado ligando, *sweetie*?

—No he ligado. Ella se fue y estuvimos hablando un rato… Pero no te lo vas a creer: la rubia volvió allí a los diez minutos y se quedó a dormir.

—¡¿Con Adrián?!

—Exacto.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Michael estaba feliz con el cotilleo.

—Porque esta mañana cuando salía me los encontré en la calle. Él había bajado a acompañarla al portal.

—¡Vaya con Adrián! Qué detallista, otro no se levantaría ni de la cama.

—No lo había pensado.

—Pues ese tipo de detalles son los que marcan la diferencia entre un buen polvo y un polvo magnífico —aseveró con un gesto.

—No creo que eso sea lo que marque la diferencia.

—¿Y entonces qué la marca?

—¿El orgasmo que consigues? —comenté encogiéndome de hombros.

—¿Ves? Por eso no te enamoras. Eres fría…

—No digas más, como un témpano de hielo.

—Pues sí, querida —confirmó Michael—. Bueno, ¿y cómo es Adrián?

Me detuve un momento en pensar cómo describirlo.

—Alto. Pasa del metro ochenta y cinco, seguro. Demasiado delgado. Elegante, con buena percha. Supongo que mono. Y pijo, muy pijo.

—¿Tipo visto polo y mocasines y mi mamá tiene un poni?

Me reí.

—Sí, un poni como mascota y un velero para los veranos. Pijo de los que juegan al golf y seguramente al tenis.

—¿Y su cara?

—Aristocrática. Tiene los ojos verdes, pestañas muy espesas y el cabello castaño. Un poco lacio. Tiende a apartárselo hacia un lado para que no le caiga sobre los ojos. Sería un *borjamari* perfecto, pero le faltan las ondas en el pelo.

—¿No le das el carné de *borjamari* del mes?

Me reí mientras seguía con mi lápiz arriba y abajo sobre el papel.

—Si se ondulara el cabello, se lo daría sin lugar a dudas. Es un *borjamari* un tanto deslucido.

—Ya veo.

Me quedé pensando en la cara de Adrián.

—Sus ojos tampoco es que sean verdes verdes. Tiene unas trazas castañas que se mezclan con el verde botella. Ya sabes, ese tipo de color que cambia con la luz.

Michael me miraba con curiosidad.

—Hummm… Ese es un detalle muy concreto. Cualquiera diría que habéis hablado mucho para que te fijaras en esas cosas.

—No te creas. Ayer diez minutos y hoy otros tantos.

—¿Y una artista como tú tan acostumbrada a los detalles es todo lo que tiene que decirme de él?

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé, *love*. Esa descripción la podría haber hecho mi panadera.

Levanté la cabeza del papel y observé a mi amigo. Cuando quería era como una mosca cojonera. Pero bueno, por lo menos había conseguido su atención.

—Tiene los dientes perfectos, como si hubiera llevado aparato media vida. La piel sin mácula. Las proporciones del cuerpo muy armónicas. Tiene aplomo cuando camina. Parece un tipo despierto, inteligente y con cierto ingenio. Sus manos son de dedos largos y elegantes. Muy bonitas, la verdad. ¿Te parece suficiente o sigo?

—*Oh, baby!* Parece que sí te has fijado en el nuevo vecino.

—No digas tonterías, Michael. Es un pijo y un ligón. El típico tío que se acuesta con todo lo que se mueve, pero de los que le gustan ir por ahí encandilando a las chicas. Me parece absurdo hoy en día con lo práctico que es todo.

—¿Cómo sabes todo eso en tan pocos minutos?

Meneé la cabeza. Contarle algo en ese momento a Michael era darle importancia. Mejor no le comentaba el hecho de que me había escrito. Michael era experto en exagerar y sacar las cosas de quicio. Y para eso ya nos bastaba con sus propias paranoias.

Sonreí.

—Brujilla, dime eso que ronda por tu bonita cabeza. ¿Qué me ocultas?

—No hay nada que decir.

Sonó el timbre.

—¿Quién llama un sábado por la tarde? —preguntó Michael— ¿Esperas un paquete de Amazon?

—No.

Me levanté del sillón.

—¿Vas a abrir así? —preguntó Michael mirándome de arriba abajo.

—¿Qué pasa?

—Estás en sujetador.

Caminé hacia la puerta.

—Es un sujetador deportivo, se considera un complemento de moda. ¿No ves a las chicas con ellos corriendo por la calle? Además, es negro, parece que llevo un top.

—Parece que llevas un sujetador, *love*. Y tus *shorts* rosas son tan cortos que si engordas dos kilos se te verá media nalga.

—Son unos pantalones deportivos, los lleva todo el mundo.

—No tan cortos, *darling*. Ya sé que hace mucho calor, yo solo digo que como sea alguien mayor, le va a dar un síncope, querida.

Meneé la cabeza riéndome y me toqueteé el moño. A esas alturas, mi moño se parecería más a un nido para pájaros que al perfecto peinado que me había hecho esta mañana al salir de casa.

Abrí todavía riéndome, pero se me borró la sonrisa de la cara cuando me encontré con Adrián.

No supe qué decir.

El problema es que Adrián, que parecía a punto de hablar, también se quedó en silencio en cuanto me vio. Y él no era de los que se quedaban sin palabras, eso lo tenía claro. Se quedó con la palabra en la boca y me recorrió con la mirada. Desde mi moño de nido de pájaro hasta mis pies descalzos. Pasando por mi escasa ropa y deteniéndose en el *piercing* de mi ombligo. Estaba segura de que iba a decir algo referente a él. Pero entonces volvió a subir la mirada a mi cara y levanté una ceja desafiante. Estaba claro que mi cara le decía: «¡a ver qué estupidez vas a decir ahora!».

—Estaba pensando en pedirte un poco de café, ya que son las cinco de la tarde —dijo—. Y a estas horas me muero por un café. Pero supongo que, ya que he bajado cuatro pisos, bien podría bajar el resto y comprar en el veinticuatro horas del final de la calle. Es una excusa deplorable, la verdad es que no se sostiene mucho.

Cambié el peso de un pie al otro y lo observé seria.

—Desde luego, como excusa es bastante pobre.

—Sí, ¿verdad? Por eso creo que lo mejor es decirte que lo siento. No tenía que haberle pedido tu móvil a Susan. Tenía que habértelo pedido directamente a ti.

—Ya te dije una vez que no te lo quería dar.

—Pero eso era antes de saber que somos vecinos, ¿no? Si prometo no portarme como un imbécil, ¿no podemos volver a empezar?

Me mordí el labio. Adrián se metió las manos en los bolsillos esperando una respuesta. Parecía sincero, y digo «parecía» porque Adrián ya me había demostrado esa mañana que no le importaba mentir.

Antes de que pudiera contestar, Michael apareció por detrás de mí. Sentí su mano sobre mi cintura.

—*Hi, love!* ¿Qué me he perdido?

Levanté los ojos hacia mi amigo que había enfatizado con sus cejas y me miraba divertido. Echó un vistazo a Adrián, que se había quedado por segunda vez sin palabras.

Michael era un tío resultón. Estaba vestido con su pijama negro de flamencos. Con la camisa abierta, se le veía el pecho y el estómago. ¿Cómo podía quejarse de mi sujetador?

—Perdona, no sabía que estabas acompañada. No quería molestar.

Observé a Adrián, que se había puesto blanco. Obviamente pensaba que había algo entre nosotros. Además, parecíamos de una manera ridícula compaginados: Michael con un pijama

negro de flamencos rosas y yo con un top negro y unos *shorts* deportivos rosas. Ni una portada de las que antaño hacían Victoria y Beckham estaría mejor combinada.

—Este es Adrián, mi nuevo vecino —se lo presenté a mi amigo—. Él es Michael.

Adrián hizo un gesto con los ojos al oír el nombre. Estaba segura de que no le había pasado desapercibido que era el mismo nombre que había dicho el día anterior que venía a dormir.

—No molestas, *love* —lo disculpó Michael divertido y le dio la mano.

En cuanto Adrián chocó su mano con él. Hizo lo que hacía siempre, especialmente cuando conocía a algún chico que le había entrado por los ojos: le daba un cálido abrazo. El nivel de calidez dependía del individuo.

Adrián se quedó cortado, pero no dijo nada.

—Querida, yo creo que deberías hacerle un café a tu nuevo vecino. Porque lo de darle el paquete está descartado. No voy a quedarme yo sin café para abastecerlo a él.

—No, no —se negó Adrián dando un paso atrás—. De verdad que siento haberos interrumpido.

—Anda. Pasa. Haré café para todos. A mí también me apetece —comenté invitándolo a mi casa.

Michael se hizo a un lado y dejó entrar a Adrián. Por supuesto, aprovechó para echarle un vistazo a su trasero enfundado en unos pantalones vaqueros que le quedaban genial.

Mi amigo murmuró:

—Buen culo.

Le puse una mirada de «no te pases». Y me encaminé hacia la cafetera. Por supuesto que Adrián tenía un buen culo. De eso ya me había dado cuenta yo.

Cogí la cafetera.

—Puedes sentarte.

Adrián echó un vistazo a su alrededor. Observó la mesa de la cocina con sus cuatro sillas. Y más allá, al lado del fregadero, dos taburetes debajo de una parte de la encimera que hacía de barra de la cocina. Adrián cogió uno de los taburetes y se sentó.

—Mientras haces café, voy a ducharme —anunció Michael.

—Está bien.

Maldije que Michael me hubiera dejado sola a propósito. Por otro lado, me parecía bien que dejara de enseñar su pecho y abdomen en mi cocina.

—Por cierto —llamó la atención mi amigo desde la puerta del baño haciendo que los dos levantáramos la vista hacia él—. Sí que tiene las manos bonitas.

Michael sonrió y desapareció en el baño. ¿Se podía ser más mala persona?

—¿Las manos bonitas? —preguntó extrañado—. ¿Eso iba por mí?

Llené de agua la cafetera.

—Sí, eso iba por ti. Le dije que había un vecino nuevo en el edificio.

—¿Y que tenía las manos bonitas?

Me encogí de hombros mientras ponía la cafetera sobre el hornillo de la cocina. No pensaba darle ninguna importancia.

—Sí. Es una apreciación artística —subrayé mirándolo a los ojos.

—Vale —contestó esbozando una pequeña sonrisa.

—No te hagas ideas equivocadas. Ven, y verás a qué me refiero.

Caminé hasta la zona de salón y Adrián observó con detenimiento todo lo que había por allí. Y todo era mucho: una estantería repleta de libros, cómics, vinilos, discos, blocs de dibujo, algunos lienzos pequeños, decenas de cajitas llenas de cosas de colores como piedras, lazos, sellos, adhesivos, un reproductor de CD, tocadiscos, altavoces… Allí había de todo. Las paredes estaban llenas de dibujos enmarcados y lienzos. No todos eran míos, muchos eran de otros artistas. Hacía arte, consumía arte, era un círculo vicioso. Respecto al arte que creaba era demasiado, tanto que ya no tenía donde guardarlo; había lienzos apoyados en las esquinas del salón, unos sobre otros. Además del largo sofá violeta, que separaba el salón de la cocina, había dos sillones negros y una mesa de centro bastante amplia que hacía de eje central de toda la casa. Había dos grandes ventanas: una en la zona del salón y la otra en la de la cocina. Y tres puertas: la que daba al exterior, al baño y a mi habitación.

Se oía el agua de la ducha desde el salón y a Michael tarareando una canción de Coldplay.

—Bien bien no canta —comentó Adrián esbozando una sonrisa.

¡Y qué sonrisa! Una de esas sonrisas que a mí me gusta dibujar. Cogí de la mesita baja que había enfrente del sofá un bloc de dibujo y se lo enseñé.

Adrián lo tomó y observó en él las manos que había dibujado de Michael.

—No están terminadas.

—¡Joder, están genial! —exclamó sorprendido—. ¿Puedo?

—Claro.

No era una chica tímida con mis dibujos. Al fin y al cabo, me dedicaba a mercadear con mi arte. Me encogí de hombros y volví hacia la zona de cocina. El café ya estaba listo. Olía toda la casa a café, uno de mis olores favoritos.

Adrián se había quedado en la sala y se había sentado en el sofá. Estaba pasando las páginas de mi bloc. Desde luego, todo lo que estaba viendo eran manos. Llevaba un mes perfeccionando los detalles. Me parecía de lo más difícil de dibujar en un cuerpo. Diferenciar una cara de otra era sencillo. Todo el mundo tenía algo genuino, pero diferenciar manos ya era otra cosa.

—¿Cómo te gusta el café?

Adrián se giró en el sofá y me miró. Parecía observarme con una mirada renovada.

—Siempre lo tomo con leche.

—¿Fría o caliente?

—Templada.

—Muy bien.

Dejó el bloc sobre la mesa y fue a la cocina. Se encontró con mis chanclas y las trajo hasta

allí.

—Para utilizar el microondas y abrir la nevera deberías ponértelas.

Se agachó para dejarlas delante de mí justo cuando Michael salía de la ducha con una toalla anudada a la cintura.

—*Oh, really!?*[2] ¿Esto es algo loco como que tú eres el príncipe y le vas a poner el zapato a Cenicienta?

Adrián se levantó algo cortado y yo repliqué:

—¡No digas memeces, Michael!

Mi amigo mostró una sonrisa repleta de dientes.

—No te preocupes por mí, romeo. No me acuesto con ella. Pero ella no es exactamente una cándida princesa, más bien es la Reina de Hielo.

Soltó una carcajada y se fue hacia la habitación a vestirse.

Me calcé las chanclas y preparé los cafés.

—No le hagas caso a Michael. Siempre está de broma.

—Pero ¿es cierto? —preguntó curioso.

—¿Que soy la Reina de Hielo? —Me encogí de hombros—. Supongo que un poco sí, no me van nada las cursilerías.

—Así que nada de estrellas, ni de azúcar, ni de cenas románticas a la luz de las velas —murmuró Adrián acercándose un poco a mí.

—Exacto. Nada de bombones, ni flores, ni poesía. Nada de frases grandilocuentes. Nada de comedias románticas. No suelo soportarlas más de cinco minutos.

—No te gusta el romance. Sin embargo, te encanta la intimidad —matizó Adrián.

Levanté la mirada sorprendida. No todo el mundo se percataba, pero él lo había hecho con solo ver unos dibujos.

—¿Por qué lo dices?

—Por tus dibujos, son muy íntimos.

—Sí. La intimidad me gusta. Me gusta la idea de poder plasmar en papel ciertas características de las personas. La honestidad. Despojar de las máscaras impostadas que las personas suelen ponerse. —Hice una pausa—. Pero una cosa no está reñida con la otra.

Adrián me miraba intensamente.

—No me mires así.

—¿Cómo?

—Ya sabes cómo me estás mirando.

—Es que no lo puedo evitar. Cuanto más te conozco, más fascinante me pareces.

Michael volvió a la cocina.

—Bueno, Adrián, cuéntanos un poco de ti —comentó interrumpiéndonos mi amigo—. ¿De dónde eres? ¿Cuándo has llegado? ¿A qué te dedicas? ¿Qué es lo que te ha enamorado de mi amiga? ¿Cómo se llama tu poni?

Puse los ojos en blanco y me senté en una de las sillas de la cocina para tomar mi café.

Adrián esbozó una gran sonrisa.

—Soy madrileño. He llegado hace unos días. Soy arquitecto y empiezo en un par de semanas a trabajar en un estudio de arquitectura en el centro; es de un primo mío que lleva aquí varios años. —Hizo una pausa antes de decir—. No tengo poni, pero si lo tuviera se llamaría Tiburón, y me enamoró su dulzura.

Michael soltó una carcajada.

—Sí, es tan dulce como un cactus.

Adrián se rio y rieron hasta sus ojos. No pude evitarlo y al final yo también me reí.

Cuando Adrián dejaba a un lado su pulsión de conquistador depredador, era un tío divertido. Nos contó que era el menor de cuatro hermanos. Vivía en Madrid, en La Moraleja. Michael y yo cruzamos una mirada cuando lo dijo y supe que los dos estábamos pensando lo mismo, que seguro que en realidad sí tenía un poni y un mayordomo llamado Bautista. Su mamá debía de dedicarse a ir a la peluquería todos los viernes y vivía constantemente obsesionada con que todos los jarrones de Bohemia tuvieran flores frescas. Su padre era cardiólogo y su tío arquitecto. Sus abuelos también eran cardiólogos y arquitectos y así hasta la prehistoria, donde, seguramente, uno de sus antepasados construía cavernas y el otro reanimaba a sus compañeros cavernícolas con un golpe en el pecho cuando dejaban de respirar. Tenía tres hermanas mayores, casadas y ya con sus respectivos retoños. Una de ellas, cómo no, era arquitecta como él. La otra había estudiado también arquitectura, pero no ejercía ni tenía intención; al parecer se dedicaba a sus labores, algo así como ir al gimnasio y llevar a los niños a sus múltiples actividades. La tercera había estudiado medicina, pero lo había dejado a medias cuando se había casado; lo tenía en pendiente. Al parecer su padre todavía esperaba que retomara la carrera y que siguiera su ejemplo, especializándose en cardiología. Si no retomaba sus estudios de medicina, uno de los sobrinos de Adrián, o sus futuros vástagos, tendrían que tomar el relevo de su abuelo, saltándose una generación.

Cuando Adrián desveló que tenía un primo en la ciudad, echó por tierra su argumento sobre que no conocía a nadie. Aunque, por lo que comentó, pronto comprendí que su primo no era la compañía que él buscaba. Estaba casado y vivía a las afueras de Londres en una maravillosa zona residencial, donde jugaba con sus niños de cinco y tres años. Bueno, quizás para una barbacoa los domingos estaba bien quedar con su primo, pero no como compañía habitual. Adrián quería un poco de vida: conocer gente, entrar y salir, ir de cena y de fiesta, conocer un poco la ciudad y en definitiva vivir un poco. Comprendí que estar con su primo no fuera lo que más le apeteciera, así que eso en concreto no me lo tomé como una mentira.

—No te preocupes, *love*, nosotros te adoptamos —sentenció Michael—. Te presentaremos gente.

No dije nada. Me levanté y dejé la taza en el fregadero.

—Mañana hacemos un pícnic en la playa. Vente, te presentaremos amigos —le invitó—.

¿Verdad que sería fantástico que viniera, *darling*?

Adrián me miró y Michael también, este último con una mirada sibilina. Dudé. Por otro lado, negarme no iba conmigo y haría saltar todas las alarmas, yo siempre era de ampliar el grupo con la gente que llegaba de otros sitios. Había tantos españoles o gente que hablaba español en nuestro grupo de amigos que podíamos fundar la Asociación de Amigos de España en Londres. El motivo por el que me había mostrado tan de uñas con Adrián era porque había intentado ligar conmigo nada más conocerme. De hecho, lo había intentado después de que su primer plan se hubiera frustrado y eso lo había encasillado directamente como un gilipollas. Pero quizás estaba siendo demasiado exagerada. Quizás simplemente habíamos empezado con mal pie.

—Claro, vente. Será divertido —claudiqué.

Michael le pidió su número de teléfono a Adrián. Miedo me daba Michael, era muy capaz de torpedearlo a mensajes. Lo conocía y parecía tramar algún tipo de plan diabólico de celestino con nosotros.

Capítulo 6

West Wittering

Abrí la ventana de mi habitación de par en par. Eran las nueve de la mañana, yo ya había salido a correr, ya me había duchado y Michael seguía durmiendo como un tronco en mi cama, por segundo día consecutivo. Dormir con Michael era complicado, sobre todo si eras alguien a quien le gusta el espacio, como me ocurría a mí. Él solía explayarse en la cama y de repente parecía que ocupaba el doble. Además, no era la primera vez que Michael me abrazaba estilo cucharilla, y tenía que desanclarlo de mi cuerpo con un codazo.

Por segunda noche se había pasado con las copas. Habíamos salido a cenar a un italiano que nos encantaba y nos habíamos bebido una botella de vino entre los dos. Después de eso habíamos ido a un pub y Michael se había tomado tres copas. Había estado un buen rato ligando con un tío, pero al final no había hecho nada. No sería su estilo, porque esta vez no lo habría hecho porque le apeteciera, lo habría hecho por olvidar y un poco por despecho. Jaime había tardado doce horas y cuarenta y cinco minutos en contestar a su wasap y había sido muy escueto. Jaime nunca había sido demasiado dado ni a los chats ni a las redes sociales. Él era un hombre de distancias cortas. Era muy inteligente, tenía una conversación profunda y un gran sentido del humor. Era un hombre culto que conquistaba en el tú a tú, no me extrañaba en absoluto que Michael se hubiera enamorado. Traté toda la noche de distraer a Michael y de animarlo. No iba a alentar sus miedos e inseguridades, pero la verdad es que comenzaba a preocuparme por lo que estaba pasando. ¿Qué rondaba por la cabeza de Jaime?

Michael comentó en dos ocasiones lo mono que era mi nuevo vecino y lo dispuesto que se le veía en ofrecerse voluntario para solucionar mi escasez de sexo en los últimos meses. Le pedí que dejara el tema. Él me conocía y sabía que no teníamos nada que ver. Michael había fruncido el ceño y había replicado que no estaba pensando en casarnos, sino en que tuviera un revolcón. Adrián era joven, guapo, atractivo de una forma relajada y parecía muy dispuesto a poner fin a mi sequía.

Distraer a Michael no había funcionado demasiado. A pesar de las dos horas que nos habíamos pasado bailando y riendo, al final había acabado despotricando sobre Jaime justo antes de caer rendido.

—Michael, vamos, que pasan de las nueve.

—*What?* ¿Estás *crazy*? Déjame dormir.

—Levanta el culo. Salimos en una hora. Todavía tienes que ducharte y ayudarme con las

cosas.

—¡Noooo! *What's wrong?* [1]

Michael se resistía a levantarse como un escarabajo panza arriba, pero al final tuvo que ceder.

Preparamos nuestra parte del almuerzo en una auténtica cesta de mimbre. Ya nadie utilizaba ese tipo de cestas, pero a mí me encantaban. ¿Qué gracia tenía hacer un pícnic sin cesta?

Michael no paró de protestar mientras se levantaba, se duchaba y tomaba un café. Se quejaba de lo cansado que estaba y de las ojeras que iban a marcársele en la cara. Protestó mientras metía en la cesta la ensalada de espinacas, los sándwiches de aguacate con queso fresco y pavo, el queso, el pan, el táper de fruta cortada y las botellas. No dejó de quejarse ni siquiera mientras tomaba el segundo café. Todavía seguía refunfuñando mientras bajábamos en el ascensor.

Cuando llegamos al portal, yo ya no podía más. Quería a Michael, lo adoraba, a decir verdad. Pero todo el mundo tiene su límite, y Michael, cuando se ponía, podía ser muy cargante.

—¡Para, Michael! Una sola palabra más y te quedas en tierra.

—Buenooooo… Tranquila, *love*, ya me callo —replicó bajando los escalones de la entrada—. ¡Qué mal humor tienen algunas por la mañana!

—¿Tú crees?

Estuve tentada a empujarlo escaleras abajo. Pero eso sería peor para mí, porque si se rompía una pierna no lo sacaría de mi casa en un mes.

Michael llevaba una bolsa de playa con las toallas mientras yo cargaba con una cesta de mimbre muy bucólica y pesada, parecía que le hubiéramos metido ladrillos dentro.

Adrián ya nos estaba esperando en la acera, con una toalla sobre su hombro derecho y las manos en los bolsillos. Le habíamos dicho que no tenía que traer nada, ya que se había unido al plan en el último momento. Llevaba un pantalón corto de lino gris perla y una camiseta blanca. ¿Dónde estaba el polo de turno? Calzaba unos mocasines deportivos. Y aunque todo el *outfit* parecía sencillo y elegante, gritaba caro. Todo lo que rodeaba a Adrián parecía prohibitivo para el bolsillo común y de buen gusto. No de mi gusto precisamente, pero sí de lo que se entendía en general como buen gusto. Nos esperaba con sus ojos entrecerrados por el sol y su pelo castaño cayendo desenfadado hacia un lado. Encarnaba a la perfección lo que se entendía por la belleza de la juventud, con ese aire de libertad. Algo que con certeza se perdería irremediablemente, pero no por el paso de los años, sino por el peso de los acontecimientos. La vida sumaba kilos y no solo de los que se pegaban a las cartucheras. Adrián tenía esa imagen inalcanzable. Me encantaría dibujarlo. No, mejor pintar un lienzo, algo suave a acuarela.

—Hola —saludó mientras bajábamos.

—No hables demasiado, querido. Hoy la Reina de Hielo está de uñas.

—¡Michael!

—Roser —replicó.

—No te pases. Estás tentando demasiado tu suerte.

Michael hizo como si cerrara la boca con un candado y después tirara la llave.

—¿Nos vamos? —pregunté.

Comenzamos a caminar hacia mi coche. Y, a pesar de que traté de evitarlo, Adrián cargó con la cesta. Michael se negó a ir de copiloto. Al parecer prefería ir en el asiento de atrás. Michael nunca quería ir en el asiento de atrás, así que eso me dio una clara idea de que pensaba dormirse en cuanto arrancáramos, y teníamos cerca de dos horas de trayecto hasta West Wittering.

Apenas llevábamos diez minutos en el coche cuando Michael ya había colocado la cabeza hacia atrás apoyándola en el asiento. Por muchas gafas de sol que llevara puestas, no disimulaba en absoluto que estaba durmiendo como un tronco.

—Parece que está cansado.

—Últimamente no duerme bien. Además, ayer salimos a cenar y se tomó un par de copas. No le ha sentado bien levantarse temprano.

—Ya. Bueno, ahora recupera horas de sueño. Tenemos un par de horas de camino, ¿no?

—Sí. Cerca de dos horas.

Se perdió la señal de la radio y puse el CD que tenía en ese momento. Comenzó a sonar.

Adrián se quedó sorprendido.

—¿Qué es esto? Suena como la música que ponía mi padre.

—Seguramente es porque es la música que ponía tu padre. Es *Lola*, una canción de The Kinks. Un éxito de 1970.

—No conozco a nadie menor de treinta que escuche música de esa época. De hecho, no sabía ni que existiera música de antes de los ochenta —comentó Adrián con guasa.

Me reí.

—Ahora ya lo sabes. Anda, abre la guantera y busca algo que te guste. No podemos poner la radio porque se va perdiendo la señal.

Adrián abrió la guantera y buscó entre los CD.

—Mi coche ya no tiene para meter CD.

—Entonces, tu coche es un rollo.

—¿No conoces Spotify?

—No, vivo en una cueva. ¿Quién es ese Espoti?

Adrián torció el gesto.

—¿Me estás vacilando?

—Desde luego que sí.

Michael roncó, y mi copiloto se puso a revisar mi música.

—Esto es todo muy *vintage*.

—¿Los grupos o los CD?

—Ambas cosas en realidad. Desde luego los CD ya son bastante *vintage*. ¿Tienes cincuenta años? No me digas que eres una madurita interesante que te conservas en un bote de formol por las noches. Si te compraste este coche cuando sacaste el carné, debes pasar sobradamente los cincuenta.

No pude evitar reírme, porque mi Rover 3500 sí era antiguo. Pero por lo menos nos llevaría hasta la playa.

—Sí, soy una señora de cincuenta. ¿Algún problema con eso? —le vacilé.

—No me importa, me van las maduritas —comentó sacando su yo más descarado—, pero dudo que pases de los treinta. No creo ni que los tengas.

Observé como me adelantaba un automóvil y regulé el aire.

—No se nota mucho —comentó Adrián—. No enfría demasiado, ¿no?

—La verdad es que no.

Adrián encontró un disco que sí le llamó la atención.

—U2, ¡qué bueno!

—¿Te gusta U2?

—Claro que sí. ¿Hay alguien a quien no le guste U2? Es uno de sus primeros discos.

Me encogí de hombros.

—Sí, a mí me encanta todo lo que hicieron durante los ochenta y los noventa. Lo de después ya no tanto.

—Eso es porque ya no es de tu época. Prefieres la música de tu juventud.

—Exacto —contesté con sorna.

—¿Y en español?

—Pues en español es al revés, me gustan más los grupos actuales.

—¿Vetusta Morla?

—Sí, Vetusta Morla, Miss Cafeína, Love of Lesbian, Rayden.

—¿Y después dices que no eres romántica? —se rio Adrián entornando sus ojos verde acastañados.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Son grupos con letras muy románticas.

—Son grupos con letras con mucho sentimiento. Letras que escarban en las entrañas —comenté—. Pero que me gusten las letras no quiere decir que me guste que me regalen flores o que me lleven a cenar con velitas románticas.

—¿Y a dónde te gusta que te lleven a cenar?

—A un sitio en el que se coma bien.

—Y a un sitio que se coma con las manos —murmuró Michael desde atrás.

«¡Traidor!», pensé.

—¿No estabas durmiendo?

—Lo intento, pero como no cesáis en vuestro parloteo….

—¿Y eso de comer con las manos? —preguntó Adrián divertido.

—Le pone ver a un tío comiendo con las manos. Le parece sexi —se chivó Michael.

Traté de no perder la calma. Yo nunca perdía la calma, nunca me ponía nerviosa. No iba a ser Michael quien me sacara de mis casillas.

—Gracias por la información —señaló Adrián curioso.

—De nada, romeo. Pero no te hagas ilusiones, no tienes nada que hacer.

Me limité a sonreír, para no darle importancia.

—¿Por qué no tengo nada que hacer? —se animó Adrián.

—Porque el corazón de la Reina de Hielo está guardado en un cofre. En la última torre de un castillo. Lo custodia un dragón y para matarlo hay que hacerlo con una espada de plata forjada por el primer hijo de un hada —señaló Michael socarrón.

—Gracias —comenté risueña —. El tuyo está en tu pecho, pero es tan pequeño que es difícil de encontrar.

—No te molestes, *love*. El chico está enamorado y solo trato de ayudarlo.

Adrián sonrió.

—Gracias por la ayuda, Michael. Por ahora no veo ni a la torre ni al dragón, está la cosa complicada.

—Claro querido, eso es por los polos.

Nuevamente Michael hizo alusión a algo físico que nos diferenciaba, y es que Adrián era un *borjamari*, y yo, una pintora alternativa. Vivíamos en planetas diferentes y no teníamos nada en común.

—Hoy no llevo polo.

—Tú siempre llevas polo —se rio mi amigo y trató de acomodarse en el sillón para seguir durmiendo.

Adrián frunció el ceño molesto y miró hacia mí. Yo le dediqué una ligera sonrisa y me encogí de hombros. Acto seguido subí la música de U2 para que los acordes llenaran el silencio y no hiciera falta decir nada más.

Adrián se mantuvo ensimismado en su asiento, mirando de vez en cuando por la ventanilla. Tamborileaba con la mano sobre su pantalón corto de lino gris. Sus dedos largos se apoyaban de vez en cuando en sus rodillas, para volver a tamborilear al ritmo de U2. Eran unas manos muy bonitas. Lo peor de todo es que empezaban a parecerme muy apetecibles. Tanto como sus labios que se estaba mordiendo algo nervioso. El pelo castaño que caía hacia un lado parecía muy suave y sus ojos verde acastañados eran impresionantes. Es curioso cómo alguien que rechazas de pleno cuando lo conoces, puede en poco tiempo crear otra imagen. Seguía pareciéndome un ligón. Un tío con ganas de disfrutar del sexo sin compromiso. Pero ¿y eso qué más daba? Yo no quería relaciones profundas. No porque las rechazara sin más, sino porque no estaba buscándolas. Suponía que cuando tuviera que llegar alguien especial llegaría y ya. Michael se había metido muchas veces conmigo por no haber sentido nunca una pasión arrolladora. Una de esas historias complicadas donde lloras y ríes por igual. Yo no era de las que lloraban. Ni tan siquiera me sentía especialmente sensible después de llegar al orgasmo. Michael sostenía que necesitaba un hombre que no solo me empotrara contra el cabecero de mi cama, sino que me pusiera las cosas difíciles. Alguien que me enamorara y que me hiciera sufrir como una perra. En

su visión idealizada del amor, había que sentir una de esas pasiones al menos una vez en la vida. Estaba segura de que ahora que él estaba sufriendo por Jaime no veía nada romántico e idealizado en su situación.

En una ocasión, Michael incluso había llegado a decirme que dudaba de que yo hubiera tenido sexo del bueno alguna vez. Según él, tenía que ser sexo del que me hiciera gritar, clavarle las uñas a mi compañero de cama, que no me diera tregua en toda la noche y que por la mañana me doliera al cerrar las piernas. Desde luego no me había pasado nada de eso. Estaba en perfecta forma física, hacía deporte a diario y estaba segura de que ningún maratón de sexo podría hacer que me doliera al cerrar las piernas. Nunca le había clavado las uñas a nadie porque no había surgido y desde luego no me apetecía gritar para que mi vecina de ochenta años se escandalizara.

Observando las manos de Adrián, con sus dedos largos y elegantes, pensé que, a pesar de todas las diferencias que había entre nosotros, no me importaría tener un lío con él. Nada complicado. Sexo de una noche y ya. Me excitaba pensar en sus manos. Estaba segura de que Adrián era de los que mantenían la mirada fija mientras tenía sexo. Una mirada profunda de sus ojos verdes que cargaría el aire de densidad sexual. Estaba segura de que en horizontal nos entenderíamos mucho mejor que en vertical. Pero no me apetecía que me estuviera mareando ni nada por el estilo después de que nos acostáramos. No, Adrián y yo éramos como el agua y el aceite. Era mejor no mezclarnos, así podríamos ser amigos.

Llegamos a la playa de West Wittering pasadas las 12.00.

Era un sitio espectacular. Nos rodeaba la belleza de la playa, con su vegetación salvaje, y un viento que soplaba revolviendo los cabellos de bañistas y paseantes. El cielo estaba despejado. Sentía la arena caliente bajo nuestros pasos, pero sabía que el agua del mar estaría helada. Aquello no tenía nada que ver con las playas de Barcelona y la Costa Brava. Estábamos en Inglaterra y había un motivo por el que los ingleses se iban a veranear a España. No obstante, estábamos teniendo unas temperaturas muy cálidas en los últimos días, por lo que había que aprovechar el buen tiempo.

Lo bueno de hacer un pícnic en las playas londinenses es que nunca estaban abarrotadas. No al menos lo que se entendía en España por una playa abarrotada.

Nuestro grupo, como no podía ser de otro modo, era bastante ecléctico. Había tres amigas que eran compañeras de trabajo de Michael. Siempre venían en un *pack*, como los yogures. Se parecían mucho y siempre solían hablar de lo mismo. Me costaba diferenciarlas, por lo que las solía llamar el Trío La La La. Eran bastante extrovertidas y no demasiado guapas. Compartían con Michael esa complicidad que tienes con los colegas de profesión. Dos de ellas eran pareja, pero siempre venían las tres. También había venido el introvertido alemán, que era vecino de Michael y Jaime. Vivía en el piso de enfrente y, a pesar de que no hablaba casi nunca más de un par de frases, se unía a las cenas y fiestas. Siempre estaba con el móvil, con el dedo gordo arriba y abajo. Estaba segura de que ese dedo se le había desarrollado y era más largo que el de los

demás. Durante mucho tiempo pensé que realmente era un tío profundo y complicado, pero eso fue hasta que descubrí que todo lo que hacía era ver *reels* en Instagram.

También estaba John, un amigo de Michael con más pluma que un pavo real. John era profesor de Historia. Era muy divertido y nos había confesado en una ocasión, que cuando no recordaba alguna fecha de la lección que estaba impartiendo, redondeaba. Si al comprobar lo que había dicho no había fallado en al menos diez años, no rectificaba. ¡Eso sí que era echarle morro!

Por mi parte habían ido algunos amigos. Juan y Lucas, dos andaluces que se habían venido a trabajar hacía un año a Londres y que había conocido en un supermercado. Ambos trabajaban como camareros en un hotel. Era increíble la de anécdotas que podían contar. Eran primos. Juan tenía veinticinco años y Lucas treinta. Juan era un tío normal, con ojos y cabello castaños y actitud risueña. Lucas ya era otra cosa: era moreno, de piel color canela, más oscura que la mía, y tenía unos ojos oscuros con una mirada muy atractiva. Era un tío divertido y muy interesante. Un cinéfilo de pies a cabeza. Me gustaba hablar con Lucas sobre el cine de los ochenta. Nos habíamos acostado en un par de ocasiones. Era un tío muy parecido a mí en ese aspecto. Le gustaba el sexo, pero sin complicaciones ni florituras. Al día siguiente no había promesas ni mensajitos. No descartaba un tercer encuentro y, por la forma en la que me estaba mirando, estaba segura de que él tampoco lo hacía.

Alice también había venido. La habíamos conocido una noche en un bar de copas. Era de Manchester y se había trasladado a Londres para vivir con su novio. Él era abogado y ella trabajaba en un banco. El problema es que su novio la había dejado por una compañera del despacho, al parecer una chica un poco más alta, más guapa y más novedad. La habíamos conocido un par de semanas después de que él la dejara. Habíamos vivido prácticamente todo el proceso de ruptura. En el inicio, cuando no podía parar de hablar de él, y se la veía triste y apagada. Ahora ya estaba en otra fase, en la de la venganza. No hacía más que acostarse con tíos y subir las fotos a las redes.

También habían venido Nolan y Eva. Ella era amiga mía, había llegado a Londres hacía dos años con la idea de quedarse un verano en Inglaterra. Nos habíamos conocido en mi local de artículos de pintura y bellas artes. Eva dibujaba cómics. Tenía gracia e ingenio, por lo que los cómics resultaban muy divertidos. Era una rubia espectacular de piel blanca y ojos verdes. Llevaba mechas californianas y, aunque durante un tiempo había tenido el pelo corto, había regresado a sus orígenes y ahora lo llevaba largo otra vez. Era guapa. No me pasó desapercibido cómo la había mirado Adrián. Era de ese tipo de chicas que te giras para verlas dos veces y, desde luego, parecía del estilo de Adrián. La verdad es que juntos harían una bonita pareja, como los muñecos de una tarta de novios. El caso es que Eva ya estaba pillada. Tenía novio y no era un novio cualquiera. Nolan era espectacular. Era un tipo alto de espalda ancha. Tenía un largo cabello rubio que siempre mantenía recogido hacia atrás, una cuidada barba rubia y unos impresionantes ojos azules. Llevaba varios tatuajes, uno en la parte superior de la espalda y una pulsera de espinas en su mano derecha, acompañada de cuatro cruces en las cuatro falanges de

esa mano. Nolan era de ese tipo de hombres que tienen cierto aire de misterio que los hace muy sexis. Tenía un bagaje personal que incluía una madre que había fallecido de cáncer, una mala relación con su padre y una exnovia con problemas depresivos. Eva había llegado a Londres desde España, para pasar un tiempo y volver a su tierra antes de que terminara el verano. Se conocieron porque eran vecinos de la misma plaza. Él tenía un pub irlandés a tan solo unos metros del edificio en el que Eva había alquilado un estudio. Ella era gallega y había estudiado algo que no la hacía del todo feliz. Nolan llegó a su vida en un momento en el que ella trataba no solo de recomponer su corazón, sino de conocerse a sí misma. Su historia de amor había sido una historia de las que a Michael le encantaban: con altos y bajos, de encuentros y despedidas. Un amor complicado que te sorprende cuando menos te lo esperas. Tan solo había que observarlos con detenimiento para comprender hasta qué punto estaban enamorados. Y Adrián, que tonto no era, lo vio bastante rápido.

—Llevan dos años juntos —le susurré.

Adrián volvió sus ojos verdes hacia mí y esbozó una sonrisa.

—Torres más altas han caído, pero no me interesa.

—Esa torre no caería, créeme.

—¿Vas a desviar mi atención a todas las otras chicas del grupo?

Me encogí de hombros.

—Solo he hecho una apreciación, en vista de cómo la miras. Es muy guapa.

—Tú eres más interesante.

Me reí: yo era más interesante. Eso era casi como decir: tú eres muy mona. Mona se les decía a las chicas que no eran espectaculares y, para que engañarnos, Eva a mi lado era como Miss España. Adrián comprendió rápidamente su metedura de pata.

—No he dicho que ella sea más guapa que tú. Sois diferentes. Ella es impresionante, está claro, pero tú eres más atractiva.

Lo miré con cara de «eres un mentiroso».

Adrián se acercó un poco más a mi oído, poco le importó la miradita que Michael nos estaba echando. Se le olvidó eso que había dicho de que podíamos ser amigos cuando susurró:

—Tú me das más morbo.

Lo observé muy seria.

—¿Quieres que te diga qué me da tanto morbo? —preguntó levantando una ceja.

Sentí el sol moviendo los mechones que se habían soltado de mi moño. Llevaba un bikini negro, unos *shorts* vaqueros y una camisa blanca. En vista del calor que hacía me había quitado la camisa, pero permanecía sentada con los *shorts* vaqueros puestos de los que había soltado el botón. El bikini de triángulo negro recogía perfectamente mis pechos, en cierto modo porque no eran demasiado grandes.

Miré a Adrián. ¿Quería que dijera algo más? Solo había dos opciones: o era una cursilería romántica o era algo subido de tono. Por su mirada supe que era la segunda opción.

—Mejor no —repliqué marcando la distancia entre nosotros.

—Está bien —aceptó.

—¡Ros! —me llamó Lucas reclamando mi atención.

—Dime.

—Me encantan los sándwiches que has preparado.

—Gracias, me alegra que te gusten.

Michael hizo una mueca.

—¿En serio? ¿Se puede mentir más? —comentó mi amigo—. Si sigues preparando este tipo de cosas pronto seremos veganos.

Sonreí.

—No va a pasar nada porque bajes el consumo de carne. Es saludable, en serio.

Michael frunció el ceño. Seguía de uñas. Sabía que toda aquella actitud era por Jaime, por algún lado tenía que sacar su frustración.

—A mí me gustan —comentó Adrián.

—Tú estás sumando puntos, romeo —comentó Michael—. Pero no te va a servir de mucho porque estás pinchando en hueso.

Me limité a sonreír para quitarle importancia. En todo caso, solo lo habíamos oído Adrián, Lucas, Michael y yo. El resto estaba enfrascado en otra conversación.

Lucas miró con atención a Adrián, quien le devolvió la mirada. Me pareció una lucha de testosterona innecesaria y anticuada. Pero Michael requirió mi atención sobre otra mirada intensa, y era la de Alice. Desde luego, podía estar hablando con Eva, pero tenía toda su atención centrada en Adrián. Se lo estaba comiendo con los ojos. Me molestó ligeramente, y el hecho de que me molestara me molestó todavía más.

—Romeo —le reclamó Michael—. ¿Qué te parece si centras tus conquistas en tierras más fácilmente explorables?

Adrián comprendió que se refería a Alice y esta sonrió con rapidez. Ella le hizo una pregunta sobre su vida y ambos se enzarzaron en una conversación. Sin embargo, Adrián no centró solo su atención en ella, sino que dirigía la mirada hacia mí de vez en cuando. Decidí levantarme y preguntarle a Eva si le apetecía ir a dar una vuelta.

Dejé mis *shorts* sobre la toalla y no me pasó desapercibida la mirada que me echó Adrián mientras me los quitaba. Caminé con mi bikini negro al lado de una espectacular Eva que llevaba un bañador rojo.

—¿Qué tal todo? —preguntó mientras caminábamos.

—Bien. Sigo preocupada por el tema del alquiler, pero espero llegar a un acuerdo con el dueño.

—Ya, es que es una faena. Llevas ahí muchos años.

Me encogí de hombros. Llevaba un mes en un tira y afloja con el propietario del local. Tenía un negocio que me había costado mucho arrancar. La gente ahora me conocía y tenía una

clientela fija. Si me movía de sitio tendría que empezar de cero. La gente era muy pragmática y solía ir a donde le quedaba más cerca. Seguramente conservaría un par de clientes, los más fieles a los que no les importaría desplazarse, pero la mayoría estarían perdidos. La zona se había encarecido muchísimo. Conseguir un local con las mismas características por allí sería imposible.

—No sé. Está empeñado en subirme doscientas libras de alquiler de golpe, y eso es mucho.

—Sí, sí que lo es. ¿Y has echado un ojo a lo que se alquila por la zona?

—Sí, y no hay nada. Los únicos locales que he visto se me salen por completo del presupuesto. Es una locura lo mucho que se han encarecido los alquileres últimamente.

—Eso es cierto. Nolan les mantiene el mismo arriendo a sus inquilinos, pero ya me comentó que está perdiendo dinero porque todo el mundo los está subiendo. No sé qué hará en la próxima revisión del alquiler.

Pensé en Nolan. Era el propietario de un edificio entero. Uno pequeño de cuatro plantas, pero todo suyo. Él regentaba el pub, y ambos vivían en la primera planta situada encima del pub. Los pisos superiores los tenían arrendados. Mientras Nolan percibía dos alquileres, yo tenía que pagar dos: el del piso y el del local. Eso era mucho para alguien con mis ingresos. Hasta ahora lo había llevado bien, pero suponía vivir siempre al límite. Había épocas mejores y otras peores. Mucha gente dejaba de pintar durante las vacaciones de verano y bajaban las ganancias. Pero en otoño solía remontar la cosa. Además, de vez en cuando vendía alguna obra, y eso siempre me daba un plus de ingresos.

—Bueno, ya veré cómo lo soluciono.

—Oye, por cierto, ¿y ese tío? Es muy mono —comentó mi amiga con una sonrisa.

—Sí, supongo. Para a quienes les guste ese tipo de tíos.

—¿Los guapos y divertidos?

—Los pijos y predecibles.

—¡Qué dura eres! —soltó con una sonrisa—. No me extraña que Michael te llame la Reina de Hielo. Pero si no lo conoces.

—Lo suficiente para saber que no es una buena idea.

—Eso no lo sabes. Es que no te das la oportunidad ni de conocerlo.

—Somos muy distintos, Eva. Eso se ve a simple vista.

—Los polos opuestos se atraen.

Me encogí de hombros.

—Para un revolcón sin complicaciones prefiero a Lucas. Nos entendemos bien.

—Pensé que llevabais meses sin liaros.

—Sí. Ha estado saliendo con una chica, pero parece que lo han dejado. Lucas y yo somos parecidos.

—¿Fríos e insensibles?

—¡Exacto!

Me reí porque sabía que Eva no lo decía en serio.

Fue un día muy agradable. Comimos, charlamos, jugamos a las palas e incluso algunos valientes del grupo se animaron a darse un chapuzón. Entre ellos, Adrián y Alice. Por supuesto, hicieron aguadillas y él aprovechó para abrazarla. Adrián sin camiseta estaba muy bien. No tenía grandes músculos, pero sí estaba marcado. Tenía un pecho bonito y un vientre plano. Curiosamente tenía algunos lunares en el pecho que le quedaban muy bien. La imagen que dio con Alice en el agua fue de lo más previsible. Aprovechando el juego de salpicarse, Adrián la abrazó. La hundió en el agua y la apretó contra su cuerpo. Por supuesto, Alice estaba encantada. Se reía como si tuviera quince años y el chico guay de la clase se hubiera fijado en ella. Mientras, yo tomaba el sol sentada con Michael a mi lado.

—¿Quieres meterte en el agua? —preguntó mi amigo.

—No. ¿Por qué lo dices? Ya sabes que no me meto en el agua fría ni loca.

—Ya… Lo digo porque no paras de mirar hacia ellos.

Fruncí el ceño. Sabía a la perfección por donde iba Michael.

—No los estoy mirando a ellos. Simplemente estoy mirando el mar.

—*Ok, love!* Si tú lo dices —murmuró con boquita de piñón—. Será entonces que te gusta lo que ves.

Ni contesté, porque con Michael no había que ceder ni un milímetro o te cogía el brazo entero.

—¿Está interesante tu libro?

—Mucho, querida.

—Pues concéntrate en la lectura.

Michael no dijo nada más y el resto de la tarde pasó en un suspiro.

Regresamos a casa con Michael dormido otra vez y Adrián más callado que a la ida. Bueno, para ser justos fui yo la que estuvo más callada. Él trató de sacar varios temas de conversación, pero me limité a monosílabos y a subir el volumen de la música. A mitad de camino, Michael se enzarzó en una conversación con Adrián en la que le hizo un tercer grado. Adrián contestó a todas las preguntas de Michael de forma satisfactoria, menos al tema mujeres. Siempre se salía por la tangente. Si ya se veía que era un ligón, ¿qué tenía que ocultar?

Conseguí largar a Michael para su casa y volver a recuperar mi espacio. Me preparé una pizza para cenar. Una con *mozzarella* y tomates. Me encantaba, a mí me gustaban así, sin demasiados ingredientes.

Justo después de cenar, a eso de las once de la noche, me llego un wasap:

> Adrián: Gracias por lo de hoy. Me ha venido genial conocer gente y despejarme.

Me quedé pensativa. ¿Por qué decía lo de despejarse? ¿De qué quería despejarse? Todavía le quedaban dos semanas antes de empezar a trabajar. Entonces lo pensé. ¿Por qué se habría venido

dos semanas antes? Estábamos en junio. ¿Por qué no disfrutar del verano en España con sus amigos?

Yo: Me alegro. Somos un grupo muy abierto. Siempre está entrando y saliendo gente.

Adrián: Me sorprendió ver a tantos españoles.

Yo: Pues ve acostumbrándote. No sé cuál es nuestro problema, pero los españoles siempre estamos juntándonos con otros españoles.

Adrián: Me han caído genial tus amigos. No sabía que te llamaran Ros.

Yo: Alguna gente me llama Ros; otras personas, Roser.

Adrián: Me gusta Ros. Tiene carácter, como tú.

Me quedé callada.

Adrián: ¿Tienes algo con ese Lucas?

Yo: Eso no es de tu incumbencia.

Adrián: Yo creo que sí lo es.

Yo: ¿Por qué?

Adrián: Porque me gustas.

Silencio.

Adrián: Me gustas mucho.

Yo: Adrián…

Adrián: ¿Qué? ¿No dijiste que no te gustaban los jueguecitos? Estoy siendo sincero y directo. ¿Quieres más sinceridad?

Dudé. Me mordí el labio. En realidad, sí quería saber más. No sabía por qué, pero quería saber qué tenía que decir.

Yo: Sorpréndeme.

Adrián: Se me ha quedado grabada tu imagen con la parte de arriba del bikini sentada estilo indio. Con tu moño medio deshecho y el pantalón de tu vaquero con el primer botón desabrochado. Estabas impresionante.

Yo: ¡No digas tonterías! Estábamos en la playa y hacía

calor.

Adrián: ¿Qué quieres que diga? Te veía y solo podía pensar en bajar la cremallera de tu pantalón y deslizar mi mano dentro.

¿En serio había escrito eso? Cerré los ojos. ¡Dios! Hacía muchísimo calor en la habitación. Lo peor no es lo que él había escrito, lo peor es que me lo podía imaginar a la perfección. A Adrián le gustaba jugar. Me lo había dicho desde el momento en el que lo conocí y ahora estaba jugando. Había conseguido lo que se había propuesto. Me sentía excitada. Podía imaginarme perfectamente sus dedos largos deslizándose por dentro de mis vaqueros. Los dos solos sobre la arena sin nadie más. Mirándonos, sin tan siquiera besarnos. Adrián mordiéndose el labio y cercando la distancia entre los dos. Sus dedos suaves sobre la tela húmeda de mi bikini. Trazando círculos… ¡Basta! Abrí los ojos. ¿Se me estaba yendo la cabeza? ¿Estaba pensando en una escena erótica con el pijo? Quizás debería llamar a Lucas y preguntarle si le apetecía venir a mi casa. Con él no habría juegos psicológicos. Lucas sería operativo y eficaz. Me satisfaría por completo y después seguiríamos siendo tan amigos.

Observé la pantalla del móvil. Adrián seguía en línea. Decidí acabar con todo el erotismo.

Yo: ¡Buenas noches, Adrián! Me voy a dormir.

No contestó nada. Mejor.

Capítulo 7

En el trastero

El lunes no pasó nada memorable salvo el hecho de que recibí un wasap de Alice, pidiéndome el número de Adrián. Yo jamás daba el número de alguien sin preguntar primero, pero, en este caso, me pareció de justicia divina: lo comido por lo servido, ¿no? Le di su número.

El miércoles Alice me preguntó si estaba en casa a la hora de la comida y le dije que sí. Lo que no me esperaba era su contestación: estaba en mi edificio porque la noche anterior había ido a cenar con Adrián. Al parecer era un romántico. La había llevado a cenar a un restaurante muy exclusivo, con velas y todo. Fue atento y detallista, para terminar la noche probando la amortiguación de su colchón. Bueno, lo había dicho con otras palabras porque ella era inglesa hasta el tuétano, pero, salvando la barrera del idioma, ese era el mensaje. Así que Alice aprovechó que se había despedido de Adrián cerca del mediodía y bajó a comer a mi casa. No podía dar crédito: ni a lo rápido que le había resultado a Adrián meter en su cama a Alice, ni al hecho de que a ella le pareciera una buena idea bajar a comer a mi piso antes de irse. ¿Por qué no le había dado de comer Adrián? ¿Acaso no era su invitada?

El colmo llegó mientras estaba apurando un café con mi improvisada invitada cuando recibí un mensaje:

Adrián: Hola, ¿qué haces?

Observé el mensaje y mi enfado se incrementó. No había sabido nada de él en dos días y ahora me escribía después de haberse acostado con mi amiga en repetidas ocasiones. Según ella era increíble en la cama. Me pregunté a qué venía tanto alboroto por un poco de sexo.

Tecleé un wasap rápido:

Yo: Dando de comer a tu invitada. La próxima vez que lleves a una chica a casa, y se quede hasta las 13.00, invítala a comer. ¿No?

Adrián tardó en contestar. Alice no hacía más que hablar del susodicho y mi cabreo iba en aumento. No hacía ni dos horas que su ligue de turno se había marchado y me estaba escribiendo. ¡Lo de este tío era demasiado!

Adrián: No sabía que iba a bajar a tu casa. ¿Estás enfadada?

¿Que si estaba enfadada? Sí, estaba enfadada. Enfadada a niveles estratosféricos. Me molestaba que me hubiera comido la oreja el domingo para en dos días acostarse con mi amiga. Me incomodaba ver cómo, por segunda vez, trataba de ligar conmigo después de acostarse con otra. Me enfadaba enfadarme y no reírme. La Roser normal no se enfadaría por estas cosas, se reiría. Adrián conseguía sacarme de mis casillas.

Opté por no contestar.

Me despedí de mi amiga entre sus suspiros por mi vecino y me fui al trabajo. No volví a pensar en él en todo el día.

El resto de la semana pasó sin pena ni gloria. Lo más apasionante eran los mensajes que recibía de Michael. Estaba agobiado y nervioso. Jaime llegaba el domingo y eso le estaba sacando de quicio porque no sabía cómo actuar con él. ¿No sabía cómo actuar con él después de diez años? La cosa estaba mal. Michael organizó una cena para el viernes por la noche, al parecer necesitaba distraerse. Estaríamos todos: el alemán, el Trío La La La, Nolan y Eva. Bueno, la palabra «todos» variaba según el organizador del evento. Pero en casa de Michael esos éramos invitados fijos con pulsera VIP.

Michael me advirtió que quería un poco de glamur, así que me puse una camiseta plateada de sisas que tenía toda la espalda al aire salvo una tira que unía ambos lados de la camiseta. La acompañé de mis vaqueros pitillos negros y mis zapatos negros de corte salón. Me pinté los labios de granate y me hice una trenza de raíz. Ahumé mis ojos para darle un poco de vida a mi castaño habitual.

Me sentía bastante apática. Esa mañana había ido a visitarme mi casero y había sido horrible. Mi casero del local, claro. La señora Berrie, que era la casera de mi piso, tenía noventa años y era una mujer maravillosa, llevaba cinco años sin subirme la renta. Le encantaba el arte y de vez en cuando me compraba un par de pinturas. Siempre se las llevaba de dos en dos. Decía que a su edad había que hacerlo todo a lo grande. Sin embargo, Gordon era un pelirrojo estirado y apático. Se le había metido entre ceja y ceja la subida del alquiler del local y no parecía dispuesto a ceder. El asunto me tenía intranquila.

Michael me abrió la puerta recibiéndome con una gran sonrisa. Me alegré, al menos no estaba hosco y taciturno como había estado toda la semana. Solo esperaba que su ánimo alegre no cayera en picado cuando desaparecieran los efectos del alcohol. Ya llevaba una copa de vino tinto en la mano y, por cómo lo veía de animado, estaba segura de que no era la primera.

—*Oh, love! You look amazing!* [1] Estás maravillosa.

—Gracias Michael, tú también estás genial —repliqué dándole un beso en la mejilla.

Michael estaba hecho un pincel: camisa negra, vaqueros ajustados y la cabeza recién rapada. Si no me fallaba la vista, había ido a hacerse las cejas y un tratamiento facial. Estaba segura de que quería impresionar a Jaime el domingo. Sonreí, en cierto modo era bonito que se pusiera tan nervioso con su reencuentro. Salvo por el hecho de que el motivo de la intranquilidad era que las cosas no iban bien.

—*Baby*, nadie podría lucir esa camiseta como tú. A la gente normal se le salen los michelines. Pero tú estás cada vez más fibrosa, con tanto correr y tantos abdominales.

Sonreí.

Entré en casa detrás de Michael. En la cocina ya se oía jaleo.

—¿Estás saliendo a correr todos los días?

—Sí, ya sabes que procuro hacerlo. Hay que correr todos los días para no perder el fondo físico.

—*You are my hero*. [2]

Siempre que Michael bebía, comenzaba poco a poco a hablar en inglés. En los últimos años había mejorado mucho con el español y casi nunca utilizábamos el inglés. Pero de vez en cuando volvía a sus orígenes, sobre todo si el alcohol estaba por medio.

—¿Tomarás vino tinto? —preguntó mientras entrábamos en la cocina—. Hay carne.

—Entonces sí.

—Perfecto *love*, te prepararé una copa.

La cocina de Michael era grande. Tenía una larga mesa de madera donde todos los invitados nos repartíamos para disfrutar de cenas que se prolongaban hasta el amanecer, aunque en gran parte de las ocasiones nos trasladábamos a la sala para continuar con la velada. Tanto a Jaime como a Michael les encantaba ejercer de anfitriones.

Era una cocina grande, sí, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de que justo al otro lado del Trío La La La estaba Adrián, con un polo negro de Ralph Lauren con su caballo con jinete blanco en el pecho y el número tres en un brazo. Llevaba unos pantalones blancos tobilleros y unas alpargatas de Tommy Hilfiger también negras con la marca en blanco, rojo y azul. No se podía estar más pijo con aquel caballo en el pecho, ni más guapo. Le había cogido el sol el pasado domingo en la playa y su piel no lucía tan blanca. Seguramente también habría aprovechado para salir a la terraza a tomar el sol. Los que vivían en la última planta casi siempre lo hacían. Susan tenía un par de sillas de playa que siempre dejaba en la terraza y había que coger turno para utilizarlas. Su cabello castaño lucía algún destello rubio. Me miró y sonrió. Sentí ganas de darle un guantazo. ¿Qué es lo que me había molestado tanto? Sí, había tonteado conmigo, pero estaba claro que él tonteaba con todo lo que se moviera.

Desvié la mirada y fui saludando poco a poco a la gente. Cuando llegué hasta el Trío La La La me di cuenta de que Adrián observaba con atención mi camiseta. Y cuando me dio un beso aprovechó para estirar la palma de su mano sobre mi espalda. Sentí ganas de bufar. ¿No le había dicho yo precisamente que no me gustaban esas cosas? ¿No me había reído de cómo había seducido la primera noche a Parchís? Y ahora lo tenía plantado a mi lado, mientras hablaba con él y con el Trío La La La, y el tío mantenía su mano sobre mi espalda. Para colmo comenzó a deslizar su dedo gordo arriba y abajo con una cadencia insoportable. Lo peor era la mezcla de deseo y ganas de partirle la cara que sentía.

Me reí de algo que dijo un componente del Trío La La La y aproveché el jolgorio general para

darle un codazo a Adrián en las costillas.

Me soltó al momento.

—¿Hacía falta ponerse así? —preguntó mientras se llevaba la mano a las costillas.

Levanté la mirada hacia él. Estaba furiosa.

—Yo creo que sí. Sabes perfectamente que no me van esas cosas, lo has hecho a propósito.

Adrián bajó un poco la cabeza para hablarme al oído.

—Para no gustarte, se te estaba erizando la piel.

—Eres idiota.

—Ya me lo has dicho antes.

—No lo recuerdo.

—Quizás no con esas palabras, pero es lo mismo.

—Pues no veo que hagas nada para remediarlo.

—Será que soy un poco cortito.

—Sí, eso desde luego. Me di cuenta nada más conocerte.

—Me pregunto por qué estás tan molesta.

Me quedé callada y lo fulminé con la mirada.

—No puedes estar tan enfadada solo porque me acosté con tu amiga.

Seguí en silencio.

—Así que la única explicación lógica es que estás enfadada porque no me acosté contigo. Creía que no querías.

—¡Y no quiero, imbécil!

—Idiota, imbécil, ¿algún otro apelativo cariñoso?

Estaba enfadadísima y lo peor es que Adrián estaba risueño.

—Sí, uno más: ¡gilipollas! —siseé.

Sonreí con una sonrisa gélida al Trío La La La y me acerqué a Michael para ayudarlo a terminar la cena.

—Rock.

—*Love!* —respondió el anfitrión a mi saludo.

—¿Cómo es que no me dijiste que venía mi querido vecino?

—Quería que fuera una sorpresa.

—Desde luego que lo ha sido —repliqué molesta—. Si me lo hubieras dicho quizás hubiéramos compartido el taxi y sería menos gasto —improvisé tratando de buscar una excusa.

—No valen esas libras ver la cara que has puesto al verlo. ¿Qué te pasa con ese chico?

—No me pasa nada, Michael. Es un gilipollas. Ya sabes que no me van ese tipo de chicos.

—Lo que sé es que no te va nada todo aquello que sea complicar un poco las cosas, querida. Pero ya sabes lo que pienso: necesitas complicarte un poco la vida. Siempre tienes relaciones superficiales.

Me ofendí e iba a replicar, pero Michael me metió un canapé en la boca para que no hablara.

—Hazme caso por una vez. Ese chico te saca de tus casillas, eso hasta yo lo puedo ver. No es que yo esté ciego o algo así. Ese chico te gusta, por eso te pones así. Déjate llevar, a ver qué pasa. A él le gustas, de eso no creo que tengas ninguna duda.

—¡Ni muerta, Michael! —repliqué tras tragarme el canapé.

Michael se rio.

—Va a ser divertido ver cómo ocurre.

Le fulminé con la mirada.

—Bueno, que sepas que no he invitado a Alice para que no tengas competencia esta noche. Aunque bueno, ya sabes que ella no es competencia para ti. Tú le encantas.

—Tonterías.

—Claro que le encantas, querida. Y él también te encanta a ti. ¿Sabes lo que te pasa? Tensión sexual no resuelta.

No contesté nada y bebí un poco de vino. Pero, desde luego, algo me pasaba. Concretar el qué era complicado. La cena fue divertida y pronto me olvidé de Adrián y me lo pasé bien. Era imposible no pasarlo bien en las cenas de Michael, siempre eran de lo más animadas. Me reí mucho y bebí dos o tres copas de vino tinto. Cenamos una carne al horno que se deshacía en la boca. Estaba muy buena, y con el vino bajaba genial. Michael estaba espléndido y muy risueño. Parecía que todos sus fantasmas habían reculado y podía respirar tranquilo. Me preguntaba si quizás Jaime lo habría llamado y por eso estaba tan relajado y distendido. Pero no quise mencionarlo por si acaso.

No me preocupé por Adrián, porque estaba al otro lado de la mesa y casi no coincidimos en la conversación. Le vi charlar animadamente con el Trío La La La. También lo vi tratar de hablar con el alemán. Ahí me dio pena, era muy difícil sacarle cualquier tipo de conversación que fuera más allá de dos frases. A él le gustaba estar sin estar. Era muy introvertido y tenía la cara más rígida que había visto en mi vida. Sin embargo, siempre que podía, venía. Se apuntaba a todo. Era como esa gente que siempre está en los bares y no habla con nadie. Era curioso, pero formaba parte del ambiente, como el mantel de lino que Michael había puesto aquella noche y las luces cálidas.

Tras la cena nos desplazamos al salón. La gente se pasó a las copas, pero yo decidí seguir con el vino tinto. A alguien le pareció maravilloso que jugáramos a las películas. Y la cosa comenzó por el Trío La La La. Nunca se me habían dado bien ese tipo de juegos, era terriblemente mala. Pero, además, ¿qué estaban haciendo esas tres? Aquello parecía el camarote de los hermanos Marx. Me escabullí hasta la cocina, buscando más vino.

Michael también estaba reponiendo su *gin-tonic*.

—¿Qué hacen esas? —pregunté haciendo una mueca.

Michael se partió de risa.

—¡No sé! Algo *crazy*. Tengo miedo de que rompan la lámpara, están muy cerca.

Como siempre que Michael bebía, su español empeoraba. Pero bueno, tampoco es que yo

fuera en ese momento un miembro de la RAE, sentía la lengua medio trabada. ¿Cuánto había bebido? No estaba muy segura. Me había tomado la última copa observando los tobillos desnudos de Adrián, en unos pies que eran bonitos según había podido observar en la playa. Me gustaría pintárselos, coger mi libreta y hacer un esbozo.

—¿No hay más vino? —pregunté buscando la botella.

Michael echó un vistazo antes de sentenciar:

—No. En el trastero, tienes que subir.

—¿En serio? —Hice una mueca.

—¿Por qué no te pongo un *gin-tonic*?

—No. Ya estoy bastante a tono con el vino, no es buena idea pasarme a otra cosa.

—Pues tendrás que subir al trastero —señaló Michael entregándome las llaves.

—¿Vienes conmigo?

—¿Estas *crazy*? Soy el anfitrión. Tengo que vigilar que el Trío La La La deje de hacer lo que quiera que esté haciendo y velar por que mis invitados se lo pasen bien.

Fruncí el ceño.

—Son solo un par de pisos. Vendrás corriendo.

—Yo voy contigo —se ofreció una voz a mi espalda.

Adrián. Su voz reverberó por toda mi piel.

Me giré para verlo.

—No necesito que me acompañes, solo voy a por una botella de vino.

—¿No hace falta nada más, Michael?

Michael cruzó una mirada con él y contestó:

—Sí, yo creo que hace falta cerveza.

—¿Qué dices? —me quejé—. Hay cerveza fría en la nevera.

—Bueno, querida, la cerveza en una fiesta es como los hielos. Siempre hace falta más.

Nos empujó hasta la puerta de entrada y nos echó al pasillo.

Miré a Adrián en la oscuridad. Era como esas pinturas medio oscuras del Greco: con sus colores, su belleza extraña, su atracción fatal. ¡Vale, había bebido mucho!

—¿Te encuentras bien? —preguntó Adrián tendiendo una mano hacia mí.

Me aparté como si su mano sobre mi brazo me quemara la piel.

—Estoy bien, no seas paternalista.

—¡Qué tía! No se te puede decir nada.

—Pues ya lo sabes, así que no insistas. No me gustan los numeritos y lo que acabáis de hacer Michael y tú es un numerito.

Adrián se movió y la luz del pasillo se encendió al caminar.

—¿Por dónde se va al trastero?

—Hay que subir dos plantas —señalé caminando detrás de él.

—¿Escaleras o ascensor?

—El ascensor no sube a los trasteros. Se queda en la última planta de viviendas, así que no merece la pena llamarlo.

Adrián me miró antes de subir las escaleras.

—Eres muy difícil, Ros.

Fue la primera vez que él me llamaba así. Diferenciaba a mis amigos entre los que me llamaban Roser y los que me llamaban Ros. La gente que me llamaba Ros solía ser gente muy cercana, como Michael o como Lucas. También me llamaban así mis amigos de Barcelona de la época del instituto que eran todos, TODOS, unas cabras locas. No estaba muy segura de si me gustaba Ros en su boca. Pero no podía decirle que me molestaba que se dirigiera así a mí, o que solo era para amigos íntimos, porque no era cierto. Eva era una amiga muy íntima y me llamaba Roser. Quizás porque cuando me conoció no le expliqué que la gente que me llamaba Ros lo hacía así por todas las temporadas en las que me había teñido el pelo de rosa. El motivo no era por cómo se escribía el principio de mi nombre, sino por cómo teñía mi cabello de color chicle.

—No soy difícil —refunfuñé escaleras arriba detrás de él.

—Si no eres difícil, ¿por qué siempre tienes el ceño fruncido? Estoy seguro de que en cualquier momento te convertirás en *uniceja* si sigues así.

Me reí, con una carcajada sonora mientras subía los escalones detrás de él.

—¿Ahora te ríes? —preguntó extrañado.

—Sí, por lo de *uniceja*. Es que es un punto de mi anatomía que me tiene bastante obsesionada.

—¿Las cejas?

—Sí, a los quince las tenía muy pobladas. De hecho, pensé que realmente me convertiría en *uniceja*. Te puedo asegurar que es lo primero que examino cada mañana.

—Pero si las tienes perfectas.

—¿Y eso por qué crees que es? Pues por el exhausto examen al que las someto cada día.

—Cómo sois las tías.

Habíamos llegado al siguiente piso, solo nos quedaba uno.

—¿Estás bien? —preguntó Adrián.

—¡Claro que estoy bien! —bramé—. Tampoco he bebido tanto.

Eso era una burda mentira, sí que había bebido mucho. Mucho más de lo aceptable. Mucho más de lo que solía beber.

Adrián me observó.

—Yo diría que sí lo has hecho, pero no quiero sonar paternalista. Lo preguntaba por tus pies, como yo no suelo caminar sobre tacones de cuánto… ¿quince centímetros?

—Son trece, no es para tanto.

—El trece es mi número favorito.

—La gente le tiene tirria.

—Por eso, a mí me da más suerte por quererlo. Todo el mundo le tiene ojeriza.

Me reí.

—Sabes que para ser un tío tan romántico eres muy poco caballeroso. ¿Qué es eso de pasar tú delante escaleras arriba?

Adrián levantó las cejas y con un gesto rimbombante señaló:

—Lo hice por ti, no quería que pensaras que iría mirándote el trasero.

—¿Irías mirándome el trasero?

—Por supuesto. ¿Acaso tú no vas mirándome el mío?

Ni contesté.

—Anda, camina que no vamos a llegar más.

Adrián pasó delante y yo seguí caminando detrás de él.

—Después no digas que no soy caballeroso.

—El más caballeroso que he conocido —me reí mientras le miraba el trasero, por supuesto.

Llegamos al pasillo de los trasteros. La verdad es que salvo por el hecho de que la luz fallaba un poco, era una zona muy decente. Nada de esos trasteros como los de las películas de terror. Era un edificio relativamente nuevo. De hecho, para ser Londres centro, era obra nueva cuando lo compraron. Así que tendría poco más de diez años. En el suelo de aquellos trasteros podías comer.

—El de Michael es el número tres.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —preguntó Adrián.

—¿Michael y yo?

—Sí.

—Bastantes años. Casi desde que llegué de España.

—¿Y cómo os hicisteis amigos? Lo digo porque es evidente que hay mucha complicidad entre ambos, pero también hay diferencia generacional.

—Cierto. Yo tengo casi veintinueve y él ya tiene los cuarenta y dos. Lo conocí justo cuando abrí mi local.

—¿Qué local?

—Mi local de bellas artes. Ya sabes, uno de esos sitios donde se vende pintura, óleos y dibujo. Tengo un negocio. Él dibuja y esa es la conexión, igual que con Eva. Solo que a Eva la conocí hace un par de años. Ella hace cómics. Michael lleva más de un año sin coger un lápiz o un pincel.

Entré en el trastero y dejé la puerta sujeta con un resorte del suelo colocado a tal fin.

Todo estaba pulcro y ordenadísimo. Cualquiera diría que aquello era un trastero. Había un armario donde guardaban de todo y al lado unas estanterías que utilizaba de despensa. Al fondo del todo había varias cajas, entre ellas las de los adornos de Navidad, verdes y rojas. Michael era un obseso de los detalles.

—¿Y nunca ha pasado nada? —preguntó Adrián a mi espalda con interés.

Me giré.

—¿Qué quieres decir?

—Si nunca ha pasado nada con Michael.

Negué.

—Me hiciste creer que sí el día en que te conocí. Que había algo entre vosotros.

—No creo que yo te hiciera creer eso. Creo que creíste lo que quisiste creer.

—¿Es gay?

Sonreí.

—Si crees que es gay, ¿por qué me preguntas si ha pasado algo entre nosotros?

—No estoy seguro. Me tiene despistado… Es muy… Muy…

—No encuentras la palabra, ¿eh? Michael es difícil de definir.

—Muy sexual.

—Eso desde luego que sí lo es.

—Y sensual.

—En cierto modo.

—Le gustan los tíos.

—Por descontado.

—¿Y las tías?

—A veces también.

—¡Joder con Michael, a dos manos!

—¿Eso te importa?

—No, a mí como si le gustan los peces. Me cae muy bien y es un gran tío. Me ha invitado ya en dos ocasiones, no tengo nada de qué quejarme. Solo quería saber si tengo competencia con él.

Me reí.

—Tiene pareja.

Adrián levantó una ceja.

—Es un chico. Tiene novio —aclaré.

—¿Y es algo serio?

—Pues llevan doce años.

—¿En serio?

Parecía sorprendido.

—¿Y dónde está?

—De viaje. Jaime es un prestigioso cardiólogo. Últimamente viaja mucho, está un tanto ausente. Supongo que es difícil hacer equilibrismos entre la vida privada, el hecho de dar conferencias por medio mundo y gestionar la planta de cardiología de uno de los mejores hospitales de Inglaterra.

—Vaya.

Adrián vio una caja de cervezas. La cogió y la sacó fuera del trastero. Yo cogí un par de botellas de vino. Pisé mal con uno de los tacones y medio se me resbaló una de las botellas,

Adrián corrió hacia mí para ayudarme, pero no hizo falta, finalmente no llegó la sangre al río y cogí con más seguridad la botella que se me había resbalado sin que esta llegara a estrellarse contra el suelo.

—Nada, no te preocupes. Son estos tacones.

Antes de que Adrián pudiera darme la réplica, oí un clic.

—¿Qué has hecho?

—¿Qué he hecho de qué?

—La puerta se ha cerrado —dije dejando ambas botellas en la estantería otra vez.

—¿Y qué pasa? —preguntó Adrián.

—Pues que estamos encerrados —repliqué forcejeando con la puerta sin resultado, sabía que solo se podía abrir desde fuera. Aquella puerta era una trampa mortal.

—A ver, déjame a mí —señaló Adrián reiterando el forcejeo que ya había tenido yo con la puerta.

—Sí, no vaya a ser que por ser un tío la puerta se amilane y se abra por sí sola.

—Me da igual que seas una chica o un papagayo, trataría de abrirla igualmente.

Adrián forcejeó y he de reconocer que con un poco más de energía que yo. Pero supongo que no tenía nada que ver con ser hombre o mujer. Tenía que ver con que Adrián no estaba tan bebido como yo.

—No abre —señaló dándose por vencido.

—Ya lo sé. ¿Por qué la soltaste?

—¡Oye, solo quería ayudarte! No sabía que no podríamos salir.

—¿Y por qué pensabas que estaba sujeta? La soltaste del resorte del suelo que la mantenía sujeta.

Adrián meneó la cabeza.

—Eres superborde.

Me mordí la lengua para no decirle que tenía más cerebro el caballo del polo que estaba cosido en su pecho. Pero no lo hice, me pareció una maldad hasta para mí que estaba de manera clara fuera de mis cabales por el nivel de alcohol ingerido. ¿Qué me pasaba con ese tío? Era como esos niños del cole que solo quieren tirarle de las coletas a la niña que les gusta y reírse de ella. Me sentía extraña. Yo, que nunca había sentido ese tipo de impulsos. Yo, que siempre acababa con las relaciones porque me parecía que se desinflaban antes de que llegaran a inflarse del todo. Yo, que nunca había gritado en la cama porque no me habían hecho sentir nada que mereciera un grito. Yo, que había tenido que partirme la cara para salir adelante: hija de una familia de clase media baja con unos padres que regentaban una confitería en Barcelona y que antes habían regentado ya mis abuelos. Que solo había tenido un juguete cada Navidad. Que la primera vez que había ahorrado lo suficiente para comprarme un bolso de marca me había emocionado, no por lo que valía, sino por lo que significaba, por lo que había costado. Y se lo había regalado a mi madre, porque ella nunca había podido comprarse uno. Yo, que odiaba a los

niños que venían los domingos a la pastelería a comprar el postre con sus padres, vestidos con sus minipolos, igual a los polos que vestían sus padres. Que se reían de mí cuando salía a jugar con la pelota delante de la pastelería, porque siempre llevaba alguna mancha de harina. Yo, que no había viajado hasta que había podido pagarme los viajes por mí misma. Que había tenido que trabajar en un pub poniendo copas los fines de semana durante tres años en Londres hasta que despegó mi negocio. A mí que me repateaba todo lo que transpiraba de cada célula del cuerpo de Adrián: desde su aire de libertad ligera, sin cadenas, sin preocupaciones, sin haber tenido un problema real en su vida. Allí estaba yo, encerrada con él en aquellos escasos metros, con una luz tenue. Muerta de sed cada vez que veía su cara perfecta, sus ojos verdes, sus pestañas espesas, su piel canela. Por primera vez en mi vida deseaba a alguien hasta el límite de que me hacía comportarme como una idiota y yo no era así. Nunca era así. Era la Reina de Hielo, ¿no? Eso es lo que decía Michael. Que necesitaba amar de verdad. Amar en mayúsculas. Sentir esa clase de amor que te sacude de arriba abajo. Que te deja sin aliento, que te hace vibrar y llorar. Una clase de amor en el que sientes que el otro se queda con todo el aire de la habitación. Cuando Michael me hablaba de esa clase de amor, sentía pereza. ¿Cómo puede ser bueno sentir algo así?

Pero esto no era amor. Lo que sentía era pura atracción animal. Deseo. Algo completamente irracional. Jamás en mi vida había sido una tía fantasiosa. Nunca, ni tan siquiera cuando pintaba. Era una mujer analítica, racional. Era desapasionada por naturaleza y estaba casi segura de que jamás viviría el amor como Michael. Ni como Eva. Ella era pura sensibilidad. Mis dos mejores amigos eran la antítesis a mí. Pero esas cosas no se podían forzar. No, no era una mujer apasionada. Así que la única explicación para esa atracción tan visceral era la ausencia de sexo en los últimos meses y la ingesta de alcohol que llevaba encima. Por mucho que solo quisiera ver la parte superficial, Adrián no era solo un polo con un caballo. Adrián era un tío seguro de sí mismo, atractivo, risueño y divertido. Demasiado divertido a juzgar por cómo el Trío La La La se había reído toda la noche. No me había mirado ni una vez durante la cena. Además, tenía razón: me molestaba que se hubiera acostado con Alice en vez de conmigo. Lo que más me había fastidiado era haber tenido que hacerle la comida después y escuchar cómo de bueno era Adrián en la cama.

Desvié la mirada. Sentía un calor agobiante.

—Hace mucho calor aquí —señalé pasándome una mano por la nuca.

—Sube todo el calor del edificio y esto no tiene ventilación.

No tenía chaqueta, por lo que no había nada que me pudiera sacar. Mi camiseta ya llevaba toda la espalda al aire. Tan solo era un trozo de tela por delante y en la espalda una tira que unía ambas partes. Ya llevaba el pelo recogido, por lo que eso también estaba ya listo. Lo único que podía hacer era quitarme los zapatos. Observé el suelo de terrazo, inmaculado. Michael debía de ser la única persona que fregaba el suelo del trastero.

Me quité los zapatos.

—Buena idea —comentó Adrián quitándose los mocasines—, el suelo refrigera algo.

Se agachó y se remangó un par de vueltas los pantalones.

Me reí.

—¿De qué te ríes?

—Pensé en hacer lo mismo que tú, pero no me da para remangar nada, mis pantalones son muy ajustados.

Adrián me devolvió una sonrisa divertida.

—Pero estás total, muy sexi. Te lo digo a pesar de que puedas estamparme una botella de vino tinto en la cabeza.

—Cogería una de vino blanco, por tus pantalones.

Nos reímos los dos y me resigné a nuestro obligatorio encierro. Hasta que Michael se diera cuenta de lo que tardábamos, tendríamos que estar allí. Me senté en el suelo y Adrián imitó mi acción.

—¿Por qué has venido a Londres en verano? —me oí decir.

—Ya os lo he dicho. He venido a trabajar con mi primo.

—Ya, eso ya lo sé. Lo que te pregunto es por qué venir en verano y no disfrutar del verano en algún lugar más de playa y fiesta. Seguro que tu primo te acogería en septiembre.

Adrián esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Te parezco el típico pijo que se pasa el verano de fiesta en fiesta en un yate en Ibiza?

Sonreí en respuesta.

—¿No lo eres?

—Pues no, señorita. El yate lo tenemos en Mallorca. En Puerto de Sóller.

Me reí.

—¿Y qué haces aquí?

—Pasar la mejor noche de todo el verano.

Solté una carcajada.

—¿En serio te funcionan estas cosas?

Adrián sonrió tanto que le rieron hasta los ojos.

—Normalmente sí.

—¿Y lo de ser tan zalamero lo sueles ensayar?

—Qué va, me sale de manera natural.

Meneé la cabeza a ambos lados.

—Madre mía. Dirías cualquier cosa por meterte entre las piernas de una chica.

—No exactamente. No me interesan todas las chicas, digamos que unas me interesan más que otras. ¿Qué es lo que te molesta en particular? No tiene nada de malo el sexo sin compromiso.

—No tengo nada en contra del sexo sin compromiso. Al contrario, me parece fantástico.

—¿Entonces? ¿Por qué estás tan reticente conmigo?

Me encogí de hombros.

—No me gustan tus tácticas.

—El azúcar y los polos.

Sonreí.

—El azúcar en especial.

Adrián hizo el amago de ir a levantarse la camiseta.

—Si no te gusta mi polo me lo puedo quitar.

Solté una carcajada.

—No, gracias por el ofrecimiento. Pero salvo que te estés derritiendo de calor, tendrás que aguantarte con el polo puesto.

—¿Quieres saber la verdad? ¿Por qué me vine de Madrid justo en junio?

Adrián dejó de sonreír y me miró con gran intensidad. El aire se había tornado denso y él estaba muy serio. Demasiado.

—Supongo que el yate se habrá hundido o se le habrá torcido una pata a tu poni.

Adrián trató de esbozar una sonrisa, pero no le salió natural. De repente parecía que llevara a sus espaldas una mochila pesada. Muy pesada.

—Hace años que no tengo ponis. Ahora monto caballos.

—Perdona, caballos —maticé.

Adrián me miró muy serio. Juraría que tenía los ojos acuosos y pensé que era otro de sus truquitos para ligar. Azúcar, palabras románticas, ojitos de cordero… Pero había algo en aquella mirada que me decía que no hiciera un chiste. Que mejor no precipitarse, que las mochilas no entienden de si llevas polos o ropa del chino. Que hay cosas que nos pesan y no puedes evitarlas, por muchos ceros que tengas en la cuenta.

—En Madrid me estaba ahogando.

Me quedé en silencio.

—¿Nunca te has sentido como si estuvieras en una habitación rodeada de gente y nadie fuera capaz de verte? ¿Como si el aire se hubiera marchado y no pudieras respirar? Todos siguen respirando con normalidad, pero tú no puedes.

Tardé unos segundos en responder.

—No. Nunca me he sentido así.

El amago de sonrisa que trató de esbozar no llegó a ser ni media sonrisa.

—Eres afortunada. Yo me sentía así a diario.

—¿Y tuviste que salir de la habitación?

Se limitó a asentir antes de contestar:

—Sí. Londres es la ventana por la que salí de la habitación.

No supe qué decir.

Adrián parecía verdaderamente afectado por lo que había dicho. Hasta cierto modo, incluso horrorizado, como cuando dices algo improcedente caminando por la calle y te das cuenta de que

alguien te está mirando porque te ha oído a la perfección. Y, como si fuera insoportable que lo viera así, se frotó la cara con ambas manos y volvió a sonreír. Fue como si se hubiera puesto una careta, volvía a tener el mismo aire de intrascendencia y ligereza. Pero era demasiado tarde, yo ya había visto el dolor en sus ojos. ¿A qué venía aquello?

Como si no pudiera soportar que lo mirara así, Adrián volvió a tomar el control de la situación. ¿Y qué mejor que tratar de ser un gilipollas?

—Eres preciosa. En realidad, sí me gustaría meterme entre tus piernas. ¿Qué me dices? Estamos aquí solos…

Quise sonreír, pero no pude. Había visto algo que me había descolocado.

—¿No vas a decirme que soy un imbécil?

Adrián necesitaba sentir que volvía a tener el control, pero yo ya no estaba para tonterías. ¿Qué le había pasado en Madrid? ¿Por qué había huido hasta Londres?

—¡Anda, déjalo ya! —murmuré incómoda desviando la mirada.

Lo peor es que sí me acostaría con él. Adrián me gustaba y mucho. Me gustaba descarado y sin vergüenza. No pude evitar sentir calor y me removí incómoda. Me levanté y volví a intentar forcejear, pero no conseguía nada.

Adrián llegó hasta la puerta y se colocó detrás de mí, sin llegar a tocarme.

Forcejeé una vez más.

—¡Esto es imposible!

Colocó su mano sobre la mía encima del pomo.

—Déjalo. Solo vas a lastimarte, no abre.

Oí su respiración densa por encima del hombro. La otra mano la apoyó en mi cadera y la subió lentamente hasta la cintura, metiéndose por debajo de la tela plateada hasta cubrir mi piel.

El calor era insoportable. Apoyé la frente en la puerta.

—He bebido mucho —murmuré.

—¿Eso lo dices para excusarte? —preguntó.

Me negué a responder y sentí que depositaba un beso en mi hombro. Subió la mano que tenía apoyada en la cintura por la piel desnuda de mi espalda hasta llegar hasta el hombro donde había depositado su beso. Movió hacia un lado la tira de mi top, de modo que este se escurrió por mi hombro y toda la tela cayó un poco hacia abajo. Cerré los ojos con la frente todavía apoyada en la puerta. Su otra mano seguía sobre la mía aferrada a aquel pomo como si esa fuera la única forma que me quedaba para no perder el control. ¿Qué estaba haciendo?

De repente alguien llamó a la puerta.

—¿Estáis ahí dentro? ¿Roser? ¿Adrián?

Di un respingo y me separé de la puerta pisando el pie de Adrián al echarme hacia atrás. Antes de que tuviéramos más tiempo para reaccionar, Michael entró en el trastero.

—¿Qué estáis haciendo tortolitos?

—¡Nada! —me apresuré a contestar.

Michael frunció el ceño y pasó su mirada de Adrián a mí, fijando su atención en el tirante de mi camiseta que estaba caído.

—Te va a crecer la nariz, *love* —inquirió mi amigo levantando una ceja.

Me sentí incómoda y me coloqué el tirante del top.

—Se nos cerró la puerta —señaló Adrián—. Fue culpa mía, no tenía ni idea de que no podía soltarse.

Recogí mis zapatos del suelo y cogí la botella de vino que había sido la causante de mis desvelos.

Adrián bajó las cervezas mientras charlaba tranquilamente con Michael. En cuanto llegué al piso busqué un hueco para sentarme en el salón y no volví a abrir la boca en toda la noche. Sentí cómo Adrián me buscaba con la mirada en un par de ocasiones, pero no le hice el menor caso. Ni a él ni a Michael, que trató de sonsacarme información.

Despedimos a los invitados y me excusé frente a Adrián, que se ofreció a que compartiéramos el taxi de vuelta. Señalé que yo me quedaba a dormir, y entonces fue Michael el que puso cara rara, pero no dijo nada. Me conocía lo suficiente como para saber cuándo no quería hablar de algo.

Apenas tuve energía para desmaquillarme y meterme con un pijama de Michael en la cama de invitados.

Me costó dormir. El alcohol todavía hacía efecto en mi cabeza, y lo peor es que una vez que me quedé a oscuras el calor trepaba por mis piernas cada vez que pensaba en los dedos largos de Adrián deslizándose por mi espalda, y en el calor de la palma de su mano abierta sobre mi cintura.

—¡No me jodas! —me quejé en un murmullo.

Capítulo 8

Medio francés

Michael todavía dormía cuando salí temprano a la mañana siguiente.

Llamé a un Uber a las ocho y media de la mañana. Al llegar me encontré con Heather en el portal. Era la más mona del Trío La La La y la única heterosexual. ¿En serio? Me saludó con mucha más energía de la que yo tenía. En la segunda frase ya confirmó la obviedad: había terminado la noche buscando un bar con Adrián y, como no encontraban ninguno abierto, acabaron tomándose algo en su piso. Al parecer no habían pegado ojo en toda la noche, ella se marchaba ya porque no le gustaba nada dormir en la casa de alguien a quien acababa de conocer. Tenía guasa la cosa.

Me despedí de ella con una sonrisa y pensé que podría hacer una lista de mis amigas y conocidas e ir poniendo un aspa en aquellas que pasaran por la cama de Adrián, a ver cuántas se quedaban sin marcar. ¿Cómo lo hacía? Mientras subía en el ascensor no pude evitar recordar sus dedos largos y suaves recorriendo mi espalda. No tenía dudas de cómo lo hacía.

Tras una larga ducha y ponerme una ampolla de sérum mágico en la cara, me eché a dormir otro par de horas. Ese sábado no pensaba ir a trabajar.

Me levanté cerca de la hora de comer con un Londres lluvioso, y decidí que irme a comer a mi centro comercial favorito y hacer algunas compras, era un plan maravilloso para un sábado pasado por agua.

Después de comer, me perdí en una de mis librerías preferidas. Tras seleccionar varios títulos, estaba valorando qué libros iba a comprar y cuáles dejar en su sitio cuando sentí vibrar mi móvil. Era un mensaje de Adrián:

Adrián: ¿Qué te parece una tarde de cine?

No contesté.

Adrián: Me han dicho que la nueva de Thor está muy bien.

Me pregunté si habría visto alguna de Thor en toda su vida. Lo que seguro había visto era mi colección de cómics del superhéroe que tenía en la librería de mi salón.

Cerré el teléfono y me lo metí en el bolsillo.

No daba crédito. ¿Cuánta energía tenía Adrián? ¿Acaso no había dicho Heather que habían estado sin dormir toda la noche? Eran las cuatro y media de la tarde, ¿cómo podía estar

escribiéndome? Tenía a Parchís, a Alice y a Heather, que se fuera al cine con una de las tres o con las tres.

No habían pasado ni cinco minutos en los que yo seguía debatiéndome entre dos libros cuando mi móvil sonó. Lo cogí sin mirar la pantalla mientras leía la sinopsis de mi última elección.

—*Hello?*

—¿No vas a contestarme?

No sé por qué había dado por sentado que era Michael.

—¿Adrián?

—Claro. ¿Coges el teléfono sin ver quién llama?

—Estaba distraída —contesté levantando la mirada del libro.

—Oye, el cine es a las seis. He preferido llamarte para que no se nos pase el tiempo mientras decides contestarme.

—Creía que ya te había contestado.

—No me has dicho nada.

—¿Y esa no te parece suficiente respuesta?

—Oye, pensé que podíamos ser amigos.

—Lo de anoche no fue muy de amigos.

—No pasó nada en el trastero.

—Ya… —Tamborileé con mis uñas sobre el libro—. Supongo que estás acostumbrado a ir por ahí besando los hombros de tus amigas.

—En ocasiones —contestó risueño.

Me mosqueé.

—Oye Adrián, creo que no estamos en la misma onda. No me importa que te integres en el grupo. Somos un grupo muy acogedor y está claro que a Michael le has caído en gracia. —Obvié decir que al sector femenino también—. Pero sinceramente, no creo que nosotros vayamos a ser grandes amigos.

Supongo que no le gustó lo que estaba oyendo. Y los dos éramos lo bastante mayorcitos como para saber por qué no íbamos a ser grandes amigos: porque teníamos ganas de tener sexo, y los buenos amigos no tienen maratones de sexo. Adrián me ponía nerviosa. Casi sentía celos de las tías con las que se había acostado, y yo no era así en absoluto. No había sido celosa en toda mi vida y no me sentía cómoda con aquella pérdida de control cada vez que estaba cerca de él. Era una tía pausada, una tía controlada. Me gustaba vivir mi vida con tranquilidad y no despertarme con la sensación de haber dado vueltas toda la noche. Quería distraerme una tarde de sábado comprando libros y tomando café. ¿Acaso no era maravilloso poder disfrutar de la compañía de una misma?

La idea de ir con Adrián al cine y meternos mano en la última fila como si fuéramos quinceañeros, para acabar follando en el baño del cine, se cruzó por mi mente. El calor en mi

estómago hizo una bola y no tenía ganas de sentirme así. Era frustrante. Prefería mil veces llamar a Lucas y echar un polvo. Lucas no me invitaría al cine, no me marearía, sería operativo y eficaz. Adrián me sacaba de mis casillas y me volvía loca. Nunca me había sentido así y casi podía ver la cara de Michael riéndose y diciéndome: «Torres más altas han caído».

—¡Ayer no pasó nada! —repitió Adrián—. Tú misma lo dijiste: bebimos demasiado. En serio me gustaría que fuéramos amigos, no conozco a nadie en la ciudad.

—Pues para no conocer a nadie, te has acostado ya con unas cuantas.

Sé cómo sonó. Como una idiota celosa, y si Adrián fuera el imbécil que yo pensaba me hubiera contestado: «Pues para no importante, bien que llevas la cuenta». Pero Adrián no era tan imbécil y contestó algo mucho más elegante.

—No conozco a nadie de verdad.

Me quedé callada. Estaba molesta.

—No me apetece, Adrián. De verdad.

De repente, los dos estábamos muy serios. ¿A qué venía tanto drama?

—Está bien —claudicó.

El silencio se extendió incómodo entre nosotros. De pronto una señora me pidió paso porque quería ver un libro en el tramo de la estantería donde yo me había quedado plantada.

—Hablamos otro día —señaló Adrián—. Te dejo, que estás liada.

—Sí, hablamos —colgué agradeciendo que Adrián pusiera fin a aquella conversación.

Tras mis compras de libros me senté en una cafetería muy acogedora en el propio centro comercial. La habían abierto hacía poco y no había tenido ocasión de conocerla antes. Tenía un estilo *vintage* y su nombre no podía gustarme más: The Crown. Me senté en la zona de sofás y disfruté de un café con leche grande mientras comenzaba una de las lecturas que había adquirido.

Llevaba un rato leyendo cuando Eva me escribió para ir a cenar y salir de fiesta con ella, Nolan y un par de amigos. No acepté su invitación. Quería un sábado tranquilo, no era de ese tipo de personas que necesitan estar siempre acompañadas. Se me había pasado la resaca, pero todavía estaba cansada. Una peli en mi casa me parecía un plan perfecto para esa noche de sábado.

Mi café se vio interrumpido por la llamada de Michael.

—*Love*, he llegado a la conclusión de que somos unos completos animales.

—¿Cómo?

—Llevo tres horas limpiando y la casa sigue oliendo a tabaco y a alcohol.

—No sé por qué dejas que fumen en las fiestas.

—Es que ya sabes que nunca he sido de prohibiciones, pero esto está yendo lejos. Encontré una colilla en el suelo del salón. ¡En el suelo! *Who was the bastard?* [1]

Dejé mi libro sobre la mesita, al lado de mi taza roja de café. Marqué la página en la que estaba leyendo con el tique de compra.

—Michael, será una colilla que se cayó del cenicero. No creo que nadie la tirara directamente

al suelo. Somos todos bastante mayorcitos, no somos animales salvajes.

—*I am not really sure*.[2] Creo que soy viejo para estas cosas.

Meneé la cabeza.

Uno de los camareros de la cafetería pasó cerca y recogió la mesa de al lado. No pude evitar distraerme echándole un vistazo. Llevaba vaqueros y una camiseta negra. Todos los camareros y camareras llevaban camisetas negras. No era un chico demasiado alto, sería más o menos como yo. Era inevitable pensar que al lado de Adrián resultaría bajo. El recuerdo de su cuerpo a escasos centímetros del mío la noche anterior se coló en mi cabeza. Fruncí el ceño y traté de olvidarme de su voz suave acariciando la piel de mi hombro. Cerré los ojos.

—¿Me estás escuchando? *Hello?*

—Perdona, Michael —contesté abriendo los ojos—. Claro que te estoy escuchando y no me pareces un viejo para nada. ¿Cómo vas a ser viejo para organizar cenas? ¡Solo tienes cuarenta y dos años! Si ya eres mayor para organizar una fiesta, ¿qué vas a hacer el resto de la vida?

—Supongo que solo me queda sentarme en el sofá a ver la televisión y hacer crucigramas.

—No digas tonterías o voy a empezar a pensar en serio que estás atravesando una crisis.

—¡Es que estoy en crisis!

Separé un poco el teléfono del grito de Michael. El gesto no le pasó desapercibido al camarero que levantó la vista mientras pasaba un paño a una mesa cercana. Observó que alguien seguía hablando al otro lado de la línea mientras yo mantenía separado el aparato. No pude evitar esbozar una sonrisa que el camarero me devolvió con una mirada de complicidad. Era un chico muy guapo. Una cara morena de pelo negro y corto, bien peinado. Tenía un *piercing* en la ceja, otro en el labio inferior y gafas de pasta. Aunque era algo completamente superficial, no pude evitar pensar que era de mi rollo. Volví a poner el móvil en mi oreja rompiendo el contacto visual con el camarero. Mi amigo estaba desvariando sobre la edad.

—¡Michael, te juro que no se te cae la piel del cuello! Y no, no creo que tengas andares de viejo. Además, ¿qué es eso de andar como un viejo?

—*Oh, love!* Ya sabes, dando pasos pequeñitos. ¿De verdad que cuando me ves caminando no parezco alguien muy mayor?

—No más mayor de la edad que ya tienes.

—¡Eres un demonio!

—Yo creo que más bien un ángel, porque después de la fiesta de ayer, tener que aguantarte es un verdadero suplicio.

—¿Por qué te quejas de la fiesta? ¿Qué queja tienes túúúú? —y arrastró el «tú».

Vi cómo el camarero iba hacia la barra con su bandeja cargada y no pude evitar darle un repaso a su trasero.

—No es que me queje, es que bastante fiesta tuvimos ayer y, aunque sorprendentemente ya no tengo resaca, no estoy para aguantar tus lamentos.

—¡Oh! ¿Lo ves? ¡Yo sí soy muy mayor! Tengo una resaca terrible.

Me reí.

—Cambiando de tema. ¿No vas a contarme qué pasó con tu vecino?

Me sentí incómoda, pero traté de que no se me notara.

—No pasó nada con Adrián.

—*Sure?* No parecía que no hubiera pasado nada cuando entré en el trastero.

Bufé.

—De verdad que no pasó nada, Michael.

—Pero pudo pasar…

Suspiré.

—*Oh, come on!* Tú nunca mientes. ¿Vas a mentirme ahora? Si haces eso, dejaré de creer en ti y por tanto romperás mi corazón.

Meneé la cabeza.

—Está bien, Michael, no voy a mentirte: Sí, pudo haber pasado algo, pero no pasó. ¿Contento? Dejémoslo estar.

—*Oh, love!* ¡Qué gran noticia! Cómete a ese bombón y después cuéntamelo todo.

—No voy a hacer eso. No va a pasar nada con Adrián.

—¿Por qué?

—Porque no me interesa. Además, ya tiene muchas chicas con las que acostarse.

Sentí cómo Michael hacia ruido al otro lado, seguía trasteando tras la fiesta.

—¿Qué más da con cuantas se haya acostado? ¡Ahora la vieja pareces tú!

—No lo sé. Supongo que no debería importarme, en condiciones normales no lo haría. Pero en realidad no me apetece acostarme con alguien que ya se ha acostado con media pandilla en una semana.

—¿Media pandilla? ¡Oh, querida! Qué exageración.

Me molestaba. Sí que me molestaba y eso era lo que más me molestaba: el hecho de sentirme molesta por algo que no debería importarme.

Removí con una cucharilla dentro de mi taza y tuve la certeza de que se me estaba enfriando el café.

—Michael, me voy a tomar el café congelado.

—¿Estás tomando café?

—Estoy en Piccadilly Arcade. He venido a la cafetería tan chula que han abierto hace poco. Estaba disfrutando de un café impresionante con una buena lectura cuando me has interrumpido. Hasta ahora era un plan perfecto.

—Mientras tú tienes un sábado maravilloso, a pesar de esta lluvia, yo tengo que seguir limpiando. ¡Soy una chacha! —gimoteó.

—¡Pues para ya! Seguro que la casa está perfecta, lo que pasa es que estás histérico con la llegada de Jaime.

Sentí como Michael cogía aire.

—¡Sí, no lo puedo negar! —exhaló—. Pienso en Jaime y me pongo nervioso. Estoy como si tuviera quince años, no sé cómo recibirle.

—Por favor, Michael, tienes que tranquilizarte. Llevas con Jaime doce años, ¿cómo no vas a saber cómo recibirle? Pues como siempre.

—No sé, las cosas están muy raras. Me ha escrito una línea para decirme la hora a la que llega y que no vaya al aeropuerto, que ya le acerca uno de sus colegas a casa.

—Bueno, lo dirá para que no tengas que molestarte.

—Es que no es una molestia, a mí me gusta ir a recogerlo al aeropuerto. Esto es terrible, todo está mal si ya no somos capaces de comunicarnos.

Bebí un poco de mi café frío.

—Vamos, Michael, no te agobies. Estoy segura de que lo único que necesitáis Jaime y tú es un poco de tiempo a solas. ¡Anda, deja ya de limpiar y sal a dar una vuelta! O date un baño relajante, eso siempre te funciona.

Michael chascó la lengua al otro lado del teléfono.

—¡Me gustabas más cuando no mentías!

* * *

El domingo salí a comer con unos amigos y volví a casa al final de la tarde. No supe nada de Michael, a pesar de que ese era su gran día. Decidí aprovechar que había bajado ligeramente el calor de la tarde para salir a correr un poco.

Mi rutina de deporte consistía en correr varios días por semana y hacer una tabla de ejercicios. Las tablas de ejercicios me daban bastante pereza, pero había que reconocer que eran buenos para mantener el tipo y la salud. Desde hacía un par de años me preocupaba más que antes por esa clase de cosas: comer bien, hacer deporte, tener una vida activa y menos sedentaria y procurar hacer cosas que sumaran en vez de restar. De ahí el hecho de comer menos carne en los últimos tiempos. Aunque dentro de mis reflexiones sobre la salud no estaba la de aminorar las fiestas ni las copas. Me apunté mentalmente que tendría que reflexionar sobre ello, no sobre reducir las fiestas, sino las copas. El alcohol solo traía malas consecuencias: resacas con grandes dolores de cabeza y la toma de decisiones erróneas. Recordaba de una forma demasiado vívida la noche del viernes y los suaves dedos de la mano de Adrián subiendo por mi espalda. La atracción, la excitación… ¿Podía echarle la culpa al vino?

Terminé mi ruta y regresé a casa mientras reducía la marcha. A los pies de la escalera de mi portal estaba precisamente el causante de mis desvelos.

Adrián se dio cuenta de que me aproximaba. Estaba hecho un pincel: pantalones caqui, mocasines de *borjamari*, camisa blanca planchada de manera impoluta remangada con un par de vueltas, como si fuera un gesto casual. Era un *look* planificado. Su cabello limpio y sedoso caía lacio sobre sus ojos. Me miró con una mirada que no supe descifrar y con un gesto se apartó el

cabello hacia atrás. No me puse nerviosa. No se me encogió el estómago, pero tuve una sensación difícil de explicar. Había una conexión intensa entre los dos.

Dejé de correr antes de llegar a él. Llevaba puesto un sujetador de deporte negro y unos *shorts* grises. Mi trenza rosa estaba ya un poco deshecha y el sudor caía por mi espalda, mi escote y mi frente.

—¿Corriendo en domingo? —preguntó cuando estaba a pocos metros.

—Sí —contesté tratando de retomar el aliento.

—Me gustan tus calcetines —comentó Adrián.

Eché una mirada hacia abajo y confirmé que llevaba unos calcetines tobilleros rosas a juego con mi cabello.

Moví la cabeza a ambos lados divertida, porque era lo único que podía decir para no parecer un cerdo.

Adrián metió las manos en los bolsillos y levantó las cejas. No tuve la menor duda de que estaba tratando de ser lo más bueno posible. Un poco forzado, pero me gustaba.

—Los calcetines son mi prenda de ropa favorita.

Esta vez fue Adrián el que replicó:

—La mía también.

Sonreímos los dos.

—Siento si ayer te molesté —se disculpó—. De verdad que no quería hacerlo. Me apetecía ver esa peli.

Lo miré y dudé. Me pasé el dorso de la mano por la frente mientras desviaba la mirada hacia los edificios cercanos para volver a él.

—Oye, siento si fui un poco borde. Quizás reaccioné de una forma exagerada.

La sonrisa de Adrián se iluminó.

—Bueno, olvidémoslo…

Justo en ese momento un coche rojo aparcó a nuestro lado. Adrián echó un vistazo al conductor y me miró incómodo. Mejor dicho, a la conductora. Quien estaba a bordo no era ni más ni menos que Parchís. Meneé la cabeza asombrada. Parchís me saludó desde el coche.

—Tengo que irme, hemos quedado para ir al cine.

—¡Pues sí que tenías ganas!

Saludé a Parchís con una mano y me encaminé hacia las escaleras.

—Nos vemos —murmuró Adrián antes de meterse en el coche.

Nunca había tenido problemas con la gente que hacía ese tipo de cosas. ¿A mí qué me importaba con cuántas mujeres se acostaba en una semana? No era una mojigata, pero había algo en la forma de actuar de Adrián que me chirriaba. ¿Por qué necesitaba estar con tantas mujeres? ¿Tan mal estaba si pasaba un rato a solas consigo mismo? Una cosa era tener una vida sexual activa, pero parecía como si tuviera que ocupar cada espacio vacío. La mirada que me dedicó antes de meterse en el coche tenía algo que no había visto con claridad hasta ese momento.

¿Angustia? ¿Soledad? No estaba segura de qué se trataba, pero había algo que no encajaba con su eterno aire de libertad.

Michael siempre decía que había gente que utilizaba el sexo para exorcizar su mente o para huir. Que cuando eyaculábamos nos liberábamos no solo de nuestros deseos carnales, sino que exhalábamos todo lo malo. Nuestros miedos y nuestras peores miserias salían de nuestro cuerpo. El sexo es un rito de liberación. La forma más animal de dejar atrás todo lo que nos atormenta. Para mí el sexo siempre había sido una forma de cumplir con una necesidad física. Nunca había utilizado el sexo como un medio de liberación de otras cosas.

Adrián se subió al coche. Él y Parchís salieron de mi vista.

Traté de no volver a pensar en él el resto del día.

* * *

—¡Creo que ha llegado el fin! —exclamó Michael a mis espaldas.

Di un respingo y solté las llaves que se cayeron al suelo. Eran las cinco y media de la tarde del lunes y estaba cerrando la tienda, fin de la jornada.

Me agaché para recoger las llaves.

—Buenas tardes, Michael —saludé tratando de mantener el drama en niveles de no toxicidad.

—¡No tienen nada de buenas! ¿No me has oído, *love*?

Cerré y me giré para saludar a mi amigo. No sabía nada de él desde nuestra conversación del sábado por la tarde. Jaime había llegado el domingo y supuse que ambos necesitaban un tiempo a solas para estar juntos.

—¿Qué ha pasado Michael? ¿Cómo está Jaime?

—Él está estupendo. Pero nosotros no estamos bien, la verdad.

Quise decir algo para quitarle importancia, porque me negaba a agrandar sus miedos. Por otro lado, lo que observé no era una ridícula exageración. Michael tenía miedo, miedo de verdad.

—Está bien. ¿Vamos a tomar un café?

Michael negó y vi sus ojos vidriosos.

—Si tomo un café me pondré histérico. Preferiría una copa, pero si me meto en el alcohol no habrá fin y llegaré a casa borracho. Eso sería tan patético que le daría a Jaime la última excusa para largarme de su lado de una vez por todas —sentenció—. Me comería una hamburguesa, una con mucho queso, beicon y pepinillo. No fui capaz de dar más de dos bocados en el almuerzo.

—Está bien, vamos a comer algo.

Michael negó nuevamente.

—No podré comer, la verdad. Tengo el estómago cerrado. Vamos a por ese café, pero yo mejor tomo una tila.

—¡Está bien! Vamos.

Una de las características que más me gustaban de Michael es que era capaz de hacer chistes

hasta en los momentos difíciles. Michael era una de esas personas que amaban lo dramático, pero sus dramas siempre eran tragicómicos. Decía que en lo inmenso del universo nuestros problemas eran ridículos, por eso siempre era mejor acompañar las lágrimas de algunas risas. Me gustaba su punto de vista.

Michael estaba pálido y taciturno. Observaba su taza de tila y le daba vueltas y más vueltas con la cuchara.

Alargué una mano y apreté la suya.

Michael levantó la cara y me dijo:

—¡Odio la tila!

—Lo sé.

Mi amigo trató de esbozar una sonrisa y así exorcizar algún demonio. Conociéndolo, sabía que preferiría exorcizarlos por medio del sexo. En la mesa de al lado había un tío muy guapo que le había lanzado un par de miradas, por un momento pensé que quizás eso le animaría.

—Ese tío te está mirando.

Michael le echó un rápido vistazo con curiosidad, pero en su rostro no se atisbó ninguna muestra de agrado.

—Estoy muy mal, Ros. Si no se me mueve un pelo ante un moreno como ese, es que la cosa está mal.

—¿No te gustaría acostarte con él?

Michael hizo una mueca y volvió su mirada a mí.

—No se me levantaría, y no creo que a él le gusten blanditas.

—Me gusta que hables así.

—*Sure*, porque crees que si hablo de penes es que la cosa no está tan mal.

No pude negarlo y asentí con la cabeza.

—El único miembro que realmente quiero ver hace un mes que no lo cato.

Michael hizo una mueca que acompañó con una mirada triste. Me estaba empezando a poner nerviosa y eso que ponerme nerviosa a mí era muy complicado.

—¿Qué pasó, Michael? Deja de darle vueltas a esa cuchara y cuéntamelo. ¿No fueron bien ayer las cosas con Jaime?

—Para que fueran bien o mal tendrían que ir de algún modo. ¿No crees?

—¿Qué quieres decir?

—Que no fueron, en modo alguno. Ni bien ni mal. Jaime llegó tarde, sin ganas de comer. Me dio un pico. El beso más casto de la historia y se echó a dormir.

—Estaría cansado…

—*Jet lag*. ¡Eso es lo que me dijo! Que tenía *jet lag* y se echó a dormir. —Michael parecía herido—. Cuando yo me acosté, él se levantó y se encerró en su despacho a trabajar. Esta mañana se marchó temprano.

—Pero ¿no habéis hablado nada?

—Un poco. Cuando llegó, tomó un té antes de ir a acostarse y me contó un poco sobre las ponencias que había dado. Cosas como los asistentes, los horarios maratonianos que habían estado haciendo. Nada que realmente me importara.

—Bueno, pues entonces no va tan mal la cosa.

—¿Que no va tan mal? Llevamos un mes sin follar. Más de una semana sin vernos y cuando nos vemos me habla de sus ponencias. ¡No podría haber ido peor!

—Ya sabes lo importante que es su trabajo para él.

—*Stop, please!* No digas nada porque lo que está pasando es terriblemente deprimente. Lo pienso y me siento un trasto viejo.

—¡No digas tonterías! Tú no eres ningún trasto viejo.

—Desde luego me siento como la mujer vieja que aparcas a un lado cuando ha perdido su atractivo. Con la diferencia de que las exmujeres se quedan con el piso caro cuando ellos las dejan por su secretaria. *Oh, love!* Yo no tendré ni nuestro fantástico piso porque es de él. —Cogió aire antes de continuar—. Él seguirá siendo un hombre atractivo de pelo gris, mirada profunda y conversación inteligente. Se quedará con sus cuentas bancarias, el coche y el piso. Y yo me iré sin nada, solo con la certeza de que le he dado los mejores años.

—¡Vamos, Michael! Deja de ser tan dramático.

Michael dio un sorbo a su infusión y puso cara de desagrado.

—Parece que te has comido un limón.

—¡Odio la tila!

En ese momento, el camarero de ojos castaños, tras unas bonitas gafas de pasta, que había visto el sábado, pasó por delante de nosotros y atendió la mesa de enfrente. A Michael no le pasó desapercibida la mirada que nos cruzamos. No fue nada deliberado, solo una mirada casual que cruzas con alguien sin la menor pretensión. Sin embargo, entre nosotros había cierta atracción. Algo nada forzado y bastante sutil. Pero no lo suficiente para que a Michael le pasara desapercibido.

—¿Y ese bombón? —se interesó.

—Ni idea, no lo conozco.

—¿No lo conoces? ¿Y esa mirada? *Are you sure?*

Me encogí de hombros.

—Lo vi el otro día cuando vine a tomar un café.

Michael levantó las cejas.

—Ya sé lo que estás pensando y para nada. No he dicho que viniéramos aquí por él. Simplemente me pareció un sitio muy acogedor y por ello quise repetir.

—Claro y no tiene nada que ver con ese moreno de ojos castaños y *piercing* en el labio…. ¡Por cierto, buen culo!

Sí, el camarero tenía un buen culo, eso no podía negarlo. Como tampoco podía negar que ambos nos habíamos cruzado una miradita.

—Sí, es mono.

El teléfono de Michael sonó. En la pantalla se iluminó «Jaime» y se puso nervioso, como si tuviera quince años.

—*Yes?*

Michael se levantó y se alejó para hablar con intimidad. Me alegré de que Jaime lo llamara. Alguien tenía que dar el primer paso para poner fin a tanto distanciamiento.

—¿Quieres tomar algo más? —preguntó el camarero de preciosos ojos castaños y buen culo en perfecto español con un curioso acento.

—Por ahora no, gracias. Estoy esperando a mi amigo.

Sonreí de forma inevitable. De un modo u otro siempre acababa hablando español. Meneé la cabeza.

—Perdona, ¿te he molestado?

—No, en absoluto. Perdóname tú. No me río de nada de lo que has dicho. Es porque me has hablado en español y la verdad es que no sé cómo lo hago, pero para vivir en Londres, acabo casi todos los días hablando en español.

El camarero sonrió y sus ojos castaños rieron con él.

—Estamos en Londres, hay mucha gente que habla español, como hay mucha gente que habla otros idiomas. Créeme, yo estoy aquí todo el día y oigo de todo. Si sé el idioma del cliente, trato de hablarle en su idioma, para que se sienta más cómodo. Es norma de la casa.

—¿Tantos idiomas sabes? —pregunté divertida.

—Cinco, pero no todos igual de bien. El español se me da bien. Mi padre es español.

—¿Y tú?

—Francés.

Asentí. Esa era mi apuesta, pero necesitaba confirmación.

—Mi padre es catalán, de Barcelona.

—Vaya, qué coincidencia. Yo soy de Barcelona.

Y entonces sonreímos los dos. Un poco ridículo y bastante ñoño para mí que era enemiga pública del azúcar.

Alargué la mano y me presenté.

—Me llamo Roser.

—Yo soy Paul. Encantado de conocerte, Roser.

Cogió la mano que le ofrecía y me dio un pequeño apretón. Su mano era cálida.

Justo en ese momento llegó Michael.

—¡Oh, qué maravilla! He llegado en el momento de las presentaciones. Yo soy Michael —señaló mi amigo cogiendo la mano de Paul justo cuando este había soltado la mía.

—Encantado —replicó el camarero un poco desubicado.

Desde la barra le lanzaron una miradita.

—Tengo que volver al trabajo. Si queréis algo más, me avisáis.

Me limité a asentir. Observé cómo regresaba a sus tareas y no pude evitar pensar que era un chico que me llamaba la atención. Tanto como para querer volver a verlo.

—Te lo estas comiendo con la mirada —exageró Michael.

—Eso no es cierto.

—Bueno, querida, todo lo que tú eres capaz de comerte a alguien con la mirada, mi Reina de Hielo. Ya sabemos que las muestras de pasión no son lo tuyo, querida.

Sonreí. Era cierto, para qué negarlo. Pero, por muy desapasionada que fuera, sentía atracción cuando veía a alguien que me gustaba, y Paul me gustaba.

—¿Qué tal con Jaime?

Michael se mordió el labio y confesó:

—Hemos quedado para cenar.

—Bueno, ¡ves! Se han terminado todas tus preocupaciones. Simplemente necesitaba aclimatarse a la vuelta. Tiene muchas cosas en la cabeza, pero estoy segura de que en esta cena os vais a reencontrar.

Pero no fue así. Según me contó Michael un par de días después, la cena fue un completo desastre, pero al menos lo que sí fue bien fue el sexo de después. Aunque tampoco bien al cien por cien, ya que, como me había explicado Michael, para él era tan importante el propio sexo como la intimidad que después se forma entre dos personas que han compartido algo más que un intercambio de fluidos. Ellos se querían, se querían mucho. Llevaban muchos años juntos y Michael siempre decía que el poscoito con Jaime era tan bueno como el propio sexo. Le encantaba que se quedaran desnudos hablando de cualquier cosa. Pero en esa ocasión eso no había ocurrido. Según Michael tuvieron sexo apoteósico, después Jaime se fue a dar una ducha y se encerró en el despacho porque tenía muchísimo trabajo. Michael, que siempre se había caracterizado por hablar sin tapujos de cualquier problema, no fue capaz de decir nada. Se quedó solo entre las sábanas, alimentando el monstruo de sus propios miedos.

Capítulo 9

Cruasanes de chocolate

Durante las siguientes dos semanas mi día a día incorporó una nueva rutina. Esa rutina tenía nombre propio y era mi vecino Adrián. Me lo encontraba cuando salía a correr por Green Park, tanto corriendo él también por el mismo parque, ya que estaba muy cerca de nuestra zona, como yendo yo sola a correr, pues solía cruzármelo en las escaleras de la entrada. Cuando salía o volvía del trabajo también solíamos encontrarnos. Cuando iba a trabajar, solía ser la hora en la que él bajaba a despedir sus ligues. Me lo encontré en una farmacia cercana y hasta en tres ocasiones en el súper del final de la calle. Al final los dos nos reíamos, porque no podía haber dos vecinos que coincidieran más.

Poco a poco comenzamos a tener más confianza. Adrián era una mezcla curiosa entre un joven que buscaba divertirse y un halo de tristeza que se dejaba ver de vez en cuando. Por muchos ratos que pasara con él, no llegaba a discernir el porqué de esa ambivalencia. Pero algo me decía que su búsqueda constante de evasión hundiéndose en cuerpos ajenos tenía que ver con ello.

Mientras tanto, Michael se había convertido en el protagonista de una comedia romántica. Estaba justo en el punto donde la chica tiene el corazón roto porque el chico no le hace ni caso. Obviamente, él era la chica y Jaime era el causante de sus tormentos. Michael era de ese tipo de personas que creían que al mal tiempo había que ponerle buena cara. En la medida que su histeria se lo permitía, prefería enfrentar las cosas con una sonrisa, pero cuando el nivel de drama se disparaba, lo único que quería era meterse en mi piso en pijama y comer. Hasta en eso Michael era fiel a las comedias románticas.

Adrián y Michael habían hecho buenas migas. A pesar de que solo llevaba unas semanas en nuestras vidas, Michael lo había integrado por completo. Cuando venía a mi piso le avisaba para que se bajara a tomar algo. Michael hablaba de sus penas delante de Adrián como si fuera lo más normal del mundo. Me di cuenta de que, aunque Adrián hablaba mucho, realmente no contaba nada de su vida privada. Evadía las preguntas sobre su familia y sus amistades, por lo que no podía dejar de preguntarme por qué no estaba disfrutando del velero que seguro tenían sus padres navegando en algún punto del Mediterráneo en estos momentos.

La única vez que Michael le había preguntado sobre su trabajo, Adrián había comentado que no empezaba a trabajar de forma oficial en el estudio de arquitectura con su primo hasta septiembre. Que durante los meses de verano estaba tomando contacto, colaborando en algún

que otro proyecto, pero de forma extraoficial. ¿Por qué se vendría alguien a Londres en junio si no tiene ninguna obligación laboral hasta septiembre? No parecía tener ni una jornada laboral ni un horario marcado. Las que sí parecían tener horario eran las chicas que salían de su casa justo cuando yo me iba al trabajo todas las mañanas. Adrián no había vuelto a intentar nada conmigo, parecía estar muy ocupado. Estaba comenzando a valorar la teoría de Michael sobre exorcizar sus problemas a través del sexo, quizás Adrián estaba en pleno maratón de liberación de problemas y responsabilidades.

Mientras Adrián tenía sexo en abundancia, yo estaba en plena sequía.

En cuanto a Michael, al parecer el sexo entre él y Jaime era frustrante. No porque no lo tuvieran, ya que en la cama seguían entendiéndose a la perfección. El problema radicaba en que no hablaban de verdad. No habían tenido muchos encuentros sexuales desde que había llegado de Nueva York, pero los que habían tenido eran satisfactorios, salvo por el hecho de que Jaime estaba frío y distante. Desde mi perspectiva, ninguno de los dos parecía dispuesto a enfrentar el problema.

Michael se consolaba con la comida y estaba tanto tiempo en mi piso que parecía que se había instalado a vivir. Pero cuando pasaban un par de días, recogía sus cosas y se marchaba alegando que necesitaba estar solo, a lo cual me daban ganas de contestarle que nadie lo había invitado a quedarse tanto tiempo. La verdad es que la situación comenzaba a ser preocupante, así que procuré acompañar a Michael en las risas cuando estaba chistoso y durante largos ratos de silencio cuando se quedaba ensimismado. Esos días dejé que se instalara y desinstalara en mi sofá siempre que lo necesitara.

La situación empeoró cuando Jaime anunció que se iba a Japón. Tenía unas jornadas en Tokio sobre nuevos avances en cardiología. Michael no fue capaz de abordar el tema del estado de su relación antes de que se fuera. Me comentó que el hecho de que su relación fuera mal era una minucia frente al hecho de que Jaime tenía que trabajar por la salud de todos los corazones del mundo. ¿Qué importancia podía tener el suyo? Así que Jaime se volvió a marchar.

Michael se hundió más. Se atormentaba recordando las noches de pasión que habían tenido y la ausencia de charlas poscoitales. Ahogaba sus angustias en cantidades ingentes de comida y aposentaba sus nalgas en mi sofá para que yo pintara sus manos.

Junio estaba llegando a su fin y los problemas de Michael eran exactamente los mismos que al principio del mes. Los míos también, porque no había llegado a ningún acuerdo con mi casero, que seguía empeñado en subirme el alquiler. Lo único que había logrado era un poco de margen y posponer la subida a septiembre.

Cuando esa mañana sonó la campanilla de entrada al local me esperaba cualquier cosa menos a quien llegó.

—*Morning* —saludé por inercia mientras terminaba un dedo de una de las manos que estaba dibujando.

—¡Buenos días! —replicó una voz conocida.

Levanté la vista y me encontré con Adrián. Sus ojos de niño me miraban risueño, como cuando te sabes el autor de una travesura. Tal cual como cuando pillas a un pequeño con la mano en el bote de las galletas.

—Hola. ¿Qué haces por aquí?

—Sentía curiosidad —contestó observando a su alrededor—. Desde que te conozco, he querido dar un paseo por aquí, pero nunca había venido por esta zona de la ciudad.

—Ya veo.

—El mercado es muy chulo.

—Cierto.

—Y tu tienda es una monada.

Levanté una ceja.

—¿Una monada?

Adrián comenzó a revolotear entre las estanterías de materiales toqueteándolo todo.

—Yo no diría que es «una monada».

La sonrisa de Adrián ocupó todo su rostro.

—Ya… No es muy de tu vocabulario decir «monada» y sin embargo a mí sí me lo parece. Al igual que tu moño.

Fruncí el ceño. Esa mañana me había hecho un moño alto. Mi cabello rosa desteñido compaginaba la raíz castaña con mis ojos avellana. El rosa oscilaba de tonalidad hasta las puntas, donde se mantenía un tono más cercano al original. Me había vestido con un *crop* top blanco de tiras y un pantalón de lino muy cómodo de color gris.

—¿Has venido para hablar de mi peinado? ¿Hoy no trabajas?

Adrián se encogió de hombros.

—No, hoy no voy a ir al estudio de arquitectura. No empiezo oficialmente hasta septiembre, así que tampoco me pueden exigir mucho.

—Qué suerte eso de poder hacer lo que quieras.

Adrián se encogió de hombros.

—Supongo. Estoy trabajando en el proyecto de un edificio. Pero hace bastante calor, aprovecho mejor al caer la tarde y la noche. Soy bastante noctámbulo.

Esbocé una sonrisa.

—¡Ya me he dado cuenta! Quizás por eso te gusta tener tanta compañía.

Adrián caminó hasta el mostrador, mientras yo me mantenía sentada tranquilamente al otro lado.

—¿Molesta?

Sus ojos se hicieron una rendija.

—¿Por qué habría de estar molesta?

—No sé, como al parecer prestas tanta atención a mis visitas.

Iba a contestar que no prestaba ninguna atención a sus visitas, pero decidí no darle réplica.

Mejor no entrar en su juego.

Como no dije nada, Adrián aprovechó para poner sobre el mostrador una bolsa de papel que llevaba en la mano izquierda.

—Te he traído una cosita.

—¿Qué es esto?

—Echa un vistazo.

Y su sonrisa fue una mezcla entre expectación y galantería.

Fruncí el ceño, porque la galantería no tenía nada que ver conmigo. No es que me gustara que la gente fuera desagradable. Pero todos esos tópicos del chico conquistando a la chica no encontraban encaje en mi cerebro.

Abrí la bolsa y saqué una caja de cartón de una de mis pastelerías favoritas que estaba a un par de calles del mercado.

—¿Y esto?

—Michael me dio un poco de información.

Abrí la caja y me encontré con una bandeja de mis cruasanes favoritos: rellenos de chocolate y con azúcar glas.

Adrián me miraba con cierta expectación, como cuando haces algo sin tener muy claro si vas a ser rechazado o no.

—¡Qué bueno! ¿Por qué me has traído esto?

—Sinceramente, quería traerte chocolate. Pero si te traía unos bombones, me parecía bastante probable que me los pusieras de sombrero.

Esbocé una sonrisa.

—¿Unos bombones? ¡Desde luego que prefiero cruasanes!

Adrián suspiró aliviado.

Sonreí. Dejé el bloc y el lápiz y salí de detrás del mostrador. Adrián me observaba con curiosidad. Pasé por su lado y me dirigí hacia la puerta de entrada. En ese momento no había nadie más que él y yo en la tienda, por lo que decidí que siendo las once de la mañana era una hora maravillosa para tomarse un café. Eché la llave a la entrada y puse el cartel de *closed*. Nos quedamos encerrados.

—Vamos, te invito a un café —comenté mientras cogía la caja de la pastelería y me dirigía hacia la puerta que estaba al fondo del establecimiento.

Encendí la luz de la trastienda mientras un curioso Adrián me seguía.

La trastienda era como una habitación multifunción. Tenía una estantería llena de materiales que almacenaba para reponer lo que se iba vendiendo o que sencillamente no me cabía en los expositores. Toda la pared de la izquierda según entrabas estaba ocupada por esa gigantesca estantería. En la pared del fondo habían apilados lienzos en blanco de gran tamaño, guardados al lado de otros lienzos pintados por mí, tenía tantos que ya no sabía ni qué hacer con ellos.

La habitación tenía una mesa bastante grande en medio que utilizaba para todo. Allí comía

cuando no me apetecía salir, y me tomaba el café de media mañana. También la utilizaba para clasificar materiales, secar barnices… En la pared de la derecha había un sofá del Ikea y un perchero, y en la pared en la que estaba la puerta por la que habíamos entrado había un mostrador y un fregadero. Encima del mueble que utilizaba a modo de mostrador estaba mi máquina de café y mis cápsulas preferidas.

Coloqué la cajita de cartón con los maravillosos cruasanes sobre la mesa y le pregunté a Adrián:

—Café con leche, ¿no?

Adrián esbozó una sonrisa y ladeó un poco la cabeza. Pero no en un gesto pretencioso, sino con una felicidad casi infantil.

—¿Te acuerdas?

—No es un detalle muy difícil de recordar. De hecho, creo que Michael te ha invitado a tomarte varios en mi casa.

—Discrepo. Recordar cómo toma el café una persona me parece un detalle importante; demuestra interés por el invitado, aunque al invitado lo haya traído otro…

Sonreí con sorna. Encendí la cafetera y cogí en la nevera un brik de leche.

—No te voy a quitar la razón. Por mi parte, tomo tanto café con leche como solo. Pero me gusta más el café solo y el chocolate ochenta por ciento de cacao. Muy negro.

Adrián puso cara de desagrado.

—El café, como el chocolate, siempre con leche. De hecho, el chocolate con leche y almendras.

—¿Eres un niño pequeño? —me reí—. ¿Prefieres que te prepare un cacao?

Puse en funcionamiento la cafetera y el café cayó sobre la leche en la tacita de Adrián.

—Quizás. Al menos un poco más joven que tú, abuela.

Esbocé una sonrisa mientras me servía mi café solo.

—Hablando de tu avanzado estado de senectud… ¿Cuántos años tienes?

—Cumplo veintinueve este verano.

—Pues sí que eres un poco abuela —musitó Adrián.

Sonreí. Y aunque sabía que él no lo decía en serio, sí que me sentía mayor que él. Eso sin saber qué edad tenía exactamente.

—¿Y tú? ¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete, cumplidos en mayo. ¡Un bebé!

Reí socarrona.

—Tanto como un bebé no creo.

Cogí un cuchillo y corté la mitad de un cruasán de chocolate. Comimos sin poder evitar extasiarnos de lo buena que estaba aquella *delicatessen*. El azúcar glas que cubría parte de la capa exterior del cruasán se mezclaba con el chocolate del interior en cada mordisco. ¡Era una gozada!

—¡Menuda maravilla! Esto está buenísimo.

—Ya lo sé. Es un pecado maravilloso —murmuré mientras bebía un poco de café de mi tacita.

—Acábatelo tú —me ofreció Adrián.

—No, no. Para nada. Ese trozo es tuyo. No quiero que se me vaya todo a las cartucheras.

Adrián levantó las cejas.

—¿Qué cartucheras? Estoy empezando a pensar que eres *Ironwoman* con esa barriga de acero.

Ignoré su comentario y me senté sobre la mesa con los pies apoyados en una de las banquetas. Llevábamos todo el rato de pie y me apetecía sentarme un poco para descansar antes de regresar a la tienda.

—¿Cuántos días a la semana entrenas?

Dejé mi taza sobre la mesa tras el último sorbo de café.

—Intento correr todos los días, pero como mínimo cinco a la semana, y suelo hacer algunas tablas de ejercicios.

Adrián dejó su taza también sobre la mesa y se me acercó. Vi el momento exacto en que había decidido pasar al ataque. Lo observé con atención. Era como un lobo tanteando la mejor forma de atacar a su presa. El caso es que yo de cervatillo tenía más bien poco, y conocía lo suficiente a Adrián como para saber que si tenía una mujer cerca quería meterse entre sus piernas. No podía negar que había atracción entre nosotros, pero seguía convencida de que no teníamos nada que ver. Éramos como el agua y el aceite, y, si bien en otro escenario aprovecharía para tener un revolcón, todas las alarmas me decían que Adrián iba a complicarme la vida. Y yo no era de complicaciones.

Se acercó a mí acortando la distancia que nos separaba. Yo me senté un poco mejor en la mesa de forma inconsciente, solo por tratar de ganar algo de espacio entre nosotros.

—¿Huyes de mí?

—No —sonreí—. Se huye de quien se teme, y yo no te temo en absoluto.

—¿Nada? —preguntó con una sonrisa de galán de los años cincuenta.

—No. Y si sigues poniendo esa sonrisa tan absurda voy a acabar riéndome.

Adrián no cesó en su sonrisa. Al contrario, la ensanchó un poco más en vista de mi comentario.

—¿Te doy risa?

—Un poco. Toda esa parafernalia, me da un poco de risa, ya lo sabes.

—Cierto, me lo dijiste la noche que nos conocimos.

Adrián serpenteó su mirada por mi cara.

—Perdona, no quiero ofenderte es solo que…

—¿Qué?

—Que a veces me pareces un niño que quiere un caramelo. Y otras veces un lobo hambriento.

—¿Y tú eres Caperucita?

—No, desde luego que no. Yo disto mucho de ser Caperucita.

—Pero sin lugar a dudas eres un caramelo.

Solté una carcajada.

—¿Un caramelo? ¿Qué cursilería es esa?

Nos quedamos en silencio. Adrián había acortado la distancia y el aire se había cargado de tensión sexual entre los dos. Igual que cuando habíamos estado en el trastero de Michael.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Adrián.

—En que eres muy previsible.

—¿Soy muy previsible?

—Desde luego.

—Si soy tan previsible, dime en qué estoy pensando ahora.

—Estás pensando en cómo meterte entre mis piernas. Valoras la mejor estrategia.

Adrián se sorprendió por mi sinceridad. Pero tenía muchas más agallas y no estaba dispuesto a amedrentarse.

—¿Y cuál es la mejor estrategia? —quiso saber oscureciendo la mirada.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De cómo de interesada esté yo.

—Pero yo no puedo saber cómo de interesada estás tú. Así que debo presumir que sí estás interesada. Pongamos sobre la mesa que sí estás interesada. Si suponemos que esa es la premisa cierta, ¿cuál sería la mejor estrategia?

—Ser directo, a pesar de lo poco que te gusta.

—Cero azúcar…

—Sí, cero azúcar.

—Ni velas, ni flores, ni cursilerías.

—¡Exacto!

—Y ser directo.

Asentí con la cabeza.

Adrián apenas tardó unos segundos en valorar sus opciones. Y en ese momento me demostró que él siempre se lanza, por muy poca agua que parezca que tiene la piscina.

Depositó sus manos sobre mis rodillas y observé ambas manos sin tener muy claro cuál iba a ser su siguiente paso. Pero no tardé mucho en descubrirlo. Adrián separó mis piernas y las abrió. Solo mi pie izquierdo permaneció encima de la banqueta, ya que, al separar ambas piernas, la derecha se quedó en el aire sostenida por la mano de Adrián que se había colado debajo de mi rodilla. Sentía el calor de su mano por encima de la tela de mi pantalón. Adrián se coló entre mis piernas, sin que su cuerpo llegara a rozar el mío. Separado por unos centímetros. La única parte de nuestros cuerpos que se tocaba era la parte interior de mis muslos que rodeaban sus caderas.

No puedo negar que me sorprendió y no solo eso, sino que me excité por su movimiento tan audaz. Consiguió ponerme a tono sin rozarme. Y sí, había conseguido lo que quería: meterse entre mis piernas.

Lo observé mientras él me miraba fijamente. Con su mano derecha tiraba ligeramente de mí, de modo que mis piernas se abrieron más y él se acomodó entre ellas. El instinto me decía que las cerrara alrededor de su cintura. Eso era lo que quería hacer. Nunca me había parecido tan tenue la luz del techo. Adrián acercó su cara a la mía y como era mucho más alto que yo, y además yo estaba sentada, su cuerpo quedaba ligeramente inclinado sobre mí. Adrián tenía la boca entreabierta y las pupilas dilatadas. Pero no era el único. Estaba tan cerca, entre mis piernas… Tan deseable…, que en ese momento lo único en lo que podía pensar era en lo que me decía el instinto. Y mi instinto me decía que llevaba mucho tiempo sin tener sexo. Si la horda de mujeres que desfilaba por casa de Adrián era sinónimo de calidad, en ese momento me pareció que Adrián era el candidato ideal para acabar con mi sequía sexual.

Apoyé mis manos en su pecho y Adrián acarició el interior de mi rodilla derecha con su mano izquierda. Sentía su calidez a través de la tela, y no me pasaba desapercibido el hecho de que hacía todos esos gestos para acercar su cuerpo más al mío. Sentía su respiración a pocos centímetros de mí. Estábamos a punto de besarnos, pero justo cuando íbamos a hacerlo, Adrián habló.

—¿Qué tal voy? Sin azúcar ni flores.

—¡Ahhh…! ¡No soy de valoraciones! Soy más de práctica que de teoría.

Adrián subió su mano derecha hasta mi cuello y hundió los dedos entre mi cabello.

—¿Qué es lo que te gusta? —me preguntó sobre mis labios.

Sentí cómo con su mano izquierda acercaba mi cuerpo un poco más a él, de modo que en ese momento nuestros sexos se rozaron. No pude evitar moverme de forma natural, buscando su cuerpo. Cerré un poco las piernas para atraerlo hacia mí.

—¡Joder! —murmuró Adrián sintiendo el placer del contacto de nuestros cuerpos.

Prácticamente estábamos moviéndonos el uno contra el otro en busca de liberar la tensión sexual acumulada. La fricción era inevitable.

Cerré los ojos para tratar de ahogar un gemido. Ese era el momento natural para besarnos y dejarnos llevar. Cualquier persona normal se estaría besando ya. Pero Adrián no me había besado y el orgullo me hacía pugnar porque fuera él el que me besara, a pesar de las ganas que tenía de tirar de su camiseta y besarlo yo. Estaba muy excitada y Adrián no era tonto. Eso hasta un ciego lo podía ver. Pero él también lo estaba, por lo que nos manteníamos en tablas.

Arrugué la tela de su camiseta entre mis manos y no pude evitar tirar un poco de él.

—No me has dicho lo que te gusta —murmuró en mi oreja mientras con sus dedos acariciaba mi nuca.

Sentí su mano izquierda subiendo por mi pierna hasta la piel desnuda de mi cintura. La subió por mi espalda y sentí sus dedos largos y suaves. Unos dedos perfectos para unas manos de

pianista o aristócrata del siglo XIX. Hermosas y dignas de observar. Ajenas a los esfuerzos de una vida dura.

—No sé qué quieres saber —murmuré recuperando el contacto visual.

—¡Quiero conocerte! Quiero saber cuáles son tus obsesiones, tus debilidades, tus fetiches. Quiero saber cómo volverte loca y cómo hacerte perder el control.

Y ahí estaba: éramos como el agua y el aceite. Adrián dándole vueltas a las cosas mientras que yo pasaría a la acción sin tanto miramiento. Un poco más de acción y menos de palabrería. ¿Cómo podía soportarlo?

—¡Eso es querer saber muchas cosas! —murmuré a escasos centímetros de sus labios.

—Muchas —aceptó con una media sonrisa.

Se quedó en silencio y subió sus manos hasta mi cuello. Me sujetó la cara con ambas manos justo antes de besarme. El beso de Adrián fue dulce en un primer momento. Casi tanteándome. Queriendo saber cómo iba a responder yo. Adrián sabía a chocolate y a café, una combinación deliciosa. Deslicé las manos por su pecho y, a medida que subía la temperatura, no pude evitar cerrar más mis piernas alrededor de su cintura. Adrián era un jugador rápido. Bajó ambas manos a mi trasero y tiró de mi cuerpo para que la fricción de nuestros cuerpos buscara alivio. Sentí su erección pugnando por salir de su pantalón. Los besos rápidamente abandonaron toda dulzura y eran pura pasión.

Tiré de la camiseta de Adrián y metí ambas manos por debajo de la prenda para poder acariciar la piel de su espalda. La piel de Adrián era muy suave. Sus manos serpenteaban por mi cintura y mi espalda. Pero en ningún momento las subió a mis pechos, a pesar de que era lo más natural. Mi cuerpo pedía liberarse. Jadeé mientras Adrián deslizó su lengua por mi cuello.

—Pensé que no te gustaban los polos ni el azúcar —murmuró provocador en mi cuello.

—Y no me gustan —jadeé sujetándole del cabello.

Adrián se separó un poco de mi cuerpo para coger aliento. Sentí cómo nuestra fricción desaparecía y el aire se colaba entre nosotros. Adrián apoyó ambas manos en la mesa y se separó un poco más para que su cuerpo se tranquilizara. Me quedé jadeante sin entender muy bien por qué se había separado. ¿Por qué no estábamos teniendo sexo en aquel preciso momento? Eso era lo natural. Lo raro era parar de repente.

—¿Qué haces? —pregunté.

Adrián sonrió y con un largo suspiró señaló.

—Detenerme antes de que no pueda parar.

—Yo no te he pedido que pararas.

—No quiero que follemos en la trastienda de tu local.

Me mosqueé.

—¡¿No quieres?!

Adrián se pasó las manos por la cara y después las apoyó en la cintura.

—¡Claro que quiero! Es solo que no quiero que lo acabemos ya. Me gustas más que para eso.

Agua y aceite. No entendía a Adrián. Se tiraba a todo lo que se movía y a mí me iba a dejar con semejante calentón. Si no fuera porque me había traído cruasanes con chocolate le partiría la cara.

—¿A qué juegas? —le pregunté molesta—. ¿Te follas a todas las tías que conoces y no sabes terminar lo que has empezado?

Adrián levantó las cejas. Error. Le había dado demasiada información y poder sobre mí.

—Así que te molesta que me esté acostando con tus amigas.

Alargó la mano para acariciarme el cuello. Pero lo aparté de un empujón.

—¡No digas tonterías!

Me puse de pie y marqué distancia entre nosotros.

Adrián me cogió del brazo para acercarme a él.

—No te enfades. Tú me gustas mucho más que ellas.

—¡Por favor, para! No me interesa —le corté.

Me zafé de sus brazos y recogí las tazas para dejarlas en el fregadero.

—Oye, no te enfades. ¡No quería molestarte!

—Pues lo has hecho de vicio.

Adrián me observó dubitativo mientras yo recogía la mesa y salía de la trastienda.

—Creo que es hora de que te marches.

Abrí la puerta del baño y observé en el espejo el aspecto de mi moño. Me lo arreglé con dos retoques rápidos.

Adrián permanecía en la trastienda observándome sin decir nada.

Apagué la luz y regresé al local con Adrián siguiéndome silencioso. Justo en la entrada había una clienta habitual esperando a que abriera. Le sonreí desde el interior, cambié el letrero y abrí la puerta de cristal.

La clienta me saludó y le dije que estaba tomando el café. Le comenté que podría haber llamado al timbre, que la próxima vez lo hiciera. Observó a Adrián y después a mí. Me pregunté si pensaría que había pasado algo entre nosotros. Era una señora mayor que desde que se había jubilado se pasaba la vida pintando, y yo encantada, claro. Atendí a la señora bajo la mirada de un expectante Adrián. Me estaba poniendo nerviosa con su presencia. La señora pagó todos los materiales que necesitaba y se marchó.

—¿Por qué no te has marchado? —le pregunté en cuanto mi clienta se fue de la tienda.

—No me quería ir así. ¿Podemos hablar de lo que ha pasado?

—¡No! —contesté tajante.

En ese momento entró otra clienta por la puerta y tras saludar se acercó a una estantería.

—Oye, Adrián. Tengo que trabajar y ahora no me apetece hablar contigo, de verdad.

—Pero…

—Pero nada. No me gustan los dramas, ¿vale? Todas estas cosas que haces no van conmigo.

Adrián me miró unos instantes en silencio. Después asintió y se fue.

Capítulo 10

A destiempo

Eché un vistazo a mi móvil. Habíamos quedado hacía quince minutos y ni Michael, ni Eva habían aparecido. Estaba segura de que llegaban tarde por Michael, que era el rey de la impuntualidad. Habían ido de compras después del almuerzo, ya que Eva solo trabajaba por las mañanas y Michael libraba ese día. Iban a ser ya las siete menos cuarto, y nada, no llegaban. Miré mi taza, estaba a punto de terminarme mi café y ni rastro de mis amigos.

Me encontraba en The Crown y ya había saludado a Paul. Era un tío encantador. Había química entre nosotros. Nada explosivo, pero sí una atracción sutil. Observé cómo atendía otra mesa y pensé en el atractivo de los camareros. Eva había visto por primera vez a Nolan cuando este servía una mesa en la terraza de su pub. Además, eran vecinos, vivían en la misma plaza. Cuando se habían conocido, Eva era reacia a tener una nueva relación, pero ¿quién puede poner impedimentos cuando el amor llega con tanta fuerza? Nolan y Eva estaban hechos el uno para el otro. Encajaban como las piezas de un puzle.

Yo era una mujer menos apasionada y mucho más pragmática de lo que mi amiga lo sería nunca. No me importaba en absoluto que Michael me dijera que era fría. ¿Qué le iba a hacer? No podía negar que era la más desapasionada de los tres.

Paul se rio con unos clientes y me revolví en mi asiento. Me gustaba de una manera pragmática: me gustaría acostarme con él y acabar con la sequía de los últimos meses. No me sentiría tan inquieta si Adrián no me hubiera dejado a medias el día anterior. ¿Cómo se le había ocurrido hacer tal cosa? ¿Qué era lo que tenía en el cerebro? ¿Serrín? No había vuelto a tener noticias suyas desde que se había marchado del local, y lo agradecía. Porque la verdad es que no tenía ningunas ganas de volver a hablar con él después de lo que había hecho. ¿Cómo podía haberse controlado en un momento así? ¡Y después decían que yo era la fría! Frío era alguien capaz de detenerse en un momento así para… ¿Para qué, exactamente? Seguía sin comprender las motivaciones de Adrián, pero si tenía ganas de jugar conmigo al gato y al ratón lo llevaba claro.

Observé el móvil y vi un nuevo mensaje de Eva:

Eva gallega: Estamos llegando. En un par de minutos estamos ahí.

Yo: Ok, no te preocupes. Ya terminé mi café, pero me

tomaré otro.

Eva gallega: Perdona. Michael es incorregible de compras y lo de la hora de quedar para él es algo aproximado, ya sabes:)

Paul se acercó a mí.

—¿Te traigo algo más?

Sonreí.

—Todavía no. En unos minutos, cuando lleguen mis amigos. Si me tomo un segundo café ahora, tendré que tomarme un tercero cuando lleguen ellos y con tanta cafeína no dormiré esta noche.

—Yo puedo tomarme cantidades industriales de café y duermo como un lirón —comentó con su bonito acento. Sí que parecía acento francés—. Creo que tomo tanto café que mi cuerpo ya es inmune a la cafeína. Me vendría bien por las noches para mantenerme en vela cuando lo necesito, pero nada.

—¿Por qué necesitas estar despierto? —pregunté curiosa. Quizás no era lo más apropiado preguntarle a alguien que no conoces sobre sus ocupaciones nocturnas, pero él había sacado el tema.

—Estoy terminando mis estudios de ingeniería industrial.

—Eso parece bastante complicado.

—¿Estudiar por las noches o estudiar ingeniería?

—Las dos cosas.

Paul sonrió, y qué sonrisa tan bonita. Era ese tipo de personas que tienen una sonrisa clara. Una actitud neutra y transparente, sin capas de complejidad. Justo como a mí me gustaban las cosas.

En ese exacto momento llegaron mis amigos como si de una horda se tratase, y eso que solo eran dos. Venían cargados de bolsas.

—*Oh, love!* Estoy exhausto —señaló Michael.

—Hola, siento que hayamos llegado tarde. ¡Pensé que Michael no terminaría nunca!

El aludido la observó con una mirada reprobadora y replicó:

—¿Acaso he sido yo quien se ha probado cuatro veces el mismo vestido en diferente color?

Esbocé una sonrisa e hice un gesto a Paul.

—Ahora sí. ¿Puedes traerme otro café? Gracias.

—Otro para mí, pero con leche. ¡Gracias! —solicitó Eva.

—Yo agua, *please*. Estoy a dieta, este cuerpo cuesta lo suyo mantenerlo —comentó con una caída de pestañas que nos avergonzó a todos.

El camarero se alejó mientras mis amigos acomodaban sus compras en los sofás y se sentaban.

—¡Me encanta este sitio! —comentó Michael—. Me rechifla que estemos sentados en estos maravillosos sofás y no en unas tristes sillas.

—Parece que te rechifla más el camarero —dejé caer con sorna—. Te lo acabas de comer con los ojos.

Michael ensanchó su sonrisa.

—¿Celosa? ¿No será que te gusta a ti y por eso no quieres que fije mis ojos en él?

Meneé la cabeza.

—No sé por qué dices eso.

—¡Es muy mono! —apreció Eva echando un vistazo al camarero. Era la primera vez que lo veía—. La verdad es que está muy bien.

—Ya sabemos la debilidad que tú tienes por los camareros —la acusó Michael acomodándose en el sofá—. Pero supongo que tú estarás bien servida, con un tío como Nolan yo estaría *crazy*. Es un hombre divino. ¡Menudo vikingo! Seguro que tiene mucha potencia…

Eva se ruborizó. A pesar del tiempo que llevaba conociendo a Michael, este seguía teniendo la capacidad de sacarla de sus casillas.

—Por favor, Michael, no digas esas cosas. ¡Ya sabes que no te voy a hablar del sexo que tengo con Nolan!

—No sé por qué. Eres tan pudorosa… —siseó.

—¡Déjala en paz! —le repliqué—. Además, así tienes más para tu imaginación. Estoy segura de que cualquier escenario que se cruce por tu cabeza superará la realidad.

Michael esbozó una gran sonrisa.

—*Of course!* [1] Ya lo sabes, *my queen*: mi imaginación no tiene límites.

Nos reímos las dos con cierta condescendencia. Michael no iba a cambiar nunca, de eso no había ninguna duda.

El camarero llegó con nuestra comanda y dejó las bebidas sobre la mesa.

—Si necesitáis algo más, me lo hacéis saber.

Le dimos las gracias mientras se alejaba.

—¡Alucino con que nos hable en castellano! —comentó Eva—. A veces tengo la sensación de que sigo en España, así nunca voy a mejorar mi inglés.

—Hablas bastante bien en inglés, no te preocupes —comenté.

—¡¿Cuándo has comenzado a mentir así?! —preguntó Michael frunciendo el ceño—. ¡Antes nunca mentías! —añadió mirándome con cierto recelo.

—Yo no miento.

—Entre tus medias verdades y lo críptica que eres con algunos temas… Creo que has perdido parte de tu esencia.

Miré a Michael mosqueada. Eva nos observó a ambos buscando a qué se refería Michael porque desde luego no tenía ni idea. Yo sí que lo sabía y obviamente se refería a Adrián. Michael notaba que pasaba algo entre nosotros y había tratado de sonsacarme en varias ocasiones, pero yo no había soltado prenda. No había hecho más comentarios, salvo lo que le había contado el primer día cuando lo había conocido y alguna apreciación sobre el desfile de mujeres que entraba

y salía de su apartamento. No le había contado nada de lo que había pasado el día anterior, pero eso no se podía considerar mentir. No tenía ganas de contarle cómo Adrián me había dejado con un calentón, porque lo único que haría Michael sería reírse de mí. ¡Cómo si no lo conociera! Sabía que había algo, pero no el qué y eso era lo que más le fastidiaba, porque si algo le gustaba a Michael era cotillear y yo siempre había sido muy abierta con él, hasta ahora.

Eva notó la mirada que nos lanzamos Michael y yo, y, como era la persona más discreta del mundo, decidió que lo mejor era no preguntar y cambiar de tema.

—Respecto al camarero, aunque habla un español perfecto, no es español, ¿no?

—No —confirmé desviando la mirada de mi amigo y contestándole—. Es francés.

—Ya me parecía que tenía un acento que se me hacía conocido.

—Tiene familia española —maticé.

Eva asintió.

—Parece que lo conoces mucho… —siseó Michael—. ¿Cuándo os habéis hecho tan amigos?

—Mientras esperaba a que llegarais —señalé vacilona—. ¿Celoso?

—Siempre —aceptó con una sonrisa, alargó la mano hasta mí y me apretó la mía en un gesto de complicidad—. ¡Te quiero solo para mí! Pero acepto que puedas hacer nuevos amigos, sobre todo si son como ese bombón o algún otro… —dejó caer—. ¡Y siempre que me lo cuentes todo!

—Eres incorregible —comenté moviendo la cabeza.

Sonó el móvil de Eva. Era Nolan, que vendría con nosotros a cenar más tarde. Eva habló con él un par de minutos mientras Michael se dedicó a enseñarme todas y cada una de sus compras. Según Michael, cuando estaba mal era necesario hacer terapia y para él no había mejor terapia que una buena tarde de compras.

—¡He dejado temblando mi tarjeta! —confesó.

Eva asintió mientras se terminaba el café con leche.

—Menos mal que te frené, ¡pensé que ibas a arrasar con la tienda! —declaró cuando colgó el teléfono.

—Tú tampoco te has quedado atrás comprando, *darling*.

—Cierto, pero yo no compro marcas tan caras como tú.

Michael hizo un puchero. Parecía un crío de veintitrés años y no un hombre de cuarenta y dos.

—Yo estoy pasando por una crisis y me gustan las cosas caras. ¿Qué puedo hacer?

—¡Nada, nada! —contesté divertida—. Freír tu tarjeta de crédito parece lo más adecuado, sin lugar a dudas.

—Necesitaba renovar mi armario. Me siento viejo y verme con la misma ropa no ayuda nada.

—Te ha llegado con dos años de retraso la crisis de los cuarenta.

Michael me miró con odio.

—Amiga, empiezas a tener menos empatía que una zanahoria. ¿No ves que estoy atravesando la peor crisis de mi vida?

Levanté las manos a la defensiva.

—¡Está bien, Michael! Si estás en plan drama total, cierro el pico.

No pensaba decir nada más, pero sí que empezaba a pensar que al llegar a los cuarenta y dos, Michael había aterrizado de nuevo en los quince años. Se agobiaba y se mordía las uñas pensando en Jaime. Se obsesionaba con la comida y con la ropa, no quería engordar ni doscientos gramos. Michael siempre había sido coqueto y había prestado gran atención a su aspecto físico, pero últimamente me parecía que la atención era excesiva. No le ayudaba en modo alguno estar tan obsesionado con su apariencia física. Era un hombre bien parecido. Pero claro, por muy bien que se mantuviera no tenía veinte años. Hasta ahora eso no le había importado, pero desde que estaba en crisis con Jaime estaba en crisis con todo.

—¿Sabes algo de Jaime? —preguntó Eva.

Michael se limitó a asentir y hacer un gesto de desagrado.

—Sí, está muy ocupado en su gira oriental.

Así había comenzado a referirse a la serie de paradas para dar conferencias que estaba haciendo. Al contrario de lo que yo pensaba en un primer momento, no solo iba a estar en Tokio. Había ampliado la visita e iría a otras ciudades en Japón, e incluso haría tres paradas en Corea del Sur. Jaime se estaba convirtiendo en todo un fenómeno en su campo. Era como una estrella de rock.

En ese momento a Michael se le cayó la máscara, siempre trataba de mostrar su mejor semblante y utilizar comentarios ácidos para no demostrar lo herido que en realidad estaba, pero en ocasiones era inevitable.

—Casi no hablamos. Entre el cambio de horario, sus interminables ponencias, el tiempo de preparación, etc. Cada vez estamos más fríos. *I can't believe this is happening to us!* [2]

La realidad se había impuesto como una pesada losa. Eva dijo lo último que a mí se me hubiera ocurrido preguntar en ese momento.

—¿Os acostasteis cuando estuvo aquí?

Michael se mordió el labio.

—Sí.

—¿Y qué tal? Porque si la piel no ha fallado entre vosotros entonces no está todo perdido.

Me quedé de piedra. No porque me costara hablar de sexo. De hecho, nadie que fuera pudoroso podría tener como amigo a Michael. Era su tema de conversación favorito. Hablábamos de sexo hasta la saciedad. De hecho, Eva era mucho más pudorosa que yo a la hora de hablar de sexo. Pero Michael y Eva tenían algo en común que yo no compartía con ellos: ambos habían tenido relaciones apasionadas. Relaciones donde el sexo transmuta la piel y se te mete por todas las costuras. Para mí el sexo no había pasado de ser algo funcional y en ningún momento había alcanzado el plano astral en el que se movían mis dos mejores amigos.

—Fue muy bueno, y muy malo a la vez, querida —confesó Michael.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el sexo fue magnífico, como en nuestros mejores momentos. Su cuerpo, su piel, sus

caricias, todo, me volví *crazy*… Pero, después del sexo nos quedamos en silencio. ¡No hablamos nada!, ni media palabra.

—¿Tan distinto ha sido?

—*Yes*, *love*. Lo que más me gustaba de Jaime es que él me follaba el cerebro después de follar.

—No sé, Michael, quizás las cosas no estén tan mal como tú las ves. Si el sexo no ha fallado es que seguís comunicándoos, aunque ya no seáis capaces de hablar como antes.

Nos quedamos los tres en silencio. Michael ensimismado en sus propios recuerdos, seguramente preguntándose qué había pasado. ¿Era posible que una pareja que siempre había tenido de qué hablar de repente se quedara sin conversación? ¿Qué los había llevado hasta ese punto?

—No sé cuál es el problema, Michael —señaló Eva—. Pero no creo que sea falta de amor. Una vez me lo dijiste, ¿recuerdas? Que el sexo era pura sinceridad, el sexo no miente.

Michael se quedó mirando a mi amiga y yo volé un par de años atrás, al verano en que Eva había entrado en nuestras vidas. Recordaba aquella conversación en una cena en la que Michael y ella llevaban un par de copas y, cómo no, Michael tenía ganas de hablar de sexo. Recordaba a la perfección cómo Michael se trababa al hablar en español con el alcohol, ahora eso ya casi nunca le pasaba. Tenerme a mí y a Eva como mejores amigas había duplicado sus conversaciones en español. Sí, en aquella conversación Michael se había reafirmado en su teoría de que la piel nunca miente. Las palabras son otra cosa, pero cómo reacciona un cuerpo al otro es algo puramente animal. Algo que no se puede disfrazar ni esconder. Sí, el sexo estaba exento de ese tipo de peajes. Hay cosas en las que no se puede fingir y desde luego el sexo es una de ellas.

* * *

Eran las ocho y media de la tarde cuando llegué a casa después de correr mi ruta habitual. Justo acababa de cerrar la puerta cuando sonó el timbre.

Estaba toda sudada, así que por lo menos me sequé la cara y las manos en la toallita de mano que había dejado en la entrada. Siempre me gustaba dejarla ahí para limpiarme nada más entrar.

Abrí la puerta con la música todavía sonando en mis oídos. Estaba con una recopilación de rock de los setenta, ochenta y noventa: Boston sonaba en mi cabeza.

Al otro lado de la puerta estaba Adrián vestido y peinado de manera impoluta. Llevaba sus pantalones color *beige* de pinzas y una camisa blanca de cuello mao con dos botones sin cerrar. La llevaba remangada de forma aparentemente casual. Sus ojos verdes acastañados se veían más brillantes con el tono que estaba cogiendo su piel. Al parecer, en los dos días que no lo había visto se había tumbado a tomar el sol, seguramente en la terraza del edificio.

Adrián me saludó. Supongo que con un hola, porque Boston seguía a todo volumen. Me quité los auriculares y apagué el móvil.

—Hola —saludé mientras enrollaba los cables de los auriculares alrededor del móvil.

—¿Te pillo en un mal momento? —preguntó tanteando el terreno.

Lo miré mientras él entraba dentro del piso y yo cerraba la puerta todavía poco segura de si me gustaba o no que hubiera venido.

—Acabo de llegar de correr.

—Ya veo —dijo con la cabeza un poco inclinada.

Metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada.

—¿Qué quieres, Adrián? —pregunté sin rodeos acercándome a la botella de agua que tenía al lado del fregadero y llenándome un vaso.

—¿Sabes cuál es nuestro problema?

Ya estábamos: yo haciéndole una pregunta directa y él poniéndose a filosofar. No me molesté en contestar. Bebí el agua mientras me acercaba al fregadero y dejaba el vaso vacío en su interior.

—Nuestro problema es que hablamos idiomas diferentes.

No pude evitar sonreír con cierto cinismo.

—¡Eso desde luego! —Me di la vuelta y me apoyé en el fregadero—. Hace tiempo que me he dado cuenta de que no tenemos nada en común. No hemos podido ni entendernos en lo más básico que hay, y eso que en ese campo no hace falta hablar.

—En eso no estoy de acuerdo.

Adrián se acercó un poco a mí. A pesar de que no podía soportar cierto aspecto de *borjamari* que llevaba tatuado en la piel, la verdad es que me atraía muchísimo. Yo no había estado enamorada antes, ni tan siquiera me había obsesionado con algún tío imposible de alcanzar. Para mí las cosas tenían que fluir de forma natural o no había nada que hacer. No había sufrido como una perra como me había dicho Michael en tantas ocasiones, pero tampoco estaba muy segura de ser en aquel momento la Reina de Hielo a la que él hacía tanta referencia. Sentía la sangre bullendo por todo mi cuerpo. Sentía algo agarrado a mi estómago que no había sentido antes. Una expectación que no tenía nada que ver con lo que había experimentado con anterioridad en mis ligues y rollos.

—Yo creo que sí nos entenderíamos a la perfección en la cama —dijo Adrián sin dar más rodeos.

—Lo dudo mucho. No puedo entenderme a la perfección con alguien que se larga en el momento más crítico.

Adrián apoyó ambas manos en el fregadero dejándome acorralada entre sus brazos.

—¿En serio? —pregunté con incredibilidad.

Adrián sonrió. Sabía lo que yo estaba pensando: que estaba utilizando la cercanía para acorralarme. Ya le había dicho que esa forma de ligar no iba conmigo, que a mí esos numeritos no me gustaban. Como tampoco me gustaban ni los polos ni el azúcar. Sin embargo, allí estaba con las pulsaciones disparadas y prácticamente entre sus brazos.

—¿Estás utilizando la misma táctica que con Parchís?

—Es una de mis tácticas.

—Perdona, claro, que yo digo Parchís, pero que habrá muchas chicas, como he podido comprobar.

—Muchas.

—Y muchas tácticas.

—No voy a negarlo. No soy ningún santo.

—¿Acaso recuerdas con cuántas mujeres te has acostado desde que llegaste a Londres?

—No llevo la cuenta, pero creo que tú tienes alguna idea.

Apoyé mis manos en su inmaculada camisa y lo empujé ligeramente para apartarlo de mí.

—No alucines, Adrián, que no me interesas tanto.

Sonrió, pero no con cinismo. Sonrió feliz, como un niño al que le han concedido el capricho que tanto había pedido.

—¡Sí que te intereso! Pero no te preocupes, que es mutuo.

Adrián acortó la distancia y me besó. Me besó de verdad, y así deberían ser todos los besos: sin titubeos, sin medias tintas, con ganas de saborear. Un beso perfecto que me hizo apoyar las manos en aquella camisa blanca y arrugársela bajo mis dedos.

—Estoy toda sudada —murmuré cuando me dejó coger aliento—. Vengo de correr.

—Estás perfecta —murmuró en mi oído—. ¡Tú siempre estás perfecta!

Me costaba pensar con tanto azúcar. Azúcar del que siempre había huido. Azúcar que siempre me había empalagado y en el que ahora me hundía sin control.

—¡Me encantas, Ros! —susurró sobre mis labios—. Me gustas entera. Te comería desde los pies a la cabeza y no desperdiciaría ni un centímetro. Queda conmigo, vamos a cenar por ahí. Yo me pondré una camisa recién planchada y tú puedes ponerte lo que te dé la gana. Puedes ir con sujetador y pantalones de deporte si quieres.

Me reí.

—¡Eres idiota!

Lo quise apartar, pero Adrián me sujetó las manos por las muñecas y me pegó a su cuerpo y no era una buena idea porque él estaba hecho un pincel y yo no.

—Queda conmigo, vamos por ahí. ¡Quiero perderme contigo!

Y esta vez su voz sonó un tanto dubitativa, como si tuviera miedo de que me fuera a escapar de entre sus dedos. Parecía un niño persiguiendo pompas de jabón. Tenaz y decidido a alcanzarlas, pero con la certeza de que antes o después explotarían. Y así fue, porque yo no sabía qué era lo que quería Adrián. Conocía el reguero de mujeres que entraban en su casa. Sabía que no tenía el menor pudor por acostarse con unas o con otras. Entonces, ¿estaba jugando conmigo? No es que a mí me importara demasiado ser una más, pero para tener sexo no había que disfrazarlo de otra cosa. No es que no pudiéramos ir a cenar. Obviamente iba a cenar con muchos chicos antes de acostarme con ellos. Pero nosotros ya estábamos más allá de ese punto, ya nos

habíamos liado y para mí lo natural era la cama. No entendía que ahora lo que quisiera fuera ir a cenar. Y no podía obviar que en su propuesta había un envoltorio romántico con el que no me sentía nada cómoda.

—No sé a qué quieres jugar, Adrián, pero te estás equivocando de persona.

Adrián se quedó fuera de juego por un momento, tratando de seguirme en mi razonamiento.

—¿Por qué no quieres ir a cenar conmigo?

Me zafé de entre sus brazos y di un par de pasos por la cocina para separarme de él.

—Ya te lo dije. Tú y yo no somos una buena idea.

—No me parecía eso hace un momento.

Observé su camisa arrugada, fingir que no me interesaba era algo ridículo.

—No te voy a negar que hay atracción sexual entre nosotros, pero nada más. Podemos tener sexo o podemos ser amigos si quieres, pero no me apetece ir a cenar contigo en plan parejita. Tú y yo nunca seremos pareja, por lo que toda esta parafernalia no me hace falta.

Adrián se quedó en silencio. El semblante de su rostro se oscureció.

—¿Por qué dices eso?

—Míranos, ¿en serio? —dije sin más—. Sabes que no tenemos nada en común.

—Salvo que nos gustamos.

—Eso no es gustarse —negué con una mueca—. Eso es tener un calentón. Y en tu caso, teniendo en cuenta que te acuestas con todas las que se te ponen a tiro, supongo que insistes por simple costumbre —me encogí de hombros.

—Me gustas y quiero más.

Ahora la que no estaba segura de lo que él quería era yo.

—¿Qué más quieres?

—Quiero más que el sexo.

Me quedé callada.

—No quiero un polvo frío y acabar. Hay más entre nosotros.

Levanté la ceja.

—¿Qué más?

—Eso no lo sé todavía, pero me gustas de verdad —lo dijo sin ningún titubeo—. Quiero más. Quiero pasar tiempo contigo. Quiero hablar contigo. Quiero escucharte y que me hables de lo que quieras. ¡Quiero perderme contigo!

Azúcar. Todo lo que escuchaba era un exceso de azúcar que no estaba segura de si sería capaz de digerir. El caso es que con Adrián el sexo siempre estaba entremezclado con el azúcar, el romance con la pasión.

—Vamos a cenar y háblame de todas esas manos que dibujas. Me pone muchísimo cuando hablas de dibujo.

Me reí porque me parecía absurdo que le excitara el oírme hablar de dibujo. Caminé hacia el salón.

—No digas tonterías. Eso es lo más ridículo que he oído en la vida.

—¿El qué?

—El que te ponga que yo hable de dibujo.

—¿No te pone cuando alguien que te gusta habla de sus pasiones? Te brillan los ojos cuando lo haces. Yo casi diría que tu piel se transmuta. Resulta muy excitante.

Meneé la cabeza y cogí la toalla de mano que había dejado apoyada en el respaldo del sofá grande. Comencé a pasármela de forma mecánica por el cuello y la barriga, aunque en cierto modo lo hacía para tener algo en que ocupar las manos y tratar de huir de la mirada de Adrián. ¿A qué venía tanta palabrería? ¿No podíamos tener sexo y ya? ¿Por qué tenía que hacerlo todo tan difícil?

—¿En serio gastas tanta energía antes de llevarte a alguien a la cama?

No me lo creía al ver todas las chicas con las que se había acostado últimamente. Desfilaban entrando y saliendo de su casa.

—No con todas —aceptó—. Tú me pones para mucho más que un polvo rápido. Contigo tengo ganas de huir.

No lo comprendí en aquel momento. No podía entender qué era lo que me quería decir. Tan solo podía ver a un *borjamari* al que yo le había arrugado la camisa, que contra todo pronóstico me ponía. Mucho más de lo que me había puesto ningún chico en los últimos años. Pero con él, todo se me hacía cuesta arriba y eso me desinflaba.

—No tengo ni idea de qué quieres decir con huir, pero la verdad es que cada vez estoy más convencida de que esto no es buena idea.

Adrián me cortó.

—Huir de todo. ¿A veces no te pasa? ¿No tienes ganas de dar un portazo y dejarlo todo atrás? ¡Cortar con todo!

Los ojos de Adrián me mostraron algo que ya había asomado en algún momento y que no era nada frívolo ni superficial. Había algo, algo que le dolía y seguramente eso era de lo que quería huir. Pero ¿qué era?

—No tengo nada de lo que huir, me gusta mi vida.

—¿Nada? No hay ningún lastre del que te gustaría olvidarte. ¿Ni siquiera responsabilidades de las que te gustaría descansar?

Puse los brazos en jarras.

—Hombre, me gustaría que se encargara otra persona de pagar mis alquileres, pero por el resto no tengo nada de lo que huir. Me gusta mi vida tal y como es.

—¡No sabes la suerte que tienes!

Nos quedamos en silencio. Quizás porque la conversación había avanzado hacia unos lindes que ninguno de los dos tenía ganas de explorar. Él porque había algo que le agobiaba o que le dolía. Y yo porque desde luego no pensaba preguntarle nada en absoluto sobre esa parte doliente que a veces transpiraba.

—Creo que es mejor que te vayas —señalé—. Tengo que ducharme.

Volvió a dedicarme una mirada de su verde más risueño y planteó.

—Puedo esperar si quieres.

—No me parece buena idea.

—¿Prefieres que entre en la ducha?

Esbocé una medio sonrisa, estaba bien aligerar el ambiente.

—Me hubiera gustado hace un rato, pero ahora estoy bastante fría. Es la segunda vez que lo consigues.

—¿Qué?

Y como yo era una mujer sencilla y directa en cuanto al sexo se trataba, contesté:

—Dejarme a medias. Hace un rato cuando me tenías acorralada contra el fregadero, a pesar de que siempre me ha parecido ridícula esa forma de ligar, no te voy a negar que en ese momento sí que me hubiera metido contigo en la ducha, pero es que no me van mucho esas cosas que tú haces.

—¿Frenarme?

Sonreí y me encogí de hombros.

—Exacto. Ya lo hiciste en mi local y esta es la segunda vez.

—Porque ya te he dicho que quiero más.

—Sí, te he oído.

—¡Ven a cenar conmigo! —reiteró Adrián.

Negué con la cabeza.

—No. Tú has frenado dos veces. Ahora soy yo la que lo hace. A mí me gusta que las cosas fluyan de forma natural y aquí —añadí señalándonos a él y a mí—, lo que pasa no tiene nada de natural. —Me encogí de hombros y me encaminé hacia la puerta—. Todavía estamos a tiempo de olvidarnos de lo que pasó, dejemos esto ahora que todavía no ha ocurrido nada.

Adrián me cogió del brazo antes de que alcanzara la puerta de entrada.

—¿No hay cena?

—No.

—¿Nada de flores ni de chocolates?

—No. Las flores ni se te ocurra. Respecto al chocolate, ha estado genial el cruasán, pero dejémoslo ahí.

Adrián me miró con cierto aire de desafío en la mirada, sin soltarme el brazo. No sabía qué estaba cavilando, pero desde luego sabía que no estaba dispuesto a dejarlo estar.

—Entonces, será mejor cambiar de táctica.

No me dio tiempo a reaccionar cuando tiró de mí y me besó. Mi primer impulso fue apartarlo, pero el frío desapareció de repente. Adrián me besó de una forma que echó a patadas cualquier raciocinio. Me aferré a su cuello mientras tiraba de mí sin detenerme a pensar hacia donde me

arrastraba. Giró mi cuerpo y, cuando me di cuenta, ya habíamos tropezado con el sofá. No me dio tiempo a pensar. Me recostó sobre el sofá y él se puso sobre mí.

Adrián colocó su rodilla entre mis piernas rozándome sin ningún pudor. No logré hacer otra cosa que arquearme hacia él, buscando más. Desde luego las flores y el chocolate habían volado por los aires. Colocó un brazo al lado de mi cabeza para poder mantener el peso mientras que con la otra mano me acariciaba la cara sin dejar de besarme.

Deslicé mis manos por debajo de su camisa y acaricié su piel. Era tan suave que parecía la de una chica. Más tarde supe que Adrián eran de los que se embadurnaban en crema hidratante de arriba a abajo.

Nuestros besos no tenían nada de castos. Yo ya estaba a cien mil revoluciones. Los tira y afloja habían llegado a su fin. Me atraía mucho Adrián, era algo animal, incomprensible para mí. Adrián me gustaba, polo incluido y todo. Y si cuando hablábamos no nos entendíamos, en horizontal todas las piezas encajaban. Solo con besarme de aquella manera, con tanta entrega, yo ya estaba lista. Adrián presionaba entre mis piernas con su rodilla, en un gesto que podría haber parecido casual cuando caímos sobre el sofá, pero no, Adrián sabía muy bien lo que estaba haciendo, acariciándome y estimulándome.

—Vamos a la cama —murmuré entre el espacio que me dejaban sus besos.

—Aquí estamos bien.

—Allí estaremos más cómodos —insistí mientras desabrochaba su camisa.

Abrí la prenda y observé su pecho cuando se levantó levemente en el sofá.

—Me gustas aquí —murmuró Adrián mientras me observaba.

Mi aspecto debía ser deplorable. Sudada tras mi carrera y ahora excitada.

Adrián me acarició la cara con una mano mientras me observaba. Pasó su dedo por mis labios con una suavidad insoportable. Yo estaba lista para pasar a la acción, ni siquiera necesitaba más caricias, pero él se recreaba. Lento, despacio, mientras yo sentía que lo que necesitaba entre mis piernas no era su rodilla precisamente. No quería parecer apremiante, así que esperé con expectación mientras él seguía con aquella cadencia bajando su mano en una caricia lenta por mi cuello hasta mi escote.

Mi sujetador deportivo era de los que tenían una cremallera por delante. Adrián cogió la cremallera y la bajó mientras decía:

—Roser, la chica que no quería flores ni corazones.

Me moví como un gato estirándose debajo de él cuando mis pechos quedaron completamente expuestos. Observó mis pezones duros y yo sentí que no era la única que tenía algo duro cuando retiró su rodilla y se agachó para alcanzar mis pechos con sus labios. Adrián era de los que les gustaba retrasar las cosas, como cuando dejas el bocado que más te gusta para el final, pero cuando cogía lo que quería era como un lobo con su presa. Lamió y succionó mis pechos haciendo que yo gimiera en alto y a mí no me gustaba hacer escándalo en cuanto al sexo se refería. Bajó su mano derecha hasta la cintura de mi pantalón de deporte y tanteó la cinturilla. Me

moví para facilitarle la maniobra mientras él deslizaba su mano entre mis piernas buscando la parte más delicada de mí.

—Dime qué te gusta —me pidió subiendo su boca hasta mis labios.

—No soy de las que les gusta dar indicaciones.

Adrián sonrió mientras cierto aire de desafío se dibujaba en sus ojos.

Sentí sus dedos acariciando entre mis piernas, en la zona más sensible. Le agarré el brazo sin poder evitarlo como reacción al sentir una mano extraña tocando mi parte más íntima.

—¡Tranquila! —murmuró sobre mis labios.

El desafío de su mirada había desaparecido y una calidez dio lugar a que me relajara completamente y me abriera más a él.

Adrián comenzó un ritmo cadente sin dejar de trazar círculos. Apreté y cerré las piernas necesitando más, buscando más. Sentía cómo él también quería más. Sus pantalones tapaban su poco disimulada erección que mantenía clavada en mi muslo. Bajé mis manos para tratar de acariciarle, pero Adrián no me dejó llegar hasta él.

—No, espera. Tú solo disfruta.

Siguió y siguió mientras yo estaba a punto de subirme por las paredes. Necesitaba más, quería más. Entonces sentí como hundía sus dedos en mí.

—¡Vamos a la cama! —murmuré tratando de coger aliento.

—Todavía no…

—Quiero más.

Adrián sonrió sin dejar de ejercer control.

—Yo también quiero más. ¡Lo quiero todo!

No me dejó saber qué era más. Cubrió mis labios con besos muertos de hambre. Adrián seguía empeñado en que yo volara.

—No lo vas a conseguir —murmuré buscando aliento.

Conocía muy bien mi cuerpo y nadie había conseguido arrancarme un orgasmo la primera vez que me tocaba simplemente estimulándome con la mano. Quería ir a la cama y acabar lo que habíamos comenzado. Deshacerme de su ropa y de lo que quedaba de la mía. Así sí que conseguiría llegar a lo más alto.

Adrián hundió su mano en mi pelo y con la otra siguió acariciando, estimulando… mientras no dejaba de besarme.

Mi cuerpo se doblegó por completo.

—¡Adrián! —jadeé contra su boca.

—Vamos, quiero verlo.

Se me empañaron los ojos y perdí el control por completo.

—¡Vamos! —reiteró Adrián justo antes de que mi cuerpo alcanzara el cenit.

Mi cuerpo se tensó como la cuerda de un arco del que han tirado demasiado y después me deshice entre las partículas de algo totalmente desconocido para mí. Una intimidad nueva que se

había creado entre nosotros. Algo inmaterial. Algo tangible más allá del sexo. En aquel momento en el que Adrián me aferraba contra su cuerpo como si yo fuera una náufraga y él mi tabla de salvación, me sentí íntimamente ligada a él como no me había sentido jamás unida a alguien. Durante escasos segundos no hicieron falta las palabras porque nos comunicábamos a un nivel distinto. Su mirada ya no era desafiante, estaba extasiado y feliz de haber logrado mi rendición. Me observaba de un modo cálido y curioso, atento a cada reacción de mi cuerpo.

—¿Bien? —preguntó retirando su mano de entre mis piernas.

—¿Necesitas que lo verbalice? —pregunté esbozando una sonrisa mientras me arreglaba la ropa.

Adrián sonrió y me besó.

—Sí, me ayudaría para futuras ocasiones que rellenaras una encuesta de satisfacción.

¿De verdad necesitaba que le dijera cómo había estado? El sexo era para practicarlo y disfrutarlo, no para analizarlo. Para mí las cosas en general, y el sexo en particular, eran más sencillas.

—No voy a darte una calificación si estás pensando en eso.

—¿Ni siquiera en una escala de uno a cinco, donde uno es: «Por favor, vuelve a empezar que no he sentido nada», y cinco: «Este es el mejor orgasmo de mi vida»?

Meneé la cabeza riendo. No sabía cómo podía hablar con la protuberancia que pugnaba por salir de sus pantalones y que mantenía presionando contra mi muslo.

—Ni uno ni cinco, ¿te vale esa respuesta? —pregunté mientras Adrián deslizaba su mano por mi cintura y se pegaba más a mí.

—¡Mentirosa! —murmuró mientras bajaba sus labios a mi cuello—. Apuesto a que nunca te han arrancado un orgasmo así.

Era un engreído, pero mientras murmuraba había vuelto a meter su pierna entre las mías y para ser sinceros: no, nunca lo habían hecho.

Respondí a su cuerpo moviéndome y facilitándole el acomodo.

—Vamos a mi cama.

Adrián se rozó entre mis piernas sin ningún tipo de disimulo y contra todo el sentido común señaló:

—No.

—¿Cómo que no?

—No quiero que vayamos a la cama —señaló sosteniendo el peso de su cuerpo en sus brazos.

Fruncí el ceño.

—Creo que no todo tu cuerpo está de acuerdo.

Sonrió como un niño travieso.

—No claro, pero ese de ahí abajo va por libre.

—¿Entonces? ¿Qué pasa?

—Ya te lo dije: quiero más. Más de ti. ¡Lo quiero todo!

Y lo dijo mientras se hundía y levantaba mis caderas. Jadeé frustrada por tenerlo entre mis piernas sin tenerlo. Había demasiada ropa y ningún motivo que impidiera que nos fuéramos a la cama y pusiéramos fin a tanto sufrimiento. Adrián no paraba de besarme y el calor de la habitación no paraba de subir. Clavé las uñas en su espalda frustrada, pero entonces frené.

—Si no vamos a ir a la cama es mejor que lo dejemos aquí.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —fui tajante—. Ya no tengo quince años y no puedo estar media hora besándome sin alivio.

Aparté su cuerpo y Adrián se echó a un lado en el sofá. Me puse en pie, me cerré el sujetador y recoloqué el pantalón.

Adrián también se puso en pie y se recompuso como pudo. Tenía toda la ropa arrugada, pero el vigor todavía seguía latente.

—Es mejor que te relajes un poco si no quieres asustar a alguna vecina.

—Tranquila, que si me sigues hablando con tanto «cariño» me enfrío en cuestión de segundos, soy muy sensible —señaló con una mueca que pretendía ser divertida, pero en la que se veía su frustración.

Iba a replicarle, pero había algo en lo que había dicho Adrián y en la forma en la que me miraba que lo hacía vulnerable.

Giré la llave para abrir mientras Adrián decía:

—Eres la chica más difícil que he conocido.

Meneé la cabeza con sorna.

—¡Déjame que lo dude! Yo soy una tía muy sencilla, el único que complica aquí las cosas eres tú.

Abrí la puerta mientras terminaba mi última frase. Pero Adrián no tuvo derecho a réplica porque al otro lado de la puerta estaba Michael que justo en ese momento estaba a punto de tocar el timbre.

—¡Querida! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Es la tercera guerra mundial?

Nos observó estupefacto.

—¡No ha pasado nada! —siseé.

—Yo no diría exactamente eso —replicó Adrián levantando las cejas—. Pero ¿sabes una cosa Michael? Es algo parecido a como estar en guerra permanente.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla, a lo que reaccioné dando un pequeño saltito para apartarme de él; Michael estaba delante y me sentía incómoda.

Adrián salió del piso mientras Michael entraba.

—Pero bueno, si esto es la guerra, ten por seguro que en esta batalla mis tropas han arrasado.

—¡A tus tropas por aquí no las he visto! —le solté malhumorada.

Adrián se rio y se dio la vuelta al tiempo que yo daba un portazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Michael sin dar crédito.

—¡Nada, no ha pasado nada!

—Por favor, Ros, a mí no me vengas con que no ha pasado nada.

Estaba furiosa y ni siquiera el alivio que había sentido con las manualidades de Adrián servía para que mi malhumor se apaciguara.

—No quiero hablar del tema.

—Ah no, eso no es justo.

Lo miré con una mirada que echaba chispas.

—Mira, querida, o me cuentas lo que ha pasado o voy a pensar que estás comenzando a enamorarte de Adrián. *Crazy!*

—¡Eso es una estupidez! —exclamé, dándome la vuelta y metiéndome en el cuarto de baño.

Michael me siguió por la puerta que había dejado abierta.

—¿Os habéis acostado?

—No. No sé por qué dices eso.

Michael abrió mucho la boca y señaló en el espejo para que yo misma observara el reflejo que me ofrecía: tenía el pelo completamente enmarañado y mi cara era un cuadro. Me quité la goma que con dificultad seguía recogiendo algunos mechones y traté de pasar los dedos para deshacer los nudos.

—¡Hay que fastidiarse! Aun por encima me deja hecha un cuadro.

El resto de mi atuendo estaba mal colocado: la cremallera del sujetador se había quedado a un centímetro o dos de cerrar del todo y el pantalón corto estaba ligeramente girado hacia un lado. La verdad es que parecía que me había vestido borracha y en un cuarto sin luz.

—No me he acostado con él —repetí con firmeza.

—¡Tómale el pelo a otro!

—De verdad que no nos hemos acostado.

—Veo el reflejo del orgasmo en tu mirada vidriosa, querida.

Respiré hondo mientras hacía acopio de paciencia. Y como era una mujer práctica y directa, le conté a Michael lo que en verdad había pasado entre Adrián y yo. Lo hice mientras me quitaba la ropa y me metía bajo la ducha. Estaba tan molesta con Adrián que no dejé de despotricar sobre él mientras me enjabonaba el cabello, me duchaba y me secaba. Para cuando estaba untándome la crema del cuerpo ya le había confesado a Michael que nos habíamos liado en la trastienda de mi local unos días antes. Mi cabello ya estaba seco y llevaba puesto un cómodo pijama corto de algodón cuando Michael escuchó mis últimas quejas sobre Adrián.

—¡Se acuesta con todo Londres! El desfile de mujeres que pasa por su puerta parece no tener fin y conmigo no sabe rematar la faena. No tengo quince años, no me gusta marear al personal y yo cuando empiezo algo lo termino.

Michael no había dicho nada durante todo este tiempo. Lo cual era algo insólito porque Michael siempre tenía algo que comentar.

Estábamos en la cocina cuando terminé de despotricar.

—Bueno, ¿vas a decir algo? Porque te aseguro que no oírte decir nada cuando estoy lavando lechuga se me hace raro. Por lo menos podías quejarte para que cocine algo que no sea verde.

Cerré el grifo del agua y dejé la lechuga en el plato.

—¡Oh, querida, no puedo hablar! No es fácil hablar cuando estás impresionado. Creo que nada me impresionaba tanto desde que las Spice Girls anunciaron gira de regreso en 2019 y, después de la euforia inicial, vino el bajón al comprobar que Victoria Beckham no se había dignado a formar parte de la gira.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tonterías estás diciendo? No sé qué es lo que te ha impresionado.

—Ros, estoy francamente impresionado porque no veía tanta pasión desde las novelas que veía con mi querida *grandmother*. ¡Por fin ha finalizado el reinado de la Reina de Hielo! —proclamó—. ¡Oh, mírate, *darling*! Destilas pasión por ese hombre.

Lo observé como si Michael fuera un sapo diseccionado y tuviera que reconstruir unas piezas que ya no sabía dónde iban.

—¡Deja de decir sandeces! No destilo pasión, estoy mosqueada porque no me gusta que jueguen conmigo.

—Eso es lo más divertido, Ros.

—A mí no me resulta nada divertido. Hubiera sido fantástico si después de lo que pasó en el sofá nos hubiéramos ido a la cama.

—Desde luego, querida. Pero lo que yo quiero decir es que por fin tienes un jugador divertido.

Suspiré hondo. ¡Michael y sus fantasías!

—No sé a dónde quieres llegar, pero sea lo que sea, no estoy interesada en ningún jueguecito que suponga una tortura.

Michael estalló en carcajadas.

—Oh, vamos, *darling*. ¿Cuántos meses llevas sin acostarte con nadie? ¡Vale, no me contestes! —me pidió al ver mi cara de mosqueo—. Sé que estás molesta porque querrías haber rematado la faena, pero es mucho más divertido ir poco a poco. El tira y afloja, la conquista. —Michael flotaba y se le salían corazones por los ojos—. ¡Todo eso es maravilloso!

—¡Olvídalo! —zanjé mientras me acercaba a la nevera y buscaba ingredientes para mi ensalada—. No va a pasar nada más. Esto me ha demostrado que Adrián y yo somos como agua y aceite.

—Eso ya lo sabías.

—Sí, ya lo sabía, pero pensé que en horizontal funcionaríamos mejor. Ahí no hay que hablar mucho. —Hice una pausa—. ¿Quieres pepino? Me apetece echar un poco en la ensalada.

La sonrisa de Michael se ensanchó por momentos.

—*Sure!* —se rio mientras yo ponía los ojos en blanco—. Oh, querida, sé que es muy fácil hacer la broma, pero… ¡Estoy seguro de que quieres pepino!

Lo observé con la hortaliza en la mano.

—Te lo tiraría ahora mismo a la cabeza, pero me parece de muy mal gusto jugar con la comida.

—Bueno, lo de la comida y jugar me hace pensar…

—¡Basta, Michael! —le corté—. No me vaciles más. Me gusta mi vida tranquila y no quiero malhumorarme porque a un niñito de papá se le antoja jugar conmigo. Creo que debería llamar a Lucas.

Michael abrió el armario, mientras yo buscaba un bol, y cogió una bolsa de patatas fritas.

—Lucas es un hombre fantástico. Estoy seguro de que si lo llamas vendrá totalmente dispuesto con su pepino… —bromeó Michael—. Pero, pepinos al margen, déjame decirte que Lucas te dejará satisfecha, aunque con él nunca tendrás fuegos artificiales, querida. ¡Todos nos merecemos tener fuegos artificiales, aunque sea una vez en la vida!

Me fijé en Michael y observé un poco de tristeza en sus ojos. Quizás porque él estaba acostumbrado a una casa llena de fuegos artificiales y por eso ahora notaba la ausencia de Jaime.

La verdad es que no quería llamar a Lucas. Pero con Adrián me encontraba en terreno desconocido, no era capaz de seguirle.

Capítulo 11

Nuestras motivaciones

Los siguientes días fueron un cúmulo de despropósitos. En primer lugar, llovió dos veces cuando salí a correr, por lo que regresé a casa empapada. En la segunda ocasión, me resbalé en las escaleras por tener empapadas las zapatillas y me caí. No hubo ninguna consecuencia más allá de mi propia humillación.

Esperaba la visita de mi madre para el próximo fin de semana, pero finalmente no habría visita. Mi madre había cancelado el vuelo a Londres gracias a una de las historietas de mi tía. Al parecer esta se había enzarzado en una pelea, gracias a Dios verbal, con su vecina. No quise ni saber el absurdo motivo que la había desencadenado, pero la consecuencia fue que llegó la policía. Mi tía había tenido un ataque de ansiedad y le habían prescrito unos tranquilizantes potentes de esos con los que no puedes ni conducir ni manipular maquinaria pesada. Según mi tía, no podía manejar el horno y el microondas mientras tuviera que tomar esas pastillas. No atendió a razones cuando mi madre le explicó que eso no era maquinaria pesada, tenía su propia teoría al respecto. Mi tía nunca se había casado y todos los problemas que tenía en la vida los cargaba sobre mi madre, quien solía tragárselos y digerirlos sola. Mi madre me conocía y sabía lo independiente que era. Podía estar quince días sin llamar a España y cuando lo hacía lo último que quería era contarme semejantes desventuras. Sin más hijos y con un marido tranquilo, mi madre se tomaba el cuidado de mi tía como una penitencia. Decía que todos tenemos alguna a lo largo de la vida, y la suya era mi tía Meritxell.

La suma de infortunios alcanzó también a Michael, quien llevaba tres días sin saber nada de Jaime. Le había perdido la pista cuando salió de Seúl hacia Busan. Michael estaba obsesionado dándole vueltas a los imprevistos que, por muy rocambolescos que parecieran, pudieran impedir la comunicación de su amado. Primero pensó que no tenía wifi, batería o que había perdido el móvil. A las doce horas cotejó si había cambio de horario entre ambas ciudades. A las dieciocho horas pensó que se estaba liando con un colega de profesión, algún atractivo oriental que Michael jamás podría imitar. Habían pasado cuarenta y ocho horas cuando se planteó la posibilidad de que la Yakuza lo hubiera secuestrado; se tranquilizó cuando le explicamos que esa era la mafia japonesa, no la coreana.

Estábamos haciendo una videollamada a tres: Eva, Michael y yo la noche del jueves en la que Eva y yo tratábamos de hacerle entender a Michael que a la Yakuza no le interesaba su marido.

Eran las once de la noche y hacía mucho calor. Se notaba humedad en el ambiente porque

había llovido hacía un par de horas. La ventana de mi habitación estaba abierta, pero no refrescaba. Estaba sentada en la cama estilo indio, con mi pelo rosa trenzado y vestida con un sencillo pijama de algodón. Michael estaba también sentado en la cama con una bata de seda negra con flores rojas y Eva tenía puesto uno de sus bonitos camisones con una suave puntilla a modo de tirantes.

—Michael, en serio, ¿no estás asado? Hace mucho calor, pero ¿qué haces con la bata puesta?

—Oh, querida, yo tengo aire acondicionado. ¿No lo recuerdas, *love*?

Fruncí el ceño. Sí, claro que lo recordaba. Sentí envidia, envidia de la de verdad. Así sí que podría dormir, tan fresquito.

—Londres puede resultar asfixiante —comentó Eva.

Me fijé en que Eva estaba algo taciturna y no era normal en ella. No la había vuelto a ver alicaída desde hacía dos años, cuando había llegado a Londres con el corazón roto y un billete de ida y vuelta. En Londres Eva sufrió una catarsis, se volvió a enamorar, pero no solo de Nolan, se enamoró de Londres, de su nueva vida y lo más importante: aprendió a amarse a sí misma. En Londres, Eva aprendió a luchar por sus propios sueños y a seguir sus motivaciones, sin miedo a soltar y dejar atrás. Londres se convirtió en su casa y ahora los billetes de ida y vuelta siempre regresaban allí.

—¿Qué ocurre, *darling*? —preguntó Michael dirigiéndose a mi amiga.

No había duda de que en el rato que llevábamos hablando Michael había pensado lo mismo que yo: que Eva estaba apagada.

—¡Nada, nada! —trató de excusarse.

Yo decidí no insistir. Era de las que pensaban que cuando alguien no quería hablar era por algo. Pero Michael era de los que pensaban que los que no quieren hablar tienen un buen cotilleo guardado.

—A mí no me engañas, querida. *What's wrong?*[1] ¿Hay problemas en el paraíso? ¿Qué ha hecho el vikingo?

Eva negó con la cabeza y trató de sonreír, pero era transparente como un cristal, en eso no había cambiado en absoluto.

—Es una tontería, de verdad…

—Déjala, Michael. No insistas. ¿No ves que no quiere hablar?

—Si te hiciera caso cada vez que me dices eso, permanecería mudo y yo no soy así. Las cosas que nos hacen daño hay que sacarlas fuera. *Come on, sweetie.*[2] ¿Qué pasó? Somos nosotros. Nos puedes contar cualquier cosa, ya lo sabes —añadió con un gesto que nos englobaba a los tres, como si estuviéramos en un círculo y no cada uno en su casa—. ¡Aquí estamos para ayudarnos!

—Venga, Michael —comenté desviando la presión de Eva—. Parece que estemos en alcohólicos anónimos.

—Bueno, querida —replicó encogiéndose de hombros—. A efectos prácticos es lo mismo.

Exorcizamos nuestros problemas, como ellos. Con la diferencia de que nosotros podemos tomarnos unas copas para aliviar las penas, y ellos deben evitarlas.

Moví la cabeza a ambos lados en un gesto negativo, Michael jamás cambiaría.

—Sé que es algo ridículo… Ya debería estar acostumbrada a estas cosas porque Nolan es camarero. Bueno, es más que eso, es el dueño del pub y se pasa el día hablando con gente. Con empleados, con clientes, con proveedores y ya sabéis cómo es Nolan…

En cuanto Eva se puso a hablar, por la forma en la que había comenzado, supe que estaba dando un buen rodeo para llegar al punto álgido.

—¿Adorable? —preguntó Michael—. ¿Es cercano, inteligente, sabe estar y está tremendo?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, todo eso —admitió Eva—. Ya sabéis que siempre habla con la gente. Que eso es parte de su trabajo. La verdad es que nunca había tenido ningún tipo de problema con eso. Ni tan siquiera con las chicas que se cuelgan de la barra y le cuentan sus penas…

Michael asintió.

—¡Oh, querida, eso es cierto! Y eso que sabes que Nolan es barman y eso es muy sexi. Bueno, Nolan sería sexi en cualquier trabajo, tampoco nos vamos a engañar. Pero cuando se apoya con esos brazos en la barra de madera… ¡Bueno, ya sabes que está muy caliente!

Michael siempre había manifestado sin pudor su opinión sobre el aspecto físico de Nolan. Según él, todo el mundo debería sentirse atraído por él. Negar lo impresionante que era Nolan era como negar la perfección del *David* de Miguel Ángel.

—El caso es que me está pasando algo que no me ocurría desde que Nolan y yo empezamos —confesó Eva, volviendo a tomar el control de la conversación.

—*What?* —preguntó Michael conteniendo el aliento.

Eva cogió aliento y se tapó la cara con ambas manos antes de soltar:

—¡Estoy celosa!

—Nos estás tomando el pelo, ¿no? —pregunté asumiendo que Eva llevaba un rato vacilándonos.

Separó ambas manos de su cara y comprendí que de vacile nada. Eva estaba muy seria y no parecía estar para muchas bromas.

—En absoluto. ¡Ojalá estuviera de broma!

—No pongas cara de haberte comido un limón —me recriminó Michael—. La gente siente celos, es algo natural.

—¡Yo no he puesto cara de nada! —me defendí.

Traté de relajar el gesto. Sí, me costaba entender que Eva pudiera sentir celos. No había nada más primario y antiguo que los celos.

Tras haberme recriminado a mí, la cara de Michael era una mezcla de horror e intriga; la maruja cotilla que habitaba en él necesitaba saber más.

—Es por una chica. Una empleada nueva que empezó hace unas semanas.

—*Say no more*.[3] ¡Es por la pelirroja irlandesa!

Eva asintió con amargura y todos callamos.

Tanto Michael como yo sabíamos perfectamente a quien se refería. La nueva empleada de Nolan era una irlandesa pelirroja de cabello rizado y ojos verdes llamada Brianne. Tenía una cintura de avispa y unos pechos exuberantes. Era la típica belleza que tenía algo de sexual o morboso, con un aire a lolita que todavía no había perdido. Tenía un par de años más que Eva y eso la acercaba un poco más a Nolan, que ya pasaba la treintena. La Pelirroja, como decidimos bautizarla desde esa noche, no era la primera empleada guapa que Nolan había tenido. Varias estudiantes guapas y jóvenes habían ocupado antes su puesto. Eva no le había dado importancia a la nueva empleada ni cuando vio sus enormes ojos verdes, mucho más grandes y vivos que los suyos, ni su brillante cabello pelirrojo. Ni tan siquiera se había dejado amedrentar por la exuberancia irlandesa de la chica. No, lo que a Eva la carcomía era la complicidad que tenía con Nolan. Siempre que los veía estaban hablando animadamente. Nolan hablaba con todo el mundo, pero esta vez había algo distinto: tenían complicidad. Hacían bromas sobre ingleses e irlandeses que a Eva no le hacían gracia y Nolan solía hablar de ella al llegar a casa.

—Esta noche me ha faltado poco para darle con la sartén en la cabeza. ¡No puedo soportar que me hable de ella ni una sola vez más!

—*Are you crazy?*[4] ¡Ni se te ocurra tocar esa maravillosa cabeza irlandesa!

Michael se rio divertido a pesar de su advertencia.

—Seguro que es solo una amiga. Tú misma lo has dicho, tienen mucho en común y podrán hablar de historietas irlandesas. No tienes nada de qué preocuparte, estoy segura.

—*Sure!* —me apoyó Michael—. Estarán hablando de duendes y hadas, esas cosas de los irlandeses.

Seguimos hablando un poco más, pero el ambiente ya estaba cenizo por el descubrimiento que había hecho Eva del Monstruo Celos.

* * *

A la noche siguiente mi vecina Susan celebró una fiesta en la terraza. Esta vez había sacado la música y la mesa de comida directamente al exterior. Celebraba que era viernes, lo cual era un motivo más que maravilloso para hacer una fiesta.

Eva, Michael y yo hicimos piña. No hay nada como un buen amigo cuando el ánimo está por los suelos y el de los tres lo estaba: Eva por los celos que no dejaban de rondarla, Michael por las ausencias de Jaime y yo por mis propios problemas.

No había dormido bien en los últimos días. Desde que me había liado con Adrián me había escrito todas las noches, pero yo no le había ni contestado. No sabía seguirle, me parecía demasiado complicado, sin embargo, no podía sacármelo de la cabeza. Pero mis verdaderas preocupaciones se centraban en la subida del alquiler. Lo que pretendía mi casero era mucho más

de lo que podía permitirme, tendría que tirar de ahorros en los meses más flojos. Me mordí el labio dándole vueltas a mis demonios. ¿Era realmente buena idea seguir con el local de bellas artes? Estaba asumiendo dos alquileres. Pero ¿que podría hacer si no? Estaba la posibilidad de dar clases. Era algo que había hecho y no me disgustaba, pero podía llegar a ser frustrante tratar de enseñar a pintar a alumnos que no sentían la mínima pasión por el arte.

—*Darling*, ¿dónde estás? —me preguntó Michael—. Aquí no, desde luego.

—Perdona, estaba pensando en el tema de la subida del alquiler.

Michael hizo un gesto de hartazgo.

—¡Bailemos, saltemos! Hagamos algo *crazy* —nos imploró—. ¡Cualquier cosa para escapar de esta tediosidad! Cualquier cosa que nos ayude a superar tanta tristeza.

Miré a Michael y, ciertamente, a pesar de su aire de cinismo, tenía un aura de tristeza. Estábamos en una fiesta en la Embajada de España. Había comida, bebida y música. Las guirnaldas adornaban y cruzaban la terraza de lado a lado pasando por encima de nuestras cabezas.

Eva estaba taciturna, los celos habían llegado para poner patas arriba su vida. No paraba de observar a su novio, quien se había traído a La Pelirroja con él. Los observé en la distancia mientras hablaban con otros amigos. Nolan trataba de presentarle gente a Brianne para que esta se relacionara, al parecer no conocía a muchas personas en Londres. Los celos habían sembrado la semilla de la desconfianza. ¿Cómo era posible? ¿Problemas en el paraíso? Jamás lo habría dicho.

—¡Deja de fruncir el ceño! —le recriminó Michael—. Te volverás *uniceja* y es algo horrible.

Eva dejó de observar a su novio para mirarme a mí y yo dejé de mirarla a ella para que no me pillara espiando sus motivaciones.

—Sí, hagamos algo loco —acepté.

—*What?* —quiso saber Michael.

—¿Nos emborrachamos a chupitos? —planteó Eva.

¿Chupitos? Los chupitos podían ser muy traicioneros. Emborracharse en mayúsculas era algo de la posadolescencia. Algo que yo no solía hacer. Emborracharse era como bajar por una colina con el coche sin frenos y no era nada recomendable. Una persona serena y equilibrada como yo no se emborrachaba, pero hasta los serenos y equilibrados queríamos perder el control de vez en cuando. Todo el mundo tiene derecho a rodar colina abajo alguna vez.

Comenzamos a beber chupitos y chupitos. Nos sentíamos ligeros, vibrantes, auténticos pistoleros solitarios. Bailábamos agitando los brazos y prácticamente aullando. Nos metimos de pleno en el medio de la fiesta y nos convertimos en su centro nuclear. Pronto el pelo rizado de La Pelirroja dejó de ser tan brillante, tanto que se desdibujó de nuestra vista y desapareció. Michael dejo de hablar de Jaime y no volvió a mirar el móvil mientras los chupitos bajaban y bajaban. Yo bailaba y me sentía ligera con mi vestido corto floreado.

Nolan se unió a nosotros divertido. Cogió a Eva de la cintura y bailó con ella siguiendo los

torpes gestos de mi amiga.

Michael se agarró a Alice que se acercó para unirse a bailar con nosotros.

Lucas compartió conmigo una mirada cómplice y me cogió de la mano para formar la tercera pareja de baile. Lucas era un hombre muy atractivo, fuerte y seguro. Su mano me hizo girar un par de veces, me acercó a su cuerpo y antes de que me besara me escabullí con la excusa de ir al cuarto de baño. Me moví con rapidez entre la gente para que no pudiera seguirme. Fue un impulso visceral, que me salió directamente de las tripas, no me apetecía terminar con Lucas enredado en mis sábanas. Bajé las escaleras que llevaban al pasillo de la séptima planta y me apoyé en la pared del pasillo. De vez en cuando pasaba alguien entrando y saliendo de casa de Susan para coger más bebida, hielo o para ir al baño. Me pasé las manos por la cara tratando de recomponerme, estaba claro que había bebido de más. Me retoqué la trenza que caía sobre mi hombro. El calor cargaba el ambiente, pero algo me retenía allí. No quería volver a la fiesta, quería otra cosa, pero todavía no sabía qué… Observé al final del pasillo la puerta cerrada del piso de Adrián. ¿Por qué no había venido esta noche? ¿Por qué tenía tantas ganas de verlo? Las idas y venidas con él resultaban frustrantes y sin embargo no podía dejar de pensar en lo que había pasado…

Cuando me di cuenta estaba llamando al timbre de la puerta de Adrián. ¿Por qué no se había unido a la fiesta? No es que Adrián tuviera docenas de amigos en Londres. Por lo que nos había contado solo conocía a su primo y a un par de personas más en Londres. El grupo de fiesta para salir y pasar el rato lo había hecho con nosotros, gracias a todas las veces que lo había llamado Michael, y es que, como bien decía mi amigo, siempre acabábamos adoptando a todo aquel recién llegado a tierras inglesas que se cruzaba en nuestro camino.

Adrián no tardó nada en abrir la puerta.

—¡Ros!

Me miró sorprendido.

—No has venido a la fiesta.

Adrián me observó de arriba a abajo. Mi vestido corto y vaporoso se ceñía en mi cintura para después caer en una coqueta minifalda. Las mangas muy cortas apenas me cubrían los hombros. El escote mostraba mi piel color canela de una forma generosa, sin llegar a ser ni ostentoso ni vulgar. Mi vestido tenía unas flores azules grandes que se alternaban con unas mucho más pequeñas amarillas y blancas. Los pistilos negros y algún que otro trazo de ese mismo color compaginaban perfectamente con mis sandalias negras de quince centímetros que se mantenían sujetas a mis tobillos por finas pulseras.

Adrián vestía unos pantalones cortos de lino y una camisa azul muy clara que mantenía remangada por los codos, con algunos botones abiertos. Me recibió descalzo y no me sorprendió, todos hacíamos lo que podíamos por mantenernos refrigerados.

—Estaba ocupado —contestó poco convencido.

Busqué en sus ojos verdes acastañados y supe que no estaba siendo sincero, pero no sabía por

qué mentía.

—¿Estás con alguien?

—¡No, no! —negó rápidamente—. Es solo que no me apetecía.

Adrián parecía raro. Quizás preocupado. ¿Desde cuándo no le apetecía divertirse? No se había negado a un plan desde que lo había conocido.

—Entonces… —murmuré sintiendo la boca seca—. Es mejor que me vaya.

Fui a darme la vuelta cuando Adrián me sostuvo de la mano. Giré la cabeza hacia atrás y lo miré. Era una de esas veces en las que no hacen falta palabras, en las que con una mirada se dice todo. Adrián y yo podíamos ser como el agua y el aceite. Dos animales de dos planetas completamente distintos, pero los dos nos comunicábamos en un plano visceral. Era algo que no me había ocurrido jamás en la vida. Sentí los dedos de Adrián entrelazándose con los míos y supe que él quería estar conmigo. A pesar de todos los juegos, a pesar de lo mucho que nos costaba entendernos, quería estar conmigo. A veces no es suficiente con querer algo, pero eso no podía saberlo en aquel momento. La única certeza que tenía era lo que el estómago me decía cuando Adrián me tocaba. Aquella necesidad de él.

—¡No quiero que te vayas! —Adrián me cogió la cara con ambas manos y apoyó su frente en la mía—. Ya sé lo que piensas de mí —murmuró mientras cerraba los ojos.

Sentí su olor invadiéndome y subí mis manos, colocándolas por encima de las suyas.

—No estaba pensando mucho en este momento…

Adrián se rio, pero era una risa que guardaba algo de amargura. Con Adrián siempre parecía todo tan ligero, tan brillante… Pero había algo en el fondo que enturbiaba aquella máscara de libertad, como si unos grilletes le estuvieran reteniendo de una u otra forma.

—Sé que piensas que soy un *borjamari*.

—Lo eres.

Adrián sonrió y se apartó un poco para mirarme a los ojos.

—Sí. Nací entre algodones, pero de eso no tengo la culpa.

—En eso estoy de acuerdo.

—Sé que piensas que soy un cabrón que no hace más que acostarse con una y con otra desde que llegó aquí.

—Eso también es cierto.

Adrián asistió.

—Pero a veces no hacemos las cosas porque nos apetezcan.

—¿Ah, no? ¿Por qué te acostarías con tantas chicas si no te apeteciera?

—Para huir.

Me reí.

—¿Para huir de qué?

—De mí mismo, entre otros motivos. No me gusta estar a solas conmigo mismo, no soy mi mejor compañía.

No pude evitar volver a reírme. No era la clase de tía que se ablanda con esas chorradas. No me gustaban las conversaciones metafóricas porque no llegaban a ningún sitio. No creía en el sexo como el modo de llegar a algo más etéreo. Para mí el sexo era sexo, si alguien se acostaba con otra persona era porque simplemente le apetecía. Todas las segundas y terceras intenciones me parecían una tontería.

—No tienes que convencerme de nada —murmuré acercándome a él—. Yo ya estoy convencida.

Adrián me observó con una mirada indescifrable.

—¿Has bebido?

—Sí.

Frunció el ceño.

—Es mejor que te vayas.

Me reí.

—¿Crees que no sé lo que hago?

—Estoy seguro de que sabes lo que haces, pero no sé si sabes hasta qué punto quieres o no estar aquí ahora.

Deslicé mis manos por el cuello de Adrián para bajarle un poco la cara hasta llegar a mí.

—Sé muy bien lo que estoy haciendo. Ya lo sabía cuando decidiste parar en dos ocasiones.

Y le besé. Le besé para que no tuviera dudas. Nunca me había costado tanto acostarme con alguien. ¿Desde cuándo los tíos les daban tantas vueltas a las cosas?

Adrián se mantuvo vacilante en los primeros segundos. Pero después fue incapaz de no devolverme el beso, había algo que nos unía de forma carnal. Una atracción que estaba por encima de que él fuera un *borjamari* y yo una chica alternativa. Algo que solo comprendía el hambre que nos teníamos. Adrián no era un santo y yo no quería flores ni corazones. ¿Qué podía salir mal?

—Esto no es una buena idea —murmuró sobre mis labios.

Algo le mantenía con el freno de mano echado y yo no tenía ni idea de cuál era el motivo. El alcohol era la excusa perfecta para actuar de forma impulsiva y, cuantos más reparos ponía él, más ganas tenía yo, así que mi lengua se soltó.

—Pensaba que lo único que querías desde que me conociste era meterte entre mis piernas. ¿A qué vienen tantos reparos?

Me miró a los ojos y supe que sí quería.

—¡Joder, Ros! Vas a pensar que soy un cabrón…

No quise seguir escuchándole. No me interesaba si al día siguiente no me llamaba, o si se desinflaba después de conseguir lo que había perseguido de una manera tan retorcida. Empujé a Adrián hacia el interior de su piso mientras lo besaba. Tras derribar sus últimos remilgos, Adrián me agarró en volandas y me metió en su apartamento. Pocos pasos más allá de la entrada estaba la salita, lo supe ya que Adrián se sentó en un sofá y yo me senté a horcajadas sobre él.

Estábamos casi a oscuras, menos la luz de la ventana más cercana y alguna lámpara con luz indirecta.

El hambre nunca es buena consejera si te ha tocado como compañero de baile alguien que antes del paso final quiere deleitarse en cada movimiento. Y Adrián era de los que disfrutaban el camino.

Trató de bajar el ritmo de nuestros besos. Hundió sus manos en mi cabello mientras me besaba de forma profunda y lenta. Demasiado lenta para mí que me movía encima de él dejándome arrastrar por el deseo que sentía. Su erección vivía prisionera en su pantalón, pero yo podía sentirla perfectamente mientras movía mis caderas. Adrián deslizó su mano derecha sobre mi muslo y bajó su lengua por mi garganta hasta mi escote. Me excité como una adolescente con sus caricias, casi como si fuera suficiente con aquellos densos movimientos.

Adrián movió su mano acariciando la parte interior de mi muslo mientras yo no detenía mi fricción. Con nuestros movimientos, mi vestido se subió mostrando mi ropa interior.

Rompimos nuestro beso para tomar aliento y Adrián miró hacia abajo donde se unían nuestros cuerpos.

—¡Me gusta ver cómo te mueves! —serpenteó su voz sobre mi piel.

Pensé que podría llegar sin más estimulación.

Me metió ambos dedos gordos en mi boca para que los chupara y lo hice sin pensar en nada. Acto seguido me acarició los pechos por encima de la suave tela de mi vestido, humedeciéndola. No llevaba sujetador y la caricia hizo que me removiera más contra él.

—No dejes de moverte —me pidió mientras comenzó a desabrochar los botones de mi vestido que iban de mi escote a la cintura.

Yo no podía más. Adrián había dejado atrás todas las barreras. Estábamos en una burbuja en la que nos encontrábamos agonizantes, movidos por un deseo que prendía olas en nuestros cuerpos. Adrián deslizó su lengua entre mis pechos lentamente y tiró de mi vestido, que se deslizó por ambos hombros exponiéndome. Me dolía el cuerpo esperando las caricias que no llegaban, pero comenzaba a comprender cómo le gustaba retrasar el momento. Me miró a los ojos y después observó mi cuerpo, pero no lo tocó. Bajó ambas manos hasta mis nalgas y las apretó con fuerza, ayudándome a mover mis caderas para que la fricción entre nosotros fuera mayor. Si seguíamos así acabaríamos manchando nuestra ropa interior, como los adolescentes que tienen poluciones nocturnas.

Busqué su mirada. Adrián me observaba tenso y con tanto deseo como el que yo misma sentía. Acorté la distancia que nos separaba y lo besé. Adrián no se pudo aguantar más y metió la mano derecha entre mis piernas mientras nos besábamos. Me moví para facilitarle la maniobra mientras él bajaba su cabeza entre mis pechos. Justo en ese momento sonó el timbre.

A pesar del bullicio proveniente de la fiesta, oí una voz suave que dijo tras el timbrazo:

—Adrián, soy yo.

Era firme y clara.

Adrián frenó en seco y se separó de mí levantando la cabeza. Cruzamos una mirada rápida. No supe descifrarla en ese momento, quizás porque entonces no tenía todas las piezas del puzle. Antes de que me diera tiempo a preguntar quién era, dijo lo único que jamás me hubiera imaginado:

—Es mi novia.

—¿Tu qué? —murmuré mientras me subía el vestido.

—Mi novia —volvió a susurrar Adrián—. ¡Por favor, no puede saber que estás aquí!

Hay momentos en la vida en los que parece que los hechos se desarrollan sin que tengamos la menor capacidad de decisión, casi como si tus manos y tus pies actuaran sin que tu cerebro procesara ninguna orden. Así es como ocurrieron las cosas esa noche. En cuestión de segundos nos levantamos y yo me metí en la puerta que daba a la cocina mientras abotonaba mi vestido.

Adrián se recolocó el pantalón y se pasó ambas manos por la cara antes de abrir la puerta de la entrada. Desde la oscuridad de la cocina, pude ver parcialmente a la chica que entró en cuanto Adrián abrió la puerta. Apenas fueron unos segundos, pero lo suficiente para ver una chica elegante con un largo cabello rubio sedoso. No pude ver su cara, pero sí su blusa blanca y sus pantalones color rosa pálido. Era como las modelos de las tiendas caras, muy caras, de las que gritan: «Jamás podrás pagar el precio». Toda ella exudaba clase. Me sentí pequeña, en el peor sentido de la palabra.

—¿No me oías? —preguntó con una voz risueña.

—Perdona —se excusó Adrián—. Con la música no oí el primer timbrazo.

—No pasa nada.

—Pensé que la función duraba más.

—No. Acabó hace un rato. Pero tuvimos mucha suerte, pasaba un taxi justo al salir y no cogimos ningún semáforo.

—Genial.

—¿Estás bien? Te veo pálido.

—¡Eh! No, no. Estoy bien, aunque tengo algo revuelto el estómago.

—Oh, vaya. Tenías que haber venido con nosotras.

—Ya sabes que no me gusta la ópera. Anda, vamos a dormir.

Adrián se la llevó hacia la habitación y sus voces se fueron apagando. Aun así, pude entender perfectamente como ella se ponía cariñosa y él se excusaba. Cuando sentí que se cerraba la puerta de la habitación me escabullí de la cocina y abrí con el máximo cuidado posible la puerta del piso de Adrián.

Bajé por las escaleras hasta mi piso y cuando llegué me dirigí al cuarto de baño. Levanté la tapa del váter y vomité, se me había revuelto todo el cuerpo.

¿Su novia? ¿Qué novia?

—¿Estás vomitando? —preguntó Michael asomándose a la puerta del cuarto de baño. Al parecer se había cansado de la fiesta.

Levanté la cabeza a tiempo de ver su cara de asco.

—¿Necesitas que te sujete el pelo, *love*? Porque eso es lo que hacen los buenos amigos —añadió desde el marco de la puerta sin atreverse a entrar en el baño.

Michael era de los que creían firmemente que hay cosas que tienen que quedarse en la esfera de la intimidad más absoluta como: depilarse las ingles, pasarse el hilo dental o vomitar. Pero su código moral de amigo le obligaba a ofrecerme su ayuda.

—¡No necesito ayuda! —siseé tirando de la cisterna y arrastrándome hasta el lavabo.

Me mojé la cara en repetidas ocasiones. Observé mi rostro en el espejo: el rímel se me había corrido por el agua y mi cara era una cosa a medio camino entre el payaso del anuncio de Micolor y un gato mojado.

—¡Tienes un aspecto horrible!

—Gracias, Michael. Eso es justo lo que necesitaba oír.

—Pero ¿qué te ha pasado, *love*? Hace ya un rato que Eva y Nolan se fueron en un taxi. Te busqué y no te encontré por ningún sitio.

Me lavé los dientes, cogí discos de algodón con una mano y con la otra el producto para desmaquillarme y dije:

—No te lo vas a creer…

Pues sí, Michael sí se lo creyó. Al parecer, la crisis de los cuarenta que Michael estaba sufriendo con dos años de retraso conllevaba la pérdida de fe en la humanidad. Tras una pequeña sorpresa inicial, movió la cabeza a ambos lados y señaló lo típico que era. Un ligón que se acostaba con todas las chicas que podía y que tenía a su novia engañada. ¿Podía haber algo más básico? Michael despotricó sobre los hombres a la edad de Adrián, después despotricó sobre los hombres a los cuarenta, y finalmente echó pestes sobre las ausencias y los silencios que cada vez llenaban más espacios en su relación con Jaime. Lo dejé hablar mientras me desmaquillaba y me lavaba. Finalmente, me bebí un vaso de agua y me metí en la cama, Michael también se acostó a mi lado.

Cuando apagamos las luces, cada uno se giró hacia su lado, de forma que quedábamos los dos dándonos la espalda.

—Michael, ¿tú te imaginabas algo así? —le pregunté antes de cerrar los ojos.

—No. El hecho de que no me sorprenda no quiere decir que me lo esperara, querida. —Hizo una pausa antes de volver a hablar—. Pero eso explica algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—No sé, ¿a qué venía esa tristeza intermitente? A veces es como si viviera… *How do you say…?*[5] Con una cuerda al cuello.

—¿Con la soga al cuello?

—*Say no more!*[6] Sí, querida: como si viviera con la soga al cuello. —Se detuvo un instante antes de seguir—. Tanto acostarse con tantas mujeres distintas, esa sensación de abatimiento que

a veces tiene… No sé. Ahora entiendo que estaba huyendo, esa era su motivación. La pregunta es: ¿por qué un chico tan joven tiene que estar en una relación en la que no quiere?

Me quedé en silencio unos segundos antes de decir:

—Supongo que la quiere. Si no la quisiera, no estaría con ella.

—¡Ros, querida, las cosas no siempre son sencillas! Las personas tienen muchas motivaciones. Quizás no conozcamos tanto a Adrián.

Me removí en las sábanas y deslicé mi mirada a los cortinones que pretendían tapar la luz de la ventana que se colaba de las farolas cercanas.

Pensé que Michael ya se había dormido, pero dijo una última frase:

—Sin embargo, hay algo que tengo claro: tú le gustas. Le gustas mucho, pero no sé si le gustas tanto como él te gusta a ti.

No dije nada. Me callé porque no quería mentir.

Capítulo 12

La chica con el nombre de una ciudad de Suiza

Cuando me desperté, el dolor de cabeza estaba a punto de acabar conmigo. Me tomé un analgésico y me arrastré hasta la ducha. Conforme el agua caía por mi cuerpo no podía dejar de pensar en los ojos de Adrián mientras yo me movía encima de él. Las escenas para mayores de dieciocho se reproducían en mi mente. Y, a pesar de lo cabreada que estaba con él, no pude evitar recordar cómo sus manos se aferraban a mis muslos para ayudar a que mi cuerpo se moviera en una cadencia insoportable… Era absurdo negarlo: ¡me gustaba Adrián, polo incluido y todo!

Me peiné mirándome al espejo y observé mi aspecto: el aro de mi nariz, los *piercings* de mis orejas, mi cabello rosa desteñido, ese aire bohemio que transpiraba mi piel. Por absurdo que fuera no pude evitar compararme con ella: con su cabello rubio sedoso, su ropa elegante y su piel lechosa, todo en ella tenía una esencia muy selecta. No, no tenía nada que ver conmigo. Ellos eran como Barbie y Ken, y yo a su lado parecía una Bratz.

Me vestí con un sujetador deportivo y uno de mis pantalones negros cortos con flores de colores. Me calcé las zapatillas y me hice una trenza de raíz con el pelo mojado. Guardé las llaves en el bolsillo trasero de mis *shorts* deportivos, me puse el brazalete para llevar el teléfono mientras corría y me coloqué los auriculares. Le envié un wasap a Michael para que cuando se levantara supiera que había salido a correr. Entonces me di cuenta de que Adrián me había escrito a las siete de la mañana:

Adrián: Perdóname, te lo puedo explicar.

No le contesté. No tenía la menor idea de qué decir. ¿Para qué me escribía? ¿Qué explicación quería darme? Las cosas estaban muy claras y las explicaciones sobraban a esas alturas.

Salí a correr a pesar de la resaca porque el deporte siempre me ayudaba. El mundo no dejaba de girar, pero mientras mis zapatillas despegaban del suelo, conseguía que se pusiera en pausa para mí.

Corrí cerca de una hora por Green Park y conseguí evadirme gracias a la belleza serena del lugar y el rock londinense de los setenta. Madness, Pink Floyd y los orígenes de David Bowie sonaban en mis auriculares e inundaban mi cuerpo. Eso era justo lo que necesitaba.

Me olvidé de todo durante cincuenta minutos, pero después tuve que regresar. Dejé de correr un rato antes de llegar a mi portal para bajar las pulsaciones poco a poco. A pesar de lo bien que

me había sentado la carrera, efectivamente el mundo no había dejado de girar. Ocurrió lo peor que podía pasar: en ese momento estaban bajando las escaleras de la entrada Adrián y su novia.

No pude dar la vuelta porque los dos habían fijado la vista en mí.

Adrián le echó agallas y fue quien habló.

—Hola, Ros.

Ros, ¡me había llamado Ros! Había que echarle valor.

—Buenos días —repliqué esperando no tener que pararme mucho.

Se detuvieron al final de la escalera y Adrián me miró muy serio. La joven que lo acompañaba estaba perfecta. Llevaba un vestido blanco y ligero que le llegaba por encima de las rodillas. Era delgada y elegante. Su ropa era sencilla y muy cara. Todo en ella afloraba clase: desde las sandalias de medio tacón hasta el bolso de Louis Vuitton. Su cabello rubio caía liso y perfecto por un lado de su ovalado rostro, cuya mayor peculiaridad eran dos ojos azules muy cálidos en una piel blanca, nacarada. Parecía una muñeca de porcelana.

—Ros, esta es mi novia: Ginebra. Ella es mi vecina, Roser.

Sabía algo de onomástica, de vez en cuando a Michael le gustaba leerme largas listas de nombres y su significado. Recordaba perfectamente el origen celta de Ginebra y su significado: «La que es blanca y hermosa». Pensé que no había un nombre mejor que aquel para ella.

—¡Hola! —me saludó con alegría—. Me alegro de conocerte por fin, Adrián me ha hablado mucho de ti y de Michael.

Sonrió de una forma tan dulce que no supe ni qué decir.

—Encantada de conocerte —oí que salía de mi boca.

—No sé qué hubiera sido de Adri estas semanas sin vosotros. Él lo niega, pero le encanta estar siempre rodeado de gente, parece que no sepa estar solo.

Con aquellas frases ya supe que Ginebra era de ese tipo de personas a las que le gusta hablar de intimidades sin mayor problema.

—Ya —murmuré.

¿Le había hablado de nosotros? Miré a Adrián y él me devolvió una mirada seria y después rompió el contacto visual para bajarla al suelo. Bueno, por lo menos mostraba un poco de vergüenza, algo era algo.

—Espero que podamos salir juntos los días que voy a estar aquí —añadió Ginebra.

—Yo, bueno, no sé…

Mi capacidad de mantener una conversación se había evaporado de pronto.

—Ya veremos cuantos días te quedas —comentó Adrián rascándose la nuca.

—No seas cascarrabias, no hay ningún motivo para volverme a Madrid. Si tú tienes que trabajar y yo estoy de vacaciones, te puedo acompañar. No me importa pasar las vacaciones en Londres en vez de irme a la costa. No soy un pez, no necesito agua constantemente.

Adrián me miró y yo lo miré a él y después a ella sin saber qué decir.

—Es tan responsable —comentó Ginebra como si fuera mi amiga de toda la vida—. Ya sé

que su primo lo necesita. Imagínate que se vino nada más hablar con él, no esperó ni a pasar el verano y eso que siempre navegamos en esta época. Pero el trabajo es lo primero para él. Siempre fue así, con los estudios hacía igual. A veces es tan responsable que lo tengo que animar para vivir un poco. Ya sabes, no se puede pasar uno la vida trabajando, también hay que divertirse.

Me soltó todo eso sin más. No se le movió ni un pelo de su sedoso cabello mientras mi pelo rosa desteñido apenas se mantenía en lo que cincuenta minutos antes había sido una trenza y ahora debía de ser algo así como un nido de pájaros estirado que caía por mi hombro.

Cuando terminó su discurso me miró y ladeó la cabeza ligeramente. Era casi como el fotograma de un *spot* publicitario de los años sesenta.

Tuve que decir algo.

—Sí, es importante distraerse. No todo puede ser trabajo.

No sé cómo fui capaz de decirlo. Adrián me miró serio, muy serio. Yo sentí una presión en el pecho que me impedía respirar con normalidad. No me gustaba mentir, de hecho, odiaba mentir. La gente que me conocía de verdad lo sabía, las mentiras siempre encuentran la forma de salir a la luz.

—¡Eso es lo que yo siempre le digo!

Sonrió dulce, dulce como la mermelada. Mientras yo sentía algo amargo que se revolvía en mi estómago.

Justo en ese momento llegó un coche. Frenó delante de nosotros y no tuve tiempo de reaccionar antes de ser sometida a examen. Era un coche con chófer privado. Caro, muy caro. De los que solo alquilaba la gente muy adinerada. La ventana del asiento de atrás se bajó y pude ver a una mujer madura. Tenía el cabello corto y rubio, con unos suaves reflejos castaños. Las mechas estaban dadas con una perfección exquisita. Nada que ver con mi raíz castaña. Llevaba unos pendientes de perlas clásicos y una camisa blanca sin una sola arruga. Se quitó sus gafas de sol de marca y me escaneó, al tiempo que Adrián la saludaba con una mano. No tuve duda de quién era cuando vi sus ojos verdes; eran iguales que los de Adrián.

—Nos tenemos que ir —se excusó este.

Me fijé en su rostro, estaba un poco pálido.

—Claro —murmuré mirándolo a los ojos—. Adiós.

—Encantada de conocerte —se despidió—. Espero que podamos vernos pronto. Tengo muchas ganas de conocer a Michael.

Sonreí e hice un gesto con la cabeza, ya ni me salían las palabras.

Me sentí sucia, una sucia mentirosa. La noche anterior había estado a punto de tirarme a su novio. Vale, no había habido penetración, pero eso era prácticamente sexo. No solo me sentía sucia por el sexo sin coito que había tenido con Adrián, sino por el hecho de que la madre de Adrián me hizo sentir que no valía ni cinco peniques. En unos pocos segundos me había evaluado de arriba abajo: desde mis deportivas, pasando por mis *shorts* y mi sujetador deportivo

empapado en sudor hasta el nido de pájaros estirado que caía por mi hombro. Pero lo peor era la calidez de su novia, tan delicada y perfecta. Adorable como los osos de peluche. ¿No podía ser una arpía despreciable?

Se metieron en el coche mientras yo subía las escaleras. No pude evitar darme cuenta de que quien comenzaba la conversación con un renovado vigor era la novia de Adrián, comentando algo sobre la ópera a la que habían ido la noche anterior. Entré en el portal de mi edificio mientras sentía que la bilis que se acumulaba en mi estómago hacía estragos. ¿Qué pensaría su madre si supiera que la noche anterior me frotaba encima de su querubín, mientras ellas estaban en la ópera?

* * *

Los problemas se nos estaban acumulando. Era lunes y ya teníamos reunión de crisis en The Crown, últimamente siempre estábamos allí. Los tres teníamos algún fantasma rondando nuestra cabeza.

El mío se llamaba Adrián y, desde que el sábado había conocido a su madre y a su novia, me había enviado un total de seis mensajes. Para una persona tranquila como era yo, seis mensajes sin respuesta rozaban lo compulsivo, ¿no? ¿Cuántas veces puedes escribir a alguien que no te contesta? El primer mensaje me lo envió a las cuatro de la tarde, supuse que en la sobremesa, quizás aprovechando una visita al cuarto de baño antes de tomar los cafés.

Mensaje número 1:

> Adrián: Lo siento. ¡Lo siento muchísimo!

El segundo me lo envió a las siete. Quizás tras dejar a su madre en el hotel en el que seguramente estaría alojada; mientras su novia se despedía de ella con una larga perorata de las suyas.

Mensaje número 2:

> Adrián: Siento no haberte dicho que tenía novia.

El siguiente lo envió un minuto más tarde. Lo que me hizo pensar que su novia no había terminado de hablar.

Mensaje número 3:

> Adrián: Siento el escaneo que te hizo mi madre. Lo hace con
> todo el mundo, no lo puede evitar. Debería trabajar en la ITV.

Vale, por lo menos no era paranoia mía. Al menos el último comentario tenía algo de gracia.

Apenas tardó un minuto más en enviarme el siguiente:

Mensaje número 4:

Adrián: ¿Te he dicho ya lo muchísimo que lo siento? Comprendo que no quieras ni contestarme, pero tenemos que hablar.

No volvió a escribirme hasta las doce y media de la noche. Seguramente había esperado a que se durmiera su novia. No pude evitar preguntarme si habrían tenido sexo entre mensaje y mensaje.

Mensaje número 5:

Adrián: ¿Podemos hablar mañana? Necesito explicarte la situación.

No contesté nada.

A la una de la madrugada me envió el último mensaje.

Mensaje número 6:

Adrián: No puedo dejar de pensar en ti, te veo medio desnuda encima de mí. Necesito que hablemos.

Cuando llegó el mensaje ya estaba dormida, pero la vibración del móvil me hizo abrir los ojos. Resoplé cuando leí su último mensaje y no pude evitar contestarle:

Yo: Déjame en paz.

A veces no hay que decir muchas cosas, solo hay que decir las palabras exactas.

Se acabaron los mensajes.

* * *

—¡Voy a matar a esa pelirroja! Os juro que la agarraré de esos rizos brillantes y le arrancaré los mechones.

—*Wow!* En dos años desde que te conozco jamás te había oído hablar así de ninguna chica.

Eva se encogió los hombros.

—Yo tampoco me lo puedo creer. Nunca pensé que fuera a sentirme celosa de Nolan. Pero supongo que a todos nos puede pasar alguna vez.

Celos, esos desconocidos con los que nunca había compartido mesa. ¿Por qué alguien que tenía una pareja estable como Nolan tenía que estar celosa? Desde la primera vez que los vi juntos, como amigos, me di cuenta de lo mucho que a Nolan le gustaba Eva. Para mí era algo palpable y, si hubiera estado en el lugar de ella, yo no hubiera dudado tanto en acostarme con él. Pero yo siempre había sido más sencilla con mis pasiones. Eva era más profunda, más sensible. Ella estaba rota en aquel momento y necesitaba espacio para recuperarse y volver a ser la misma. Nolan había sido un buen vecino y un buen amigo, había esperado el momento y al final las cosas habían caído por su propio peso. Nolan estaba enamorado de Eva, de eso yo no tenía

ninguna duda. Y Eva estaba completamente enamorada de él. Entonces, ¿qué podía provocar celos en una pareja que estaba tan compenetrada?

—¿Ha pasado algo desde la fiesta? —preguntó Michael inquisidor—. ¿Problemas en vuestro nidito de amor?

Eva volvió a encogerse de hombros.

—El domingo ya sabéis que es el día de descanso del pub, así que ni rastro de La Pelirroja. Pero la verdad es que hoy han estado toda la mañana de confidencias. Llegó un momento en el cual no lo podía soportar más, pensé que iba a saltar sobre ellos y a arrancarles los pelos.

—¿A quién? —preguntó Michael cogiendo su capuchino entre las manos.

Eva resopló y soltó aire:

—A los dos. Primero a ella y después a él.

—No lo entiendo —confesé—. Nolan es un buen tío. ¿Por qué ibas a arrancarle los pelos?

—¡Por hacerme sentir así! Desde lo de César nunca me había vuelto a sentir insegura y frágil. No quiero sentirme así otra vez. ¡No podría soportarlo!

Me quedé callada porque yo no había pasado por nada de aquello. Ni por el dolor, ni por el desamor. Ni por el miedo de volver a enamorarme ni mucho menos por los celos.

—Jaime llega en unos días —comentó Michael—. No sé si estoy preparado para más sexo sin charlas. —Hizo una pausa tras reconsiderarlo—. En todo caso, espero que haya sexo, sea en las condiciones que sea.

Los tres nos quedamos en silencio. Cuando Michael no sabía cómo animar a alguien solía desviar la atención hacia sí mismo, era algo que solía funcionarle.

Quise decir algo, pero ya no sabía qué más contarles. Había sucumbido a las preguntas de Michael nada más sentarnos, y a esas alturas los dos sabían que me había liado con Adrián sin liarme, que tenía una novia de sedoso cabello dorado con nombre de bebida alcohólica y que su madre se parecía a Carolina Herrera. Era lo primero de lo que habíamos hablado al comenzar nuestro café. No les había contado lo de los mensajes, por algún motivo me mantenía parcialmente reservada con aquel asunto. No quería que supieran cuánto comenzaba a afectarme.

Me levanté para ir al baño mientras Michael retomaba el hilo de sus teorías sobre cómo su relación hacía aguas.

Cuando salí no pude evitar echar un vistazo al móvil una vez más. Llevaba todo el día sin ningún mensaje de Adrián y a decir verdad me sentía extraña. Después de haber recibido tantos mensajes en menos de cuarenta y ocho horas, esperaba recibir otro en cualquier momento.

Justo en ese instante salió del baño de hombres Paul. Frenó en seco para evitar que nos chocáramos.

—¡Perdona!

—No pasa nada —contestó con una sonrisa.

Paul tenía una mirada transparente. Era de ese tipo de personas tranquilas que parecen ir siempre de frente. Había química entre nosotros y todas las veces que iba por allí no podía evitar

sentir ese gusanillo cuando nos veíamos. No era nada profundo, pero sí que llamaba mi atención. Sabía que él también se había fijado en mí. Éramos dos personas adultas, con una personalidad clara y a las que no les gustaban las complicaciones. Animales de la misma especie y como tal nos reconocíamos.

—¿Reunión de lunes? —comentó con una mirada y su bonito acento medio francés, medio indescriptible.

—Sí, estamos haciendo terapia de grupo.

—Es fantástico pasar un rato con amigos. Se os ve muy unidos.

—Supongo que siempre pasa en las ciudades grandes. Los que somos de fuera tendemos a unirnos y hacer piña, los amigos se convierten en familia.

—Aunque Michael es de aquí, ¿no? Habla muy bien español, pero por sus rasgos y su acento es inglés.

—Sí, Michael es inglés de los pies a la cabeza. Él nos ha ido adoptando. No sé cómo todavía no te ha invitado a salir con nosotros. Le encanta adoptar a todo aquel que le cae en gracia.

Paul esbozó una sonrisa.

—Sí que me invitó, pero no quería ser inoportuno.

Levanté las cejas sin acabar de entender.

—¿Inoportuno?

Paul sonrió de una forma sencilla.

—Inoportuno si no te esperas encontrarme en tu círculo. —Guardó silencio unos segundos antes de seguir—. Me hubiera gustado que me invitaras tú.

Entonces caí en la cuenta de qué quería decir.

—Vale, no sabía que querías que te invitara.

—¿No lo sabías?

—Podías haberme invitado tú.

—No, no podía.

—¿No podías?

Volvió a sonreír y por algún motivo la imagen de Adrián se coló entre nosotros. Quizás porque cuando Adrián sonreía nunca veía aquella sencillez, aquella transparencia. Quizás porque a mí me gustaban las cosas sencillas. A Paul le gustaba y me lo estaba diciendo de forma directa y clara. Sin vueltas, sin mareos, sin engaños.

—No puedo invitar a salir a una clienta.

Sonreí divertida.

—¿Pero sí puedes aceptar una invitación?

Se encogió de hombros.

—Digamos que sobre eso no hay ninguna norma. Pero si invitas a salir a una clienta y esta no quiere, la estás poniendo en una situación muy incómoda.

—Comprendo.

Nos quedamos en silencio unos segundos con una sonrisa sostenida entre los labios.

—¿A qué hora sales? —pregunté.

¿Por qué no? Era una mujer libre y sin compromiso, con ganas de vivir la vida y de tener un poco de vida sexual. ¿Era eso tanto pedir?

Capítulo 13

Quirúrgicamente satisfactorio

Con Paul no hubo complicaciones: ni cenitas, ni miraditas, ni persecuciones como el perro y el gato para no llegar a ninguna parte. Paul me dio su número antes de que volviera a la mesa. Me fui a cenar con Michael y Eva y les comuniqué que no iba a quedarme al postre porque tenía un plan más interesante. Ambos se pusieron muy contentos al saber que el hombre al que había invitado a tomar una copa a golpe de lunes por la noche a mi casa era Paul. El ánimo de la velada subió como la espuma.

Paul llegó a mi casa a las once de la noche. Para entonces, yo ya me había dado una ducha y me había puesto unos pantalones cortos con una camiseta de tirantes. Paul se tomó una copa de vino conmigo y antes de terminárnoslas ya estábamos besándonos. Me había sentado en uno de los taburetes de la cocina para beber y allí mismo me había besado. De forma instintiva abrí las piernas, para que él se colocara entre ellas. Fue un gesto natural en dos jóvenes con apetito sexual. Paul tardó apenas unos segundos en deslizar su mano por debajo de la camiseta y acariciar mi pecho derecho mientras me besaba. Tenía ganas de sexo y Paul era atractivo, ¿por qué no? El *piercing* de su labio inferior me rascaba delicadamente mientras me besaba.

—¿Vamos a mi cama?

—Voy a donde tú quieras —me contestó con una sonrisa.

Mi ligue medio francés era muy moreno. No era tan alto como Adrián, pero era muy guapo. No sabía por qué, pero de una forma inconsciente los estaba comparando. A pesar de mí misma, Adrián se había metido de lleno en mi cabeza. No podía evitar ver una y otra vez nuestras escenas de sexo sin sexo mientras Paul me sacaba la camiseta y bajaba recorriendo con sus labios mis pechos y mi abdomen. A pesar de la entrega de Paul, tenía la mirada de Adrián en mi cabeza mientras yo me movía encima de él el viernes anterior. No pude deshacerme de Adrián ni cuando Paul introdujo sus dedos en mi cuerpo. Me retorcí, jadeé y me moví debajo de su cuerpo buscando más, mientras él me estimulaba. He de confesar que no era tan delicado como Adrián.

—Ponte un preservativo —le pedí.

—¿Tienes uno o voy a mi chaqueta?

Me moví hacia la mesilla.

—Espera, tengo aquí.

Paul tenía un cuerpo muy bonito. Proporcionado, suave, de tamaño medio. Sin excesivos músculos, pero marcado. Vi cómo se ponía el preservativo con expectación. Lo peor es que el

recuerdo de Adrián no paraba de interponerse entre nosotros: su mano acariciando mi espalda en el trastero de Michael se coló en mi mente cuando Paul me penetró por primera vez. La imagen de cómo nos besábamos en la trastienda de mi estudio llegó mientras Paul incrementaba el ritmo entre mis piernas.

El sexo con Paul era operativo, no tenía nada que ver con Adrián. Desde luego, allí no había ni flores ni corazones. Lo que yo quería, ¿no?

—¡Quiero más! —le pedí, mirándolo a los ojos.

Faltaba algo entre nosotros. Quería más, más fuerte, más piel. Más de algo que no encontraba entre las sábanas con él.

Me di la vuelta mientras Paul se colaba de nuevo entre mis piernas.

—¿Así? —preguntó incrementando el ritmo.

—Más…

Paul subió las embestidas a la misma vez que apretaba los dientes.

Los ojos de Adrián mirándome mientras yo trazaba círculos encima de su cuerpo el viernes pasado se colaron en aquella cama. Sus manos aferradas con fuerza a mis caderas mientras Paul empujaba. Deslicé mi mano entre mis piernas y recordé las palabras de Adrián: «No puedo dejar de pensar en ti. Te veo desnuda encima de mí».

—No puedo más —susurró Paul en mi oído.

Apuré para llegar. Me dejé ir con la satisfacción de la liberación. Paul me dio un beso en el hombro mientras salía de mi cuerpo. No me había dado cuenta hasta el final de que había cerrado los ojos. Los abrí tras recuperar el aliento.

El sexo con Paul fue satisfactorio, quirúrgicamente satisfactorio.

—¿Todo bien? —preguntó Paul tanteándome.

Miré por encima del hombro y esbocé una sonrisa.

—Sí, muy bien.

Mentira. ¿Cómo podía mentir así? Había estado pensando en otro la mayor parte del tiempo. ¿La gente hacía ese tipo de cosas? A mí no me había pasado en la vida. Me sentí culpable, casi como cuando engañas a alguien.

* * *

Cuando me desperté, Paul seguía a mi lado. Confieso que me sentí algo rara.

El sol de la mañana entraba haciendo sombras sobre su cara. Me fijé en sus *piercings* y en el tatuaje que ocupaba la mitad superior de su brazo derecho. Paul era el típico chico que me atraería en cualquier escenario. Paul y yo estábamos hechos de la misma pasta. Entonces, ¿qué me pasaba? El sexo había estado bien, pero el hecho de que los recuerdos de Adrián se colaran entre nosotros había empañado el momento. Jamás en la vida me había pasado algo así, nunca me había acostado con un tío pensando en otro.

Paul abrió los ojos.

—Buenos días.

Sonreí.

—Buenos días.

—Me he quedado dormido. Perdóname, no sé si tienes prisa y estás pensando en cómo echarme a la calle.

Me reí.

—Pues justo estaba buscando una excusa, algo así como preguntarte si no tienes que ir a trabajar.

Paul se incorporó y se sentó en la cama. Se pasó las manos por la cara y no pude evitar fijarme en el aro que llevaba en el pezón. Sí, estéticamente Paul era mucho más mi tipo. Nada de camisetas de polo y pantalones de lino para navegar en barco.

—Estoy en turno de tarde, pero la verdad es que debería estar estudiando.

—Bufff… Estudiar y trabajar, ¡qué complicado!

—Es lo que toca si decides empezar a estudiar una carrera cuando los demás han terminado, y además tienes que compaginarlo con el trabajo.

Me gustaba eso de Paul. Era de los que tenían que currarse las cosas porque nadie les había regalado nada.

—¿Te queda mucho para terminar?

—En septiembre voy a intentar quitarme un par de asignaturas de encima. Tengo veintiocho años, calculo que a los cuarenta habré terminado la carrera y el proyecto final.

Levanté mucho las cejas.

—¡Estoy de broma! A los treinta espero tenerlo todo. Estoy muy centrado, no dejo que nada me distraiga de mi motivación.

Me senté en la cama como él, tapándome lo justo con la sábana.

—Lo de que nada puede distraerte resulta insultante cuando estás hablando con una chica que está desnuda contigo en la cama.

Paul sonrió y bajó la mirada para volver a subirla.

—Creo que alguna prenda sí llevas puesta.

—Pues sí que estás atento para haberte despertado justo ahora.

Paul se encogió de hombros y se acercó a mí.

El beso no fue de fuegos artificiales, pero me resultó agradable.

—Ayer no repetimos —me dijo bajando la voz.

—No.

—Deberíamos subsanarlo. No repetir la primera vez da mala suerte.

—Estoy de acuerdo.

Profundizamos el beso y Paul metió la mano entre mis piernas para conseguir mi desnudez completa.

Esta vez el sexo fue más divertido, con risas incluidas. Me gustó, pero sobre todo me gustaba estar con Paul, era fácil, sencillo y cómodo. Tanto que no me molestó en absoluto que se quedara a desayunar. Se duchó y se vistió para preparar los cafés. Ya que tenía un profesional que menos que el café lo hiciera él, ¿no?

—Tienes que cambiar la cafetera —me comentó desde la cocina.

Yo todavía estaba en el cuarto de baño terminando de arreglarme. Abrí la puerta mientras seguía aplicándome rímel en las pestañas.

—¿Qué le pasa a mi cafetera?

—Nada en concreto, lo que le pasa es todo.

—¿Todo?

—Sí, con esta cafetera nunca conseguirás un buen café. ¿No tienes una cafetera americana?

Fruncí el ceño.

—Sí, pero para las mañanas me gusta el café de cápsula. Es más rápido. —Vi cómo meneaba la cabeza en el reflejo del espejo del baño—. Es una buena cafetera, la tiene todo el mundo.

—Es tendencia, no te lo niego —comentó con la cápsula de café en la mano—. Pero eso es solo una cuestión de marketing. Hacer café es algo más que poner una cápsula en una máquina.

—Tengo que irme al trabajo en veinte minutos —repliqué meneando la cabeza—. ¡Solo necesito un café rápido!

Dejé a un lado el rímel y observé el reflejo del espejo. Me había marcado unas ondas en mi melena rosa. El resultado era bueno a pesar de que las había hecho bastante apurada. Me hice una coleta baja y floja para no estropear las ondas. Me la coloqué hacia el hombro derecho.

Me había vestido con un top verde pálido de algodón y unos vaqueros de pata ancha. El top era ligeramente corto y dejaba al aire una tira de piel. El sujetador negro se intuía debajo de la tela de algodón.

—Hoy no estás sola —apreció Paul desde la cocina.

Suspiré.

—¡Está bien! Tú eres el profesional, si no puedes tomar café de cápsula, coge la cafetera americana. Está en la primera puerta del armario de arriba. El café está en el armario a la derecha de la nevera.

Justo en ese momento sonó el timbre. Eran las nueve y diez de la mañana. Supuse que era un repartidor o quizás una carta certificada. Un burofax de mi casero anunciando el cambio de condiciones económicas en el contrato de alquiler de mi local de negocio sería muy apropiado a esas alturas del verano.

Abrí la puerta esperando encontrarme el referido burofax, pero me encontré otra cosa.

—Hola, ¿podemos hablar?

Era Adrián. No tenía muy buena cara, era como si hubiera envejecido en unos pocos días. De repente había desaparecido el tono tostado de su piel, cediendo a un tono pálido, como si el sol hubiera abandonado definitivamente Londres.

—Son las nueve de la mañana.

—Serán solo cinco minutos. No quería que te fueras sin hablar antes contigo; vine ayer un par de veces y no estabas en ningún momento.

¿Qué quería Adrián? El solo hecho de verlo en la puerta de mi casa me cambió el humor. Se extendió un sabor amargo por mi estómago que no arregló ni el aroma del café preparado por Paul.

—No tenemos nada de qué hablar.

Adrián se pasó una mano por el pelo en señal de frustración. Su pelo castaño se movió hacia atrás y volvió a caer hacia un lado, dándole sombra a sus ojos verdes.

—Déjame que te lo explique.

—No hay nada que explicar. ¿No te quedó claro con mi mensaje?

Adrián me miró frustrado.

—Solo será un momento.

—Ni un momento ni un segundo. ¿Qué es lo que no entiendes? No quiero oír nada.

Antes de que Adrián pudiera replicar, Paul se acercó.

—El café está hecho.

Adrián observó por encima de mi hombro a Paul y por un momento se quedó sin palabras.

—Gracias, voy ahora. Adrián ya se marchaba.

Pero Adrián recuperó la capacidad de replicar.

—Perdona —dijo cogiéndome de la mano—. Te la devuelvo en un momento, para que podáis desayunar —replicó mientras tiraba ligeramente de mí—. ¡Ve sirviendo los cafés! —añadió con una sonrisa que pretendía ser ligera pero cuya máscara ya no le salía nada natural.

Salí del piso mientras veía cómo Paul se quedaba boquiabierto y la puerta se cerraba.

—Pero ¿qué haces? —pregunté mientras me soltaba de la mano de Adrián.

En ese momento mi vecina abrió ligeramente para observar por la rendija de la puerta qué era aquel alboroto.

—*Good morning!* —saludó Adrián.

Esta replicó con un gesto.

Tragué saliva y sonreí:

—*I'm sorry, Fiona!*

Adrián volvió a cogerme y saludando con una mano a la señora tiró de mí hacia las escaleras. Bajamos un tramo y nos detuvimos en un descansillo.

—Bueno, ya está, ¿qué quieres? —pregunté—. ¿Te parece normal sacarme así del piso?

—¿Quién es ese?

—Un amigo.

—¿Os habéis acostado?

Abrí muchísimo los ojos.

—¿Me estás vacilando? ¡A ti qué te importa! ¿Os habéis acostado tú y tu novia estos días?

—Vale, tienes razón. ¡No puedo reclamarte nada!

—¡Exacto! —contesté con frialdad—. Déjame en paz, no quiero escucharte.

Adrián estaba tan molesto como yo.

—¡Espera un momento, por favor! Supongo que a tu amiguito del *piercing* no le importará volver a calentar el café.

—¿Tú ya desayunaste o tu novia está todavía poniendo la mesa?

Adrián cerró los labios en una fina línea.

—No está.

—¿Se volvió a España? —Nada más decirlo me arrepentí—. ¡Olvídalo, no me interesa!

Adrián metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada al suelo.

—Ha salido temprano. Tiene planes todo el día con una amiga que vive en Londres.

Moví la cabeza a ambos lados con desagrado.

—No me lo cuentes, no me interesa. Esto es innecesario.

Quise irme, pero Adrián me retuvo cogiendo con un gesto mi brazo.

—¡Déjame disculparme!, aunque eso no cambie que haya quedado como un cerdo.

—Desde luego, eso no vas a poder cambiarlo.

—Sé qué crees que soy un gilipollas, un tío que le pone los cuernos a su novia.

—Con todas las que se le ponen a tiro —añadí.

Adrián levantó sus ojos verdes acastañados.

—Sí, con todas las que se me ponen a tiro. Pero las cosas no son como tú te crees.

—¿Y cómo me creo yo que son?

—Que lo hago porque soy un cerdo, un tío sin escrúpulos.

—¿Y no lo eres?

—Hay un motivo por el que estoy con ella, pero no te lo puedo contar. Es algo que no me pertenece. —Hizo una pausa antes de añadir—: Esta relación es una farsa.

Me quedé fuera de juego. ¿Qué significaba eso? Recordé a Ginebra y cómo ella miraba a Adrián con auténtica devoción. Recordé la mirada autoritaria de la madre de Adrián y me pregunté cómo un tío como él podía estar en una relación en la que no quería estar. Claramente ella estaba enamorada, de eso no tenía ningún tipo de duda.

—¿No es tu novia?

—Sí, claro que es mi novia.

—¿Y no la quieres?

—No es que no la quiera. ¡No la quiero como ella me quiere a mí!

Me quedé callada.

—Entonces no es una farsa, ¡simplemente eres un gilipollas!

Me di la vuelta para marcharme.

Adrián volvió a cogerme del brazo.

—No… Hay un motivo por el que no puedo dejarla.

Miré su mano cogiendo mi brazo y después lo miré a él.

Adrián me soltó.

—Ya sé que es difícil de entender, pero es todo lo que puedo contarte.

Lo miré en silencio y a pesar de mi frialdad exterior, el estómago se me había encogido. Por mucho que quisiera permanecer en calma, la verdad es que Adrián me importaba. Más de lo que me había importado ningún hombre. Más de lo que estaba dispuesta a admitir. Si ya me parecía ridícula la idea de nosotros dos juntos antes de saber que tenía novia, ahora no solo era ridícula, sino que era disparatada y absurda. ¿Qué pretendía Adrián con aquel numerito?

—Yo no te he pedido ningún tipo de explicación.

—¡Pero yo quería explicártelo!

Mantuve unos instantes de silencio buscando qué se ocultaba en los ojos verdes de Adrián.

—No me has explicado nada.

—¡Es todo lo que puedo decir!

—Entonces es suficiente.

Me di la vuelta para marcharme.

—Ros, me gustas. Me gustas de verdad, ¡ojalá las cosas fueran diferentes!

Quise decirle que ojalá lo fueran, pero me quedé callada.

Subí las escaleras y volví a mi piso a tiempo de tomar un incómodo café con Paul antes de irme a trabajar.

Capítulo 14

Sexo sin cena

Nunca pensé que el primer chico que iba a importarme de verdad vendría con novia incluida. ¿Cómo había pasado eso? En aquel momento todavía pensaba que podía olvidarme de lo que había ocurrido con Adrián. Sin embargo, no tenía sentido mentirme a mí misma, lo que había pasado entre nosotros era lo más sensual que me había ocurrido en toda mi vida, nunca había vivido algo tan intenso. Habíamos tenido más que piel con piel. Cuando estaba con Adrián sentía que los límites de lo que era correcto o no parecían más difusos. Sin embargo, por mucho que el deseo se impusiera por encima de todos los sentimientos, lo cierto es que la sonrisa de su novia observándolo con devoción no se me iba de la cabeza.

Esa tarde tuve una videollamada a tres.

—Estoy en el trabajo —contesté.

—¿Hay mucha gente? —quiso saber Eva—. Siempre dices que las tardes de julio son muy tranquilas. Pensé que pronto cerrarías por vacaciones.

Suspiré.

—Hay solo una persona en el local y está dudando entre dos lápices. Creo que estoy gastando más con la luz encendida que lo que voy a ganar esta tarde.

—¡Por lo menos tu colección de manos irá bien! —comentó Michael.

Giré el móvil para enseñar a la cámara mi bloc de dibujo con la mano en la que estaba trabajando.

—Va bien. Si sigo por este camino tendré una buena serie al final del verano.

—¿Por qué haces tantas manos? —quiso saber Eva.

—No lo sé. Es lo único que me relaja últimamente.

—Me resulta curioso porque la mayor parte de tus obras son cubistas, no realistas.

—Lo sé. Pero el realismo es la base de todo y para mí la técnica es esencial. La verdad es que considero que es importante no estancarse en la zona de confort de un artista.

Eva me miró unos segundos antes de decir:

—Tengo que experimentar otras técnicas. Creo que hace años que no hago otra cosa más que cómics.

—Es diferente. Tú eres casi una escritora: medio caricaturista, medio cuentacuentos. Tú cuentas historias con las letras, no solo con lo que dibujas. En tu caso es importante tener un

estilo muy marcado —argumenté—. Pero yo soy una pintora y dibujante más global. Me parece relevante practicar aquellas técnicas que más me cuestan.

Michael esbozó una gran sonrisa. Supe que iba a decir algo inapropiado.

—Es como las ma…

—¡Cállate, Michael! —le pedí.

—¿Qué? Solo digo la verdad. En el sexo la maestría lo es todo y para eso también hay que ensayar. No se puede destacar en algo si no se practica, ¡estoy totalmente de acuerdo, querida!

Eva soltó una risa y declaró:

—¡Menos mal que podemos charlar un rato! Estaba pasando una tarde complicada.

—¿Por qué?

—¿Más problemas en el paraíso, *darling*? —inquirió Michael.

Eva movió su móvil con disimulo y a lo lejos, en la barra del pub vimos a La Pelirroja hablando animadamente con Nolan mientras este tiraba una caña de Guinness.

—*Wow*, ¡qué belleza! —exclamó Michael.

Eva observó a la camarera y asintió.

—Sí, es guapísima.

—*Oh, no, love!* La Pelirroja es una monada, pero yo estaba hablando de Nolan.

Esta vez la que se rio fui yo. Eva echó un vistazo hacia atrás para ver a su hombre y no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Nolan siempre está guapísimo.

—Eres una exagerada —comenté—. Yo solo veo a dos colegas.

—Yo nunca he sido celosa —se excusó Eva—, pero lo de esta chica es algo exagerado. ¿No os fijasteis en la fiesta de la semana pasada? No se despegaba de él.

—Bueno, era el único al que conocía. Vino con vosotros.

—Exacto: vino con nosotros, tú lo has dicho. Pero en realidad solo está con Nolan. Están juntos todo el tiempo, a mí apenas me saluda.

—Es su empleada —añadió Michael—. A lo mejor solo quiere ganar puntos con el jefe. Si Nolan fuera mi superior estaría a su entera disposición.

Eva puso los ojos en blanco.

—No me gusta sentirme así, nunca he sido una mujer celosa. La ruptura con César me destrozó, pero no hubo terceras personas, ya lo sabéis. Él simplemente dio por amortizada nuestra relación. Pero la sensación de inseguridad ya la viví con él y no me apetece repetirla.

—Creo que le estás dando demasiada importancia —sentencié—. Nolan está enamorado de ti, no piensa en nadie más.

Eva asintió, pero se la veía dubitativa. A decir verdad, ni Michael ni yo habíamos cruzado más que un par de frases con Brianne, por lo que no podíamos saber si Eva tenía o no motivos para sentirse insegura. La conocía desde hacía dos años y nunca me había parecido una persona insegura. No era de esas personas que exageran las situaciones. De todos los fantasmas que

Michael veía en su relación con Jaime no me creía ni la mitad, Michael sí era muy exagerado. Pero Eva no, estaba más que acostumbrada a ver cómo las mujeres se morían por los huesos de Nolan. Era un tío impresionante con sus ojazos azules, sus hombros anchos, su cuerpo de vikingo del siglo XXI. Era un tío de diez, y además era camarero, las mujeres trataban de ligar con él día sí y día también. Estaba tan segura de eso como de que Nolan bebía los vientos por Eva. Pero a veces las cosas cambian, ¿no? ¿Y si Eva tenía razón?

Michael debía estar pensando lo mismo que yo porque de repente propuso:

—Eva, deberíamos hacer una cenita en tu piso, hace tiempo que no nos juntamos en tu casa, ¿no crees?

Eva se quedó extrañada por el cambio de conversación.

—Claro, organizamos una cuando queráis.

—¿Qué te parece este viernes? Jaime llega el domingo y quiero distraerme este fin de semana.

—¿Piensas emborracharte todos los días? —pregunté jocosa.

Sabía la ansiedad que le entraba cada vez que Jaime regresaba de un viaje.

—No, querida. El viernes quiero emborracharme, pero el sábado es de reconstrucción… A mi edad, ya sabes, se necesita tiempo de recuperación.

—Por mí bien —contesté mientras observaba cómo mi potencial clienta se iba del local sin ni tan siquiera comprar un mísero lápiz—. Empiezo a pensar que los viernes son los nuevos sábados.

—¡Perfecto! Invita a La Pelirroja, *love* —indicó Michael.

—¿Cómo? —preguntó Eva, contrariada—. Ya me basta con tenerla todo el día en el pub, no tengo ganas de tenerla también en mi casa.

—Necesitamos ver cómo se comporta para comprobar si tienes o no motivos para estar desquiciada.

Eva resopló, pero la verdad es que la propuesta de Michael no estaba falta de razón.

—Roser… —se quejó Eva—. Dime que a ti también te parece un sinsentido.

Me encogí de hombros.

—Creo que no es una mala idea. Por otro lado, es una buena excusa para hacer otra fiesta. ¡Vivan los viernes! —añadí socarrona.

—Seguro que está preparando una tu vecina de la última planta, en la Embajada de España siempre estáis de fiesta… Hablando de españoles. ¿Qué tal anoche con tu chico medio francés?

Me encogí de hombros.

—Bien.

—¿Solo bien? —preguntó Michael con una mueca.

—Sí, bien. El sexo fue satisfactorio, si esa es tu pregunta.

—Yo no quiero que tengas sexo satisfactorio, quiero que te mueras del gusto.

—¿Y Adrián? —quiso saber Eva.

Michael asintió con la cabeza:

—Con ese sí que te morirías del gusto.

—¡No digas estupideces! —me excusé molesta.

—¿No has sabido nada de él? —preguntó Eva.

—No —mentí—. No me interesa.

—Ni él… ni su novia —comentó Michael metiendo el dedo en la llaga.

—No, Michael. No me interesan ninguno de los dos.

—Ese tío te pone más sin haberos acostado que Paul tras una noche de sexo.

No me molesté en contestar a Michael porque él me conocía a la perfección y porque era verdad, a mi pesar.

—Bueno, ¡pues el viernes hacemos cena en mi piso! —declaró Eva.

En ese momento entró por la puerta del local el dueño.

—Tengo que dejaros, ha llegado mi casero.

—¡Suerte! —me animó Eva.

—Ánimo, *love*! Luego me escribes.

* * *

Mi casero no trajo buenas noticias. Al parecer, había otra persona interesada en el local y si no aceptaba la subida del alquiler tendría que irme en septiembre. La conversación fue tensa y breve. Cuando se marchó eché la llave y pensé en que tenía que hacer algo. Tal vez no pareciera mucho, pero doscientas libras más al mes de alquiler suponían una gran diferencia, tenía que pensármelo muy en serio, sobre todo teniendo en cuenta que aquel día había hecho solo quince libras de caja.

Cerré la tienda y me fui a casa, pero antes pasé por el supermercado. Mientras estaba cogiendo algo de fruta me llegó un mensaje de Paul.

Paul: Hola. ¿Te apetece tomar algo?

Observé el mensaje y mi primer impulso fue decirle que no. No me apetecía tomar nada, pero sí que me apetecía tener sexo y liberarme. El sexo era algo natural, algo sencillo cuando es entre dos adultos que tienen las cosas claras, y entre Paul y yo lo estaban.

Yo: Hola. Si quieres pasa por mi casa al salir del trabajo.

Nada más, ni me apetece verte ni nada más. No quería líos ni preocupaciones, solo sexo y un poco de diversión.

Cuando llegué a casa salí a correr media hora. Después de ducharme hablé un rato con Michael sobre el drama del casero y me habló de lo vieja que se le veía la piel y de un tratamiento que pensaba darse al día siguiente por la tarde. Cené algo mientras echaba un vistazo a las noticias. Estaba tomando una copa de vino cuando me llegó un mensaje de Eva con la

invitación para cenar ese viernes. Por lo visto a Nolan le había parecido una idea genial y había decidido que fuéramos los de siempre a la cena y, debido a que los de siempre éramos unos quince, la cena sería en el pub. El viernes cerraría a las ocho de la noche.

Sonó el timbre cuando estaba terminando mi copa de vino.

—Hola —sonrió Paul.

Cuando lo vi me pareció guapo, pero no sentí ni frío ni calor, a pesar de que nos habíamos acostado la noche anterior.

—Hola, veo que últimamente no quieres estudiar.

Paul entró.

—Para tu información estuve estudiando gran parte del día.

—Eso está bien. Si suspendes no será cosa mía.

—Falta más de un mes para los exámenes.

Sonreí mientras me dirigía al cuarto de baño.

—Sírvete una copa de vino. Las copas están encima del fregadero, voy a lavarme los dientes.

—Muy bien. Mientras no me dejes media hora solo con la copa.

—Salgo ahora —contesté meneando la cabeza por su comentario.

Él me echó una mirada significativa. Los dos sabíamos a qué estaba haciendo alusión y lo cierto es que por la mañana lo había dejado plantado con los cafés recién hechos durante un buen rato. Había sido tan raro que no habíamos ni hablado de lo ocurrido. Cuando volví a entrar en el piso, Paul me había calentado el café a pesar de que según él los cafés no se podían calentar. Qué iba a decirme un barista, ¿no?

Cuando salí, Paul estaba con la mirada fija en el televisor y los brazos cruzados. Mientras escuchaba las noticias, se mordía ligeramente el labio inferior donde llevaba el *piercing* de aro. Me resultó atractivo y sentí deseos de besarlo.

Me aproximé a él y me dijo:

—Tu copa.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la copa que había dejado encima de mi mesa.

—Dejaré que se enfríe —dije con una sonrisa.

Los ojos oscuros de Paul me observaron curiosos a través de sus gafas.

Me aproximé a él y le acaricié un brazo. Paul se inclinó un poco y me besó. Funcional, sin fuegos artificiales. Sin embargo, útil para las ganas que yo tenía.

El sexo con Paul fue agradable. Después del sexo nos quedamos tumbados hablando, como si de dos amigos se tratara hasta que las tripas de él rugieron.

—¡Perdona! —se rio.

—No pasa nada.

—Esto ocurre por tener sexo sin cena.

Solté una carcajada.

—Pero ¿no has cenado?

—No. Esperaba poder cenar contigo, pero no fue así.

—Ahora la que tiene que disculparse soy yo, di por supuesto que habías cenado.

—No. La verdad es que me habría pillado un sándwich de camino, pero tenía ganas de verte —primera señal de que a Paul le gustaba—. Si he de ser sincero me hubiera gustado cenar contigo, pero cuando recibí tu mensaje ya vi que tu propuesta no incluía la cena.

Paul me miró mientras su bonito acento francés flotaba entre las sábanas.

—Yo, la verdad es que no quería que…

Paul asintió con la cabeza.

—Querías dejar bien claro que solo querías tener sexo.

Lo miré a los ojos, era tan fácil hablar con Paul. Estaba guapo sin gafas, pero no tanto como con ellas. Se diluía su aire intelectual.

—No te voy a mentir: sí, la verdad es que quería que tuvieras claro que solo era…

—Sexo.

—Sí.

Paul guardó silencio unos segundos antes de hablar.

—¿Has salido con muchos psicópatas?

—¿Por qué dices eso?

—Porque es curioso que quieras marcar tanto las cosas desde el principio. No es que yo te haya declarado mi amor o haya querido presentarte a mi familia.

Me puse roja mientras Paul se reía.

—Perdona, no era mi intención.

—Mira, a mí me gusta ser claro: me gustas, pero tampoco te conozco demasiado. Si solo quieres sexo por mí bien. Pero a mí sí me apetece conocerte, así que si quieres cenar o tomar algo también me parece bien.

Meneé la cabeza.

—¿Tendrás tiempo para estudiar entre tantas cenas y sexo?

—El sexo veo que ya lo tengo asegurado.

—Ha sido satisfactorio —declaré siguiéndole el juego.

—¿Satisfactorio?

Me encogí de hombros.

—Bastante satisfactorio.

Paul apartó las sábanas de la cama desnudándome y me separó las piernas.

—Déjame intentar conseguir un muy satisfactorio.

Me moví acomodándome a su cuerpo.

—No sé si podrás conseguirlo.

Bajó su cabeza entre mis piernas.

—Intentaré hacer méritos para subir mi calificación.

No puedo negar que lo consiguió. La segunda vez fue muy satisfactoria y en compensación le

preparé algo de cena y dejé que se quedara una noche más a dormir.

Mientras Paul se duchaba, me llegó un mensaje de Adrián.

Adrián: No te vas de mi cabeza.

Me dolió el estómago al leer aquella frase. ¿Qué me pasaba? A pesar de todo lo que había compartido con Paul en las últimas cuarenta y ocho horas no se había empañado lo que Adrián me había hecho sentir. Con Adrián había algo más. Algo que no podía concretar, pero que estaba constantemente latente entre nosotros desde la noche en la que lo había conocido. Adrián me hacía sentir mucho más con una sola mirada que Paul con todo el sexo que habíamos tenido.

Miré el mensaje y recordé la sonrisa de su novia.

Yo: No me escribas más.

Adrián: Está bien. No te escribiré, pero hay una última cosa que necesito decirte.

Vi cómo seguía escribiendo en el WhatsApp y me adelanté.

Yo: No quiero que me digas nada.

Adrián: Es algo sobre mi relación. No te lo conté todo esta mañana.

Yo: En realidad apenas me contaste nada. Dijiste que no podías explicarte.

Adrián: No puedo contarte el motivo por el que estoy con ella. Lo que quiero decirte es otra cosa, algo sobre nosotros…

Leí «nosotros» y el sabor amargo de la garganta se extendió por mi estómago. Nosotros: él y ella.

Yo: ¡Adrián, no me importa! No me escribas nada más, no estoy sola.

Adrián se detuvo. Pasaron unos segundos que me parecieron eternos. Estaba claro que había borrado lo que había escrito y se decidió a volver a escribir.

Adrián: ¿Estás con el tío del *piercing*?

Yo: A ti no te importa. ¿No estás tú con tu novia?

Adrián: No, está en casa de una amiga.

Yo: Ahora eres el típico tío que escribe a las chicas cuando la novia no está delante.

Adrián: Las cosas no son tan sencillas. Hay un motivo por el

que no puedo dejarla.

A pesar de mí misma quería saber por qué. ¿Qué podía hacer que estuviera con alguien con quien no quería estar? Observé el móvil casi con ansiedad esperando una explicación a aquel sinsentido, pero Adrián seguía en línea sin escribir nada y cuando lo hizo no fue lo que yo me esperaba.

Adrián: Puedes acostarte con él, pero sé que no te hace sentir
lo que te hago sentir yo.

No le contesté. Preferí enterrar el móvil en la mesilla y echarme a dormir. Cuando Paul se acostó a mi lado me hice la dormida. Deseé que no estuviera allí. Él apagó la luz y se durmió en el otro lado de la cama.

Capítulo 15

Tiffany’s time

Por segunda mañana consecutiva tomé café con Paul y de forma secreta me prometí no dejar que al día siguiente volviera a amanecer en mi cama. Dos noches seguidas me parecía demasiado para alguien con el que, a pesar de tener «sexo muy satisfactorio», no quería ningún compromiso.

Llamamos al ascensor para irnos juntos. Cuando este llegó, no estaba vacío. Adrián se encontraba en su interior. Me observó en silencio con sus ojos verdes hundidos en unas marcadas ojeras. Tenía mala cara. La mía no era mucho mejor, aunque el maquillaje y el corrector habían hecho milagros.

—¡Buenos días! —saludó pulsando el botón para que las puertas permanecieran abiertas en vista de lo que tardábamos en decidirnos a entrar.

—Hola —musité entrando en el ascensor.

—Buenos días —respondió Paul.

Me sentí incómoda.

—Soy Adrián —se presentó este estirando la mano—. Perdona que Ros no nos haya presentado. Somos muy buenos amigos, salimos incluso en el mismo grupo, pero a ella le cuesta presentarme a sus ligues.

—Paul —contestó este apretando su mano con cierta incomodidad.

—No es mi ligue.

—¿Novio quizás?

Me dieron ganas de partirle la cara. Sabía perfectamente que no era mi novio.

—Somos buenos amigos —comentó Paul con tranquilidad a pesar de la tensión que se mascaba en el ambiente.

—Entonces eres un buen amigo, como yo.

Miré a Adrián con ganas de matarlo. Paul se limitó a asentir y aprovechó el trayecto para echar un vistazo a su móvil que acababa de vibrar.

Adrián esperó a que Paul dirigiera su mirada al móvil para subir su mano hasta mi espalda y apoyar su palma abierta sobre mi piel desnuda. Me había puesto un top corto blanco con un estampado grande de limones. Sentí su piel suave y el calor de su palma en la parte baja de mi espalda, se me erizó la piel al contacto de forma inevitable.

Subí la mirada para verle los ojos.

—He dormido fatal —confesó en voz baja.

No parecía que Paul se hubiera percatado de la caricia secreta de Adrián. Estuve tentada de pisarle con mis sandalias, pero me contuve.

—Quizás porque no estaba tu novia esta noche.

—Llega ahora. De hecho, bajo a recibirla —contestó mordaz.

Apenas lo había soltado cuando su mirada cambió. Sus ojos eran una mezcla de arrepentimiento y dolor. No sabía si se arrepentía de haberme dicho aquello por el hecho de que lo había dicho de forma deliberada para molestarme o porque no quería ahondar en el tema de que tenía novia.

El ascensor se abrió y salimos los tres a la calle. Justo en ese momento estaba Ginebra bajándose de un taxi. Llevaba un vestido ligero y sedoso color ocre. Su pelo rubio caía liso como una cortina. Calzaba unas sandalias planas y aun así se la veía muy alta. Desde luego me sacaba media cabeza. Una vez más no pude evitar sentirme pequeña e insignificante con mi crop top de limones, mi vaquero de pata ancha y mis sandalias amarillas. Adrián bajó las escaleras de la entrada delante de nosotros y cogió la bolsa de mano que llevaba su novia.

—Déjame que la lleve yo.

—No pesa nada, solo hay un par de prendas.

—Da igual —contestó.

No pude evitar apreciar el gesto serio de Adrián. Hablaba sin mirarla a la cara, pero cuando ella buscó sus ojos, a Adrián no le quedó más remedio que mirarla e inclinarse para darle un beso en la mejilla. Sin embargo, Ginebra retuvo su cuerpo y le dio un beso en los labios. Adrián forzó una sonrisa y levantó la mirada hacia nosotros que acabábamos de bajar las escaleras.

—Buenos días, ¿qué tal, Roser?

—Bien.

—He estado en Cambridge con una buena amiga. Lleva años viviendo aquí y nunca me canso de visitarla.

Me limité a asentir.

—Es una ciudad muy acogedora.

—Sí, la verdad es que sí. Menos mal que tiene aire acondicionado. No podía dormir del calor, pasé muy mala noche. Tú también, ¿no? —le preguntó observando a su novio—. Tienes ojeras.

Adrián desvió la mirada y la paseó por las escaleras hasta detenerla en mí.

—Sí, pasé mala noche.

Rompí el contacto visual. Paul nos observaba con una cara indescifrable.

—Este es Paul. Ella es Ginebra, la novia de Adrián —los presenté.

—Hola.

Ginebra nos observó con una mirada curiosa.

—Encantada de conocerte, Paul —contestó risueña. Iba a decir algo más cuando sonó su móvil—: Perdonad un momento.

Contestó en un perfecto inglés. Se apartó unos segundos. Teníamos que marcharnos, pero hacerlo sin despedirnos me parecía de mala educación. Observé el reloj y ya eran las nueve y media.

—Tengo que irme —murmuré.

—Yo también, tengo que ponerme con los apuntes.

—¿Estudias? —quiso saber Adrián.

—Sí, Ingeniería Industrial.

Adrián se limitó a asentir y vi en el reflejo de sus ojos que estaba haciendo una valoración al hecho de que Paul siguiera estudiando a su edad. La necesidad de sacar la cara por él se hizo imperiosa. Adrián había ido a los mejores colegios y a la universidad privada. Él tenía una vida fácil y su camino había sido siempre llano. Paul pertenecía a una familia de clase media como yo. Él tenía que estudiar y trabajar. No pude evitar decirlo, quizás por cierto complejo de inferioridad en comparación. Quizás porque él vestía un polo y Paul y yo siempre llevaríamos camisetas de algodón del Primark.

—Paul trabaja y estudia.

Adrián volvió a mirarlo y esta vez detecté en su mirada admiración y respeto.

—¿En qué trabajas?

—Soy camarero y barista en The Crown.

—Me hablaron muy bien de ese sitio. Parece que dais muy buenos cafés.

—Veniros un día, tú y tu novia. Invita la casa.

—Gracias —musitó Adrián algo taciturno.

—Tengo que irme para coger el próximo metro —me excusé al tiempo que Ginebra colgaba el teléfono.

—¡Adri! —lo llamó para reclamar su atención—. Tenemos que ir a Tiffany a las once.

Adrián tragó incómodo.

—¿Hoy? Luego hablamos…

No me costó nada determinar que Adrián no quería seguir hablando, pero Ginebra siguió:

—¿Sabes lo difícil que es conseguir una cita? He removido cielo y tierra para conseguir que nos hagan hueco.

—Ginebra, lo hablamos arriba.

—Pero… ¿no me dijiste que hoy podíamos hacer lo que yo quisiera? Necesitamos encargar las alianzas. Da igual lo de la fecha, eso ya lo grabaremos en Madrid.

¿Alianzas? Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Me quedé sin aliento.

Adrián no pudo evitar dirigir su mirada a mí. Vi en sus ojos cómo se ahogaba y en ese momento tuve la certeza de que él no quería estar en esa relación. Eso era tan cierto como que ella lo quería, lo quería de verdad. Se notaba en su voz el miedo a que él rechazara la cita que había conseguido, pero ¿por qué?

—¿Pasa algo? —preguntó—. ¿No quieres ir hoy? Si perdemos la cita, no sé cuándo conseguiremos otra…

Adrián estaba entre la espada y la pared, no le quedó otra que contestar:

—Iremos hoy.

No fui capaz de decir nada. La mirada de Paul iba de mí a ellos como en una partida de tenis.

Ginebra sonrió.

—Cómo son los chicos, ¿verdad? —comentó mirándome—. Llevamos dos años comprometidos y Adrián no hace más que escaquearse de las tareas de la boda.

No articulé ni una sola palabra. Adrián se rascó el cogote. Paul se limitó a sonreír de una forma educada y dijo:

—Felicidades.

—Gracias. Dos años es mucho tiempo para un compromiso, ¿no creéis? Pero Adrián opina que somos muy jóvenes —explicó con un gesto—. ¡Da igual! Os puedo asegurar que la próxima primavera luciré una alianza en esta mano. —Movió su mano derecha con una sonrisa.

Fue ahí cuando me fijé que en la izquierda llevaba un anillo de compromiso. Una fina alianza de oro blanco con un solitario. El diamante brillaba al mover la mano mientras hablaba. ¿Cómo no me había fijado antes? Yo tenía anillos de plata y de colores en todos los dedos de las manos. Para mí los anillos eran un simple accesorio de moda, no significaban nada, no representaban nada.

—Tengo que irme —me oí decir—. Se me está haciendo tarde.

—¡Claro, perdonad! Es que me pongo a hablar y no paro —se excusó Ginebra—. Encantada de conocerte, Paul.

—Igualmente.

Adrián no dijo nada, se despidió con un pequeño gesto.

Me alejé con Paul hasta la estación del metro y me alegré de que el metro que cada uno necesitaba se fuera en dirección contraria.

* * *

¿Alianzas? ¿Compromiso? Jamás me hubiera imaginado algo así. No fui la única, Michael también estaba en *shock*. Una cosa era tener novia, otra estar comprometido. Eso sí le escandalizó. Había venido a almorzar conmigo para animarme por el problema que no hacía más y más que acrecentarse sobre la renta de mi local, pero cuando llegó todavía estaba lívida por lo que me había pasado con Adrián, así que el tema del aumento de mi renta había pasado a un segundo plano. Habíamos echado la persiana al negocio y a la una nos pedimos unos sándwiches en uno de los puestos del mercado que tenían terraza.

El sol me calentaba las piernas mientras mi cabeza se resguardaba de los rayos solares bajo la sombrilla.

—No sé por qué seguimos viniendo aquí, siempre tardan una eternidad con la comida.

—Apenas tardan quince minutos, Michael.

—Quince minutos cuando es comida rápida es demasiado, *honey*.

No repliqué porque en cierto modo tenía razón.

—Estás moreno —comenté, apreciando su tonalidad.

—Te diría que todo se debe a las veces que bajo al parque, pero la verdad es que me estoy dando rayos.

—Pensé que estabas preocupado por tu piel.

—Los rayos uva no estropean la piel.

—No, claro, son maravillosos para cuidar la piel —contesté con una mueca.

Michael hizo un gesto restándole importancia.

—¡Para tu información son muy buenos para la gente que tiene soriasis!

—Tú no tienes soriasis.

—Eso no lo sabes. A lo mejor simplemente no decidí contarlo, como Adrián no decidió contarnos lo de su compromiso —comentó mordaz.

—¡Vaya comparación!

—*Oh, love. I'm sorry!* [1] —suspiró—. Estoy disgustado. Hace más de un mes que lo conocemos. Ha venido a fiestas, a la playa, hemos cenado y tomado café… ¡Subió a por vino a mi trastero!

Entorné las cejas.

—¿Eso te parece importante?

—Por supuesto. ¡No le enseño mi trastero a cualquiera! Un trastero dice mucho de una persona, es como verle las bragas a una señora.

—Michael… —negué con un gesto a su obscenidad.

—Es cierto. ¡Un trastero son las bragas de una casa! —declaró—. *Shit!* Me siento engañado.

Era increíble la capacidad que tenía Michael de focalizar en él todos los problemas, incluso aquellos que no eran suyos.

—Michael —llamé su atención mientras la camarera nos servía los sándwiches—. Estábamos hablando de mí.

—Sí, sí, querida, lo sé. Pero compréndeme: mentirle a una tía para llevársela a la cama es algo que está socialmente aceptado, pero mentir a unos amigos que te han acogido… ¡Eso no se hace! ¿Cómo pudo ocultármelo? ¡Se va a casar!

Fruncí el ceño, molesta.

—Perdóname, *love*. Estoy siendo muy egoísta, ya sé que te gusta mucho.

Desvié la mirada.

—Yo no he dicho que me guste mucho.

—No tienes que decirlo, es algo que se nota.

Lo miré con horror.

—¡No te preocupes, querida! No es algo que todos puedan ver, pero yo te conozco bien. —Suspiró antes de añadir—: ¡Es una lástima que cuando la Reina de Hielo por fin se enamora no sea de un príncipe, sino de una rana!

Decidí no replicar a eso. ¿Qué podía decir?

A las diez de la noche recibí un mensaje de Paul.

Paul: Esta noche mi compañía es mucho menos agradable.

A continuación, me enviaba una foto de sus apuntes y una segunda frase:

Paul: Buenas noches:)

Me gustó su mensaje porque era un mensaje perfecto si la otra persona no quería responder. No proponía nada, no preguntaba nada. Era una forma de decir: «Hola, me acuerdo de ti, pero como no sé si quieres verme no te voy a decir nada».

No fue el único mensaje que llegó a mi móvil esa noche. Un par de minutos después, como si estuvieran sincronizados, recibí un wasap de Adrián.

Adrián: Tenía que habértelo dicho. Lo intenté ayer, pero no me dejaste.

Meneé la cabeza. ¿Que yo no le dejé? Me dieron ganas de matarlo.

No le contesté. Apagué la televisión y me fui a la cama con mi bloc de dibujo. Tenía a medias el boceto de las manos de un anciano. Cogí el lápiz y traté de centrarme y trabajar un rato. Dibujar siempre me ayudaba.

* * *

Me desperté a las seis de la mañana y ya no fui capaz de dormir, así que a las siete salí a correr. Me encaminé hacia Green Park y durante un buen rato pude perderme en el rock clásico que salía de mis auriculares, hasta que a lo lejos vi la silueta de Adrián dirigiéndose hacia mí. Al parecer había salido a correr a la misma hora que yo.

Cuando lo vi, sentí un pinchazo en el corazón. En ese momento no sabía lo que era el amor, nunca lo había sentido, no tenía ni idea de lo que significaba, ni sabía que podía ser tan inoportuno. Que llegaba sin pedir permiso, para arrasarnos sin entender de dificultades.

Me di la vuelta y seguí corriendo en sentido contrario, como si pudiera huir de aquella sensación. Del amor, en definitiva.

—¡Ros, espera! —me llamó, acelerando el paso.

No tardó ni un minuto en colocarse a mi lado.

—Ros, por favor…

—Adrián, no quiero hablar.

—Sé que no me he portado bien contigo.

Sacudí la cabeza. ¿En qué momento se habían complicado tanto las cosas? ¿Por qué me sentía tan dolida? ¿Por qué, si no había nada entre nosotros? Si lo único que yo quería era sexo.

—No creo que yo fuera una excepción.

—¡Vale, es cierto! No me he comportado bien en general, pero de verdad que no quería hacerte daño.

Frené en seco.

—¡Oye, no te pases! No me importas tanto como para hacerme daño —mentí de forma deliberada, principalmente porque todavía no podía comprender mis propios sentimientos.

Adrián salvó la distancia que nos separaba y me encaró.

—Si no te importo, ¿por qué estás tan molesta?

—Porque es una situación incómoda —me defendí—. ¿Cómo pudiste dejarme entrar en tu piso el otro día si tu novia estaba en la ciudad?

Adrián desvió la mirada, incómodo, pero no tardó en volver sus ojos verdes a mí.

—No tenía que haberlo hecho, ya lo sé, pero me gustas. ¡Me gustas muchísimo, Ros! —explicó—. Sé que no debí dejarte entrar, pero no supe decirte que te fueras. Lo intenté, pero no fui capaz.

—¿Lo intentaste? ¿Eso lo dices en serio?

Adrián asintió con la cabeza.

—Sí que lo hice. Pero llevaba detrás de ti semanas y estabas allí, en mi puerta… —Acortó un poco más la distancia entre nosotros. Lo que vi en sus ojos era algo que transmutaba nuestra piel, algo que nos conectaba a otro nivel—. No podía dejarte marchar.

—No sé qué pretendes, Adrián, pero deja de jugar conmigo. ¡A mí no me van estos numeritos!

—¡Jamás he jugado contigo!

Meneé la cabeza.

—Es lo único que has hecho desde el principio. Toda esa insistencia en alargar las cosas, en empeñarte en querer más…

—¡Es que quiero más de ti! No quería acabarlo en un día, no contigo.

Solté una carcajada.

—¡Pero si tienes novia!

El corazón me latía con furia del esfuerzo de la carrera, de cómo me sacaba de quicio y de las ganas de besarlo.

Adrián también me miraba frustrado. Sus ojos transpiraban pasión y enfado.

—¡Ya sé que tengo novia! No hace falta que lo repitas.

Puse los brazos en jarras. Aquello no tenía sentido. Bajé la mirada al suelo y la volví a subir.

—Has estado detrás de mí para que me acostara contigo. Pero no lo has hecho, porque querías alargar las cosas. ¡No paras de buscarme y cuando puedes no lo haces! Me mareas, me escribes y ahora resulta que estás comprometido. ¡Es de locos!

—Todo lo que he hecho contigo ha sido sincero.

—La palabra «sinceridad» viniendo de un mentiroso compulsivo no vale nada.

Adrián me miró, dolido.

—Hay un motivo por el que estoy con ella, ya te lo he dicho. No puedo contártelo, porque es algo que no me pertenece.

Lo miré con rabia y me odié a mí misma por tener todos aquellos sentimientos bullendo dentro de mí de forma descontrolada.

—¿Crees que es fácil estar en mi posición? ¡No te me vas de la cabeza! Desde que te conozco no dejo de pensar en ti —murmuró, acortando la distancia que nos separaba.

Levanté las manos a la defensiva cuando Adrián trató de acariciarme la cara.

—No sé lo que sientes, Adrián, pero no me encaja nada de lo que dices. Te recuerdo que, mientras no tenías sexo conmigo, jugando a quién sabe qué, lo tenías con medio Londres incluyendo varias amigas mías.

—Me acosté con ellas antes de que pasara nada entre nosotros.

Me dolió. Me dolió mucho más de lo que me gustaría reconocer.

—¡Te acostaste con una amiga de Michael el día de la cena en su casa!

Los ojos de Adrián brillaron.

—No lo habría hecho si en aquel momento hubiera pensado que tenía alguna posibilidad contigo. No significó nada. ¡Menos que nada!

Negué con la cabeza.

—No quiero escucharte, Adrián. No sé a qué juegas, pero déjalo ya.

Adrián apretó los dientes molesto y sus ojos brillaron.

—Tú tampoco has sido sincera conmigo.

—¿Cuándo no he sido sincera yo?

—No sabía que estabas liada con otro tío.

—¿Paul?

—Sí, tu amiguito del *piercing* en el labio. Te gusta porque es de tu rollo, ¿no?

Me pareció innecesariamente hiriente.

—¡Define mi rollo!

—Ya sabes a qué me refiero.

—A que no llevo polo.

Y polo englobaba todo lo que nos separaba. Un abismo desde su inmaculado corte de pelo hasta mi rosa desteñido cuya raíz marrón cada vez era más grande.

—¡Sí, me gusta porque es de mi rollo! —contesté solo para molestarlo—, pero no porque tenga *piercing* o sea un currante como yo. Me gusta porque es directo y claro, no me marea y no está prometido con nadie. ¡Ah, y yo no estaba liada con él!

Adrián abrió mucho los ojos y dio un paso para acercarse más a mí.

—Entonces, te has acostado con él por despecho.

Me quedé callada unos segundos antes de escupirle:

—¡Déjame en paz, Adrián! Tú no eres precisamente el guardián de la moralidad.

Nos quedamos en silencio y la mirada que nos cruzamos lo decía todo.

—Me acosté con él porque quise. —Tuve que decirlo, no por hacerle daño sino porque era la verdad.

—¿Y no tuvo nada que ver lo que había pasado entre nosotros?

—Querrás decir lo que no pasó.

Esta vez fue él quien meneó la cabeza, decepcionado. ¿Cómo podía ser él el herido?

—¡No me escribas más, Adrián!

Comencé a correr para regresar a casa y él no me siguió.

Capítulo 16

Friday night

La cena del viernes en el pub se había convertido en una gran quedada. Nolan lo había puesto en nuestro grupo de WhatsApp de planes y al final se había sumado hasta el apuntador. Incluso Adrián había confirmado que vendría y serían dos. ¿Por qué lo habría metido Michael en ese grupo al poco de conocerlo? Es cierto que era un grupo enorme donde estaban amigos y conocidos de diversa índole. No era nuestro grupo de amigos íntimos, más bien un grupo donde entraba todo el que llegaba a nuestras vidas.

Cuando vi su mensaje escrito no me lo podía creer. Traté de ser racional, era hora de ser sensatos y dar carpetazo a ese asunto. ¿Podríamos al fin ser colegas?

El viernes amanecí animada. Salí a correr temprano, hice una tabla de ejercicios y me llevé una ensalada para el almuerzo. Fue una mañana próspera en ventas a pesar de la época estival, todo apuntaba a que ese sería un gran día.

Al mediodía estaba terminando mi café tras el *lunch* cuando recibí una llamada de Michael:

—*Hi, love!*

—Hace tiempo que no me llamas Reina de Hielo.

—Ahora que el amor ha llegado a tu vida no me parece justo llamarte así.

—¡No digas tonterías, no estoy enamorada!

—Sí tú lo dices… —dejó caer Michael.

Me quedé en silencio.

—Por cierto, querida, ya que no estás enamorada, ¿por qué no le escribes a Paul para que venga esta noche?

Fruncí el ceño.

—¿A la cena?

—*Yes*.

—No sé —dudé—. No le he vuelto a decir nada desde el otro día, ni él a mí.

—Él fue el último en escribirte. No va a estar insistiendo si no ve nada por tu parte. —Hizo una pausa antes de añadir—: Es un hombre muy atractivo.

Pensé en Paul. No solo era atractivo, era un tío inteligente y muy agradable. Un buen compañero de cama con el que tener sexo. Esbocé una sonrisa.

—Podría comentárselo.

—Bien, querida. Con la presencia de Nolan y Paul la cena será mucho más interesante.

—O sea que quieres recrearte la vista.

Michael se rio.

—Bueno, prefiero la compañía atractiva y ellos lo son y mucho.

Pensé en Adrián, en su pelo castaño y en sus ojos verdes.

Michael parecía que me había leído el pensamiento.

—Adrián es guapo. Pero ellos son top, para mi gusto, claro.

Puse los ojos en blanco.

—¿Quién mencionó a Adrián?

—Tu silencio.

—¿Qué tal con Jaime?

—*Wow*, qué vengativa. Me hablas de Jaime solo para cambiar el rumbo de la conversación sin tener en cuenta mis sentimientos.

—No digas tonterías, te pregunto por Jaime porque llega el domingo.

Michael guardó silencio.

—¡Mal! Esta semana solo hemos cruzado un par de mensajes. Cada vez que pienso en él me pongo de los nervios, creo que esta vez sí que vamos a hablar de lo que está pasando y me parece que no me va a gustar la conversación.

Ninguno de los dos quiso ahondar en el tema, sobre todo porque él tampoco estaba siendo sincero conmigo con lo que estaba pasando en su relación. Dejé que Michael me hablara de un tratamiento facial que quería probar mientras valoraba seriamente escribir a Paul. ¿Por qué no?

* * *

Eva estaba un poco nerviosa cuando llegué. No era la primera en llegar, allí también estaban Alice, Michael, Nolan y La Pelirroja. Eva trataba de evitar hablar con esta última. Observé que estaba incómoda y debido a ello se le cayó un poco de vino por el vestido. Subimos al *loft* para que se cambiara.

El piso de Nolan era espacioso. Junto a un ventanal tenía un gran escritorio sobre el que reposaban varios bocetos de trabajo de Eva.

—¿Vas a publicar algo este año? —le pregunté mientras se vestía.

—Dependo de mi editor, ya sabes lo lentas que van estas cosas.

—Me lo imagino.

Eva había publicado tres novelas gráficas desde que había llegado a Londres. El personaje principal era un superhéroe octogenario que luchaba contra el alzhéimer. Era una saga divertida, conmovedora y llena de verdad. Eso es lo que había hecho que la editorial apostara por ella.

—El mundo editorial es complejo y las ventas no han sido altas.

Eva se había puesto un vestido largo blanco con un estampado de flores verde y amarillo que le quedaba como un guante. Yo llevaba unos vaqueros rotos con una camiseta negra de tiras con

botones por delante.

—El arte siempre es difícil de vender.

Nos miramos comprendiéndonos la una a la otra. Eva trabajaba a media jornada en un departamento de contabilidad, ninguna había logrado vivir exclusivamente de su pasión.

—Oye, ¿y con tu casero qué? Doscientas libras al mes es mucho como subida de alquiler.

—Sobre todo para alguien que paga dos alquileres —añadí a su reflexión.

De repente Eva dijo algo en lo que no había pensado:

—¿Y por qué no haces una exposición?

—¿Una exposición?

Hacía más de cuatro años que no hacía una.

—Sí, tienes muchísimas obras. Seguro que puedes sacar un buen pellizco.

Pensé en ello durante unos instantes. No era mala idea, ni siquiera me lo había planteado.

—No sé. Me incomoda tener que atender a la gente y ser el foco de atención. Para ganarme la vida tengo mi local, lo de pintar nunca lo vi como un medio de ganar dinero.

—Pues deberías hacerlo. Piénsatelo, Roser. Quizás puede ser la solución a tus problemas económicos.

* * *

Cuando bajamos, el resto de los comensales ya había llegado. Nolan colocaba los platos en las mesas que había reubicado al fondo del local. El pub estaba cerrado para el público. Eva y él se habían esmerado en preparar la mesa y parecía digna de una revista de decoración. Habían puesto un mantel de lino y varios centros de flores silvestres.

—Quiero algo así en mi boda —oí decir a una voz conocida.

Ginebra se dirigió a mí.

—Hola, Roser, no te había visto.

—Estaba arriba. En el piso de Nolan y Eva.

Adrián estaba con ella, me miró con una mirada que no supe interpretar.

—Ah, vale. —Vi por su expresión que ya le habían presentado a los anfitriones—. ¿Sabes quién ha hecho este arreglo?

—Supongo que Nolan.

—¿No será de floristería? Le voy a preguntar.

Ginebra se acercó a Nolan y le preguntó en un inglés tan perfecto que a Nolan le desubicó. Al parecer estábamos tan acostumbrados a hablar en español entre nosotros que en nuestro grupo ya no se aceptaba el inglés salvo a los nativos.

Adrián observó como su novia se alejaba.

—Buenas noches —me saludó dando un paso hacia mí.

—Hola —fue lo único que dije.

—¿Te parece mal que haya venido?

Iba a decir algo mordaz del estilo de que me alegraba de que trajera a su novia de fiesta tras tantas semanas que lo conocíamos sin hablar de su existencia, pero no lo hice. Decidí pasar página. Al fin y al cabo, las cosas tienen la importancia que queramos darle y entre nosotros no había nada. Todo aquello había herido mi orgullo, pero me convencí a mí misma de que no era nada más que eso: un orgullo herido.

—No tengo ningún problema con que estéis aquí. Por mí podéis uniros a todos los planes que queráis.

—Genial —contestó.

Lo observé, pero no supe interpretar su mirada. ¿Dolor? ¿Enfado? ¿Qué era lo que se me escapaba de todo aquel asunto? Comprendí que estaba atrapado. Aquella relación le pesaba como una losa, hasta tal punto que prefería liberarse parcialmente de la carga de estar con su novia trayéndola a una cena donde sabía que varios de los comensales pensaban que era un cabrón por haberle puesto los cuernos. Tuvo que encararse con Alice y presentarle a su novia, igual que a los otros. Vi que Lucas ponía cara de sorpresa al conocer a Ginebra, del mismo modo que la integrante del Trío La La La, con la que también había compartido cama.

—La chica es elegante —comentó Michael mientras me servía una copa de vino blanco.

Ginebra lucía un vestido holgado en tono azul cobalto. Charlaba animadamente con los invitados como si llevara años viniendo con nosotros.

La observé con mirada crítica, como hacía cuando tomaba algo de modelo para hacer un dibujo o un cuadro.

—Es perfecta —sentencié.

—Sí —contestó Michael—. Pero me da más morbo Brianne.

Levanté las cejas y dirigí una mirada a Michael.

—¿La Pelirroja?

—Sí. No sé, la primera vez que la vi no la encontré tan atractiva, pero hoy tiene un aire salvaje.

La Pelirroja lucía un peto vaquero con un solo tirante abrochado. Por debajo vestía un top muy corto, por lo que los costados quedaban al aire enseñando su piel blanca con algunas pecas.

—Campestre, diría yo.

Michael se encogió de hombros.

—*Sexy. Very hot!* [1]

—Creía que no te gustaban las pecas.

—Se puede cambiar de opinión. Estoy empezando a apreciarlas, querida.

Sabía cómo era Michael cuando ponía sus ojos sobre una persona.

—Michael, no hagas ninguna estupidez…

Michael le dedicó una sonrisa a Brianne y esta se la devolvió. Estaba claro que la chica era consciente de que había captado la atención de Michael y no parecía desagradarle.

—¿Sabes que nunca me he acostado con una pelirroja?

—Hace años que no te acuestas con una mujer.

—Pues mi curiosidad ha vuelto a despertarse.

—Simplemente estás herido por Jaime y quieres desquitarte.

Michael me miró con un aire de suficiencia.

—Tal y como tú te desquitaste con Paul.

—¡Yo no hice eso! —contesté molesta.

—Te recuerdo que el sexo fue satisfactorio —siseó.

Michael era el rey de la mordacidad cuando quería.

—Satisfactorio es algo bueno —me excusé.

—Satisfactorio es como comer manzanas. ¡Y nadie come manzanas por pura elección!

No pude contestar porque Nolan nos llamó al orden a todos, anunciando que en breve serviría la cena. Justo en ese momento Paul entraba en el pub.

—Mira, por ahí viene Paul. Al final tendrás una noche satisfactoria.

La sonrisa de Michael puso punto final a nuestra conversación.

No pude evitar fijarme en Paul y lo que vi me gustó. Venía recién duchado, con el pelo todavía mojado y fijado con algo de gel. Su piel canela y sus ojos oscuros, detrás de sus gafas de pasta, eran objetivamente hermosos. Vestía una camisa con un estampado de diminutos instrumentos musicales metida por dentro y remangada con mucho estilo. Algunos de los tatuajes de su brazo derecho se mostraban al público. Llevaba unos vaqueros que le quedaban como un guante. Adrián tenía razón, Paul y yo encajábamos a la perfección.

—¡Hola, perdonad la tardanza! —comentó cuando llegó hasta mí.

Se mordió el labio inferior y su *piercing* se movió hacia dentro y fuera de su boca. Sentí ganas de besarlo y pensé que quizás esa noche fuera más que satisfactoria.

—Llegas justo a tiempo, vamos a sentarnos.

Me dio un beso en la mejilla sin poder evitar una mirada silenciosa de Adrián.

Nos fuimos sentando como cuadramos.

A mi derecha se sentó Paul y a mi izquierda Lucas. Enfrente de mí se sentó Ginebra, a su izquierda Adrián y a su derecha Michael, por lo que este estaba enfrente de Lucas. Michael se las había ingeniado para que La Pelirroja se sentara al otro lado. Después de Paul se sentó Eva y a su lado, en una de las cabeceras de la mesa, estaba Nolan. A su derecha y al lado de Adrián, se sentó el introvertido alemán que nunca parecía encajar con ninguno de los comensales. El resto de la gente se sentó hacia el otro lado. En definitiva, Ginebra se quedó enfrente de mí y Adrián de Paul. La cena sería interesante.

Si el motivo de aquella cena era observar a Nolan y a La Pelirroja, nuestro experimento había resultado un fiasco. Brianne parecía encantada de tener la atención de Michael, y Nolan no había hablado más con ella que con el resto de los invitados.

—Parece que hay química entre ellos, ¿o solo lo veo yo? —me comentó Lucas en voz baja

mientras Paul hablaba animadamente con Eva y Nolan sobre sus estudios.

Me fijé en el gesto que hizo Lucas y comprendí que se refería a Michael y a La Pelirroja. Estos se reían y hacían bromas privadas, no parecían dispuestos a compartir su burbuja con nadie más. Conocía perfectamente a Michael y había sacado sus armas de auténtico depredador. No, no estaba fingiendo, se sentía atraído por ella.

—Bueno, ya sabes cómo es Michael.

—¿Sorprendente?

—Algo así.

—Pues creo que esta noche no va a volver solo a casa.

—Bueno, es mayorcito para saber lo que hace.

Me sentí molesta. No me gustaban los cotilleos y menos sobre mi mejor amigo.

—¡No quería incomodarte! —se disculpó.

—No pasa nada.

Lucas sabía que cuando me molestaba algo era mejor dejarlo, así que cambió de forma radical de tema.

—Oye, hoy has venido acompañada.

—Sí.

—Parece majo.

—Lo es.

—¡Sabes que me rompes el corazón!

Me reí. Lucas era un zalamero: a él nadie podría romperle el corazón, quería vivir la vida y pasarlo bien.

—¡No seas bobo!, ni siquiera gastas de eso.

Esta vez quien soltó una carcajada fue él. Cruzamos una mirada íntima, de reconocimiento mutuo.

—Sabes que me condenas a acabar la noche con Alice —musitó.

—No es ninguna condena, sé que te gusta.

—No más que tú.

—Anda, anda. Eres un ligón.

—La verdad es que creo que sí, que acabaré la noche con Alice —susurró aprovechando que esta mantenía una conversación en inglés con los que se sentaban al final de la mesa—. Sabe hacer unas cosas con la boca…

Pellizqué la pierna de Lucas para que se callara y este bajó la mano para apretármela debajo de la mesa.

—Te estaba vacilando —rio con los ojos mientras me acariciaba la mano.

—¡Eres un idiota!

Si bien nuestro numerito había pasado desapercibido para Paul, que seguía hablando de manera animada con Eva, no lo había hecho para Adrián que nos miraba con ganas de

asesinarnos mientras su prometida escribía algo rápido en el teléfono y comentaba no sé qué sobre algo que había dicho su madre.

—Por cierto, a ese lo tienes loquito —siseó Lucas dirigiendo su mirada a Adrián.

No repliqué porque Ginebra estaba delante de nosotros. Adrián nos miraba claramente molesto. Volví a mirar a Lucas y este levantó las cejas.

Justo en ese momento, Paul se dirigió hacia mí con la botella de vino en la mano.

—¿Te sirvo un poco más?

Salvada por la campana.

—Sí, por favor.

Paul conversaba muy animado con Eva. Le había llamado mucho la atención el hecho de que ella escribiera y dibujara novelas gráficas.

Me vi obligada a hablar con Ginebra en vista de que Lucas entabló una divertida conversación con Alice que ratificó lo que ya me imaginaba: que iban a acabar la noche juntos.

—¿Qué tal va tu estancia en Londres?

—Bien, le estoy robando un poco de tiempo a Adrián —contestó cogiéndole la mano, lo cual hizo que este se removiera incómodo. Parecía que Ginebra no se había dado cuenta del gesto. ¿Cómo podía no verlo?

—Seguro que puede permitírselo.

—¡Eso creo yo! Si trabajando con la familia no puedes escaquearte un poco, ¿quién puede hacerlo?

—Muy cierto.

Paul se movió para escuchar lo que decíamos y volvió a centrar su atención en Nolan y Eva.

—¿A qué te dedicas, Roser?

—Roser es pintora —comentó Adrián.

—Tengo una tienda de artículos de bellas artes —dije pisando sus palabras. No me gustaba hablar de mi pasión con gente con la que no tenía confianza.

—Ya, me imagino que es muy difícil vivir del arte —comentó sin un ápice de condescendencia.

—¡Roser hace un trabajo increíble! Lo que necesita es hacer una buena exposición y mucha publicidad —intervino Eva uniéndose a nuestra conversación—. Precisamente se lo comentaba hace un rato.

De repente Nolan, Eva, Paul, el introvertido alemán, Adrián y Ginebra me miraban esperando que dijera algo. Me sentí muy violenta, por lo menos no había hablado de mis problemas económicos.

—No sé, hace mucho que no hago una —me excusé forzando una sonrisa.

Michael se incorporó a la conversación.

—¡Oh, queridos! A Roser no le gusta hacer exposiciones. Eso es algo así como poner su corazón en un escaparate para que la gente pueda criticar aquello que ha escupido directamente

de sus entrañas.

Sentí calor.

—Gracias, Michael. ¡Muy gráfico!

—*Oh, love!* Tú sabes que es así. Te sientes como si fueras un insecto descuartizado con toda esa gente opinando de tu obra, todavía recuerdo la última. No estabas nada cómoda.

La Pelirroja también centró su atención en mí. Si seguíamos así podía unirse toda la mesa. Al menos Lucas seguía a lo suyo con Alice.

—Si te va bien con tu negocio y no te apetece, no lo hagas —comentó Ginebra.

—No le va tan bien. El casero quiere subirle doscientas libras el alquiler —declaró Michael.

Pues nada, ¡ya lo había soltado!

—Haciendo una exposición, la gente tendría acceso a sus obras. Sé que se venderían solas, tienes mucho talento.

—¡Déjalo, Eva! —farfullé incómoda—. Las obras ya están a la venta.

—En tu local —añadió esta con boquita de piñón—. Y en una web a la que nadie accede, ni siquiera tienen el precio visible.

—Pero seguro que las tienes en las redes sociales, ¿no? —preguntó Ginebra—. Es que las webs están desfasadas, son muy 2010.

—No tiene redes sociales —dejó caer Michael como quien no quiere la cosa.

Lo fulminé con la mirada.

—No me interesan las redes sociales ni les veo utilidad —confesé.

—¡Estás fuera del mundo! ¿Qué tienes? ¿Ochenta años? —preguntó Ginebra—. Es imprescindible que te hagas ya un perfil en Instagram para que tus potenciales clientes puedan tener acceso a tus obras. Si no, ¿cómo van a saber que existen?

—¡Basta, déjala tranquila! Ella sabrá si quiere o no estar en Instagram —comentó Adrián.

—A veces la gente no sabe lo que le conviene.

—Este no es el caso —sentenció incómodo al ver que me estaban molestando—. Ros sabrá cómo quiere gestionar su negocio. ¡No le rompas la cabeza con lo de las redes!

—Pero Adri, ¡solo le estoy dando un buen consejo! —replicó apoyando su mano en el pecho de Adrián—. Hazme caso, hoy en día no puedes tener un producto y no estar en redes. Soy *community manager* de unas cincuenta cuentas de Instagram, TikTok y demás plataformas. Estaré encantada de ayudarte.

Me sorprendió. No sé si tanto por a lo que se dedicaba o más por su predisposición a lanzarme al mundo digital.

—No la agobies, Ginebra —insistió Adrián.

—No me está agobiando.

—¿Ves? Es que eres un carca. Adrián no tiene redes sociales. Me parecéis especímenes únicos, ¿quién está sin redes sociales hoy en día? —comentó encogiéndose de hombros.

—*Weird people* [2] —declaró Michael.

Gracias a Dios Eva me echó un cable y desvió la conversación hacia otros temas. Sentí que dejaba de ser el centro de atención y respiré tranquila. Ginebra había sido encantadora, pero en mi fuero más interno agradecía que Adrián hubiera respetado mi espacio. No me gustaba que me presionaran.

Adrián y Paul hablaron un buen rato sobre arquitectura e ingeniería con cierta tensión. Parecía una pequeña competencia de cara a demostrar qué profesión era la más útil. Meneé la cabeza insólita ante semejante espectáculo de testosterona.

Cuando la atención de Paul regresó a mí, charlamos un buen rato sobre su vida desde que había llegado a Londres. Me habló de su compañero de piso, de varias anécdotas de su trabajo y cada vez lo veía más cercano. Me acarició en un par de ocasiones el brazo y eso me puso tensa. Si en un primer momento me había parecido una gran idea traerlo a la cena, ahora no me lo parecía tanto. Adrián no nos quitaba ojo de encima. Ginebra parecía ajena al escrutinio que nos tenía sometido su novio. Ella había estado ojeando toda la noche los perfiles de Instagram de los comensales y dándoles consejos de cómo potenciar sus perfiles.

Tras el postre, me escabullí al baño y me refresqué la cara y los brazos. Me sequé cuidadosamente con toallitas de papel y observé mi reflejo en el cristal. La larga trenza rosa que caía por mi hombro se mantenía en un estado adecuado y el escote de mi camiseta negra era sexi sin llegar a ser ordinario.

Cuando salí del baño, Adrián estaba allí, justo en la zona que había a la entrada de los baños. No había nadie en el WC de chicos, por lo que no entendía por qué no había entrado. ¿A qué estaba esperando?

—Perdona —murmuré al pasar por su lado.

Adrián me cogió de la mano.

—Me estoy volviendo loco teniéndote delante toda la noche.

—¡Suéltame, tu novia está ahí! —siseé.

La gente estalló en carcajadas. Al parecer, Michael estaba contando una historieta de las suyas.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —preguntó con cierta amargura—. ¿Te da igual verme con ella?

—¡Tú y yo no tenemos nada!

Adrián me miró dolido. Sus ojos verde acastañados centellearon.

—¿Estás saliendo con ese tío?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Por qué te lo has traído? Sé que no te gusta.

—¿Ahora lees la mente?

—No te gusta —repitió, mirándome a los ojos.

La tensión subía por momentos. De algún modo todo el mundo desapareció, solo estábamos nosotros en la puerta de aquellos baños. El resto de la gente apenas era un murmullo de voces y

risas a lo lejos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—¡Porque te gusto yo!

Demasiado presuntuoso, pero mucho más cierto de lo que estaba dispuesta a admitir.

—No digas tonterías —musité.

Di un paso para marcharme, pero Adrián no me dejó ir. Deslizó su mano entre la mía hasta que nuestros dedos quedaron perfectamente encajados. Con el dedo gordo acarició con suavidad el interior de mi mano y un escalofrío se extendió desde mi mano por todo el brazo.

—¡Yo tampoco esperaba sentir algo así! —susurró en voz baja.

Se inclinó ligeramente en nuestra burbuja. Nuestras miradas se cruzaron y no hizo falta decir nada. Era una locura, era una auténtica locura. Más para alguien como yo que jamás se había enamorado. Adrián miró con sutileza a nuestro alrededor para confirmar que la gente seguía a lo suyo en la mesa, y acto seguido tiró de mí para meterme en el cuarto de baño de hombres. No sé por qué lo hice, pero me dejé llevar.

Adrián cerró la puerta a nuestras espaldas y me apoyé en ella. Él se quedó simplemente mirándome por unos segundos. Me sujetó el rostro con ambas manos y me besó. No fue un beso cualquiera, fue un beso de los que dejan huella. Un beso lento, con cierta cadencia, perezoso, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si detrás de aquella puerta no estuviera la realidad: su novia y mi ligue. Como si lo único que importara fuera aquel beso.

No pude evitar responderle con una entrega y una pasión que me eran por completo desconocidas. En aquel momento no era dueña de mi voluntad ni de mis decisiones. Solo existía aquella pasión que me enraizaba a Adrián. Me sentía atada de pies y manos.

—¡Adrián! —susurré con la voz ahogada por la pasión—. No podemos.

—¡Todavía no, por favor! —me imploró—. No me eches a los leones.

En ese momento no podía comprenderlo porque me faltaban piezas del puzle. El mundo era mucho más complejo de lo que yo creía entonces. Mi cabeza no entendía nada, pero mi corazón se abrió a él sin miramientos. Como la mayor de las kamikazes quise tirarme sin paracaídas.

Sentí sus dedos bajando por mi escote hasta los botones de mi camiseta. Mientras me desabrochaba los primeros botones noté su erección presionando en mi vientre. Subí una pierna buscando que él se colocara entre mis piernas. Mis pantalones vaqueros hacían fricción con sus pantalones de lino. Me arqueé como pude sobre la puerta mientras él bajaba por mis pechos. Avanzó despacio. Lamiendo, erizando mi piel, tomando cada centímetro de mis pechos mientras yo me movía contra él.

—Deseo tanto estar dentro de ti —murmuró poniéndose de rodillas delante de mí.

Besó mi ombligo. Hundió su lengua en la carne lamiendo mi *piercing*. Llevó sus dedos al botón de mis vaqueros y lo soltó. En ese instante traté de recuperar la cordura.

—No podemos. ¡Estamos locos!

Sujeté sus manos para que no abriera mis vaqueros.

Bajé la mirada hacia Adrián. Él me miraba todavía de rodillas.

—No me pares, por favor.

Mi corazón y mi cerebro estaban desgarrándome en dos.

—Adrián, ¡tu novia está ahí fuera!

Adrián se puso en pie y me cogió la cara con ambas manos.

—No me hables de ella, por favor. ¡No quiero hablar de ella contigo!

Se le veía tan desesperado que quise dejarle entrar en mi cuerpo y en mi alma, pero aquello era una locura, la palabra «NO» se imponía en mi cabeza.

Traté de recuperar el aliento.

—¡No podemos hacer como que no existe!

—Hace muchos años que no sentía lo que siento por ti. Ni siquiera estoy seguro de haberlo sentido alguna vez.

Noté su amor invadiendo todos mis sentidos. Sin embargo, no podía ignorar a su novia. Estaba fuera esperando por él y lucía una sortija de compromiso.

—Lo que estamos haciendo está mal, lo mires por donde lo mires —sentencié mientras me abrochaba la camiseta—. Tu novia está ahí. ¡Nos hemos vuelto locos!

—¡Ros, espera!

Aparté sus manos y terminé de arreglarme.

—No, no me toques. ¡Está mal, joder!

Sentí ganas de llorar. ¿En qué momento se había complicado todo tanto?

No le dejé decir nada más.

Volví a mi sitio sin que nadie se hubiera dado cuenta de mi ausencia. La gente estaba con la segunda ronda de copas. Paul me sonrió en cuanto me senté y me sentí sucia, como si él pudiera escanear los besos de Adrián por mi piel.

—Has tardado —comentó—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien.

Adrián regresó a la mesa unos minutos después. Se le veía molesto y malhumorado. Ginebra estaba hablando con Nolan sin percatarse del humor de su novio.

Sentí vibrar mi móvil. Era Michael. Me extrañó su mensaje y levanté la mirada para buscarlo por la mesa. Michael me miró con una sonrisa.

Bajé la vista para leer.

Michael: Hay mucho ambiente por el baño.

Volví a levantar la cabeza y él sonrió con cierto cinismo.

Yo: No sé a qué te refieres.

Michael: No sé, no sé, *love*… ¿Le preguntamos mejor a Adrián?

Yo: ¡Basta, Michael! No me hace gracia.

Estaba claro que Michael sospechaba algo. Pero en vez de ver el drama de la situación, él parecía completamente feliz y satisfecho de que «algo» estuviera pasando.

Michael: A quien no parece que le haga gracia es a Adrián. Se le ve como cargado. ¿No fue bien en el baño?

Me quedé mirando lo que había escrito sin dar crédito.

Yo: Te repito que no sé de qué me estás hablando. Voy a cerrar el chat.

Michael: *Bad girl!* [3] Mira que encerraros en los baños con la novia aquí, a mi lado…

Michael se rio. Mientras, Ginebra, Paul, Eva y Nolan estaban enzarzados en una animada conversación. Adrián no me quitaba los ojos de encima, traté de no mirarlo. Guardé mi móvil en el bolso deseando que la noche acabara pronto.

La velada continuó con la música que Nolan iba poniendo a petición de los invitados. Paul trató de entablar conversación conmigo en varias ocasiones, pero yo estaba incómoda con lo que había pasado y contestaba con monosílabos o frases cortas.

—¿Estás mal conmigo? —me preguntó en un momento de la noche—. Quizás te arrepientes de haberme invitado.

Algunos de los comensales se habían levantado a bailar. Los impulsores de la iniciativa habían sido Brianne y Michael, que bailaban animados un rock.

—¿Por qué dices eso?

Paul me sostuvo la mirada mientras Ginebra se levantaba y forzaba a Adrián a seguirla.

—No estás bien conmigo.

Tragué saliva.

—Perdona, pero no tiene nada que ver contigo. Soy yo, que no tengo una buena noche.

—Pensé que querías que viniera.

—¡Pues claro que sí!

Lo dije con una sensación amarga en la boca. El sabor de los besos de Adrián se agriaba en mis labios, mientras él bailaba con su novia. La mirada de Paul me hizo sentir como una rata de alcantarilla.

—No sé, Roser. Hay algo que no fluye.

—Fui yo quien te invitó.

—Eso es lo gracioso. Tú me invitaste, pero tengo la sensación de que realmente no quieres que esté aquí.

Me quedé en silencio sin saber qué decir. El barullo de risas, charlas y música ayudaron a llenar el espacio entre nosotros.

—Paul, yo…

Justo en ese momento ocurrió algo.

—¡Gin, Gin! ¿Estás bien? —preguntó alarmado Adrián.

Giré la cabeza hacia la pareja de baile justo a tiempo para ver cómo Ginebra se desvanecía entre los brazos de su novio.

—*What's wrong*? [4] —preguntó Michael que estaba justo a su lado.

—¡Haced sitio! —pidió Adrián con Ginebra completamente desvanecida entre sus brazos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Eva—. ¿Qué le ha pasado?

—*I'm calling an ambulance* [5] —declaró Nolan mientras cogía con premura el móvil.

Adrián estiró a su novia en el suelo, pues se había desmayado. Se le veía incómodo, como si hubiera algo de lo que no quisiera hablar, pero muy diestro al atender a Ginebra. Comprendí que no era la primera vez que se hacía cargo de una situación así. Ella estaba sumamente pálida. Toda su viveza había desaparecido y una máscara de enfermedad, hasta ese momento oculta, se desveló ante nuestros ojos. No era un desmayo por exceso de calor o una bajada de tensión, estaba claro que se trataba de otra cosa. Se la veía muy pálida y frágil, como una muñeca de porcelana antigua de esas que tienen pintados los labios y las mejillas, pero que con el paso de los años han perdido parte del color.

Eva se agachó al lado de Adrián. Dijo algo que no pude oír.

Lo que sí pude comprender, a pesar de ser apenas un murmullo, fue lo que le respondió Adrián:

—Está enferma.

Capítulo 17

Los miserables

Vi cómo los sanitarios entraban en el local. Nos apartamos para darles privacidad.

Poco a poco todos salimos del pub y no quedó nadie.

—Creo que la noche ha terminado —comentó Paul.

—¡Oh, sí, querido! —confirmó Michael—. ¡Y de qué manera!

Cuando subieron a Ginebra a la ambulancia, esta movía ligeramente la cabeza. Abrió los ojos y esbozó una tenue sonrisa para Adrián quien no la soltaba. Jamás olvidaré la palidez extrema de Ginebra en aquella camilla.

Vimos cómo la ambulancia se marchaba hasta que sus luces desaparecieron de nuestra vista. Sentí frío.

Me fijé en que Nolan abrazaba a Eva y la besaba la frente. Se la veía muy afectada. Concluí que la finalidad de la cena que era desvelar el interés de Nolan por La Pelirroja se había resuelto con gran claridad ante nuestros ojos: no había ninguno. Todo aquel *feeling* se resumía en tener las mismas raíces. Todos necesitábamos a alguien cuando nos instalamos en un país extranjero. Brianne se había aferrado a Nolan por pura simpatía. Sin embargo, se había pasado la noche pegada a Michael y la conexión entre ellos era innegable.

—Bueno, creo que me voy ya —nos dijo Paul cuando la plaza volvió a quedarse en silencio.

Volví la mirada a Paul y comprendí que la noche había sido doblemente amarga para él. No solo por lo que había ocurrido, sino porque las cosas no habían fluido entre nosotros.

—La noche no ha terminado como hubiéramos deseado.

Paul me observó con una de esas miradas que lo dicen todo.

—Desde luego que no. —Hizo una pausa vacilando en si besarme o no en la mejilla. Finalmente lo descartó—. Me voy. Intentaré coger el próximo metro.

—Bien.

Paul hizo un gesto para despedirse de los demás.

—Te escribo —añadí para suavizar la despedida.

—Roser, no te preocupes. No hay que forzar las cosas, a veces simplemente no van.

Lo dijo sin grandes ceremonias, tal y como yo misma hubiera encarado las cosas en otro momento. ¿Por qué no podía gustarme más Paul?

—Paul, no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada.

Busqué en sus ojos. Estaba segura de que no sabía lo que había pasado en el baño con Adrián, pero desde luego algo sabía. La tensión entre los dos había estado presente toda la noche. Tanto que incluso me había dado la impresión de que Nolan se había percatado de la absurda rivalidad entre ambos y los veía como a dos chiquillos compitiendo con sus comentarios sobre arquitectura e ingeniería.

Paul se marchó caminando y me quedé mirándolo como instantes antes había visto cómo se iba la ambulancia por la misma calle.

—*Are you ok, love?* [1] —preguntó Michael abrazándome por la espalda.

—Estoy fría. ¿Y tú?

—No me gustan los dramas, salvo que sean míos —bromeó con una sonrisa—. Paul se marcha.

—Sí, creo que la noche no fue lo que esperaba.

—No lo ha sido para nadie, querida —comentó Michael—. ¡Qué lástima! Es un chico que de verdad merece la pena.

—Lo sé.

Permanecimos unos instantes en silencio antes de que Michael comentara:

—Espero que la chica esté bien.

Me di la vuelta y lo miré a los ojos buscando complicidad.

—Yo también. No me lo podía creer cuando la vi desmayarse.

—No sé lo que le ocurre, pero nada bueno, querida.

Asentí. Los dos coincidíamos en que algo le pasaba a Ginebra, algo que Adrián no nos había querido contar.

—Pienso igual que tú: primero no nos dice nada de su novia, después están comprometidos y ahora ella está mal. Todo es muy misterioso… —comentó Michael bajando la voz—. Desde que conocemos a Adrián siempre sentí que había algo que nos ocultaba. Esos ojos, esa necesidad de acostarse con tantas mujeres como si no quisiera pasar una noche solo, como si no quisiera pensar. ¡Es algo loco!

—No sé qué pensar de él —comenté.

Michael bajó la voz para decir:

—¿Vas a contarme qué pasó en el cuarto de baño?

—No voy a contarte nada.

Desvié la mirada y observé cómo La Pelirroja salía del pub y se dirigía hacia nosotros. Parecía recolocar las cosas de su bolso.

—Michael, dime que no vas a hacer lo que estoy pensando.

Los ojos de Michael brillaron.

—No puedo estar dentro de esa preciosa cabecita, pero sí, voy a marcharme con La Pelirroja. Ya no tenía ganas de pasar la noche solo antes de lo que ha ocurrido y ahora menos. Voy a emplear la técnica de Adrián: utilizar el sexo para olvidar los problemas.

Meneé la cabeza.

—Los problemas no solo no se irán si te vas con ella, mañana tendrás un problema más.

—A veces es mejor así. ¡Que arda la casa entera si es necesario!, pero no puedo vivir en esta fría cordialidad.

—Le vas a hacer mucho daño si te acuestas con una mujer. Hace años que no lo haces.

—Así él sabrá lo que se siente.

—Él no se ha acostado con nadie.

—No lo sé. ¡No sé nada de él! —contestó encogiéndose de hombros—. Ojalá ese fuera el problema: que se hubiera acostado con otro. El sexo es solo sexo. ¿A quién le importa? Pero no, él me castiga con silencios y ausencias insoportables. *I cannot take it anymore!* [2]

Nos quedamos unos instantes en silencio. La Pelirroja permanecía a una prudente distancia esperando que finalizara nuestra conversación.

—Michael, esto no es sexo porque te apetece, esto es otra cosa. Sabes que lo que estás haciendo no es correcto.

Michael me miró con cierta amargura, pero al momento una sonrisa pintó su careta.

—Oh, querida, a veces hacer lo que no es correcto es lo único que podemos hacer. Como diría Queen: *The show must go on!* [3]

Cuando nos separamos, vi cómo Michael se despedía de nuestros anfitriones y se marchaba con Brianne. Desaparecieron por la misma calle por la que se había marchado la ambulancia.

—¿Está pasando lo que yo creo? —preguntó Eva dirigiéndose a mí.

—Sí.

—¡Jamás lo habría imaginado!

Me despedí de Eva con un abrazo.

—Puedes estar tranquila, tus fantasmas eran infundados.

* * *

Me costó muchísimo dormir esa noche. No tuve ni un solo wasap de Adrián, solo un silencio absoluto. Me sentí tentada de escribirle yo para preguntarle por Ginebra, pero ¿cómo iba a hacer eso?

Tampoco tuve noticias de Michael, aunque esto en cierto modo lo agradecía. Sabía que Michael iba a cometer un error descomunal, pero por algún motivo él necesitaba hacer algo irreparable. Estaba prendiendo fuego a su propia casa.

A las siete de la mañana me levanté de la cama. Llevaba quince minutos dando vueltas y ya no podía más. Me puse un sujetador deportivo negro y encima una amplia camiseta de tirantes color rosa que me quedaba muy holgada. Completé mi atuendo con unos *shorts* grises y mis deportivas. Me recogí el cabello y abrí la puerta.

Me quedé con la puerta abierta y las llaves en la mano cuando vi a Adrián sentado en la

escalera.

—Adrián.

—Hola.

No se atrevió ni a moverse. Estaba sentado y jugueteaba dándole vueltas al teléfono móvil que tenía entre las manos. Tenía muy mala cara, como si no hubiera dormido en toda la noche.

—¿Qué haces aquí?

—Llevo un buen rato decidiéndome a escribirte, pero no encuentro las palabras.

Se pasó una mano por la cara.

—¿Un rato?

—No sé ni qué hora es —murmuró.

—Son las siete y pico de la mañana.

—Entonces llevo un par de horas. Perdí la noción del tiempo. —Hizo una pausa antes de decir —: No podía soportar la idea de subir a mi piso, quería hablar contigo, pero no me atrevía a llamarte.

Alzó la mirada y me encontré con sus increíbles ojos verdes acastañados enmarcados por unas profundas ojeras.

—¿Cómo está Ginebra?

—Bien, está bien… —lo dijo, pero no parecía muy convencido—. Se quedó en observación y no se puede pasar a verla más que unas horas al día. —Hizo una pausa, buscaba las palabras como cuando le das vueltas a algo que no sabes cómo abordar—. Cuando digo bien me refiero a estable. Ella no está bien… ¡Joder, ni siquiera puedo hablar de ello!

Se pasó ambas manos por la cara y volvió a mirarme.

—¡Lo siento muchísimo, Ros! Yo, no podía hablar de ello. No debo. Yo, ni siquiera sabría cómo…

No hizo falta que dijera nada más. Comprendí que Ginebra estaba enferma, enferma de verdad. De esas enfermedades que no se curan con paracetamol o ibuprofeno.

Sentí aquella presión en sus ojos. La soga al cuello.

—No me digas nada —lo interrumpí—. No me debes ninguna explicación.

Adrián tragó con amargura.

—A ti es a la única persona a la que se las debo.

No dije nada. Bajé la mirada porque a veces lo que sentimos es tan grande que las palabras suenan ridículas. Había pasado tardes escuchando a Michael teorizar sobre el amor y todas sus caras. Lo que no sabía es que yo tendría que conocer el amor a través de una situación tan compleja y difícil. Pero ¿era eso amor? ¿O era el deseo no consumado lo que nos mantenía enganchados?

—No es cierto —acepté—. No tienes que contarme nada que no quieras o que ella no quiera.

Adrián meneó la cabeza luchando consigo mismo. Lo vi inmóvil sin saber qué hacer o qué camino tomar.

—¿Quieres subir a tu piso? Te acompaño hasta arriba.

—No, no quiero ir. Está lleno de sus cosas, no soportaría estar allí.

Asentí.

—¿Cuándo podrás ir al hospital?

—Sobre las doce.

—Está bien, entra.

Adrián me observó descolocado. Como cuando le dices a un niño que se puede comer un bollo y no se lo espera.

Se levantó y entramos en casa.

Adrián pasó al cuarto de baño para lavarse un poco la cara y las manos mientras yo le hacía una tila.

Me senté a su lado en el sofá. Adrián permanecía con las manos sobre las rodillas y miraba el líquido humeante en silencio. Recordé todas las veces que había tomado café en mi casa desde que nos conocíamos, casi siempre con Michael. Todas las veces que habíamos hablado de mil cosas sin hablar de nada. Cuando pensaba en Ginebra sentía que no lo conocía en absoluto. Pero no era cierto, simplemente no conocía aquello que había ocultado de manera deliberada, como si así pudiera huir de ello. Conocía sus manías con el café, sus gestos al sentarse, que no tomaba refrescos con gas y que se moría de ganas por visitar Shanghái. Me eran familiares sus sonrisas cambiantes, las motas castañas de sus ojos verdes y la necesidad de estar siempre alrededor de mí.

Vi la infusión sin tocar.

—No te he traído azúcar —dije comenzando a levantarme.

Adrián me sostuvo de la mano para que no me fuera.

—No tomo con las infusiones.

—Yo tampoco.

Adrián no me soltaba la mano y yo tampoco me sentía con fuerzas para apartarla.

—¡Ojalá fuera todo más fácil! —exclamó.

No sabía ni qué decir. Los dos nos movíamos sobre arenas movedizas.

—Las cosas son como son, no siempre podemos controlarlas.

Adrián esbozó una sonrisa triste.

—Tiene cáncer.

La palabra se extendió con una frialdad glacial por todo el salón. No dije nada y dejé que Adrián fuera capaz de terminar lo que había comenzado a decir.

—Un tumor en la cabeza.

—Lo siento mucho —declaré, y lo dije de corazón.

Nuestras manos se soltaron y Adrián se pasó las manos por la cara.

—Soy un miserable. ¡Juré que no lo diría nunca en alto y mira lo que estoy haciendo!

—¿Ella no lo sabe?

Adrián movió la cabeza.

—No exactamente. Bueno, sí sabe que tiene cáncer, pero no la gravedad de la situación. Cree que ha remitido y que solo tiene que tomar medicación de control.

—¿Y no es así?

—No.

Guardamos silencio de nuevo hasta que Adrián volvió a hablar.

—Está desahuciada. Los médicos dicen que no pasará de Navidad… O tal vez sí, no están seguros. Al parecer su caso es peculiar. —Nos quedamos en silencio unos instantes—. El cáncer dio la cara hace un año, pero ya llevaba tiempo ahí. El verano pasado estábamos una tarde en la piscina de la casa de sus padres, Ginebra estaba hablando sin parar sobre un viaje que íbamos a hacer mientras yo…

Se calló y me miró a los ojos.

—¿Tú qué?

—Yo buscaba las palabras para dejarla —soltó, y sentí cómo salía todo aquel peso que solía acompañarlo—. Llevaba un par de meses dándole vueltas y no sabía cómo abordar el tema… Llevamos juntos desde que éramos unos críos. Nuestras familias son amigas de toda la vida. Nos llevamos seis meses. Mi madre dice que nos ponían juntos en pañales sobre la misma manta para dormir la siesta cuando nuestras familias hacían un pícnic. Nos criamos juntos. Sus hermanas y las mías siempre jugaban. Nosotros éramos los más pequeños y como Ginebra me sacaba seis meses, hasta los diez años ella siempre iba por delante. Nos besamos por primera vez con trece años y descubrimos juntos el sexo. —Hizo una pausa como si estuviera atrapado en algún recuerdo—. Ginebra siempre decía que pasaríamos toda la vida juntos, pero yo llevaba tiempo sintiendo que estábamos en el mismo punto donde había empezado todo: siendo amigos. —Observé cómo lo decía con pesar antes de añadir—: La quiero, la quiero con toda mi alma, pero no con el sentimiento que ella cree. ¡No puedo ni tocarla! La siento como una hermana.

Se quedó en silencio. La infusión debía de estar fría, pero aun así la bebió. Es como un ritual que repetimos las personas en los malos momentos: nos ayuda tener algo que sostener entre las manos cuando todo se desmorona.

—Y entonces fue cuando apareció el cáncer.

Hablé yo, porque comprendí que necesitaba ayuda.

—¡Exacto! —confirmó—. Comenzó a quejarse de que tenía una jaqueca terrible. Recuerdo que yo estaba diciéndole que teníamos que hablar, pero no sabía ni cómo abordar el tema. Me interrumpió en dos ocasiones quejándose del dolor de cabeza hasta que al final dijo que veía borroso. —Guardó silencio unos instantes y no dije nada—. Fue horrible. Nos asustamos y fuimos a Urgencias. En cuanto le hicieron unas pruebas detectaron la enfermedad. Recuerdo cuando nos lo dijeron. Sentí que nos echaban un cubo de agua fría encima. Ginebra lo aguantó estoicamente, claro que en aquel momento no nos dijeron la gravedad. Se quedó ingresada para hacerle más pruebas y controles.

—Comprendo.

—Los padres de Ginebra la llevaron a los mejores oncólogos de Madrid. Cuando el diagnóstico fue definitivo decidieron ocultarle la gravedad. El médico que le está haciendo el seguimiento es uno de los mejores, y amigo de su padre. Ginebra solo tiene una versión edulcorada de la situación. —Tomó aire antes de añadir—: ¡Nunca estuve de acuerdo! No me parece bien, pero juré que no revelaría la realidad. Evidentemente su familia y yo sabemos la verdad. Mis padres también, e incluso algún amigo de Ginebra.

Adrián guardó silencio y me sentí incapaz de encontrar las palabras. Le cogí la mano con suavidad.

—No sé ni qué decir.

—Lo sé, la tristeza es así. Cuando nos enfrentamos a algo tan triste nos quedamos sin palabras. —Hizo una pausa antes de añadir—: Lo peor es mentirle a la cara y no poder decir la verdad. ¿Sabes qué ocurre con las mentiras? Que traen más mentiras.

Y ahí estaba la realidad, se había manifestado antes mis ojos: Adrián, a quien yo había creído un cínico mentiroso, pensaba exactamente lo mismo que yo sobre las mentiras: las odiaba igual que yo, y estaba atrapado en ellas igual que yo.

—¡Me siento un miserable cada vez que le miento, y le miento cada vez que estoy con ella!

—No creo que seas un miserable.

Miré los dedos de Adrián entrelazados con los míos. Si él era un miserable, ¿qué era yo?

—Sé que parece una locura, pero contigo me siento libre. Es ridículo porque no soy libre en ningún sentido. Estoy atrapado, pero cuando estoy contigo no pienso en nada más. Me siento en paz.

Lo miré a los ojos. Tenía muy mala cara. Le di un abrazo sin decir nada.

—¡Estoy tan cansado! —suspiró entre mis brazos.

Supe que su cansancio no era solo por la noche que había pasado. Era un cansancio de meses. Un cansancio de lidiar con tantas mentiras, de vivir una vida que lo estaba ahogando.

Siguió hablando. Como si tuviera que decir en alto cada una de las mentiras con las que había vivido, como si pudiera expiar su alma hablándome de todo lo que había sido ese último año al lado de Ginebra. Lo escuché prácticamente en silencio, porque lo único que él necesitaba era alguien que lo escuchara sin más. Adrián se sentía despreciable porque llevaba un año con alguien con quien ya no quería estar, ella creía que se casarían y él no podía ni mirarla a los ojos. Evitaba acostarse con ella, y se acostaba con cualquiera que le diera la posibilidad de huir de su vida por unos instantes.

Lo escuché. Vi el dolor de su relato. Sentí pena por Ginebra y por Adrián, los dos tenían un destino del que no podían huir. Lo escuché y, sin poder evitarlo, ante mis ojos pasó de villano a héroe. No me sentía con autoridad moral para reprocharle nada. Tenía unas ganas tan grandes de escapar de su propia realidad que había optado por no contarnos la verdad sobre su vida. Londres había sido su válvula de escape.

Al final Adrián se recostó un poco en el sofá muerto de cansancio y poco a poco se fue acurrucando hacia mi cuerpo. Acabó con la cabeza apoyada en mis piernas mientras yo permanecía sentada y él se estiraba como podía a lo largo del sofá. Lo vi dormir y no me atreví a despertarlo. Hice memoria por si tenía alguna entrega esa mañana de proveedores, pero no tenía nada urgente. Lo dejé dormir.

Me quedé dormida. Nos despertamos cerca de las diez cuando yo me moví incómoda por el peso sobre mis piernas. Abrí los ojos mientras Adrián se incorporaba en el sofá.

—De repente no sabía dónde estaba —comentó todavía ubicándose.

Parpadeé un par de veces y me pasé las manos por la cara.

—Nos quedamos dormidos los dos.

Bajé una mano a la pierna y me froté el muslo. Adrián puso una mano justo donde estaba frotando.

—¿Peso mucho?

—Un poco. Se me ha dormido una pierna.

—Es que tengo la cabeza muy dura.

Sonreí.

—Lo he notado, y yo que pensaba que la tenías llena de serrín.

Adrián no retiró la mano de mi muslo y me masajeaba con suavidad.

—Siento decepcionarte.

—Eres una caja de sorpresas. Puedes soltarme, ya estoy bien.

—¿Segura que no necesitas un masaje?

Él seguía subiendo la mano por el muslo.

—¡No seas idiota!

—Creo que eso es imposible cambiarlo —sentenció—. Es algo que tengo muy bien ensayado.

—Lo he notado.

Nos reímos los dos. Pero, así como antes de dormirse todo el ambiente era fúnebre, ahora la habitación se había caldeado. De repente no existía Ginebra, ni su mundo de mentiras. Solo él y yo, y las ganas que nos teníamos. Adrián me acarició la cara y, como si sus dedos quemaran, me levanté y me fui hacia la ventana. Abrí para ver si entraba algo de aire fresco que nos enfriara, pero no se movía ni una brizna en Londres.

Adrián me abrazó por detrás y me besó el cuello.

—¿Te he dicho que estoy loco por ti? —susurró.

Cerré los ojos. ¿Cómo podía estar mal lo que sentíamos? ¿Quién lo había dicho? ¿Dónde estaba ese código de moralidad?

—¡No digas nada! —le pedí.

Sentí sus besos en mi cuello subiendo hacia mi oreja.

—¿No quieres que te diga la verdad? Pues perdóname, pero necesito decirlo: nunca había sentido algo así.

—¡Cállate! —rogué.

Me dolía el pecho de querer guardar aquel amor que se escapaba por todos los poros de mi piel.

Cerré los ojos y me apoyé hacia atrás en su cuerpo mientras él me abrazaba.

—Roser —susurró—. ¡La chica que no quería flores ni corazones!

—Exacto.

—La chica que nunca se había enamorado.

Abrí los ojos y me di la vuelta.

—¿Por qué dices eso?

—Eso fue lo que me dijo Michael.

—Michael es un boca…

Adrián no me dejó terminar y me besó.

La habitación se quedó sin aire. Me abracé a él y sentí que la ciudad se hacía añicos. El mundo entero se derrumbaba, todo lo que había sentido hasta entonces, todos mis códigos de vida, todo había saltado por los aires.

Aquel beso nos dejó sin aliento y ya no pudimos dar marcha atrás. Adrián subió las manos a mi coleta y me quitó la goma. Mi cabello se desparramó, cayendo ondulado sobre mis hombros y mi espalda.

Adrián rompió el beso y me observó.

—Quiero ver las ondas rosas sobre tus sábanas cuando entre dentro de ti.

No dije nada. Adrián era de los que le gustaba hablar en el sexo, hasta en eso éramos diferentes.

Fui hacia mi habitación y Adrián me siguió. La cama estaba hecha con sábanas blancas. Abrí la ventana mientras Adrián se sentaba en la cama. Me di la vuelta y nos miramos. Me quité la camiseta holgada color rosa fucsia y la dejé caer al suelo. Adrián se quitó el polo que llevaba. Su piel canela contrastaba con sus pantalones beige. No era musculoso, pero sí esbelto y fibroso. Tenía un cuerpo que daban ganas de acariciar.

Adrián puso sus manos en mi cintura mientras me besaba el ombligo y deslizaba su lengua por mi *piercing*. Procuré no gemir, no me gustaba montar escándalos en la cama. Enganchó las manos en mi pantalón de deporte y me lo bajó. Mis braguitas negras aparecieron ante sus ojos.

—¿Negras? Me las esperaba rosas.

—¿Tú llevas los calzoncillos *beige*? —pregunté levantando una ceja.

—¡Compruébalo! —me retó echándose hacia atrás en la cama y apoyándose sobre los codos.

Me subí a la cama mientras Adrián quedaba entre mis piernas y deslicé mi lengua desde su cuello hasta el botón de su pantalón, que no podía ocultar más su erección. En vez de desabrocharlo, me moví encima de él friccionando nuestros cuerpos. Adrián gimió y me dio la vuelta quedando encima de mí. Parecíamos dos críos que no podían aguantar más las ganas. Le

desabroché el pantalón como pude mientras él se hacía un hueco entre mis piernas tras quitarme el sujetador deportivo. No, no tenía *beige* los calzoncillos, también eran negros.

No tardamos nada en quedarnos completamente desnudos y, como no podía ser de otro modo, lo hicimos todo. Con la lengua y las manos, con la piel y todos nuestros sentidos. Exploramos curiosos y muertos de hambre hasta el último rincón de nuestros cuerpos.

Adrián cambió el gesto cuando entró por primera vez en mi cuerpo. Me arqueé por completo al recibirlo. Nunca olvidaré su expresión. Se quedó quieto dentro de mí y toda la pasión que habíamos sentido minutos antes se esfumó y una ternura que yo jamás había experimentado inundó la habitación.

—¡Joder! ¡Esto tiene que ser amor! —exhaló con la voz entrecortada.

Me besó mientras nuestros cuerpos se abandonaban a aquella insoportable dulzura.

Pero el sexo es sexo, y la ternura tuvo que ceder ante una pasión que quemaba hasta los cimientos de mi cama. Me subí encima de él y lo sentí. Dentro, profundo. Me moví lentamente mientras el sudor se deslizaba por mi espalda. Adrián se aferraba a mis caderas. Introduje mis dedos en sus labios y él succionó. Me llevé la mano entre las piernas para estimularme mientras él no dejaba de penetrarme profundamente. Subí y bajé sin dejar de sentirlo y de sentirme.

—¡Moriría en este momento, contigo encima de mí! —murmuró Adrián intentando retrasar el momento.

Lo besé para que se callara y seguí más fuerte, más profundo.

—¡Me vas a matar! —susurró mientras se incorporaba—. ¡Mátame, por favor, Ros! ¡Mátame!

—Te encanta hablar —susurré.

Nos reímos, pero la risa se acabó cuando Adrián me penetró con más fuerza. Deslizó su lengua por mi cuello y me susurró:

—Déjame a mí.

Quitó mi mano y me acarició él en el punto más sensible. Húmedo, denso; me moría entre tanta dulzura y tanta pasión. No estaba preparada para unas sensaciones como aquellas.

—¡Joder, no llevo condón! —exclamó Adrián parándose de repente.

—¿Cómo? —Volví a la tierra justo cuando estaba arañando el cielo.

Los dos nos miramos alucinando.

—¿Cómo pudimos olvidarnos? —preguntó Adrián.

Nos separamos casi por inercia, como si nuestro contacto quemara. No podía dar crédito.

—Es la primera vez que me pasa —murmuré apretando las piernas con el corazón golpeando fuerte en mi pecho.

Adrián se apoyó en un brazo y puso su mano derecha sobre mi vientre.

—¿Nunca lo habías hecho a pelo?

—No.

De repente estábamos más excitados. El susto cedió ante el morbo y, como si de un acuerdo tácito se tratara, Adrián volvió a entrar en mí de forma consciente. Me penetró y gemimos a la

vez. Abrí más las piernas dejándolo estar dentro de mí sin preservativo, sabiendo que era el primero al que le dejaba. Locos y enfermos de pasión Adrián subió el ritmo. Si eso no era amor, no sabía qué lo era.

Adrián me besó entrando más profundamente y yo entrelacé las piernas en torno a su cintura para tener más de él. El calor inundaba la habitación mientras nuestros cuerpos se entregaban de forma natural. Un impulso animal que trascendía el deseo y la piel. Un sentimiento metafísico que conectaba nuestros cuerpos. Navegamos como ciegos en olas de intensa pasión y un exceso de ternura a la que jamás me había enfrentado. En una burbuja donde ya no importaba nada. Nada se podía interponer entre los dos.

En un ligero atisbo de cordura dije:

—No tomo nada, no puedes acabar dentro.

—¡Vale! —Me miró a los ojos con aquel verde lleno de matices antes de susurrarme una vez más al oído para decir—: Tócate, quiero verte llegar antes de irme.

Capítulo 18

Lovers

Adrián levantó la cabeza y dijo:

—Tienes que cambiar las sábanas.

—¡Cállate! —repliqué poniendo una mano en su boca.

Adrián me dio un beso rápido.

—¿Por qué? ¿Te da pudor hablar de ello?

—No lo veo necesario.

Arrastramos la sábana de arriba que estaba limpia para envolvernos.

—Ven —me pidió echándose a un lado.

—¿Quieres poner tierra de por medio con la escena del crimen? —pregunté desplazándome hasta él.

—Quiero que estés cómoda, yo no tengo ningún problema en hablar de mis fluidos corporales.

Me abrazó y me dejé envolver.

—¿Estás incómoda?

—No soy de abrazos poscoitales.

—No le llames así.

—Vale, pero tú no me hables de flores y corazones.

Nos quedamos callados. Porque hablar de sentimientos era demasiado complicado. Porque yo no estaba tan siquiera preparada para darle un nombre a lo que sentía por él.

Tras unos momentos en silencio le pregunté:

—¿Tengo algo de qué preocuparme?

—¿Por haberlo hecho sin condón? No.

—¿Seguro? El desfile de mujeres que pasa por tu piso es de infarto.

—Nunca me he acostado con nadie sin preservativo, salvo con Ginebra. Y con ella no es que tenga mucho sexo.

Un jarro de agua fría me cayó de repente sobre nosotros.

—No me cuentes nada.

—Necesito decírtelo.

Me senté en la cama para deshacerme de su abrazo.

—No quiero saber nada.

Adrián me cogió de la muñeca.

—Déjame decirte solo esto: ya sé que no confías en mí, pero sé que lo que sientes es tan fuerte como lo que siento yo. Es una putada que nos haya pasado esto cuando yo no soy libre, pero al menos nos debemos ser sinceros.

Me dio rabia oírlo y el orgullo habló por mí.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso?

—Necesito que sepas que lo que siento por ti no es ningún juego. Nunca me olvido del condón, pero contigo no puedo pensar como una persona racional. Estás en mi cabeza todo el día desde que me despierto hasta que me acuesto. Cuando duermo sueño contigo, con tu cabello rosa, con el *piercing* de tu nariz, con todos esos dibujos de manos. Cuando hago algo pienso qué dirías al respecto. Cuando me pongo un polo veo tu mirada reprobándome. Ya lo sé, sé que somos de dos mundos diferentes. Sé que tengo novia y eso me convierte en un auténtico cabrón porque te deseo día y noche, pero no voy a negar lo que siento.

Desvié la mirada.

—Mírame.

—¡Déjame!

Adrián se sentó para que lo mirara a los ojos.

—No, hemos llegado hasta aquí y te lo tengo que decir, aunque se quede en estas cuatro paredes: te quiero.

Me reí, con una risa que se quedó atragantada en mi garganta.

—Reírte no va a cambiar lo que sentimos. A veces hay que ser sinceros y aquí ha habido más que sexo, eso lo sabemos los dos.

Desvié la mirada porque no podía enfrentar tantos sentimientos en aquel momento.

—Déjalo, Adrián. No digas nada más. ¡Tu novia está en el hospital!

—Lo sé —aceptó con la sencillez con la que hay que aceptar las peores cosas que pasan en la vida—. Ginebra está mal y sé que soy un cabrón por acostarme con decenas de chicas. ¿Sabes por qué lo hago? ¿Sabes por qué me fui de Madrid?

Lo miré a los ojos sin ser capaz de contestar.

—No podía soportar más la soga al cuello. Siempre me siento mal. Cuando me acuesto con cualquiera que esté dispuesta, lo hago solo para no pensar. Muchas veces ni lo disfruto, me siento sucio y vacío. Pero también me siento sucio cuando me acuesto con Ginebra.

—¡No quiero escucharlo!

Salí de la cama.

Adrián salió detrás de mí.

—No quiero mentirte, a ti no. ¡Estoy cansado de mentir!

—¡Basta!

Adrián me sujetó por ambos brazos.

—¡Mírame! Déjame decirlo. No puedo cargar con más mentiras.

Apenas pude sostenerle la mirada, me sentía débil ante el dolor que desprendían sus ojos. No quería escuchar que me quería. No quería escuchar que se acostaba con ella. No quería saber nada de lo que ocurría fuera de aquella habitación. Fuera de la burbuja en la que nos habíamos entregado. No quería saber nada más. Quería olvidar la realidad, pero la realidad no iba a desaparecer por el simple hecho de que yo quisiera darle la espalda.

Me solté de sus brazos.

—Está bien, habla. ¡Di lo que tengas que decir!

—Soy un cerdo. Miento a todo el mundo, pero a ti no puedo mentirte. Sabes que no puedo dejar a Ginebra y sí, me acuesto con ella. Hay ocasiones en las que no puedo darle más largas y tengo que hacerlo… ¿Sabes lo difícil que es? La quise, la quise con locura, pero ahora es como una amiga y tengo que seguir adelante con una farsa que me asfixia. ¡A veces es tan insoportable que pienso que voy a volverme loco!

Lo miré a los ojos y me costó tragar. Levanté las manos y sostuve su cara entre mis manos, pero no fui capaz de hablar, yo no tenía el don de la palabra como él.

—¡Te quiero! Me da igual que no puedas o no quieras contestarme —afirmó—. Sé que me quieres, y lo que sentimos no es algo que pase todos los días. ¿Sabes lo difícil que es?

La voz se le trabó.

—¡Ya está! —fue lo único que pude decir—. No digas nada más, por favor.

Me abracé a él y Adrián por fin se calló. Nos quedamos abrazados y sentí cómo su corazón golpeaba con fuerza en su pecho. No contesté a su declaración de amor, porque en aquel momento no me sentía capaz de digerir la cantidad de sentimientos que se amontonaban en mi estómago.

Acabamos en la ducha juntos practicando sexo en su versión más para adultos. Quizás porque para mí era más fácil expresarme físicamente que con palabras. Adrián me arrancó gritos de pasión en compensación por las palabras de amor que no le había dicho.

Eran sobre las once y media cuando salimos de la ducha.

—Tengo que ir a casa a por ropa limpia —dijo Adrián desde la habitación mientras se abrochaba el pantalón.

Yo me estaba cepillando el cabello mojado y me había puesto únicamente una corta bata de seda negra con estampado chino.

En ese momento sonó el timbre.

—¿Quién será ahora? —pregunté en alto.

—Amazon, aparecen a todas horas.

Salí del baño pasándome el cepillo todavía por el cabello.

—No creo, me lo envían todo a la tienda.

Abrí la puerta y me quedé sin palabras. Delante de mis narices me encontré de frente con la madre de Adrián. Vestía una inmaculada camisa color rosa palo acompañada por unos vaqueros de Roberto Cavalli que seguramente costaban tanto como lo que yo había ganado en el último

mes. Sujetaba la tira de su bolso negro de Chanel con firmeza. Toda ella transmitía autoridad y por su mirada no me quedó ni la más mínima duda de que no le gustaba estar allí, que hubiera preferido cualquier otra cosa antes que llamar al timbre de mi casa. Pues ya teníamos algo en común, porque yo también hubiera preferido que no hubiera llamado a mi puerta.

—Buenos días —saludó con fría cortesía.

—Buenos días.

—Soy la madre de Adrián. Ginebra se ha despertado y quiere hablar con él. Como no lo localizo en el móvil, me ha dicho que es posible que esté en este piso ya que sois buenos amigos.

La novia de Adrián me había enviado a su suegra en busca de su prometido. Mientras ellas trataban de localizarlo, yo me tiraba al prometido de la una e hijo de la otra.

Tendría que haber reaccionado rápido. Haber salido al pasillo con mi corto batín que apenas tapaba mi trasero y haber impedido una catástrofe, pero me ocurrió como en esas películas en las que todo pasa a cámara lenta y no puedes reaccionar: Adrián entró en mi salón y se acercó hacia la entrada diciendo:

—¿Eran los de Amazon?

Miré hacia atrás con el cepillo del pelo en las manos a tiempo de ver cómo Adrián caminaba mientras se ponía la camiseta, con el pelo igual de mojado que el mío.
Echó un vistazo hacia la puerta y se quedó lívido al ver a su madre.

—¡Mamá!

—Tienes el móvil apagado —replicó esta con un frío glacial.

Sentí cómo la humedad de mi cabello mojaba mi hombro derecho, cada vez sentía más frío.

—¿Ha pasado algo? —preguntó acercándose a la puerta.

—Nada grave. Ginebra se ha despertado y ha pasado a planta. Quiere verte y como no era capaz de hablar contigo me pidió que viniera a buscarte.

Adrián me echó un vistazo y le devolví una mirada antes de girarme y perderme en la cocina. Era obvio para los tres lo que había pasado entre nosotros.

—Menos mal que está bien. Estaba preocupado.

—Ya lo supongo —contestó la madre.

Me pareció una buena respuesta. Podría haber dicho: «¡Ya veo!» o «¿En serio?». Me daba en la nariz que la madre de Adrián no era de las que dejaban ver cuánto le afectaban las cosas, más bien era de las que se mantenían estoica ante los acontecimientos.

—No sé dónde tengo el móvil…

Adrián caminó por el salón buscando el teléfono, mientras yo intentaba recordar cómo hacer café. La madre esperó en la puerta sin decir nada.

Cuando lo localizó confirmó:

—Me he quedado sin batería.

—Llevarás muchas horas sin cargarlo, anda vamos.

El tono de su voz esta vez sí tenía un velado reproche. La madre se dio la vuelta para

marcharse. Adrián se acercó a mí antes de irse.

—Luego te llamo.

No pude ni mirarlo a la cara.

—Vete, por favor.

—Ros…

Levanté la mirada y susurré:

—Por favor, vete ya. No hagas las cosas más difíciles.

Adrián era de esas personas que sabían hasta donde podían estirar la cuerda y cuando ya no se podía más. Se limitó a asentir y salió de mi piso.

* * *

Cuando me quedé sola sentí una tristeza fría, como si hielo seco se extendiera por mi estómago. Pensé que lo merecía en compensación por el cúmulo de sensaciones prohibidas que había experimentado en los brazos de Adrián, no estaba muy segura de que valiera la pena.

No habían pasado ni quince minutos desde que se había marchado Adrián con su madre cuando sonó el timbre de la entrada. Yo todavía permanecía en la cocina vestida únicamente con mi batín. Mi cabello seguía húmedo y la taza de café que me había servido se encontraba en el mismo sitio. El corazón se me desbocó cuando oí el timbre. ¿Se había dejado algo Adrián?

Abrí la puerta para encontrarme con un Michael tan demacrado como lo estaba Adrián a las siete de la mañana.

—*What's wrong?*[1] —me preguntó al verme—. ¿Estás bien? Tienes muy mala cara, *honey*.

Solté un suspiro.

—La tuya no es muy buena que digamos.

—¡Lo sé! Acabo de llamar a mi esteticista, me hará un tratamiento de urgencia esta tarde.

Cerré la puerta tras de él.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a hacerte una visita, supuse que, después de lo de ayer, hoy no abrirías.

—Michael, ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado que no puedes contarme por teléfono?

Michael desvió la mirada hacia la puerta de mi habitación, desde la que se podía ver el colchón de la cama desnudo y un montón de sábanas en el suelo.

—¿Qué pasó aquí? Tú jamás tiras las sábanas al suelo, van de la cama al cesto de la ropa sucia.

Tragué con dificultad.

—Pensé que Paul se había marchado a su casa.

Decidí agarrar el toro por los cuernos. Al fin y al cabo, era Michael.

—Me acosté con Adrián.

Michael se quedó sin palabras. Su mirada denotaba una mezcla de asombro y cierto reproche

velado. Para cualquier conciencia, incluso para una como la suya, que estaba dispuesta a aceptarlo todo en cuanto al sexo se refería, Adrián y yo habíamos hecho algo malo.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Por qué has venido?

—Porque me acosté con Brianne.

Asentí con la cabeza. Estaba claro que los dos estábamos hechos mierda por las decisiones que habíamos tomado en las últimas horas.

—¿Nos vamos al centro y comemos por ahí? —me preguntó Michael.

Nos fuimos. Después de una comida en la que no probamos prácticamente bocado ninguno de los dos, Michael se empeñó en ir de compras mientras llegaba la hora de su cita de estética. Estábamos en una de sus tiendas favoritas, Urban Outfitters, probándose unos vaqueros negros que le quedaban como un guante.

—No me quedan nada mal —comentó girándose para ver su reflejo en el espejo.

Yo lo esperaba sentada en un banquito.

—Te van perfectos.

Michael me dedicó una sonrisa y se marcaron sus ojeras, pero qué iba a decir yo, mi cara no era mejor. Me había hecho un moño y vestía un peto vaquero combinado con un top muy corto amarillo con sandalias planas amarillas a juego.

—¿Crees que son adecuados para recibir a Jaime?

—¿Es eso lo que te preocupa? —pregunté con sorna.

—Sí —contestó Michael muy serio—. Si vamos a dinamitar nuestra relación, quiero estar bien vestido.

—Pues entonces son perfectos.

—Me los pondré con las sandalias negras y la camiseta gris perla.

—Estarás fantástico.

—Gracias, *love*. ¡Es lo que necesitaba oír!

Michael era una de esas personas que necesitaban reafirmar su apariencia exterior cuando se sentía inseguro. Para mí eso era una tontería, pero ¿quién era yo para juzgarlo? Sabía que, en algún momento de este último año, su relación con Jaime había comenzado a hacer aguas. Estaba claro que las largas ausencias de Jaime no habían ayudado en nada, pero había algo mucho más profundo de lo que había intentado hablar con él infructuosamente. Quizás Michael no supiera cómo abordar el hielo que se formaba en su relación, pero sí que sabía que se había saltado las reglas que tenía para tener sexo fuera de la pareja de forma deliberada. Michael podía acostarse con otras personas, siempre y cuando fueran rollos de una sola noche, ajenos a nuestro grupo de amigos y jamás en la casa de ambos. Además, Jaime lo llevaba especialmente mal cuando él se acostaba con una mujer. Michael había hecho de forma deliberada todo aquello que sabía que le haría daño a Jaime: se había acostado con una mujer, que era conocida y en su cama. ¡Si eso no era dinamitar su relación no sabía qué lo era!

Michael observaba con mirada crítica su atuendo.

—Creo que mejor me los pondré con la camiseta blanca de botones, la de cuello mao.

—El blanco y el negro son una apuesta segura.

—Sí, muy funeraria —comentó Michael, serio.

—Evitemos los comentarios sobre humor negro —le pedí.

Michael me miró.

—*Sorry!*

—Está bien —repliqué tragando los clavos que se acumulaban en mi garganta.

—No estaba pensando en Ginebra, *love*.

—Ya lo sé.

Michael me miró y trató de animarme.

—¡Oye, lo hecho, hecho está! Hicisteis lo que sentíais y ella nunca va a saber nada. No sirve de nada regodearse en el dolor.

—Su madre lo sabe.

Michael se rio al recordarlo.

—La verdad es que la señora reaccionó con clase. Es una diva, está claro; y las divas no montan escándalos.

—Es clavada a Carolina Herrera.

—Me gustaría conocerla.

—Eres un cotilla, yo no quiero volver a verla en la vida.

—Mira, hasta esa mujer sabe que su hijo no podía más. No puedes obligar a alguien a estar con otra persona, por muy enferma que esta esté. —Hizo una pausa antes de decir—: No solo se trata de la vida de Ginebra, también es la de Adrián. *He's a fucking hero!* [2]

—No creo que su madre piense eso.

—Da igual lo que piense su madre.

Michael se acercó y se agachó frente a mí. Cogió mis manos entre las suyas.

—Ros, amor, sé que esto es difícil de gestionar. Disfruta de lo que tenéis por poco que dure, ¡el amor es lo mejor que hay!

Noté cierto sentimiento de pérdida en sus palabras.

—Nosotros no tenemos nada…

—Ya sé que parece poco, pero tenéis un mundo. Aprovecha cada instante que podáis estar a solas.

Negué con la cabeza.

—Solo fue una vez.

—Es una pena lo de Ginebra, a todos nos pareció una chica encantadora. Pero esa relación es como una bomba de relojería. Estoy seguro de que ella sabe que Adrián está con otras mujeres.

Me moví inquieta.

—¿Tú crees?

—*Of course!* Mira, querida, todo el mundo sabe cuándo algo no va bien en una pareja.

Michael entró en el probador y yo me quedé rumiando aquella idea. ¿Sabía Ginebra que Adrián se acostaba con otras mujeres? Recordé su sonrisa, su calidez, cómo agarraba el brazo de Adrián en un gesto posesivo. ¿Lo sabía? ¿Sabía que él había venido a Londres huyendo de algo que no quería?

Michael salió del probador mirando el teléfono.

—¿Quién te ha escrito?

—La Pelirroja.

Levanté las cejas mientras Michael observaba el texto en su móvil.

—¿Y qué quiere?

—Quedar esta noche, *honey*.

—¿No sabe que tienes pareja?

—Sí, pero creo que no se lo toma muy en serio. Pienso que cree que puede conquistarme o algo así —suspiró con tedio.

Solté una risa.

—No es divertido.

—Por supuesto que lo es, te advertí que no te acostaras con ella.

—Anoche bebí demasiado.

—No le eches la culpa al alcohol.

Michael cerró el chat y me miró con dignidad.

—Tienes razón, sabía perfectamente lo que hacía.

—Acostarte con una mujer para fastidiar a Jaime…

—Sí, pero me apetecía. Confieso que sentía curiosidad.

—¿Y ya no?

—Perdió su encanto.

—Pareces el típico machito.

Michael hizo un gesto de desagrado.

—No soy ningún machito.

—Pues no digas que perdió su encanto solo por acostarse contigo.

—¡Tienes razón! La chica no tiene la culpa de que sea un viejo amargado que se siente tan despechado que se ha acostado con ella para demostrarse qué sabe qué.

No dije nada. Michael ya tenía bastante con su autocastigo.

—¿Y qué tal fue?

—Interesante, teniendo en cuenta que acostarse con una mujer siempre es…

—¿Qué?

—Diferente, menos abrupto. Con los hombres todo es más carnal, más duro. —Nos dirigimos a la caja para pagar—. Fue fantástico, el problema es ahora.

—¿Crees que se ha encaprichado?

Michael sonrió y no pudo evitar soltar un poco de su ironía habitual.

—Querida, no volverá a acostarse con un hombre tan experimentado en la vida. Es normal que se quedara prendada.

Solté una carcajada.

—¡Pues nada!, ya os veo a ti y a Brianne en vuestra casita de valla blanca con tres niños y un perro.

—Un niño y tres perros, *please*. No puedo ponerme a tener tres hijos a mi edad.

—Tienes razón.

Michael sonrió, pero la preocupación y la amargura latían en un segundo plano.

—¿Te arrepientes?

—No tiene sentido arrepentirse. Sabía lo que hacía y por qué lo hacía.

Me limité a asentir.

—La verdad es que despertó una sensualidad que sentía dormida. Es muy abierta. —Pagó y salimos de la tienda—. Creo que en un universo paralelo podría plantearme volver a quedar con ella, pero no es el momento, ni el universo adecuado.

—Dile eso. Gracias, guapa, pero en esta dimensión no podemos volver a quedar.

Los dos soltamos una carcajada.

—No deberíamos reírnos. Estamos siendo crueles.

Michael hizo una mueca.

—¡Déjanos reír hoy, ya lloraremos mañana!

Guardamos silencio.

—¿Quieres que te acompañe a tu cita de estética? —pregunté sin evitar añadir—: No sé por qué te molestas en hacerte tantos tratamientos, no los necesitas.

—Tienes razón, estoy estupendo. Para tener cuarenta y dos años conservo el mismo físico que cuando tenía treinta. El problema está en la cara.

—¿Qué le pasa a tu cara?

—Estas arrugas. —Se señaló las arrugas de expresión de los ojos—. ¡Y este enorme surco! —añadió indicando la arruga que tenía en el entrecejo.

Nos paramos en medio de Oxford Street, la afluencia de personas era elevada.

—Eso no es nada, son arruguitas de la risa.

—*Oh, love!* Esto no son arruguitas, esto son autopistas. En todo caso, eso no es lo peor, lo realmente preocupante es mi cuello.

Miré hacia su cuello sin comprender a qué venía tanto alboroto.

—¿Otra vez con eso? ¿Qué le pasa a tu cuello?

—*Please*, no me tomes el pelo.

—No te estoy tomando el pelo. ¿Qué quieres que vea en tu cuello?

—¡Esto! —exclamó levantando la cabeza y girándola hacia los lados para enseñarme Dios sabe qué—. *Oh my God!* ¡Tengo cuello de viejo! Se me ha descolgado la piel. Dicen que pasa a

los cuarenta, pero yo no noté nada hasta ahora. Ahora, a los cuarenta y dos puedo confirmar que soy viejo.

—De verdad que no veo nada. ¡No tienes nada en el cuello!

Michael puso los ojos en blanco.

—Déjalo. ¡No eres capaz de ver más allá de la amistad! —Soltó un largo suspiro—: Viejo, viejo de verdad, de los que se le descuelgan las cosas. Cuando camino por la calle solo veo cuellos descolgados.

—Eres como esas embarazadas que solo ven embarazos.

Michael levantó las cejas.

—Por lo menos no es un embarazo.

Los dos nos reímos divertidos.

—¡Exacto! —afirmé—. Por lo menos no es un embarazo.

Capítulo 19

Flores y corazones

Aquella mañana de domingo amaneció tranquila. Por la noche había llovido y se había refrescado Londres. Abrí la ventana de la habitación de par en par, así como la de la cocina y el salón. Me había quedado hasta tarde con el bloc dibujando manos y tenía las láminas esparcidas por encima de la mesita del salón, junto con los lápices que había dejado por allí. Observé los lienzos que se acumulaban en la esquina, al lado de la librería y pensé que era un buen momento para ordenar un poco. En la tienda tenía que hacer lo mismo, tenía tantas obras que se me acumulaban por todas partes.

Me di una ducha y me puse una camiseta grande con un estampado de calavera rodeada de flores de colores, muy mexicano, y un culote. El cielo seguía parcialmente cubierto de nubes y parecía que iba a hacer bochorno. Me cepillé el pelo mojado y me lo dejé secar al aire. Comencé a preparar café cuando sonó el timbre y pensé en Michael. ¿No era capaz de esperar por Jaime en casa?

—¡Voy!

Cuando abrí la puerta me encontré con Adrián. Pálido y con mala cara, a pesar de la sonrisa que trató de esbozar.

—¡Buenos días!

—¿Qué haces aquí?

—Te traigo esto.

Me dio un ramo de flores silvestres y una caja de una pastelería.

—¿Y Ginebra?

—Salió en el avión de las ocho para España. Quieren que mañana la vea su oncólogo. Sus padres insistieron mucho, y yo también creo que es lo mejor.

Asentí sin saber muy bien qué hacer.

—¿Puedo pasar?

—Adrián… —No sabía ni qué decir.

—Por favor.

Lo dejé entrar y Adrián colocó encima de la mesa de la cocina las flores y la caja de la pastelería. Cerré la puerta y lo seguí. Abrí la caja de la pastelería y dentro estaban mis cruasanes de chocolate, los que siempre compraba y los que él me había llevado a la tienda.

—Cuando volví del aeropuerto fui a comprarlos.

Los miré en silencio y dirigí mi mirada al ramo de flores silvestres.

—Dime que no las robaste de un jardín.

—Las compré en un mercadillo. Pero si quieres la próxima vez las arranco de alguna propiedad privada.

Adrián esbozó una sonrisa, se le veía cansado.

—¿Qué significa esto, Adrián? Te dije que yo no quería…

—Lo sé. Sé que no querías ni flores ni corazones, pero a veces las cosas no podemos controlarlas.

Cogió mi mano y se la llevó al pecho, a la altura del corazón. Sentí el pulso de su corazón a través de la tela de su camisa de quinientos euros.

—Adrián, ¡esto no va a ningún lado!

—Traté de sincerarme con Ginebra, pero no me dejó hablar.

No dije nada.

—Sabe que pasa algo, que las cosas no son como antes, pero no lo quiere ver. No sé si nos estamos volviendo todos locos con todo lo de su enfermedad, o si la estamos volviendo loca a ella ocultándole las cosas. —Hizo una pausa antes de decir—: Tiene que sospechar que las cosas no son como se le han dicho, pero no quiere saber más. Del mismo modo que sabe que no estamos bien, y lo tapa todo hablando de una boda que no se va a celebrar.

Me di la vuelta y fui a por un jarrón de cristal para poner las flores. No quería que Adrián viera cómo me afectaba todo lo que me decía.

—Me dijo que estaba cansada, que otro día hablaríamos y que quería dormir. No es la primera vez que lo intento, cuando siento que no puedo más, que me ahogo, trato de hablar con ella. Pero ella nunca quiere.

Eché agua en el jarrón.

Adrián me abrazó por la espalda y me estremecí a mi pesar.

—Dime algo —me susurró al oído.

—No sé qué quieres que diga.

—Lo que estás pensando. Dime lo que sientes.

Tragué. No podía decirle lo que sentía porque ni yo misma lo comprendía.

—No tengo nada que decir —contesté zafándome de su abrazo y cogiendo las flores de la mesa.

Deshice el paquete y las metí en agua.

Adrián me cogió del brazo y me dio la vuelta para que lo mirara a los ojos.

—¡Sé que las cosas no son fáciles conmigo!

—Desde luego que no lo son.

—Pero dejaré a Ginebra, solo dame tiempo.

—¡Yo no te he pedido que la dejes!

—Pero quiero estar contigo.

Separé los brazos para poner distancia.

—Adrián esto se está complicando. ¡No sé ni lo que estamos haciendo!

Adrián dio un paso salvando la distancia que había tomado y me cogió la cara con ambas manos.

—Ros, el amor llega sin avisar. Sé que no es la mejor situación, pero no quiero negarme lo que siento.

¿Amor? Recordé la sonrisa de Ginebra, el anillo en su dedo. Recordé cómo hablaba de las invitaciones y de los manteles de lino. Recordé la incomodidad de Adrián, cómo se removía en la silla cuando ella hablaba de cada detalle. La vida había sido injusta con los dos.

—¿Qué piensas? —me preguntó.

Levanté la mirada y me encontré con sus ojos muy verdes y su cabello cayendo lacio. La marca de *borjamari* como una marca de agua en su camisa, su pantalón y sus zapatos. Apoyé la mano en el caballo bordado en su pecho. *Borjamari*, nacido en una cuna de oro y prometido con el amor de su infancia. Mientras que yo era una chica bohemia, con cabello rosa cuya raíz castaña asomaba cada vez con más fuerza, vestía tops cortos y pantalones vaqueros con rotos. Estaba ahogada económicamente y solo pensaba en pintar manos.

—Pienso en que esto es demasiado complicado y yo no buscaba complicaciones. —Suspiré —. Pienso en que estás prometido y en que no tenemos nada que ver.

—Sé que es complicado —aceptó Adrián—. Dejaré a Ginebra, no puedo seguir así.

—No es solo eso. Somos de galaxias diferentes.

—No me importa cómo vistes ni de dónde vienes. Me gustas tú completa, desde la raíz oscura de tu pelo rosa hasta las uñas azules de tus pies.

Adrián apoyó sus manos en mi cara y besó la punta de mi nariz.

—Me gustaste desde el primer día que te vi en la terraza, riéndote de mis dotes de romeo trasnochado.

—¡Un poco trasnochado sí que eres!

Nos reímos los dos. Pero Adrián no cejó en su empeño de derribar todos mis muros.

—Me gustas con tu minirropa de salir a correr y esa barriga de hacer cien abdominales al día —añadió levantando las cejas y apoyó su mano en mi estómago.

—Eso le gusta a todo el mundo.

—Eso es cierto. Pero lo que más me gusta es cómo me miras. Con esa distancia, con la independencia que transpiras, como si no le debieras nada a nadie, como si tú no necesitaras a nadie. —Me apartó el cabello—. Sin embargo, cuando estás con tus amigos eres como la mamá aguantando las locuras de todo el grupo. Ellos te necesitan y tú siempre das más.

—Yo también los necesito.

Adrián esbozó una sonrisa.

—No tanto como ellos a ti. —Guardó silencio antes de decir—: ¡Yo también te necesito! ¿Es que no lo ves?

—Adrián…

—Ros, he tenido que tragar con mucho todo este año y ahora no quiero disfrazarlo. ¡No quiero mentir con lo que siento!

—¡No podemos!

—No digas eso.

Suspiré, tratando de organizar mis pensamientos.

—No debemos.

—Ros, escúchame. Te prometo que…

—No me gustan las promesas y tú no estás en disposición de prometer —lo interrumpí.

No quería oír otra vez que la iba a dejar. ¿Cómo iba a dejarla? Ginebra estaba enferma. Enferma de verdad, de los enfermos que no se curan.

Adrián sostenía mi mano con la suya, mientras que con la otra me acariciaba la cara.

—¿Quieres que me marche?

Mi estómago se encogió. No quería que se marchara. El verde de los ojos de Adrián se tornó intenso. Allí estábamos, víctimas de una pasión que no sabíamos cómo cortar. Hundiéndonos en el fango de algo que sabíamos que estaba mal.

—No quieres promesas —murmuró Adrián.

—No.

—Ni flores, ni corazones.

Retiré la mano de su corazón y miré las flores en el jarrón de cristal. Me costó tragar, pero contesté.

—No, no los quiero.

Di un par de pasos hacia la alacena, simplemente para poner un poco de distancia con Adrián.

—Pero tampoco quieres que me vaya.

No dije nada.

—Si quieres que me vaya, dímelo.

—Sabes que no quiero que te vayas.

—Entonces te propongo algo. Hoy seamos solo tú y yo sin promesas, sin nada más. Solo somos Ros y Adrián.

Lo miré, solo él y yo, nada más.

—¿Sin mañana?

—Sin mañana. Sin promesas ni reproches.

Me pareció lo más tentador que me había dicho hasta entonces.

—Sin promesas —murmuré.

—¡Pero con mucho sexo! —añadió con una sonrisa.

Nos reímos, porque los dos necesitábamos reírnos.

Adrián alargó una mano hacia mí y la cogí. Me aferré a ella como si fuera la única certeza en un mar de dudas. No quería nada más que aquel momento con él. Teníamos el hoy y no

pensaríamos en el mañana.

Adrián me abrazó y me dejé envolver por la necesidad de sentir su calor. Hundió la cara en mi pelo y respiró hondo, nunca me había sentido tan unida a alguien.

Levanté la cara y le dije:

—¿Quieres un café?

—¿Antes o después del sexo?

Me reí.

—Cuando quieras. Puedes tomar uno antes y otro después.

—Vale, entonces tomemos uno antes porque estoy muerto de hambre.

Tomamos café con cruasanes de chocolate en la mesa de mi cocina. Adrián me confesó que el sábado casi no había probado bocado en todo el día, por lo que estaba muerto de hambre. Necesitábamos hablar de algo que no fuera Ginebra, así que saqué el tema de mi próxima subida del alquiler. Era un tema recurrente en ese verano. Adrián me escuchó atentamente tratando de aportar ideas para una salida, pero todas pasaban por mudarme de local a otro más económico y la idea de empezar en otro sitio era algo que rechazaba. Por lo menos no me ofendió ofreciéndome dinero como un romeo al rescate. Hablamos con comodidad, como si fuéramos los mejores amigos. Mientras, comenzó a llover y el ruido de la lluvia se coló por las ventanas abiertas.

—Me encanta cuando llueve —confesé acercándome al fregadero y dejando mi taza de café.

La ventana de la cocina estaba encima del fregadero y desde allí podía ver cómo caía una fina cortina gris de lluvia sobre Londres.

—Te pega mucho.

—¡No sabía que la lluvia pudiera pegarle a alguien! —dije socarrona.

—Sí, pega con tu aire de artista bohemia —sonrió—. Te veo sentada en ese sofá con el bloc sobre tus rodillas y dibujando manos, solo manos. Confiesa que últimamente estás obsesionada.

—Cierto, no puedo negarlo.

—La lluvia cae sobre Londres mientras tú dibujas manos sin cuerpos en una mañana tranquila. Sin necesitar nada más, solo silencio y tu bloc.

—Bonita estampa.

Giré la cabeza para verlo y me apoyé en el fregadero escuchando su relato. Todavía tenía su café en la mano y hablaba de cosas mundanas. Yo nunca había necesitado a nadie en esa cocina y ahora lo tenía a él, al menos por hoy.

—¿Y qué pasa entonces?

—Te escribe Michael para decirte que el pícnic en el río se ha cancelado.

—Por la lluvia.

—Exacto.

—Tú adoras a Michael, pero en el fondo estás feliz de que el plan se haya caído, secretamente prefieres dibujar manos en silencio.

—Hummm…

—¡Muchas manos sin brazos! —añadió con una sonrisa.

—¡Es un día perfecto! —sentencié.

—El día no acaba ahí.

—¿Ah no?

—No. Yo, que sé que te gusta hacer manos, te dejo libre y en tu mundo.

—¡Qué considerado!

—Pero en algún momento de la mañana, cuando empiezan a rugir tus tripas, llamo al timbre con cruasanes de chocolate.

Sonreí.

—¿Y qué más pasa?

—Nos levantamos después de tomar el café y movemos esa mesa de ahí.

Lo dijo señalando la mesa que estaba en el centro del salón.

Adrián se levantó y fue hacia la sala. Mientras, la ventana seguía abierta y el ruido de la lluvia nos acompañaba. Lo seguí. Cogió la mesa por un lado y yo por el otro, la movimos hasta colocarla al lado de la estantería despejando el centro de la sala.

Adrián echó un rápido vistazo a las láminas de manos y dijo:

—¿Será hoy? Acabas de dibujar manos.

—No lo sé. ¿Qué más pasa?

—Bueno, yo, que estoy completamente entregado a ti y sé que un artista no solo puede vivir de arte y cruasanes, me dispongo a darte amor.

—¿Amor?

Adrián se quitó la camisa por la cabeza sin desabrochar. Su piel canela contrastaba con su pantalón *beige*. Ya no tenía la cara pálida de cuando había llegado. Estaba guapo, a pesar de cierto aire de tristeza que nunca le abandonaba, que podría pasar por nostalgia, pero con un brillo en los ojos de las ganas de vivir que tenía.

—¿Sexo mejor?

—Sexo me parece bien —contesté, siguiéndole el juego.

—No sé si te hará tan feliz como dibujar manos.

—Seguramente no, pero puedes intentarlo.

Adrián se acercó hasta mí en el centro de aquella alfombra de colorines.

—¡Joder, cómo me gustas Ros! —susurró mientras se inclinaba para besarme.

—No hables —le pedí.

—Un segundo —dijo Adrián, rompiendo el beso justo cuando habíamos juntado los labios.

Se fue a mi habitación y arrancando la sábana de la cama la trajo al salón, colocándola sobre la alfombra.

—Mucho mejor así —acepté mientras él la estiraba.

Adrián me cogió del brazo y tiró de mí hacia abajo para que me sentara a su lado.

—Quítate esto, quiero verte las bragas rosas —susurró mientras me tumbaba sobre la sábana.

—¿Cómo sabes que son rosas? —pregunté mientras Adrián me quitaba la camiseta.

—Me fijé cuando caminabas por la cocina.

—Qué poco elegante.

Adrián ya estaba a tono. Se colocó entre mis piernas mientras yo solo tenía mi culote rosa.

—Hoy no quiero ser elegante. —Amplió una sonrisa y mirándome desnuda entre sus piernas añadió—: ¡Quiero ser impactante!

Me partí de la risa.

Se inclinó sobre mí y se dedicó a lamer lentamente cada centímetro de mi piel. Empezó en mi oreja y siguió hasta mi ombligo. Se deshizo de mi culote y cuando hundió su lengua entre mis piernas, me arqueé y le agarré fuerte el cabello. Adrián siguió bajando, lamió el interior de mis muslos y bajó por mis rodillas hasta mis tobillos. Cuando terminó, me miró con una mirada vidriosa que jamás olvidaré, mezcla de amor, deseo y nostalgia. Se acarició a sí mismo con firmeza. Me levanté y lo besé para seguir en su cuerpo el mismo camino que él había tomado. Cuando llegué a su mano lo liberé y lo tomé. Él me sujetó el cabello y apretó los dientes. Blasfemó mientras yo lo hacía mío. Rendido completamente a mí, lo tenía a mi merced. Cuando ya no pudo más me tumbó y entró dentro de mí con fuerza. Adrián no era un fanfarrón, sí, el sexo fue impactante, duro y explícito. Lo recibí entre gemidos mientras rezaba por no gritar. No era de las que gritaban, no era de las que se enamoraban, pero sobre aquella alfombra descubrí lo tenue que puede ser la línea entre el deseo y el amor.

Cuando terminamos, nos quedamos pegados. Incapaces de desprendernos de todo lo que crepitaba en el ambiente.

—¡Joder, Ros! ¿No me digas que esto no es amor?

—¡Me lo prometiste! —susurré tratando de coger aliento.

—¡Vale! —aceptó—. Ni flores ni corazones.

Tragamos aliento y nos miramos a los ojos. Los dos los teníamos empañados, era demasiado intenso. Algo que transmutaba más allá de la piel. Algo que yo jamás había sentido. No podía darle forma porque estaba prohibido. Pero ese día toqué el cielo teniendo sexo en el suelo de mi salón con el sonido de la lluvia entrando a través de la ventana, rodeada por mis cuadros cubistas y mis láminas de manos.

—Esto de acabar en mis sábanas está convirtiéndose en una costumbre.

Adrián había apartado la sábana hacia un lado.

—Ya lo sé. Estamos siendo imprudentes, pero es que contigo quiero sentirlo todo.

Nos miramos a los ojos y comprendí perfectamente lo que me decía porque sentía lo mismo. Una reminiscencia animal que me impulsaba a estar con él sin nada de por medio. Suponía que eso era lo que había asegurado la supervivencia del ser humano. ¿Se me había ido la cabeza?

—Tenemos que dejar de hacer el tonto —sentenció Adrián.

—Desde luego.

Adrián me acarició el vientre.

—¿Tienes preservativos en casa?

—Sí, en el segundo cajón de mi mesilla.

Se puso de pie de un salto y fue a por la caja.

Me incorporé sobre los codos.

—¿Probamos qué tal con condón? —preguntó divertido mientras quitaba uno de la caja y se iba tocando.

Me puse de rodillas mientras mi cabello caía sobre mi hombro derecho.

—¿Ya estás listo?

—¡Solo con verte así estoy listo!

Se puso de rodillas y me besó. Un beso lleno de sexo. Un beso de los que se dan los adolescentes en la parte de atrás del autobús. Un beso que te das a las tres de la mañana con unas copas encima en medio de la pista de baile con la gente saltando a tu alrededor. ¿Qué más daba? En aquel instante éramos solo él y yo, todo lo demás se había volatilizado.

Capítulo 20

Doce años de amor

Michael

Llevaba toda la mañana nervioso, como cuando tienes una primera cita. Tenía cuarenta y dos años. ¿Eso no cambiaba con la edad? Además, no es que fuera a encontrarme con un desconocido, Jaime y yo llevábamos doce años juntos, ¿cómo podía ponerme como un adolescente?

Había limpiado la casa, la había dejado como los chorros del oro. Había bajado la basura, entre las bolsas iban las sábanas con las que me había acostado con La Pelirroja. Se había marchado esa mañana a primera hora tras una larga conversación. Llevaba semanas preparándome para tener una conversación con Jaime, lo que no me esperaba era que iba a tener otra antes con una chica. Brianne había escuchado con atención todo lo que le había dicho y no había replicado en ningún momento. Sabía que tenía novio, no solo por el hecho de que se lo había dicho en la cena del viernes, sino porque nuestro piso estaba impregnado de la huella de Jaime en cada esquina. Fotos suyas y mías inundaban cada estancia. Jaime estaba presente en cada detalle, su estilo y su gusto estaban por toda la casa. Incluso su olor estaba en la habitación cada vez que abría el armario. Sus chaquetas, sus pañuelos, todo olía a él.

La noche anterior me había prometido no llamar a La Pelirroja, pero en cuanto llegué al piso sentí que me ahogaba. La idea de que en menos de veinticuatro horas estaría allí Jaime y el silencio se impondría entre nosotros como una losa se me hacía insoportable. Brianne respondió al primer tono y trajo cena. Cenamos en el salón con una botella de vino, después me la follé en el sofá que Jaime había comprado la última Navidad. De Brianne me excitaba todo, especialmente que no tenía fronteras en lo que al sexo se refiere. Era de las que le gustaba tomar el control y la noche anterior en la cama me había dicho: «Relájate. Te voy a llevar a las estrellas, nene». No hablaba por hablar. Había descubierto el cajón de juguetes sexuales y decidió que ella podía hacerme todo lo que un hombre me hacía. La verdad es que, para no ser sexo con un hombre, se le aproximó bastante.

Esta mañana había hablado con ella en serio, explicándole que lo de ese fin de semana no podía repetirse. Cuando te has acostado tres días seguidos con la misma persona, supongo que decirle que no la volverás a llamar no suena tan convincente, pero debía hacerlo.

—¿No te lo has pasado bien? —me preguntó con aquellos ojos verdes despampanantes y sus rizos alborotados.

Sonreí mientras me ponía la camiseta tras ducharnos.

—Claro que sí, amor. Ha sido maravilloso, pero no podemos repetirlo.

Brianne me miraba sentada en una esquina de la cama. Fue en ese momento en el que pensé que tendría que quemar esas sábanas. Me pasé las manos por la cabeza, llevaba el pelo muy rapado, me lo había retocado para recibir a Jaime.

—¡Estás guapísimo! —confesó mientras me observaba.

Caminé hasta La Pelirroja y me paré delante de ella. Brianne deslizó sus uñas de gata por mis pantalones vaqueros subiendo por mis muslos.

—¿No puedo hacer nada más por ti?

Le acaricié la mejilla. Era muy joven e inocente a pesar de todas sus perversiones.

—¿No te cansas nunca?

—De ti no. —Lo dijo acariciando directamente mi zona más noble por encima del vaquero.

Me endurecí ligeramente y le cogí las manos por las muñecas.

—¡Vamos a dejarlo aquí, querida! He tenido más sexo hetero en este fin de semana que en los últimos cinco años.

Brianne sonrió satisfecha.

—No solo hemos tenido sexo hetero —comentó haciendo alarde de su pericia.

Me reí mientras caminaba hacia las ventanas.

—Sigue siendo sexo hetero si es con una chica.

Abrí las ventanas de par en par. Eran las ocho de la mañana e iba a tener que fregar con lejía cada esquina de esa habitación si no quería que Jaime se diera cuenta. ¿Cuántas horas me quedaban?

La Pelirroja se levantó y me abrazó. Llovía con suavidad sobre Londres.

—Está bien, Michael, me iré. Pero prométeme que, si algo va mal con Jaime, me llamarás.

Reí con amargura.

—¡Querida, todo va a ir mal con Jaime!

Me giré y observé el rostro juvenil de mi pelirroja.

—¿Podríamos ser amigos?

Le acaricié el rostro.

—Quizás, querida.

—¿De los que follan de vez en cuando?

Solté una carcajada.

—Un fin de semana glorioso como este es mejor no tratar de repetirlo a menudo. Ya no tengo tanto brío como se tiene a tu edad.

Brianne sonrió tratando de parecer experimentada y mundana. Sin embargo, reconocí ese dolor de cuando te sientes rechazado. Sentía no poder darle lo que buscaba.

* * *

Brianne se fue con su juventud, sus ojos verdes y sus rizos.

Me pasé horas con los guantes de goma limpiando y desinfectando. A las doce bajé la basura y cerré algunas ventanas por primera vez en toda la mañana. No había dejado de llover, Londres ocultaba bajo una fina lluvia las marcas de mi culpabilidad. Revisé el piso, mirara donde mirara me parecía que todo estaba demasiado limpio, como si tratara de ocultar algo de forma tremendamente exagerada.

De doce a una me pasé el rato vistiéndome y desvistiéndome para acabar poniéndome la ropa que le había dicho a Ros. No sabía nada de la Reina de Hielo desde el día anterior, ¿estaría bien? Para una vez que se enamoraba, era bastante injusto que fuera de un hombre comprometido. Al menos Eva tenía a un pedazo de vikingo con el cual navegar.

Suspiré mientras me echaba perfume ante el espejo.

—Michael, ¡hueles a lejía, pedazo de cabrón! —le susurré a mi reflejo.

De repente oí ruidos en la entrada.

—*Hi!*

—*Hello!* —contesté desde el baño de la habitación.

Caminé por el pasillo para recibir a Jaime, todo olía a ambientador y a productos de limpieza.

Jaime ya estaba en nuestra sala. No estaba preparado para verlo tan guapo, ¿dónde había quedado la costumbre de viajar con chándal? Jaime llevaba un traje gris que combinaba a la perfección con sus ojos grises y su pelo corto plateado. No llevaba corbata, pero sí una camisa blanca y el chaleco a juego.

—¡Qué elegante! —comenté al verlo.

Nos quedamos parados a un par de metros. Últimamente estábamos tan raros que no sabíamos ni cómo recibirnos cada vez que Jaime regresaba. Pero, a pesar de lo raros que estábamos, a pesar de lo mal que estaban yendo las cosas en el último año, nunca había sentido tanto deseo de besarlo como en ese momento. Jaime parecía el anuncio de un perfume de hombre elegante y exitoso. Un perfume muy caro, como los zapatos de quinientas libras que calzaba.

—Gracias —contestó quitándose la chaqueta y remangándose la camisa—. Tú también estás muy guapo.

Me acerqué y lo miré con deseo. Jaime captó mi mirada.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bien. Largo y tedioso, pero aproveché…

—Para trabajar… —contesté por él.

—Sí.

Nos quedamos en silencio, mirándonos.

—Hace mucho que no hablamos —dejé caer.

Había tanto de lo que hablar. En el momento que lo dije se nos cayó la máscara a los dos, Jaime asintió con la cabeza.

—Sí, demasiado.

Recordé la primera vez que lo había visto en el hospital: tan elegante, tan altivo. Jaime era de esos gais que no sabes exactamente si lo son. Parecía tan masculino, tan hetero, que me había derretido la primera vez que me había hablado para pedir que recogiera una habitación. Entonces, incluso me excitaba el hecho de que en la jerarquía del hospital él estuviera por encima de mí. Tan excitado como estaba en ese momento al verlo después de tantas semanas, de tanta frialdad, de tantas ausencias. Lo necesitaba tanto que dolía.

—Hablemos más tarde, ¡ahora bésame! —le pedí.

Jaime me miró tratando de bucear en mis ojos. Los dos sabíamos que algo se había roto, pero en ese momento nos necesitábamos, al menos yo lo necesitaba a él.

Jaime se acercó y acortó el espacio que nos separaba. Me besó. Fue un beso titubeante que se tornó en profundo en cuanto yo le respondí con pasión. Estaba muerto de una sed que solo él podía calmar, algo que ni todo el sexo que había tenido con Brianne había apagado.

—¡Vamos a la habitación! —le pedí mientras desabrochaba su chaleco.

Al llegar a la habitación, sin ser apenas consciente, me senté en donde Brianne se había sentado horas antes.

Jaime se quitó el chaleco y la camisa mientras yo le desabrochaba los pantalones.

—¿Huele a desinfectante?

Levanté la mirada mientras le bajaba los pantalones. Jaime cruzó su mirada gris conmigo y en ese instante lo supo. Sabía que esa limpieza tan compulsiva se debía al intento no solo de limpiar la casa, sino mi conciencia.

—Sí —fue lo único que confesé.

No dijo nada más. Lo tomé con mi boca, lo siguiente que hizo Jaime fue apretar los dientes mientras me cogía la cabeza con firmeza.

El deseo se desató, pero el sexo se enturbió entre las sospechas de Jaime y mis ganas de él. Lo hicimos con ganas, rápidos y directos.

Al terminar nos mantuvimos en silencio, acariciando las cenizas de nuestro amor. Pero aquello no era suficiente, necesitábamos más, así que lo hicimos una vez más. En la segunda ocasión hubo muchos besos y caricias lentas, como si quisiéramos estirar cada momento. Como si supiéramos que era la última vez.

Cuando terminamos, Jaime me preguntó:

—¿Con quién te has acostado?

Los dos estábamos desnudos encima de nuestra cama.

—Con una pelirroja que trabaja con Nolan. Tiene veintitantos años y se llama Brianne.

—¿Estabas borracho?

Me pareció extraña la pregunta de Jaime y entonces comprendí que buscaba excusarme.

—No. Bueno, quizás un poco la primera vez, pero sabía perfectamente lo que hacía.

Los dos mirábamos al techo. Como si al no mirarnos a los ojos lo que había pasado fuera más fácil de sobrellevar.

—¿La primera vez?

—Sí. El viernes la traje a casa.

—Y ayer otra vez. —La voz le salió densa.

—Sí, se marchó esta mañana —confesé.

Mantuvimos silencio unos segundos tratando de asimilar la situación, primero porque sabíamos que el dolor que le había causado había sido deliberado. La pregunta era: ¿por qué? ¿Por qué necesitaba hacerle ese daño a Jaime?

—Te has acostado con una mujer.

—Sí.

—Alguien que es cercana a nuestro grupo de amigos.

—Sí, Nolan trata de integrarla. Tiene cierta afinidad con ella, por eso de que los dos son irlandeses. —Me puse a dar explicaciones sin saber muy bien por qué.

—Te la has traído dos días a nuestra casa.

Nuestra casa. ¡Nuestra casa! El aire se tornó denso y entendí que el apocalipsis estaba cerca. Giré la cabeza para ver el resultado de mi obra maestra. Jaime me miró, su cara estaba desencajada: dolor, decepción. Aquello que llevaba roto tanto tiempo se materializó.

—Sí, la traje aquí.

Esperé que preguntara más porque no pensaba mentirle ni ocultarle nada.

—¿Te gustó acostarte con ella?

—Sí, me gustó.

Jaime no daba crédito a mis palabras.

—¿Y a ella?

Recordé la alocada pelirroja que se empeñaba en hacerme disfrutar como si no importara lo que tuviera entre las piernas.

—Sí, ella también lo disfrutó.

Jaime se incorporó sobre un codo.

—¿Quieres tener algo más con ella?

Esa pregunta no me la esperaba.

—No he pensado en eso. Ha sido algo que surgió sin más. —Jaime me miraba sin saber qué decir—. No significó nada —confesé porque necesitaba paliar un poco el dolor que le había provocado.

—Sí que significó algo. ¡Significó que tenías muchas ganas de hacerme daño!

No se lo pude negar.

El frío se extendió como si estuviéramos en el Ártico. Lo que había esperado durante tanto tiempo, que era hablar con Jaime, se había vuelto imposible con mi desliz.

Se levantó y se vistió mientras yo me sentaba en la cama apenas medio cubierto con una sábana. Observé cómo volvía a ponerse el traje gris que había dejado sobre la alfombra. Cuando lo vi hacer eso, el terror tomó las riendas de la situación.

—¿Qué haces?

—¿No es obvio?

—¿Te vas?

—Desde luego, ¡aquí no me voy a quedar!

Tragué con dificultad.

—Jaime, ¿no vamos a hablar?

—¿Crees que queda algo de lo que podamos hablar?

Se abotonó la camisa, enfadado.

—¡Joder, llevo doce horas con esta maldita camisa! —blasfemó.

Me levanté y me puse los calzoncillos.

—Espera, te cojo otra.

Hay que ver lo absurdos que podemos llegar a ser en situaciones difíciles, como el hecho de que me preocupara que vistiera la misma camisa. ¿No era ridículo?

—¡No, déjalo! —gritó.

Jaime jamás, jamás gritaba. Estaba completamente fuera de control.

—¡Jaime, cálmate! —le pedí cogiéndolo por los brazos.

Jaime se zafó de mi agarre y me apartó de un empujón en el pecho.

—No me toques.

—¡Jaime! —fue lo único que pude decir.

—Todos tenemos un límite, Michael, y el mío ya está sobrepasado.

No fui capaz de decir nada más. Me contempló con una mirada mezcla de desprecio y decepción, y un dolor primitivo y visceral que se enraizaba con el hielo de nuestra casa.

Había parado de llover, un sol brillante se asomaba en el cielo londinense mientras vi que Jaime cogía la maleta con la que había entrado en casa y se marchaba.

Al final había conseguido lo que quería: prender fuego a nuestra casa. Pero no había calculado bien la cantidad de gasolina y nuestro mundo entero había combustionado sin que pudiéramos hablar de los motivos que nos habían llevado hasta allí. ¿Qué había hecho?

Capítulo 21

Algodón de azúcar

Adrián y yo salimos a comer fuera. No solo se puede mantener uno de cruasanes de chocolate y sexo, por muy abundantes que sean ambas cosas.

Fuimos a un pequeño italiano que se escondía en una calle de Camden. Nos sentamos a una mesa de un rinconcillo. La estampa era idílica: un mantel de cuadros rojos y blancos y un pequeño jarrón de cristal con flores silvestres. Adrián a mi lado, hablándome de mil cosas y de nada a la vez. El mundo ajeno, solo él y yo en nuestra burbuja.

Elegimos un plato de pasta y bebimos vino. No sé si fue el efecto del vino, pero yo me sentía flotando.

De postre Adrián no quiso nada, yo me tomaba mi segundo café solo del día mientras charlábamos.

—No deberías tomar tanto café, tomas cantidades industriales —comentó Adrián—. Deberías moderar las dosis de cafeína.

—Gracias doctor, tomaré nota —me reí divertida.

—¿Sabes que en los cincuenta existía un medicamento que era aspirina café?

—¿Aspirina café?

—Sí, para dar un chute de energía con la cafeína. Ahora hay uno, pero para los adultos, antes era para pequeños y mayores.

—Nunca había oído algo así.

—Pues imagínate que se lo daban a los niños en los cincuenta.

—¿Lo sabes por tu padre?

—Sí, curiosidades de la medicina. Mi padre con esas cosas es un poco abuelo cebolleta.

—¡Pobres niños de los cincuenta!

—No tan pobres, tenían su buen chute de cafeína y se ponían bien a tono, como tú ahora.

Me reí divertida mientras Adrián me acariciaba la mano con sus dedos de aristócrata. Aquellas manos hechas para la contemplación.

—¡Me encantaría congelar este momento! —confesó.

—¿Este en concreto? —pregunté socarrona.

—Sí, este. Aquí contigo, en este pequeño restaurante, comiendo pasta y bebiendo litros de café. En este rincón de Londres, con manteles de cuadros blancos y rojos.

Sonreí.

—Eres un cursi.

—¿Un cursi? Si todavía no he dicho nada.

—¿Qué más ibas a decir?

—Que estás preciosa. Que me encanta cómo la luz del sol cruza a través de la ventana y hace sombras sobre tu cara y tus tetas.

—¡Vale, lo retiro! No eres cursi, eres un cerdo.

—Te has puesto un vestido muy sugerente.

Me había puesto un vestido *pin-up* de escote corazón. Con fondo blanco y salpicado de cerezas rojas. Me había recogido el cabello en un flojo moño rosa en lo alto de la cabeza.

—No hacía falta que mencionaras mis tetas.

—¿Por qué? Me encantan, pequeñas y perfectas.

Le di un codazo.

Adrián se rio, pero no pudo evitar alargar la mano para cogerme del cuello y acercarme a él. Me besó con uno de esos besos que te dejan sin aliento.

—Sabes que lo he dicho a propósito para molestarte. Me encanta provocarte.

Las cosquillas de mi estómago crecieron trenzando a lo largo de mi cuerpo una sensación de plenitud. Felicidad. Estar con Adrián era simplemente felicidad. ¿Cómo habíamos llegado a ese momento? Me parecía irreal. No debíamos estar allí, ni sentirnos así. Estábamos robando ese momento, no nos pertenecía.

—No soy tan fácil de provocar, no me escandalizo porque hables de mi escote.

Adrián deslizó una mano por mi pierna colándose por debajo de mi vestido.

—Pues hoy quiero escandalizarte, así que déjame intentarlo otra vez.

Volvió a besarme, mientras su mano se perdía entre las piernas.

—¡Adrián!

—Vamos al baño.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? Solo tenemos este momento, ni ayer, ni mañana.

Aquel momento que no nos pertenecía, que habíamos robado. Lo miré a los ojos. Aquel dolor latente detrás del verde salpicado de castaño. Las ganas de vivir y de retener aquellos instantes para siempre entre nuestros dedos.

No sé cómo me dejé llevar, pero con Adrián los límites de lo que estaba bien y mal eran extremadamente difusos. El sexo atado a aquella extraña sensación que se asentaba en mi estómago con nudos de necesidad. Las ganas de su piel pudieron más que todos los prejuicios. Quise flotar con él en nuestra burbuja. Acabamos teniendo sexo en el cuarto de baño de mujeres. Nos metimos en un servicio individual y cerramos la puerta. Justo en ese momento no había nadie. Adrián era más fuerte de lo que parecía, era capaz de sostener mi cuerpo contra la pared de baldosas del servicio mientras me penetraba. Sus manos perdidas debajo de la tela de mi

vestido de cerezas. Las mías enredadas en su cabello mientras me besaba y entraba en mi cuerpo una y otra vez.

Oímos que una persona entraba en el servicio; Adrián se quedó parado.

—Tenemos compañía —susurró contra mis labios.

—¡Chist! —murmuré mientras oía como abrían el grifo.

El agua cayendo sobre el lavabo mientras Adrián volvía a incrementar el ritmo. Cegados por el sexo y el deseo, excitados por la idea de que una desconocida se estuviera acicalando a un par de metros de nosotros.

Adrián me acarició entre las piernas y yo me mordí los labios para no gemir. Al verme así, siguió más fuerte, más dentro.

—¡Voy a terminar! —gimió en mi oído, aferrándose con fuerza a mi cuerpo.

—Fuera —fue lo único que fui capaz de decir.

En mi vida, nunca jamás en mis casi veintinueve años había tenido sexo sin protección y con Adrián nunca me acordaba del preservativo. ¿Me había vuelto loca? Adrián nunca tenía sexo sin precaución, salvo con su novia que tomaba anticonceptivos. Lo creía, sabía que no lo hacía con otras, porque sentía crepitante en mi propia piel todos aquellos sentimientos que tenía por mí. Sabía lo que sentía Adrián al estar conmigo, que era lo mismo que yo sentía por él: un amor puro, casi infantil, que no entendía de látex ni cortafuegos. Un amor irracional, sin medida. Nos amábamos en aquel momento que era nuestro, en el cuarto de baño de un italiano en Camden. Nos amábamos sin comprender que amarnos así solo nos haría daño.

Después de comer paseamos por Camden cogidos de la mano como si fuéramos novios. Entramos en todo tipo de tiendas. Me compré un conjunto *pin-up* en una de mis tiendas fetiche. Se trataba de un corpiño con falda a juego. Todo de cuadros amarillos y blancos. Adrián se metió conmigo en el cambiador mientras la dependienta ponía mala cara, solo para ayudarme con las cremalleras. Lo eché entre risas y empujones y después, como en la más absurda comedia romántica, salí a mostrarle mi top con falda midi. Me había puesto unos zapatos amarillos con tacón imposible y llevaba el cabello rosa suelto y ondulado. Después de nuestra sesión de sexo mi moño había pasado a la historia.

—Estás guapísima, pareces una Barbie.

—¿Eso es un piropo o un insulto?

—¡Un piropo, tonta!

Se levantó, me cogió y comenzó a girar conmigo.

El pelo se cruzaba delante de mis ojos. En aquel momento girando en los brazos de Adrián todo fue rosa desteñido.

—¡Para! —le pedí.

—No quiero —sentenció girando en nuestro mundo rosa.

—¡Vale, ya está! —me reí—. Nos van a echar.

Adrián se rio también sin dejar de girar.

Giramos y reímos como si el tiempo no existiera. Como si el ayer fuera una puerta cerrada vacía de recuerdos, como si el mañana solo nos fuera a traer horas de sol. Pero en realidad, ese momento es lo único que teníamos: mi falda girando y nosotros con ella.

Compramos ropa, libros y discos. Adrián se empeñó en regalarme un camafeo que encontramos en un anticuario. Se trataba del relieve de una pareja donde se veía el perfil derecho de la cara de ella y el izquierdo de la de él. Ambos unidos por el cabello como si fueran siameses unidos por el cerebro.

—Qué cosa más singular —comenté mientras cogía la delicada pieza entre mis manos.

Adrián miró por encima de mi hombro observando la miniatura.

—Comparten el cerebro y el pelo.

—Sí, nunca había visto algo así.

Adrián me abrazó.

—Son como nosotros, compartiendo ideas y *look*.

Cogió mi cabello y se puso el pelo rosa por encima de su cabeza, haciendo que un curioso flequillo completara su nuevo aspecto.

Levanté la vista para observar el reflejo del espejo. Parecía un monstruo de dos cabezas con la de Adrián encima de mi hombro derecho.

—Nosotros no compartimos ideas y yo jamás me pondré polo.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no estás pensando lo mismo que yo?

—¿El qué?

—En meternos en ese probador del fondo y hacer el amor.

Meneé la cabeza a ambos lados.

—Solo piensas en tener sexo.

—Yo no he dicho nada de tener sexo.

—¿Ah no?

—No. Hablo de hacer el amor, es distinto.

Dejé de sonreír y Adrián me miró de aquella manera tan suya.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor?

Me quedé callada. Con las manos de Adrián en mi cintura y aquel camafeo de dos cabezas entre las manos.

—No sé si alguna vez he hecho el amor.

Adrián besó mi cuello y me miró con ojos brillantes.

—¡Lo haremos juntos! —decretó.

Bajó las manos hasta el camafeo y lo cogió. Lo colgó en mi cuello y me abrazó.

La dependienta pasó a nuestro lado y nos miró con severidad.

—*We'll take it.* [1]

Adrián pagó el camafeo porque se empeñó en que quería que fuera un regalo suyo. Salimos en

silencio del establecimiento y caminamos un buen rato por Camden.

Terminamos la tarde en Hyde Park. El sol había secado por completo el amanecer lluvioso de Londres y no quedaba ni rastro de humedad en el ambiente. Había feria y paseamos entre los puestos de diversos entretenimientos. Compramos algodón de azúcar y nos sentamos como los londinenses a tomar el sol. Nos colocamos cerca de un árbol para que su sombra me tapara la cara y pudiera poner mis piernas al sol. Adrián prefería el calor. Entreabrió los primeros botones de su camisa y apoyó su cabeza sobre mis piernas. Un grupo de amigos tocaba la guitarra mientras varios niños jugaban a la pelota.

Fue uno de esos momentos perfectos en la vida, de los que no se buscan, de los que se encuentran. Comí mi algodón de azúcar con mi vestido *pin-up* de cerezas esparcido sobre el césped verde, la cabeza de Adrián sobre mis muslos. Adrián confesó que Londres le recordaba a su infancia. Su madre era una enamorada de la ciudad y venían un par de veces al año. Corría por Hyde Park con sus hermanas, iban a musicales y se subían al London Eye. Me explicó que de niño quería vivir en el Big Ben, le parecía el mejor lugar del mundo. No hizo falta que Adrián dijera que Londres le recordaba a la felicidad, a la libertad de una etapa en la que no había nada que pesara sobre sus hombros. En ese momento comprendí que, el hecho de poder trabajar con su primo no era el principal motivo por el que había acudido a refugiarse a Londres, él habría acudido a esa ciudad de todas formas. No pude culparle, ¿quién no querría huir al lugar donde fue tan feliz?

En respuesta a su relato le hablé de mi infancia. De la panadería de mis padres y del olor a pan recién hecho que me había acompañado toda mi niñez en Cataluña. De la primera vez que vi a una chica con un vestido *pin-up* de lunares caminando por las ramblas y de cómo me latió el corazón cuando me teñí el pelo por primera vez con tan solo dieciséis años. De la necesidad de sentarme en la playa de Barcelona con mis lápices y dibujar intentando imitar los colores del mar. Le hablé de cómo me había colgado de mi profesor de pintura con dieciocho años recién cumplidos. Él tenía treinta y llevaba dándome clases un año. Cuando cumplí los dieciocho me preguntó si quería mejorar mis nocturnos. Cuando Javier (así se llamaba el profesor) me propuso quedar esa noche para hacer un nocturno desde uno de los montes cercanos donde se podía ver una panorámica de Barcelona, no lo dudé. Nos sentamos a las nueve de la tarde, con la noche casi cerrada y el calor de julio cercando Barcelona. Pintamos en silencio durante una hora y media hasta que terminamos de esbozar nuestras acuarelas. Era un lugar solitario y solo había llegado un coche que estaba bastante apartado, con una pareja que había echado los asientos para atrás. Javier me dijo directamente que estaban teniendo sexo y me preguntó si ya me había acostado con alguien. Negué con la cabeza y él sonrió. Recogimos nuestros equipos de pintura y los metimos en el maletero. Él dijo algo sobre la belleza del entorno, y la mía propia. No me interesó nada la parte romántica, me interesó más el latigazo de deseo que sentí cuando me acarició el cabello y comenzó a besarme el cuello, apoyados en el maletero de su coche, en el que acabábamos de guardar los equipos. Perdí la virginidad en un coche, con mi profesor de

pintura doce años mayor que yo. No creo que la estampa fuera de lo más original cuando echamos los asientos hacia atrás, sin embargo, nunca olvidaré el olor a aceites y a trementina, el poder del deseo y de la pasión.

La aventura con mi profesor me enseñó dos cosas. La primera fue que los sentimientos son incontrolables. Javier se acostó conmigo simplemente porque se sentía atraído por mí. Sin embargo, se enamoró. Dejó a su novia, porque sí, tenía novia, aunque durante el tiempo en que estuvimos juntos nunca lo supe. Me lo confesó al final cuando ya la había dejado y esperaba poder comenzar una relación convencional conmigo. La segunda cosa que aprendí ese verano fue descubrir las ganas de vivir y experimentar que tenía. Necesitaba salir al mundo, ponerme el pelo de mil colores, pintar durante días sin hablar con nadie y comprarme todos los vestidos *pin-up* que pudiera. Estaba en plena expansión, había abierto las alas y estaba dispuesta para volar. Mis ganas me llevaron a Londres al terminar el verano, después de decirles a mis padres que no quería seguir estudiando y a Javier que volviera con su novia.

Adrián no me habló de su primera vez. Como un pacto tácito obviamos todo lo que tenía que ver con ella. Pero sí me habló mucho de su niñez, de cómo sus hermanas le vestían y desvestían a su antojo con ropa de bebé porque él era su muñeco particular. De la relación que había tenido con su tata, su abuela materna. Esa que hacía galletas todos los sábados, que él comía con devoción, la misma persona con la que había hablado de sexo por primera vez. Me habló de sus amigos, de los fines de semana esquiando, de su casa de verano y del velero con el que navegaba. ¿Y por qué no? Habló de sus sueños y esperanzas. De sus ganas de trabajar como arquitecto con su primo hasta que tuviera la solvencia suficiente para montar su propio estudio. Habló de Nueva York y confesó que allí es a donde aspiraba llegar. No se había ido porque la distancia con Madrid era insalvable. No hizo falta que mencionara por qué era insalvable. Lo era por ella. Porque por mucho que Adrián quisiera huir, todos los caminos lo llevaban de regreso a ella.

—¿Te gustaría ir a Nueva York?

—Ya he ido a Nueva York —contesté—. Con Michael, hace cinco años. Bueno, con Michael y más amigos.

Adrián se sentó a mi lado en el césped. Tenía la cara roja por el sol que le había dado hasta ese momento.

—No me refiero a ir de visita. Me refiero a vivir allí.

—¿Vivir en Nueva York?

—Sí —sentenció Adrián—. Ese es mi sueño. Podrías pintar, hacer exposiciones. América es la tierra de las oportunidades.

Recordé el ritmo trepidante de Nueva York con sus edificios imposibles, su vida frenética e impersonal. A su lado, Londres era cálida y acogedora. Pero sí, Nueva York era un sitio fantástico para vivir. Nunca lo había pensado, pero en aquel momento me pareció una aventura

fantástica poder estar allí con él. Ese era el problema, que estábamos soñando despiertos y no habría un futuro para nosotros juntos en ningún sitio.

—Pasearíamos por Central Park —argumentó Adrián entornando los ojos.

—¿Con barca y todo? —me reí.

—Sí, con barca y todo. Te llevaría a comer bollos a la mejor pastelería de Brooklyn.

Me reí.

—Pensaba que en Nueva York se llevaba a la gente a comer hamburguesas.

—Eso también —aceptó con una sonrisa—. Pero lo haremos desde el Robert, un restaurante con vistas a Central Park. Es impresionante, ves el parque y los rascacielos de la ciudad.

Sonreí.

—Comeríamos bollos y hamburguesas. Acabaría con el colesterol por las nubes y con celulitis en mis piernas.

Adrián deslizó su mano por debajo de mi vestido y acarició con suavidad mi muslo.

—No te preocupes, quemaremos todos los bollos y las hamburguesas. Haremos el amor desde la pared de cristal del hotel.

—¿No íbamos a vivir allí?

Adrián se rio.

—¡Cierto, es verdad! Entonces desde la pared de cristal de nuestra habitación.

—No me gustan esos pisos con paredes de cristal donde pueden verte todo. Me parecen carentes de intimidad.

—¿Y mi fantasía en la que hacemos el amor a diario en una pared de cristal?

—Si lo hiciéramos a diario no tendría ninguna gracia.

Adrián soltó una carcajada.

* * *

Esa tarde volvimos a casa en silencio. Paseamos de la mano por nuestro barrio sin importarnos que eso fuera algo prohibido e imposible. Nos duchamos juntos, acariciándonos con gran languidez. Nos tumbamos desnudos y recién duchados en mi cama. Olíamos al gel de hierbas con el que nos habíamos duchado. Abrimos la ventana de par en par. El sol se estaba poniendo y una luz anaranjada barría la ciudad por completo.

Adrián se sostuvo con un brazo a cada lado de mi cabeza para besarme lento, muy muy lento.

—Ahora vamos a hacer el amor.

—Eres tan…

Me besó y evitó que pudiera decir cursi. Me besó con una devoción y un anhelo que me dejó sin aliento y ya no pude decir nada. Adrián presionaba mi vientre con su erección, mientras besaba cada centímetro de mi piel. Me besó los párpados, las mejillas, las orejas, la punta de la nariz, el cuello… y fue bajando por mis pechos mientras toda mi piel se erizaba y mi cuerpo

entero se abría a él. En ese momento, en esa cama, no había ni máscaras ni tapujos. Cada vez que su lengua avanzaba por un centímetro de mi piel, mi cuerpo se arqueaba y se abría a él. Adrián me acariciaba hundiendo sus dedos en mí mientras yo me deshacía sobre las sábanas de mi cama. Se me llenaron los ojos de lágrimas de la sensibilidad que sentí en cada una de sus caricias.

Sí, hicimos el amor. Pero hicimos mucho más que eso. Derribamos todos los muros y un amor inmenso nos arrolló. Nuestros cuerpos ya no eran nuestros, tan solo una extensión de la otra persona. Esa fue la primera vez que lloré haciendo el amor. Pensé que eso a mí no me pasaría jamás. Me parecía una cursilería, casi algo antinatural. ¿Cómo puedes llorar en un momento en el que debe ser el deseo el que impere? Pues sí, me comí todas mis palabras. Pero no era yo la única borracha de amor aquella noche. Quería hacerlo todo con él. No había nada que como amantes estuviéramos dispuestos a privarnos. Adrián se entregó y a cambio lo quería todo.

Cuando estaba a punto de llegar por tercera vez, Adrián seguía resistiéndose a dejarse ir. Se hundió en mí con fuerza y se quedó parado. Me miró con pasión y cierta furia, como cuando alguien está frustrado. No podía entender a qué venía aquella cara de frustración en ese momento. Necesité conocer un poco más a Adrián para entender, más adelante, que él me quería para él. No quería saber nada de su vida que lo ahogaba, ni de las promesas que había hecho. Quería que todo nuestro mundo ardiera hasta reducirse a cenizas y que solo quedáramos él y yo en pie tras el incendio. Pero cuando uno está en éxtasis con cualquier droga, como estábamos nosotros en ese momento, no puede pensar en las consecuencias, ni tan siquiera en la certeza de que cuando prendes fuego a todo es imposible no quemarse.

Adrián me observaba con el sudor humedeciendo sus mechones marrones.

—Quiero terminar dentro de ti.

Parpadeé. Es difícil pensar con sensatez cuando has tenido dos orgasmos y vas camino del tercero.

—Adrián, no tomo la píldora.

—¿Estás en tus días fértiles?

Bufé. No es fácil ponerse a hacer cálculos en un momento así. Además, Adrián volvía a moverse dentro de mí.

—¡Adrián! —gemí retorciéndome debajo de él mientras volvía a hundirse.

Volcó parte del peso de su cuerpo sobre mí, porque me conocía y sabía que me volvía loca cuando hacía eso.

—¿Estás en esos días? —repitió con voz ronca en mi oído.

—No.

Incrementó el ritmo mientras mi cuerpo se tensaba por completo y mis caderas se alzaban más.

—¿Puedo? Necesito oírtelo decir.

No pude decir otra cosa.

—Sí…

Adrián aumentó el ritmo aferrándose a mí. Hundiéndose con más fuerza mientras mi cuerpo entero explotaba y mi corazón se deshacía por completo en sus manos. Adrián se hundió una última vez con más fuerza y se dejó ir dentro de mí. En aquel momento se prendió un fuego que arrasaría con todo nuestro mundo. Yo no sabía lo que era sentirse de otra persona, pero en aquel momento lo supe.

Adrián me besó mientras todavía seguía dentro de mi cuerpo y se quedó entre mis piernas un largo rato cuando ya había salido.

Dormimos y soñamos con todo lo que era imposible.

Ese domingo fue nuestro por muchos motivos. Adrián actuó con la desesperación de alguien que siente que se le ha acabado el tiempo, y yo actué como una enamorada inconsciente. No pensábamos con lógica porque era imposible hacerlo en aquellos momentos. La lógica no tenía cabida entre las cuatro paredes de mi habitación.

Capítulo 22

Cuando el carruaje se convierte en calabaza

Cuando el lunes por la mañana nos despertamos, ninguno de los dos habló de lo evidente: el baile de Cenicienta había llegado a su fin. Quisimos estirar aquel sueño, aunque solo fuera un espejismo.

—¡Buenos días! —saludó Adrián en cuanto abrí un ojo.

—¿Me estás mirando en plan acosador? —pregunté todavía resistiéndome a ponerme en pie.

—Sí, estaba observando tu rosa desteñido. Empiezas a necesitar una visita a la peluquería.

Me reí estirándome perezosa.

—Si te soy sincera me gusta la raíz.

—A mí también, me estaba metiendo contigo. Hace juego con tus ojos castaños.

—¡Ya estás con cursilerías!

—¿Cursilerías? —se rio Adrián—. No has visto nada, he llenado tu casa de rosas.

—Eso es mentira —repliqué sentándome en la cama.

Adrián me miró fijamente.

—¿Por qué iba a mentirte en algo así? Pensé que necesitabas un poco más de azúcar en tu vida.

No podía ser verdad. Me levanté y me puse una camiseta amplia desconfiando mientras abría la puerta de la habitación.

Pues sí, podía ser verdad. Mi casa estaba llena de ramos de rosas rosas.

—Pero ¿cómo?

Adrián me abrazó desde atrás, rodeándome con sus brazos.

—Rosas rosas para mi chica del pelo rosa.

—¡Adrián! Esto no tiene sentido.

—¿Por qué no? —preguntó con la voz ahogada.

—Porque no puede ser….

Adrián bajó la cabeza a mi cuello y me besó.

—Estoy cansado de lo que no puede ser.

Deslizó su mano entre mis piernas y comenzó a acariciarme. Ya me conocía perfectamente para saber cómo tenía que hacerlo. Arqueé mi espalda hacia atrás mientras sentía su erección en mis nalgas. Las manos de Adrián subieron por mi camiseta de algodón apretando mis pechos mientras yo entrecerraba los ojos y dejaba que el olor de las rosas me inundara.

—¡Adrián no nos hemos ni duchado! —me quejé.

—Eso tiene remedio.

Me arrastró hasta la ducha y allí dimos rienda suelta a nuestro deseo. Nos resbalamos dos veces en la ducha y no paramos de reírnos. El sexo siempre es sexo, pero con él era otra cosa. Nos olvidamos de todo, ebrios de sexo y amor. Ignoramos el móvil de Adrián que no paraba de sonar y el mío que comenzó a hacerle los coros. Olvidamos que ya habían pasado las doce de la noche del domingo y el carruaje se había convertido en calabaza. Olvidamos incluso que habíamos vendido nuestras almas al diablo.

—¡Quiero una vida rosa contigo! —me susurró todavía debajo del chorro de la ducha cuando tratábamos de tomar aire.

Lo abracé y no dije nada porque estaba hablando de un espejismo.

Después de la ducha no desayunamos. Adrián se fue a su piso para cambiarse y acudir al estudio de arquitectura, había quedado con su primo. Tenía dos llamadas perdidas de su madre, me dijo que la llamaría desde su piso.

En mi móvil había cinco llamadas de Michael.

—Buenos días.

—*What's wrong?*[1] ¡Te he llamado cinco veces! —se quejó Michael.

—Estaba en la ducha.

—¡Follando, no me digas más!

—Duchándome.

—No me mientas que sé perfectamente que tardas cinco minutos en ducharte. —Se le notaba muy molesto—. Te he estado llamado durante media hora.

—Michael, ¿qué pasa? ¿Qué es tan urgente?

—Jaime se ha ido de casa.

Me quedé helada.

—¿Qué?

—Lo que oyes princesa: ayer llegó de su viaje y se fue.

—¿Así? ¿Sin más?

—No, primero follamos y después me dejó.

—Michael, tendrás que explicarme un poco mejor qué ha pasado. ¿Por qué iba a hacer Jaime algo así?

—Quizás tenga que ver el hecho de que antes de que llegara me acosté con Brianne en casa.

—¿Otra vez? ¿En vuestra cama? ¿Con una mujer?

—Sí.

—¿Eso lo sabe Jaime?

—Sí, lo sabe.

Me quedé en silencio. No estaba muy segura de qué decir. Michael había hecho algo que sabía que Jaime no le perdonaría. La pregunta era: ¿por qué hacer algo tan kamikaze?

—¿Por qué has hecho algo así?

—No lo sé. —Se le quebró la voz al otro lado del teléfono.

Michael necesitó unos segundos para recomponerse antes de decir:

—Esta madrugada no podía dormir y he ido a Urgencias. —Soltó una risa forzada—. Al parecer estaba teniendo una crisis de pánico. Sé que suena patético, pero es lo que hay. Me han dado la baja laboral y necesito salir de este piso. *I'm going to go crazy!* [2]

En ese momento exacto fue cuando comprendí que aquello era grave.

—Nos iremos a la costa —dije de repente.

—*What?*

—¿Por qué no? Iremos a West Wittering, la última vez te lamentaste de que no nos quedáramos a dormir. —Hice una pausa mientras Michael procesaba la información—. Te vendrá bien y no pasa nada porque yo me coja un par de días.

Michael soltó un profundo suspiro, como si alguien le enseñara el camino para salir de un laberinto.

—Cógete una mochila con cosas para un par de días, yo también me prepararé una bolsa ligera. Tengo que llamar a un proveedor e ir por el local para arreglar unas cosas, después saldré a recogerte. Estaré en un par de horas en tu piso.

—*Oh, love!* Todo lo que eres capaz de hacer en dos horas y yo apenas soy capaz de atarme los cordones —comentó apesadumbrado.

* * *

Preparé una pequeña mochila. Llamé a Adrián para contarle que me marchaba siguiendo un impulso irracional ya que él no era mi novio. Sin embargo, Adrián comunicaba, colgué el teléfono, ya hablaríamos más tarde. Cerré mi piso inundado de rosas rosas y me encaminé hacia mi coche para ir al local y hacer todo lo que tenía pendiente antes de recoger a Michael.

Michael me esperaba en la acera con una mochila negra colgada al hombro y unas gafas de sol ocultando su rostro demacrado. Nos dirigimos a West Wittering en silencio. Durante el camino no hablamos. Él necesitaba espacio y se lo di.

Nos hospedamos en un hostal en el que solíamos dormir y nos fuimos a pasear por la playa. Mojamos nuestros pies en un agua helada que a unos niños que jugaban en traje de baño parecía no importarles en absoluto.

—Deberíamos ir a Barcelona o a la Costa Brava —comentó Michael apartando sus pies del agua.

—Este año no va a ser posible. Podrás distraerte en unos días cuando paseemos por las montañas en Alemania.

—¡Bufff, qué aburrimiento! —torció el gesto Michael.

—Pero si eras tú el obsesionado con visitar el Muro del Diablo en las montañas del Harz.

—Puede ser, *darling*, pero ahora pienso en tanta naturaleza y siento sarpullidos. ¿Por qué no la Costa Brava? Playa y fiestas al anochecer.

Lo que decía parecía el planteamiento de unas vacaciones juveniles y divertidas. Sin embargo, había algo en su voz que sonaba cansado y desgastado, como cuando te has enfadado con la vida y estás resentido.

—Sabes que ya tenemos todo contratado —suspiré—. ¿Qué quieres, Michael? ¿Noches de alcohol y amaneceres con dolor de cabeza?

—¡Oh, sí, querida! Alcohol es lo que quiero para mis noches de verano. Quiero conocer gente nueva y divertirme. Olvidarme un poco de Londres. ¿Qué tiene de malo? Quiero sexo, todo el sexo del que me he estado privando estos años por él.

—¿Él?

Michael negó con la cabeza y supe que no quería ni decir su nombre.

—Michael, ¿no quieres que hablemos de lo que pasó?

Conocía perfectamente a Michael como para saber que cuando no podía hablar de algo es que estaba muy mal. En este momento el daño debía de ser de dimensiones estratosféricas: Jaime había pasado a ser Él.

Michael miró al mar y después a mí.

—¿Sabes que estaba impresionante después de haber viajado más de doce horas?

—¿Ah sí?

—Sí. Estaba perfecto con su traje y su aire de hombre de mundo. Impresionante e inalcanzable, muy lejos de mí. —Se rio con amargura—. Pero tuvimos un momento antes del apocalipsis. En ese momento fuimos mucho más que piel, hacía muchísimo tiempo que no estábamos así.

Lo miré con la certeza de que Michael amaba a Jaime con locura y estaba segura de que Jaime también lo amaba a él. Entonces, ¿cómo habían llegado a esa situación? Sabía que había algo que Michael no acababa de contarme.

—El sexo con Jaime es el mejor que he tenido en mi vida —y lo dijo perdiendo su mirada otra vez en el mar.

No dije nada. Jaime había dejado de ser Él y eso me parecía algo positivo.

—Es curioso, ¿verdad? Cómo el sexo puede conectarnos tanto con alguien con el que ya no puedes comunicarte a otros niveles.

Vi el dolor en sus ojos y quise decirle algo que le hiciera reír.

—Ya sabes que yo prefiero comer a tener sexo.

Michael soltó una sonora carcajada y seguimos caminando.

Trazamos caminos de arena que sabíamos que iban a desaparecer unas horas después. A pesar de las circunstancias, disfrutamos de un día de sol y playa. Paseamos y comimos en un local con vistas al mar. Compramos revistas del corazón y acompañé a Michael en su despellejo de los famosos de la farándula mientras tomábamos café con hielo.

Jaime no llamó. El teléfono sonó por un par de amigas del trabajo al saber que estaba de baja por un tema de salud, pero Michael no contestó.

Adrián trató de llamarme dos veces, pero le colgué porque justo me llamó en dos momentos en los que Michael se había venido abajo. Le devolví la llamada después de comer, pero no conseguí hablar con él. Finalmente le envié un mensaje diciéndole que Michael estaba en crisis con Jaime y me había ido con él un par de días fuera.

—¿Con quién intentabas hablar antes?

—Con Adrián.

—Oh, ¡no me digas que romeo está tratando de recitarte algunos versos con los que lograr meterse debajo de tu falda!

—Sabes perfectamente que ya se ha metido debajo de mi falda.

Michael me miró en silencio unos segundos buscando qué más había que contar.

—Dime algo que no sepa.

—¿Qué quieres qué te cuente?

—No sé, detalles.

—Siempre pensando en sexo, Michael…

—No estaba pensando en sexo. ¿Es tan ñoño como parece?

Me acordé de las rosas.

—Pues esta mañana cuando me desperté había llenado mi casa de ramos de rosas rosas.

Michael abrió mucho los ojos.

—No sé cómo no lo oí cuando entraron los repartidores.

—Igual estabas muy cansada de tanto follar…

Me encogí de hombros y desvié la mirada.

—Puede ser, no te voy a negar que la noche fue movidita.

—¿Tan bien lo hace?

Recordé la lengua de Adrián deslizándose y mis uñas de colores clavándose en sus hombros. Me removí incómoda por el calor que había inundado mi cuerpo.

—Sí, sí que lo hace bien.

—¿Por qué rosas rosas?

Me puse nerviosa. Era algo tan ridículo que hasta me daba vergüenza decirlo en voz alta.

—Por mi pelo, ¿no es ridículo?

Michael puso su mano sobre la mía encima de la mesa.

—No, no me parece nada ridículo. ¿Por qué estás tan nerviosa?

Bajé la mirada a la mano que había cerrado cogiéndome la muñeca y volví a mirarlo a la cara.

—No estoy nerviosa.

—¿Ahora mientes, querida?

No, no quería mentirle. Pero no me parecía justo que precisamente él me pidiera explicaciones cuando él no me estaba contando lo realmente importante: ¿por qué había hecho

todo lo posible por boicotear su propia relación?

—Yo no miento, Michael. Ya sabes que no soy una persona romántica, ¿qué quieres que te diga?

—La verdad: que te has enamorado de ese *borjamari* y que se te mojaron las bragas cuando viste tu piso lleno de rosas.

Me solté de su agarre.

—No llevaba bragas en ese momento —repliqué molesta.

Michael soltó una carcajada y yo también me reí. Al final tendríamos que reírnos porque de otro modo todo pasaba a ser demasiado intenso.

—¡Está bien, querida! No me cuentes más. Sabía que llegaría este momento en el que te enamorarías, mi querida Reina de Hielo, lo que no sabía es que sería con un pijo de polo y mocasines.

—No te emociones, Michael. Adrián tiene novia.

—Eso es solo un escollo, no es nada insalvable.

Meneé la cabeza y él cambió el gesto. Los dos sabíamos que estaba enferma y que Adrián no iba a dejarla.

—No digas tonterías, Michael. ¡Esto ha sido una noche y ya! —Callé que había sido más de una noche porque ambos los sabíamos—. Te recuerdo que al principio ni tan siquiera sabía que tenía novia.

—Bueno, querida, pero ahora no solo lo sabes, sino que los dos la conocemos y eso no te ha impedido acostarte con él.

Me sentí mal y sucia. Me pareció un comentario mezquino. Recordé a Adrián destrozado, atrapado en una vida que no quería. Sabía que Michael había sido un pirómano con su propia relación, pero no tenía ningún motivo para ser cruel conmigo.

—¡No tenías por qué ser tan mezquino!

Me levanté de la mesa y salí de allí. Caminé hacia la zona de playa.

Michael se retrasó un poco; al fin y al cabo, lo había dejado con la cuenta colgada. Salió detrás de mí en cuanto pagó.

Me encontró mirando al mar. Me sentía herida. Vale que yo tenía fama de ser fría, pero que no fuera una nube de azúcar no era excusa para hacerme daño de forma tan deliberada.

Michael me abrazó con fuerza y nos mantuvimos en silencio unos instantes.

—*I´m sorry, darling!*[3] —me susurró sin soltarme.

Sentía una presión en el pecho que conectaba mis pulmones con mi estómago.

—Perdóname, Ros. No quería hacerte daño.

Me solté de su abrazo y lo miré a los ojos.

—Ese es el problema, Michael. ¡Sí quisiste hacerlo! —Tomé aire antes de añadir—. No sé lo que te está pasando, por mucho que hablo contigo hay algo que se me escapa. Llevas tiempo boicoteando tu relación y sé que hay más de lo que dices. No hace falta que me lo cuentes, yo

voy a estar a tu lado de todas formas. Pero tienes que dejar atrás al pirómano en el que te has convertido. Si quieres incendiar tu relación, vale. Pero no la tomes con tus amigos. No tienes que ser cruel y hacer daño a los demás, eso solo te llevará a una espiral autodestructiva y a… —Me callé porque no quería decir nada más.

—¡A estar solo! —concluyó por mí.

—Sí.

Michael me miró con los ojos brillantes.

—Perdóname.

—Si yo te perdono, Michael. Pero no es cuestión de perdonarte.

—Lo sé, *love*.

—Es cuestión de que seas consciente de lo que estás haciendo con tu vida.

Michael tomó aire, pero no dijo nada. Sabía cómo era y sabía que tenía clavado algo en el pecho que le estaba haciendo actuar así, pero no sabía el qué. Comprendí que no pudiera hablar de ello, porque ahora mismo yo también sentía un nudo en el pecho y tampoco quería estar con él. Necesitábamos espacio.

—Voy a dormir una siesta a la pensión —le dije.

Michael esbozó una tenue sonrisa.

—¡Qué suerte poder echar mano de tus costumbres españolas cuando hace falta!

—Sí, supongo que sí. —Me di la vuelta, pero al momento me giré para preguntar—: ¿Estarás bien?

—Por supuesto, voy a hacer un poco de *shopping*.

Me limité a asentir y me fui hacia la habitación de la pensión.

Pensé que no podría pegar ojo, pero la verdad es que estaba agotada de la noche que había pasado con Adrián. Dormí profundamente, más de lo que tenía pensado, y, cuando abrí los ojos, la noche se filtraba por la ventana de la habitación. En una silla de la habitación había varias bolsas con compras, por lo que ya sabía en qué había invertido Michael el tiempo que no había pasado conmigo.

Cogí el móvil y tenía tres llamadas perdidas de Adrián y un mensaje:

Adrián: Necesito hablar contigo, ¿cuándo podemos hablar?

Lo llamé, pero su móvil estaba apagado. Era como si los astros se hubieran puesto en nuestra contra y fuera imposible comunicarnos ese día.

Yo: Mañana regreso con Michael. Ya hablaremos a nuestra vuelta, ¿ok?

Había otro mensaje, era de Michael de las ocho y media:

Michael: Querida, no sé si estás dormida o en coma. En todo caso, yo me muero de hambre, me bajo al restaurante. Xoxo.

Miré la hora, eran las diez y algo. A esas horas ya no había opción a bajar al restaurante, tendría que pedirme algo al servicio de habitaciones. ¿Dónde estaría Michael? No necesité demasiado tiempo para averiguarlo. Me asomé al balcón de nuestra habitación que daba a la parte de atrás del hostal. Allí había una barandilla de madera que estaba justo antes de las escaleras que bajaban a la zona de playa. Michael estaba apoyado en la barandilla de madera, pero no estaba solo, un rubio lo acompañaba. Los dos estaban muy cerca y se hablaban al oído haciéndose confidencias. El rubio estaba delante de él mientras Michael se apoyaba en la barandilla. Entonces me di cuenta de que el rubio era uno de los camareros del restaurante, lo conocíamos porque llevaba años trabajando allí. Él nos conocía a todos y sabía de sobra que Michael tenía novio.

La estampa no era la de dos amigos o conocidos que llevan tiempo sin verse, la tensión sexual estaba a punto de explotar. Pensé que después de todo lo que había pasado Michael evitaría más quebraderos de cabeza, pero no. El rubio lo besó y tras un primer momento en que lo vi dubitativo, finalmente él le devolvió el beso. Michael comenzó a besarle el cuello, el camarero se pegó a él y echó la cabeza hacia atrás. No quise ver más.

La pasión suele ser una mala consejera. Michael estaba solapando una aventura con otra. Sabía que lo hacía por puro instinto de supervivencia, tanto como sabía que se estaba equivocando. Ese no era el camino, pero yo no era nadie para dar consejos en ese momento.

* * *

A la mañana siguiente recogimos nuestras cosas y desayunamos en la cafetería del alojamiento. No le dije a Michael que lo había visto con el camarero la noche anterior. Pasamos un día tranquilo paseando y visitando un par de sitios de interés.

Llegamos a Londres cerca de las once de la noche. Justo cuando estaba metiendo la llave en la puerta del portal, esta se abrió y me encontré de frente con Alice. En cuanto me vio me preguntó por Michael. Pensé que era increíble lo rápido que volaban las noticias para que ella ya lo supiera.

Me sorprendí un poco al verla, pero apenas me hicieron falta unos segundos para comprender que venía de casa Adrián. Se había arreglado el cabello con una coleta, pero no lo había hecho con demasiado esmero. Todavía tenía arreboladas las mejillas del encuentro que habían tenido. Sentí asco y ganas de vomitar, especialmente cuando me contó que se iba a una farmacia porque las cosas se les habían ido de las manos y Adrián no había utilizado condón.

En cuanto abrí la puerta de mi piso me dirigí corriendo al cuarto de baño, levanté la tapa del váter y eché toda la cena. Cuando tuve fuerza, me lavé la cara y los dientes. Me miré en el espejo: estaba pálida. Sentía una presión en el pecho que no me dejaba respirar.

—¡Vamos, Ros! —me dije a mí misma—. No vas a llorar por un imbécil como ese. ¿Qué esperabas? Si engaña a su novia qué no te hará a ti, que no eres nada.

Estaba viviendo una pesadilla: no solo se había acostado con Alice, sino que lo había hecho sin preservativo, cuando me había dicho que jamás lo hacía sin tomar precauciones. ¿Cómo había podido creerlo? Pero ¡si yo a esos tíos los calaba a dos kilómetros! ¿Por qué esa necesidad de Adrián de comerme la cabeza? ¿A qué venía el teatrillo del fin de semana? Toda la farándula sobre un hipotético futuro en Nueva York en el cual él dibujaba rascacielos y yo pintaba mis lienzos en la ciudad que nunca duerme.

No fui capaz de ducharme, me fui a mi cuarto atravesando un salón lleno de las rosas rosas que Adrián me había regalado. No había ni tan siquiera encendido la luz, no quería ver todos aquellos ramos, pero sentía su aroma asfixiante.

Cerré la puerta de la habitación y abrí la ventana de par en par. Tiré mis vaqueros al suelo y me senté en la cama con mi camiseta de colorines. Sentí como si una ola inmensa me hubiera arrollado y me tumbé sobre la cama con mi cuerpo crepitando tras la devastación.

Mi móvil empezó a sonar encima de la mesilla. Lo cogí y observé que era Adrián llamando. No respondí. Llamó tres veces. Finalmente envió un wasap que no abrí. Me di la vuelta en la cama y me di cuenta de que estaba llorando; finalmente conseguí dormirme.

Me desperté a las siete de la mañana. Abrí el móvil y vi el mensaje de Adrián:

Adrián: ¿A qué hora llegas? Necesito hablar contigo. He hecho algo que tengo que contarte.

Cerré el chat.

También había un mensaje de Michael de las dos de la madrugada.

Michael: No sé lo que estoy haciendo, *darling*. Ayer me tiré al camarero rubio, a John. Sabes quién es, ¿no?
Cuando me dejaste en casa no podía dormir y he llamado a Brianne. ¡No podía soportar esta habitación sin Jaime!
Jaime vino mientras estábamos fuera, se ha llevado ropa.
La Pelirroja ronca.
Odio a la gente que ronca.

No le contesté.

Había un último wasap de Eva:

Eva gallega: ¿Seguís en la playa? ¿Quieres que me coja el día y vaya a veros?

Decidí contestarle a Eva.

Yo: Ya hemos vuelto. Michael sigue de baja, pero yo ya abro hoy la tienda. Bs.

Me levanté y abrí la puerta para dirigirme al baño. Al entrar en el salón el aroma de las rosas me arrolló. Abrí las ventanas para que se ventilara. Tras una buena ducha, me obligué a

maquillarme como si no hubiera sufrido un tsunami el día anterior. Me pinté la raya marcada con *eyeliner* estilo *pin-up*. Sombra de ojos amarilla a juego con el pantalón de pata elefante con rotos en las rodillas que me puse. Me cambié los pendientes llenando mis orejas de bolitas de colores y me puse un crop top de cuadros multicolor. Tras calzarme unas zapatillas y hacerme dos trenzas acepté que la visión del espejo me devolvía a la Roser habitual: llena de color y vida.

Lo de Adrián no era nada, no había significado nada, nunca había ocurrido.

Observé las rosas que comenzaban a marchitarse como el amor que había sepultado bajo capas de maquillaje.

Capítulo 23

Una lluvia de pétalos rosas

Adrián me llamó por la mañana dos veces, pero no le contesté. Traté de centrarme en el trabajo, pero Adrián era como una sombra rondándome. Al mediodía me envió un wasap:

> Adrián: ¿Por qué no me contestas? ¿Sigue muy mal Michael?
> Pensé que estaríais ya de vuelta.

Estaba comiendo algo en una terraza cuando recibí su mensaje. Observé aquellas palabras y fui incapaz de escribir una sola palabra.

A media tarde llegó Eva para salvarme de tener que regresar a mi barrio. Fuimos a dar un paseo. No tuve que ponerla al día de nada referente a Michael porque ya había hablado con él durante una hora antes de venir a verme.

—¡Es una pesada! —bramó Eva.

—Michael no tiene motivos para quejarse, él le está dando alas.

—Bueno, pero ella podía cortarse un poco, sabe que tiene novio.

—No, ya no lo tiene.

Eva me miró muy sorprendida. Ella siempre había sido más dulce, menos fría que yo.

—¿Qué dices? ¿No crees que vayan a arreglarse? No se deja una relación de doce años así, seguro que lo hablan.

Me encogí de hombros mientras nos deteníamos bajo uno de los árboles del parque al que habíamos llegado caminando. Nos sentamos en un banco.

—No sé, Eva, ya sabes que yo soy más pragmática que tú.

Ella esbozó una sonrisa y desvió la mirada.

—Supongo que yo también aprendí a ser pragmática.

Asentí y un nudo se ató a mi garganta. Observé a Eva, tan rubia, tan guapa; era de ese tipo de chicas que podrían estar elegantes con un vaquero y unas zapatillas. Ella, que tenía una mirada de ojos verdes intensa, llena de pasión. Ella, que se había enamorado hasta las raíces en dos ocasiones. Tan sensible y emocional, mucho más romántica de lo que yo sería capaz de serlo en toda mi vida. ¿Qué pensaría de mi casa llena de ramos de rosas?

—Sé que ahora eres mucho más realista que antes, pero sigues teniendo cierta tendencia a justificar.

—Bueno…

—Sí que lo haces, Eva —la interrumpí—. Por mucho que las dos queramos a Michael no podemos justificar lo que ha hecho. No se ha portado bien.

Eva asintió, porque si algo era es justa.

—Tienes razón. Últimamente anda como pollo sin cabeza.

Me encogí de hombros.

—Michael ha hecho todo lo posible por boicotear su propia relación —dije con dureza.

—¡Hombre, eso tampoco es! —replicó Eva—. Michael está dolido con Jaime por sus ausencias.

—No lo disfracemos ni justifiquemos. —Bajé la mirada y sentí que se me trababa la garganta —. Sabes que odio las mentiras.

Eva guardó silencio porque había notado el cambio en mi voz.

—¿Qué te pasa?

Levanté la mirada y me encontré con la mirada de mi amiga. Clara y transparente como una mañana de verano. Mientras yo me ocultaba bajo una capa de maquillaje y mi ropa de colores chillones.

—Lo que pasa es que sin haberlo querido me he visto envuelta en algo que yo nunca haría. —Tomé aliento antes de soltarlo—: ¡En mentiras y más mentiras!

Lo solté todo. Desde el tonteo inicial, nuestros tira y afloja hasta el sexo tras conocer que tenía novia. En cuanto le dije que se había acostado con Alice después de esos días conmigo, su cara lo dijo todo. Cuando añadí que mi apartamento estaba inundado de rosas se quedó a cuadros.

—¿Qué vas a hacer?

La miré. ¿Qué podía hacer?

—Nada, no voy a hacer nada. ¡Olvidarlo! —dije poniéndome de pie y queriendo con ello dejar aquella historia atrás.

* * *

Cuando llegué de la compra tuve que enfrentarme a mi casa llena de ramos de rosas rosas. Tenía abiertas las ventanas de par en par para que entrara el aire, pero el olor de las rosas impregnaba todo el ambiente. Sentí que me ahogaba. Saqué la cabeza por la ventana del salón, tratando de conseguir el aire que me faltaba. Siempre había sido una persona racional, pero en ese momento, viendo que no había nadie paseando por mi calle, cogí uno a uno los ramos y los lancé por la ventana. Las rosas se abrieron y una cortina de pétalos de rosas rosas se extendió por el aire cayendo sobre la acera y parte de la carretera. Fue un impulso visceral, cuando me di cuenta ya estaba hecho. Conseguí volver a respirar.

Bajé para meterlos en el contenedor.

Cuando llegué a casa comprobé que había pétalos por todas partes. Cogí la escoba y me dispuse a barrer hasta el último de aquellos pétalos.

El timbre sonó.

Al abrir la puerta, me encontré de frente con el causante de la opresión que sentía en el pecho.

—Hola —me saludó Adrián mirándome con cautela—. ¿Podemos hablar?

—Estoy ocupada —contesté con frialdad mientras mantenía la escoba cogida con una mano.

—Necesito hablar contigo. Llevo días intentando hacerlo.

Negué con la cabeza.

—No tenemos nada de qué hablar, Adrián.

Fui a cerrar la puerta, pero Adrián la sujetó con la mano.

—No me voy a ir sin que hablemos. ¿Por qué no me contestas?

Lo miré con una mirada cargada de rencor, trasluciendo mucho más de lo que me hubiera gustado.

—¿No te cansas nunca?

Parecía confundido, no alcanzaba a entender el origen de mi enfado.

—¿A qué viene esto?

La vecina abrió una puerta y no me quedó otra que dejarlo entrar.

—Di lo que tengas que decir y vete.

—¿Por qué estás así conmigo? ¿Qué ha cambiado?

Adrián trató de cogerme por los hombros, pero me aparté. Todavía mantenía la escoba sujeta y la idea de partírsela en la cabeza se cruzó por mi mente.

—¡Todo!

Adrián me miró calibrando las dimensiones de mi enfado, pero como eran estratosféricas eran imposibles de calibrar.

—Mira, Adrián, no podemos seguir con esto. Sigue con tu vida y yo seguiré con la mía.

—No creo que puedas apartarme así, sin más. ¿Acaso no significó nada para ti?

Me miró con una expresión tan herida que me pregunté si la tenía ensayada.

—¿Y para ti? ¿Significó algo? —quise saber.

—Por supuesto que significó algo. ¡Estoy loco por ti!

—¿Por eso te has acostado con Alice?

Las palabras salieron de mi boca sin que pudiera controlarlas. Adrián se dio cuenta de que el problema era que estaba despechada.

—Estás celosa.

—¡No seas ridículo!

Adrián vio mi debilidad y la aprovechó.

—Pensé que no querías nada, solo sexo.

—Y yo pensé que precisamente tú no querías solo sexo.

—¡Y así es, lo de Alice no es nada! Es precisamente lo que llevo intentando contarte desde ayer.

Me reí con cierta amargura.

—¿Querías confesarle a la chica con la que engañas a tu novia que la habías engañado con otra?

—Sí, cometí un error y quería contártelo. Lo de Ginebra es diferente, sabes muy bien por qué estoy con ella.

—¿Y por qué te acostaste con Alice?

—¡Porque soy un puto kamikaze! —bramó—. ¡Porque no estabas y no podía soportar la idea de estar solo!

Caminé hacia la cocina para apartarme de él. Apoyé la escoba en la pared y me pasé las manos por la cara. ¿Que no era capaz de estar solo? No me lo podía creer, ¡qué ciega había estado!

Adrián me sujetó los hombros por la espalda.

—¡Perdóname! —me suplicó—. Me estaba volviendo loco. No soportaba estar solo. No estabas y yo no quería pensar, solo quería…

—Solo querías hundirte en alguien y evadirte.

Sentí que las lágrimas me quemaban en los ojos y aun así no lloré. Me sentía con los brazos entumecidos, como si todo el dolor me hubiera paralizado. Adrián me abrazó.

—No significó nada —repitió—. ¡Menos que nada!

El dolor crepitaba por debajo de mi piel. Esa fue la primera vez que necesité que alguien me sostuviera, lo que nunca esperé es que tuviera que hacerlo el causante de mi dolor. ¿Cómo habíamos llegado hasta ese momento?

Adrián bajó un beso a mi cuello y sentí todo aquel dolor convertirse en un millón de mariposas bajo mi piel. Revoloteando embriagadas por una esencia de algo adictivo. No tenía ni idea de lo peligrosas que podían ser las adicciones porque nunca había tenido una, hasta entonces. Adrián me hizo girar. Observé sus ojos verdes, con aquellas vetas castañas y vi amor. Ridículo, ¿no? Sus manos subieron por mis brazos hasta mi cuello acariciándome con extrema suavidad.

—¡Te quiero!

Lo dijo mirándome a los ojos, sin titubear. Mientras todas las hojas de las rosas se marchitaban en el suelo del piso, mientras cientos de mariposas revoloteaban alteradas bajo mi piel.

—¡Te quiero! —volvió a repetir besando mis pómulos, mis mejillas, la comisura de mis labios.

Sus labios se posaron en los míos y sentí que me faltaba el aliento. Entonces comprendí lo irracional que puede ser el amor. Lo besé con furia, tan desesperada por él como él lo estaba de mí.

—¡Lo siento! ¡Perdóname!

Deslicé las manos por debajo de su camiseta mientras mi corazón golpeaba desesperado contra mi pecho: ¡pum, pum, pum!

—¡Dímelo! —me pidió sujetándome la cara con firmeza.

—¿Qué? —murmuré tratando de tomar aliento.

—¡Dime que me quieres!

Un mar furioso se batía en mi cabeza con olas rompiéndose. ¡Claro que lo quería! Lo quería de una forma que no podía describir, pero que sí podría dibujar. Con colores vibrantes, llenos de vida. Colores imposibles que explotaban y mutaban en otros colores, que creaban vida y se transformaban en flores enraizadas en mi pecho. Y así, sin darme cuenta, mi corazón, mi pecho, estaba lleno de flores y de colores, de todo lo que me hacía sentir Adrián.

Volvió a besarme mientras me cogía en peso y me subía a la mesa de la cocina. Eché la cabeza hacia atrás, mientras él se abría paso entre mis piernas.

—¡Dímelo! —me repitió mirándome a los ojos—. Dime que me quieres, necesito que me lo digas.

Sin embargo, el rostro de Alice se cruzó en mi mente. No solo se había acostado con ella, lo había hecho sin preservativo, como si eso no significara nada.

—¿Te corriste dentro de ella?

Adrián parpadeó desconcertado.

—¿Cómo?

—¿Te has corrido dentro de Alice?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

Me miró herido, como si tuviera algún derecho a sentirse herido.

Sentí que explotaba por los aires el amor y la pasión que me tenían enraizada a él.

Lo aparté de mi cuerpo.

—¡Lárgate de mi casa!

—Ros…

Me bajé de la mesa. Caminé hacia la puerta y la abrí.

—Fuera.

Adrián se pasó las manos por el pelo y se removió.

—¡Ros, hablemos! Fue un error. Estaba solo y no era capaz de hablar contigo.

—¿Eres un niño? ¿Acaso no eres capaz de estar solo? Lárgate de mi vista, no quiero volver a verte.

Adrián salió, pero se mantuvo en la puerta.

—¡No voy a dejarte ir!

—No hay nada que dejar ir. Tienes novia, ¿te acuerdas?

Adrián negó enfadado.

—¡Hace unos segundos no te importó! —siseó.

—Hace unos segundos estaba enajenada, pero he recuperado la cordura.

Cerré la puerta dejándolo con la réplica en los labios.

Capítulo 24

Karma

Los siguientes días me aislé un poco. Necesitaba espacio. Evité quedar con Eva porque no quería hablar. De Michael no supe nada, así que deduje que él también necesitaba espacio. Me centré en mi trabajo y estudié en serio la posibilidad de hacer una exposición, no quería perder el local y no podía seguir con un alquiler estratosférico, lo mejor era intentar comprarlo. Tenía algo ahorrado, pero no lo suficiente. Hablé con mi casero y estaba dispuesto a vender. Me sorprendió gratamente ver que era mucho más razonable al hablar de la posibilidad de vender que de seguir en alquiler. Al parecer necesitaba el dinero. Estuve negociando con mi banco y la idea de meterme en un préstamo no me hacia ninguna gracia, más cuando era un local pequeño con un precio razonable. Pero apenas tenía ahorrado la mitad del importe. ¿Cuánto podría conseguir con una exposición? Comencé a hablar con algunas galerías para poder hacer la exposición ese mismo mes de agosto. No podía dilatarlo, tenía que conseguir el dinero u olvidarme de mi local.

Adrián no volvió a mi puerta durante los siguientes días, pero sí que me escribió:

Adrián: Ros, por favor, no me dejes solo, no puedo soportarlo.
¡Hablémoslo!

Al siguiente día:

Adrián: Te necesito. Nunca he necesitado a nadie como a ti.

Nunca pensé que alguien pudiera hacerte tanto daño tan solo con palabras, pero él me lo hizo. Llegué al viernes destrozada y me pasé el fin de semana sola sin querer hablar con nadie. Aproveché para reorganizar todas mis obras. Todas las que tenía por casa y las que estaban en la trastienda de mi local. Decidí preparar un inventario, pero resultó mucho más complicado de lo que esperaba. ¿Cómo ponerle precio al arte?

Cuando me cansaba de tanto inventario, me sentaba a dibujar. Dibujé a Adrián, pero solo por partes: una mano, sus ojos, su nariz, su oreja derecha. Un puzle en papel, lo único que tenía para llegar a él, porque al tercer día el móvil dejó de recibir sus mensajes y empezó a llamar cada noche. No le contesté.

El lunes me reuní con una galería que sí podía hacerme hueco en agosto y seguí trabajando para poder llevar a cabo la exposición en apenas unas semanas.

La tarde del martes, tras días de trabajo, de inventariar obras y de reunir pedazos de Adrián en

papel, me dirigí a una tienda de carteras y bolsos de Camden. Quería una nueva cartera para llevar mi bloc de dibujo.

Llevaba un rato debatiéndome entre dos cuando alguien habló a mis espaldas.

—Me gusta más la negra.

Me giré y me encontré con los ojos castaños de Paul, tras sus elegantes gafas.

—Hola.

—¡Paul! ¿Cómo estás? —lo saludé y tras unos instantes añadí—: A mí también me gusta más la negra.

—¿De compras?

—Sí, tengo la cartera hecha polvo y quería una nueva. ¿Y tú?

—Cinturones —confesó señalando tres que llevaba en una mano—. No sé por cual decidirme.

—Son bonitos —comenté, echándoles un vistazo.

—Este creo que me quedaría flojo hasta en el último agujero.

—Tendrás que probarlos.

Me miró curioso.

—¿Tienes prisa?

Lo observé con su camisa oscura. Su *piercing* en su labio y su ceja. Guapo y moreno, con sus gafas de pasta. Tan de mi rollo, tan distinto a Adrián.

—No tengo prisa.

Nos miramos a los ojos y allí estaba: la atracción que habíamos sentido una vez.

—Escojo uno y te invito a un café.

¿Por qué no?

—Deberías probártelos, te ayudaré a escoger.

Paul captó al instante que estaba receptiva y como no tenía nada de tonto me siguió el juego.

Lo acompañé al probador y me quedé en la puerta.

Paul abrió la cortina y me enseñó cómo le quedaba un cinturón negro trenzado. Llevaba unos vaqueros negros y la camisa por dentro.

—No sé, parece un poco de abuelo.

Levantó mucho las cejas y recordé lo agradable que era besarlo.

—Gracias, señorita arcoíris. —Sonreí porque ese día llevaba una falda de caramelos y un top azul—. Me pondré el marrón.

El marrón era elegante, pero con tanto negro se mataba. Así que se puso el último negro: de piel lisa y suave.

—¿Qué te parece?

De tanto cambio, la camisa se le había salido un poco y le tapaba el cinto. Me acerqué mientras Paul sostenía la cortina del vestuario. Le recoloqué la camisa metiéndola por dentro del pantalón. Acaricié la piel del cinturón.

Estábamos tan cerca que sentí el aliento de Paul sobre mis labios.

—Este te queda genial.

—¿Segura? —preguntó mientras soltaba la cortina.

—Sí —repliqué mientras bajaba mi mano acariciándolo.

Paul cruzó una mirada conmigo y no necesitó nada más para besarme. Me sentí bien. Eso era lo que necesitaba: sexo casual, sin compromiso.

—Vivo muy cerca de aquí —murmuró mientras mis manos seguían ocupadas.

Ese deje medio francés fue todo lo que necesité.

—¡Vamos!

Entramos en su piso besándonos. Me quité las sandalias y la falda antes de tumbarme en su cama. Paul era sexi, era inteligente, tenía un buen cuerpo y todo lo necesario para darme un orgasmo que se llevara lejos de mí el sabor de Adrián. Lo único que quería era llenarme de él, para vaciarme de Adrián.

—No seas dulce, por favor —le pedí mirando hacia atrás mientras él me sostenía las caderas.

Me miró a los ojos antes de volver a entrar en mí y me lo preguntó directamente.

—¿Cómo quieres que te folle?

—Fuerte.

Entró en mí de un solo empujón y me hizo perder el aliento. Después de esa embestida fue una segunda y una tercera. Miré al frente con el top puesto y me agarré al cabecero de la cama.

—¡Más fuerte!

Paul hizo exactamente lo que le pedí y me dio una fuerte nalgada.

—¿Es esto lo que quieres? —siseó entre dientes.

—Sí, sigue.

El sexo fue bueno. Aunque sentía que no estábamos solos en aquella cama. No pude evitar que Adrián estuviera allí cuando alcancé el orgasmo, tumbado entre nosotros.

Permanecimos un rato en silencio. Paul se había quitado el preservativo y se había puesto el calzoncillo. Yo busqué mi culote y me lo puse, no me había quitado la camiseta en ningún momento.

—Ha estado genial —comentó Paul—. No sabía que te gustaba tan rudo.

—No siempre me gusta así.

—Pero no querías que fuera dulce.

Recordé a Adrián dándome besos por el estómago.

—No, no lo podría soportar.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Paul me miró.

—Me gustas mucho.

—Tú también me gustas, pero…

—Pero estás enamorada de Adrián.

No dije nada, pero me costó respirar.

—No quiero hablar de eso. Tiene novia y no hay nada entre nosotros.

Me puse en pie.

Paul también lo hizo.

—Espera, no quería hacerte sentir incómoda.

—Oye, Paul, esto ha estado genial, pero no quiero nada más. No me interesa tener una relación.

Paul sonrió.

—Yo no me he quejado.

—Pero has dicho…

—No, no he dicho nada. Simplemente quería que supieras que me gustas y quería definir lo que tenías con él, pero no te estoy pidiendo nada.

Me relajé un poco.

—Si no quieres hablar de él, no tienes que hacerlo.

—No, no quiero.

—Quédate, te haré café o podemos tener más sexo duro.

Sonreí.

—Me parece bien el café, el sexo podemos dejarlo para otro día.

Hablar con Paul fue tan reconfortante como la primera vez. Con él las cosas podían ser fáciles y sin montañas rusas. Con él tenía todo lo que normalmente quería. El problema era todo lo que Adrián me había despertado. Esa necesidad de sentirse lleno de una persona, que con Paul no podía alcanzar. Con Paul me mantenía en una permanente sensación de tranquilidad y satisfacción, pero nunca alcanzaba el éxtasis que había vivido con Adrián.

Esa noche llegué al piso sintiéndome más vacía que nunca. Me tumbé a oscuras y oí que vibraba mi móvil. Supuse que era Adrián, que me estaba llamando como cada noche. Me costó mucho dormir sabiendo que apenas estaba unos pisos por encima de mí mientras mi móvil no dejaba de sonar. Necesitaba dormir, así que a la noche siguiente me fui a la casa de Paul. Esa noche, cuando Adrián me llamó, Paul estaba dentro de mí.

—Está sonando tu móvil —dijo Paul deteniéndose.

—¡No pares! —le pedí.

No hubo dudas para ninguno de los dos de quién estaba llamando. Paul no se detuvo, yo cerré los ojos y esa fue la primera vez en mi vida que fingí un orgasmo.

Dormí tres días seguidos en casa de Paul. Una noche Adrián dejó de llamar. Cuando llegué a mi casa había dejado un ramo de rosas rosas en mi puerta. No lo recogí. Adrián volvió a dejar rosas al día siguiente. No las recogí y al parecer a la señora que teníamos contratada para limpiar las zonas comunes no le pareció oportuno interferir en una conquista amorosa, así que los ramos de rosas se acumulaban en la puerta de mi casa.

El sábado por la mañana el timbre sonó a las diez y media, era la primera noche que había dormido en casa. A esa hora ya había salido a correr, ya me había duchado y había tomado dos

cafés. Cuando sonó el timbre, el corazón me dio un vuelco. A pesar de todo, una parte de mí anhelaba que fuera Adrián, hacía más de una semana que no nos veíamos.

Pero la realidad puede superar a la ficción. No, no era Adrián.

—¡Hola!

Al otro lado de la puerta estaba Ginebra. Me quedé sin palabras.

—Hola.

—No sabía si sería muy pronto para llamar, pero pensé que igual más tarde habrías salido y como ya me parecía una hora prudente decidí venir a hacerte una visita. Tampoco tengo muy claro si trabajas o no los sábados, así que me animé a probar. ¿Molesto?

—Trabajo casi todos los sábados, pero en verano cierro algunos —le aclaré abriendo la puerta —. No molestas, pasa.

—Llegué ayer por la noche y no esperaba que Adrián tuviera tanto trabajo. Se fue a las ocho y media al estudio y me aburría. Pensé que quizás estuvieras libre y pudiéramos hacer algo.

Tragué con dificultad. La novia de Adrián quería hacer algo conmigo. ¿Eso era el karma?

Estaba preciosa. Mejor dicho, era preciosa, con su pelo rubio largo, sedoso, perfecto. Alta y esbelta, con una piel blanca, nacarada. Los ojos azules enmarcados por unas cejas finas. Vestía un pantalón de lino y una camiseta sencilla. Si en ese momento me dijera que esa misma tarde tenía que hacer una pasarela de Valentino me lo hubiera creído. En ese momento se la veía joven y llena de vida. No había ni un solo signo que mostrara que estaba enferma. Sí, tenía cierta palidez, pero ese tipo de piel blanca que evoca la perfección, casi como si se tratara de una diva de Hollywood. En contraprestación, yo estaba con un sujetador deportivo negro y unos pantalones cortos amarillos.

—Tienes varios ramos de rosas en la puerta —dejó caer mientras buscaba un hueco para apoyar el bolso—. ¿Estás castigando a algún romeo? —añadió divertida.

—Son para tirar.

—No sabía que tenías un admirador —comentó para ver si tenía más suerte.

—Yo tampoco, ¿café?

—Té, no me gusta el café.

Té, ¿cómo no? La bebida de la realeza.

Rompí el contacto visual y me dirigí hacia la tetera. Decidí hacerle un té y hacerme una tila para mí.

—¿Así que llegaste ayer?

—Sí, ha sido una sorpresa. Adrián no quería que viniera, cree que tengo que descansar y que viajar me agota.

No me atreví a mirarla a la cara.

—Estoy enferma —dijo sin más.

Sentí que me costaba respirar, como cuando metes la cara en una cámara frigorífica.

Me di la vuelta con la taza de té en la mano.

—Adrián es demasiado protector. Todos los días me insiste en que descanse, que no me agote. Soy joven, no puedo estar siempre descansando.

No fui capaz de decir ni una sola sílaba.

Ginebra estaba muy seria. De repente sentí que lo sabía, sabía que me había acostado con su novio.

—Tampoco estoy tan enferma, simplemente tengo que seguir un tratamiento. —Sonrió como si ya hubiera dicho suficiente y no fuera necesario aclarar de qué estaba enferma. Cambió totalmente la expresión antes de preguntar—: ¿Entonces? ¿Tienes planes?

—Estoy haciendo inventario para la exposición.

Ginebra sonrió.

—¿Finalmente vas a hacerla?

El cielo se abrió ante mí: tenía un tema de conversación que no incluía a Adrián.

—Sí, quiero comprar el local y necesito el dinero. —Fue la primera persona a la que se lo comenté. No lo había hablado ni con Michael ni con Eva—. El casero necesita el dinero y la subida del alquiler es inasumible. Sin embargo, para vender es más razonable porque le urge. Comprar es mi mejor solución.

—Es una idea fantástica. Entonces, ya tenemos tarea para pasar el día: haremos tus redes sociales. Si vas a hacer una exposición, necesitas una presencia potente en las redes. TikTok es lo que más está pegando ahora mismo, pero como lo tuyo es arte creo que te irá mejor con Instagram. ¡Ah, y déjame ver esa web anticuada que tienes! Haré de ti toda una *influencer*: eres guapa, interesante y tienes un material increíble —comentó ojeando los cuadros que había por mi salón en diversos montones—. ¡Haremos que el mundo te conozca!

Me quedé sin palabras. El olor de las rosas en la puerta de mi casa se coló por debajo de la puerta y subió trenzando mis piernas y mis caderas, enroscándose en mi garganta. Me sentí una villana mientas Ginebra era sin lugar a dudas la princesa del cuento. Adrián había huido a su estudio de arquitectura y por algún motivo relacionado con el karma ella estaba allí, dispuesta a ayudarme. ¿Cómo habíamos llegado a ese momento?

* * *

Ginebra no solo era una cara bonita, era una auténtica máquina del marketing. Nos pasamos la tarde haciendo fotos a las obras que había seleccionado tanto en mi casa, como en el local. Ella solo necesitaba su móvil para hacer magia, al parecer este también era una máquina como su dueña y el resultado de las fotos era increíble. Estuvimos varias horas delante del ordenador, viendo *instagrammers* de arte, *reels* y otras cosas que se hacían hoy en día y de lo cual yo no tenía ni idea. Ginebra me soltó un buen discurso sobre las redes sociales y sobre la necesidad de mostrar algo más que el producto que quería vender. Los consumidores también necesitaban consumir al creador del contenido. No tenía ni idea de cómo moverme en ese mundo. Comimos

algo en el centro y echamos la tarde trabajando. Me di cuenta de que no sabía nada de marketing, y al parecer Ginebra lo sabía todo.

Pedimos *sushi* para cenar en casa. Adrián no había hablado con ella en todo el día, solo le había enviado un mensaje avisando que tenía demasiado trabajo y que no le esperara para cenar. Ginebra cenó conmigo y después se fue a su piso con cena para Adrián. Se veía todo el esfuerzo que hacía por mantener viva su relación. Cómo aguantaba estoicamente cada uno de sus desplantes y eso no le robaba ni un ápice de energía. Me sentí mal por ella. ¿Cómo no iba a empatizar si amábamos al mismo hombre?

* * *

El domingo el timbre sonó a la misma hora. Ginebra entró por casa casi sin preguntar si molestaba. Al parecer Adrián estaba tremendamente ocupado y también tendría que trabajar el domingo. Se había marchado muy temprano.

—No pasa nada, he estado trabajando en tu página web —declaró encendiendo el ordenador —. Mira. Está a medias, no podré terminarla sin tener unas fotos tuyas, que es lo que vamos a hacer esta mañana.

Observé el trabajo que había hecho Ginebra y me pareció increíble.

—¿Cómo lo has hecho tan rápido? Pero si casi no has tenido tiempo.

Se encogió de hombros.

—Adrián está muy ocupado, así que en realidad sí tengo mucho tiempo.

Me quedé alucinando con el cambio que había hecho Ginebra en la web. Estaban colgados todos los cuadros con el precio. La web era sencilla, elegante e intuitiva.

—Todavía no se pueden comprar. Solo hay preventa. Pondremos la fecha de la exposición cuando la cierres y así todo saldrá a la venta a la vez en la exposición física y en la web.

No sabía ni qué decir.

—Tienes que decirme cuánto te debo.

—No me debes nada, nunca le cobro a los amigos.

No sé si fue por mi cara de alucinada, pero Ginebra añadió:

—Bueno, quizás todavía no somos íntimas, pero eres lo más cercano a una amiga que tengo en estos momentos. ¡Eres mi nueva amiga en Londres! —declaró con una sonrisa ligera—. Además, así tendré a alguien con quien rajar de mi novio. Todas las chicas necesitan desahogarse con una amiga, ¿no? El tema de la boda lo tiene muy estresado.

—De verdad que preferiría pagarte —insistí casi con un murmullo.

—No, no insistas. ¡Eres mi tabla de salvación! Si fuera por Adrián me pasaría el fin de semana visitando museos y yo creo que hay un límite de museos que una chica puede ver.

—Comprendo.

—Si no fuera por lo bueno que es en la cama, creo que hace tiempo que lo hubiera mandado a

paseo. —Esbozó una sonrisa que traslucía más amor que amargura—. No, no es cierto, yo nunca lo dejaría. Sé que no es nuestro mejor momento. El tema de la boda lo tiene muy estresado y su primo lo tiene trabajando como un esclavo en el estudio. Es muy exigente. —Hizo una pausa—. Pero a pesar de todo eso, lo quiero con locura. ¡Nunca lo dejaría ir! —declaró mirándome a los ojos—. ¿Has querido a alguien así?

Las palabras se escaparon de entre mis labios sin que fuera capaz de controlarlas:

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Nada, no era para mí.

Ginebra me miró muy seria unos instantes valorando qué decir. Sentí que sabía lo que había entre Adrián y yo. Pensé que se lanzaría sobre mí en ese momento y me arrancaría todos los pelos de la cabeza, pero al final, simplemente me sonrió y dijo:

—Llegará la persona adecuada. Hay una persona para cada uno. ¿No crees?

Me levanté del sofá incómoda, comenzando a plantearme en serio si lo sabría todo y solo quería torturarme.

—No, yo no creo en ese tipo de cosas.

Ginebra también se puso de pie.

—Mi madre dice que Adrián y yo parecemos hermanos. Según ella cuando una pareja se parece mucho hasta encajan físicamente. —Se rio—. Ya sabes, ese tipo de personas que los ves y dices…

—Qué buena pareja hacen.

—¡Exacto! Después ves otras personas que piensas…

—¿Qué hacen juntos?

Sentí que el aire no fluía por mis pulmones.

—Sí, a eso me refiero. ¿Ves? ¡Ya somos buenas amigas! Pensamos igual.

Tragué como pude, y cuando Ginebra levantó la mano retuve el poco aire que fluía por mis pulmones segura de que marcaría mi mejilla con los bonitos dedos de su mano derecha. Pero no, no me dio el tortazo que me merecía después de haberme acostado con su novio. No, Ginebra me acarició el mentón y lo sostuvo examinando mi rostro.

—Eres muy guapa. ¡Las fotos quedarán genial!

Capítulo 25

Un día en Regent’s Park

No tenía ninguna excusa por la cual no pudiéramos dedicar la mañana del domingo al tema de las fotos, pero no me veía capaz de pasar todo el día con Ginebra a solas. Escribí a Eva para que me lanzara un bote salvavidas, así que Nolan y ella se apuntaron a comer con nosotras. Paul me escribió de forma espontánea para quedar y sin pensarlo demasiado también lo invité a comer, cuantas más personas menos presión sentiría yo.

Regent’s Park fue el lugar escogido por Ginebra para hacerme las fotos. Este parque ofrecía muchas opciones ya que tenía el lago, el jardín de Queen’s Mary Rose, el canal y el zoo. Para Ginebra era el más diverso y colorido de Londres, a pesar de no ser tan conocido como otros. Me aseguró que el zoo no sería el lugar escogido para las fotos, no hacía falta pasar demasiado tiempo con Ginebra para apreciar su sentido del humor. El *outfit* que escogí fue sencillo en vista de las recomendaciones de Ginebra: algo sencillo, pero con lo que me sintiera identificada. Me puse unos vaqueros de pata de elefante, un crop top blanco y una americana negra. El pelo lo llevaba sobre el hombro derecho haciendo una suave onda rosa que caía de forma natural. Para algunas fotos me quité la chaqueta y se veían las tiras de mi sujetador rosa, a juego con mi cabello, idea exclusiva de Ginebra.

Cuando observé algunas de las instantáneas me parecieron increíbles. Ginebra tenía ángel y parecía convertir en oro todo lo que tocaba. El resultado fue fantástico.

—Tú eres tu mejor carta de presentación —sentenció—. ¡Todos querrán conocer a la chica guapa e interesante que se esconde detrás de los lienzos!

Tragué con dificultad esperando que el resto del día no fuera tan largo.

* * *

Ginebra eligió para comer el restaurante chino de Regent’s Canal. ¿Qué mejor ya que estábamos allí? El restaurante chino era una especie de templo rojo que flotaba en el canal del parque. El interior era como estar en el restaurante de un crucero con su suelo enmoquetado, pero no protesté, le dije que sí a Ginebra, en aquel momento le diría que sí a cualquier cosa, la culpa es mala consejera. Cuando llegamos, ya estaban allí Eva, Nolan y Paul. Fue un alivio poder dejar de tener que llevar todo el peso de la conversación con la prometida de Adrián.

En cuanto pude, me escaqueé al baño. Eva me siguió sin pensarlo.

—¿Cómo ha pasado esto?

—No lo sé, pero llevo dos días con ella.

Eva no daba crédito.

—¿Y su novio?

Chasqueé la lengua.

—¡Al parecer tiene mucho trabajo!

—¿Qué? ¡Me da la risa! Pero si se ha unido a todos nuestros planes desde que lo conozco. No lo he visto trabajar ni un solo fin de semana.

Resoplé molesta. Eva percibió mi agobio e hizo un gesto de consuelo.

—Bueno, al menos Ginebra es una chica maja. Seguro que con nosotros el día se te pasa rápido.

—¡No es maja, es encantadora! —confesé—. Es una persona maravillosa. Se está encargando de que deje de ser una inadaptada digital y me está montando las redes. Está trabajando a conciencia para que todo esté listo para lanzarme al mundo digital cuando haga la exposición.

—¿Entonces te has decidido?

—Sí, la haré, pero ya hablaremos de eso en otro momento. —Tomé aire—. No puedo ni mirarla, me he acostado con su novio y ella me está ayudando. ¿Es una broma del destino? Esta mañana sentí que lo sabía.

—¿Tú crees? ¿No te estarás emparanoiando?

—No lo sé, quizás. Me siento tan culpable que creo que puede leer mis pensamientos. —Tomé aliento—. Y no puedo decir que no lo sabía. Sabía perfectamente que tenía novia cuando me acosté con él, y no me importó pasar por encima de ella. Ahora tengo que mirarla a la cara y tragar con lo que he hecho. ¿Cómo he podido meterme en este lío?

—Vamos, intenta no agobiarte. Piensa que pase lo que pase, en unos quince días nos vamos a Alemania. ¿Qué puede pasar en estos días? Nada, créeme.

Respiré hondo y miré a Eva. Tenía razón. ¿Qué podía pasar en tan poco tiempo?

—Siento haberte dejado colgada con lo del viaje, no he preparado nada.

Eva se encogió de hombros.

—No hay tanto que preparar. Tenemos todo reservado desde hace meses y solo había que buscar un poco de información de las rutas que vamos a hacer, sitios para visitar, cenar. Lo típico.

Asentí.

—¿Y se mantiene el viaje para todos?

—A mí nadie me ha dicho que se cancela. Tengo todas las reservas verificadas.

—¿Jaime no te ha escrito?

—No.

—Supongo que ni siquiera él sabe qué va a hacer. ¿Sabes algo de Michael?

—No mucho, algún que otro wasap, pero no me escribe demasiado. Parece que está quedando

con La Pelirroja, a ella sí que la veo en el pub. Me mira raro, ya sabes, como cuando tienes algún secreto del que no quieres hablar.

—No sé cuál es el secreto, todos sabemos que se está acostando con Michael.

Eva asintió.

—Nolan está alucinando, ya sabes lo discreto que es.

—Sí, lo sé —comenté esbozando una sonrisa.

Eva me observó con cierta compasión.

—¡Ya lo siento, pero tenemos que salir del baño!

—Lo sé, lo sé. No puedo esconderme aquí todo el día. Tengo que salir ahí fuera y mirar a la cara a la novia de Adrián.

* * *

Cuando llegamos a la mesa, Paul me recibió con una sonrisa templada. Se la devolví y me senté a su lado. Está claro que el corazón tiene motivos que la razón no entiende y, cuando al sentarme Paul me acarició ligeramente la mano, no sentí pasión, solo calidez y cercanía. Antes eso era suficiente, no necesitaba arder como ardía con Adrián.

Ginebra se había levantado a hablar por teléfono, se la veía contrariada.

—¿Estás bien? —me preguntó inclinándose hacia mí.

—Sí, sí. ¿Por qué lo dices?

—Pareces algo tensa.

Me reí sin demasiadas ganas, solo para disimular.

—No te preocupes, estoy algo preocupada por el trabajo.

—Bueno, hoy es domingo, intenta relajarte. Vamos a disfrutar de una elegante comida a cargo de este barco flotante.

—Sí, seguro que lo pasamos genial.

Disimular, mentir. Cosas con las que jamás había experimentado ahora formaban parte de mi vida.

Ginebra se sentó con el ceño fruncido.

—Hay que pedir un servicio más, Adrián vendrá a comer con nosotros.

Sentí que se me cerraba el estómago.

Paul me miró bastante serio, pero no dijo nada.

—Pensé que estaba con trabajo urgente —comentó Eva.

—Sí, eso también pensé yo, pero cuando le dije que estábamos todos aquí para comer ha despejado el resto del día.

Tragué con dificultad.

Cuando Adrián llegó, la cosa se complicó. No quería hablar ni estar allí compartiendo mesa con ellos, pero no tenía escapatoria.

Adrián besó a su novia en la mejilla y al resto nos saludó. Todos le respondieron mientras movíamos las sillas para reconfigurar el espacio. Adrián vestía pantalones chinos de color *beige*, camisa blanca, americana azul y mocasines. Al sentarse se quitó la americana y se remangó las mangas de la camisa. Sus brazos estaban morenos, como el resto de su piel, y tenía un suave vello que lo hacía muy atractivo y masculino. Observé sus manos de dedos largos y suaves. Unas manos perfectas que había dibujado decenas de veces. Me removí incómoda en mi silla. Adrián me lanzó una mirada que no supe descifrar.

Eva habló mucho durante la comida, acompañando a la novia de Adrián. Nolan hizo lo mismo con Paul, parecía que fueran amigos de toda la vida. Los más callados fuimos Adrián y yo. Supongo que mentir es lo que tiene, te hace sentir incómodo. Me reconfortó el hecho de saber que algo de conciencia sí había, allí estaba Pepito Grillo para avergonzarnos. Me parecía increíble pensar en lo irracionales e ilógicos que habíamos sido. Hacía poco más de una semana, su novia se había difuminado hasta ser una endeble marca de agua, algo intangible mientras nosotros nos alimentábamos de algo ingrávido. Y ahora estábamos allí, comiendo todos juntos.

Mi mirada se cruzó con la de Adrián en un momento en el que Ginebra estaba riéndose abiertamente con Eva. En cuanto nuestros ojos se encontraron, después de haber estado toda la comida rehuyéndonos, no pude evitar sentir el calor trepando por mi estómago. Adrián me miró intensamente. Recordé esa misma mirada cuando estaba encima de mí, entrando y saliendo de mi cuerpo. Recordé mis uñas arañando las sábanas mientras me pedía que no dejara de mirarlo. Los ojos de Adrián, verdes, intensos con su veta castaña. Rompimos el contacto visual cuando llegó el camarero con la cuenta.

* * *

El resto de la tarde lo pasamos en una feria que estaba instalada en Regent’s Park esos días. Paseamos entre la gente que iba y venía. El ambiente de feria con olor a algodón de azúcar y palomitas de caramelo inundaba la atmósfera. No pude evitar recordar el algodón de azúcar que había comido con la cabeza de Adrián en mis rodillas. ¿Cómo pueden cambiar tan rápido las cosas?

Los puestos de venta ambulante de comida, abalorios, artesanía, juguetes y globos se sucedían ocupando el espacio. Algunas atracciones sumaban ambiente festivo con música y bocinazos. Parecíamos tres parejas de amigos jóvenes que simplemente habían ido a pasar el domingo. Paseamos, jugamos al tiro y probamos nuestra fuerza golpeando con el martillo. Ginebra se empeñó en que fuéramos a los coches de choques, pero nada de hacer parejas. Ella hizo el reparto, así que la cosa quedó así: Ginebra con Nolan, Eva con Paul y Adrián conmigo. Quise quejarme, pero no tenía excusa para negarme a algo tan ridículo como subirme a unos coches de choques.

Me senté con Adrián y nada más hacerlo supe que había sido una mala idea. El espacio era tan

reducido que su pierna izquierda estaba en pleno contacto con mi muslo derecho.

—Conduces tú —indiqué de forma escueta.

—Está bien.

Cogió el volante, pero no fue lo suficiente rápido y el primer choque vino por detrás de un espontáneo. Antes de que pudiéramos reponernos, Eva y Paul nos embistieron.

—¿Estás bien? —preguntó al ver cómo me removía en el asiento.

—¡Por supuesto que sí! Estoy de maravilla —bufé—. Dame el volante.

Giré con habilidad para zafarme del siguiente impacto, pero rápidamente vinieron otro y otro.

—Esto es así —comentó Adrián quitándole hierro.

—¿Te refieres a los coches de choques? ¿O a que nos sintamos como una mierda por habernos acostado y ahora tener que darle la cara a tu novia?

Adrián me miró, pero su cuerpo rápidamente reaccionó poniéndose rígido ante otro impacto. Esta vez había sido yo la que le había dado un choque a otro coche.

—A ambas cosas —replicó.

—Es increíble que me hayas arrastrado hasta esta situación.

—Nunca te dije que fuera un santo.

—No, desde luego. Pero dentro de ser un cabrón hay diferentes escalas —siseé—. Ponerle los cuernos a tu novia está mal, pero que yo tenga que ocuparme de ella porque tú la evitas es el colmo.

Otro choque.

—¡Joder! —bramé molesta, decidida a perseguir al que nos había dado semejante choque.

—¡Lo siento! Yo no sabía que iba a colgarse de ti todo el fin de semana.

Levanté la mirada para sostener la de Adrián.

—Me ahogo cuando estoy con ella —se exculpó—. Todo lo que hay entre nosotros son mentiras, ya no puedo respirar a su lado.

—Odio las mentiras —siseé, sintiendo que las cosas se habían complicado demasiado.

—¡Ya lo sé! —aceptó Adrián—. Te conozco bien.

Ese «te conozco» era mucho más de lo que podíamos decir en ese momento. Me quedé trabada en su mirada y dejé de acelerar.

—Siento que las cosas hayan salido así, y siento que mi novia se haya pegado a ti porque soy un cabrón atrapado en una situación con la que no puedo más. —Nos dieron otro choque, pero lo obvié, me interesaba más lo que tenía que decir Adrián—. Pero no siento nada de lo que ha ocurrido entre nosotros, porque es lo único bueno que me ha pasado desde hace mucho tiempo. Eres lo único de verdad que hay en mi vida.

Adrián me acarició la mejilla en un pequeño gesto.

Antes de que pudiera decir nada nos dieron uno, dos y hasta tres choques.

—¡Conducís fatal! —exclamó Ginebra, autora del tercer golpe.

No dije nada y la sirena sonó anunciando que el tiempo se había terminado.

Adrián salió del coche y Ginebra hizo lo mismo. Salieron de la pista, no sin que antes él me mirara una última vez con nostalgia.

Salí del coche y fue en ese momento en el que descubrí que Nolan me miraba con cierta expectación. Seguramente se había dado cuenta de que algo raro ocurría entre nosotros. Me avergoncé no solo por mentirle a Ginebra, sino por hacer partícipe de mi mentira a los demás.

Capítulo 26

My girl

Nolan

—¡Hey, Eva! No sé si es algo loco lo que voy a decir… Pero ¿está ocurriendo algo entre Roser y Adrián?

Eva me miró con sus enormes ojos verdes muy abiertos, parpadeó dos veces y supe que se debatía entre decirme la verdad o mentirme. Entre nosotros no había mentiras ni secretos, no quería que hubiera una mentira por algo que no nos pertenecía.

—Bueno, Nolan… La verdad es que…

Eva dudaba buscando una respuesta, yo sin embargo me distraje como si fuera la primera vez que la veía. Llevaba puesto un vaporoso vestido verde salpicado por flores blancas. De esos cortos que sabía que me volvían loco y le hacían unas interminables piernas largas de piel nacarada. El vestido era estilo batín y lo único que me interesaba de verdad era deshacer el lazo que mantenía sujeta la tela. Estaba cerca del ventanal de nuestro *loft*, y el sol me dejaba ver su silueta a través de la tela.

—¡Chica, no tienes que decirme nada si no quieres! Odio ponerte en una situación complicada. Es solo que fue muy loco lo que pasó en los coches de choques —comenté mientras cogía un vaso de agua de la jarra que teníamos en la nevera.

Tragué el agua fría tratando de concentrarme y no saltar sobre mi novia como un adolescente sin ningún tipo de autocontrol.

Eva decía que cuando me conoció mi actitud le parecía la de un felino controlado. En cierto modo era un tío tranquilo y sosegado, pero no podía negar que, en ocasiones, cuando estaba con ella, sentía deseos de dejarme llevar por los instintos más primarios. Si pudiera no me importaría ser un animal salvaje de la sabana africana. Me identificaría con un leopardo y viviría libre y salvaje, en un mundo donde Eva no me volviera loco con sus transparencias.

—¿Qué fue lo que viste exactamente?

—No sé chica, una escena privada. —Hice una pausa mientras pensaba en cómo describirlo —. Adrián acarició a Ros y le estaba hablando de una forma muy íntima.

—¿Y Ginebra lo vio?

Eva parecía algo preocupada, pero yo no iba a mentir por algo que no era nuestro.

—Si no lo vio, está ciega.

Eva frunció el ceño y sus ojos verdes se oscurecieron. Caminó hasta el mostrador de la cocina y se sentó en uno de los taburetes que separa nuestra cocina de la sala de estar y estudio.

—¡Esto va a acabar mal!

—De verdad, no sé por qué te lo he preguntado, en realidad no quiero saber —le aclaré. Lo que menos me interesaba era meterme en asuntos ajenos—. Es solo que están siendo muy obvios.

Eva levantó los brazos en un gesto de resignación.

—¡Es cierto! ¿Qué pretendo ocultar? —bufó—. Supongo que la novia tiene que sospechar algo, saltan chispas cuando están juntos.

Ladeé una sonrisa y me acerqué a mi chica.

—No, chica, ¡chispas saltan entre nosotros! Ellos apenas son unos aprendices.

Eva se rio y ese sonido es todo lo que un hombre necesita para que la sangre se caliente. Me sentí como ese felino al que ella se había referido tantas veces: controlado, al acecho… Dispuesto para comérmela desde la planta de los pies hasta la cabeza.

—¡No es un asunto gracioso! Es un tema muy serio, Nolan. Todo esto va a salir mal —declaró con cierta angustia—. Ginebra me cae bien y no quiero que salga herida. Pero Roser es mi familia. Bueno, no de sangre, pero no la querría más si llevara mi sangre. —Paró unos instantes antes de continuar—. Nunca la había visto así, pero se ha enamorado, Nolan. —Me miró a los ojos después de decirlo y observé como si sintiera cierto alivio al verbalizarlo en voz alta—. Está enamorada y en una situación complicada. Si tú lo has visto, todos lo han visto.

—El amor a veces es complicado.

Eva siguió con el ceño fruncido, sus labios rojos mostraban un gesto de frustración. Me gustaría decirle directamente lo que querría que hiciera con esa boca, pero primero quería oírla gritar y llevarla al límite. Eva es de ese tipo de mujeres con las que el sexo siempre está ligado a lo emocional. Me la follaría día y noche si fuera necesario para que no dejara de amarme.

Caminé hasta ella y apoyé mis manos sobre sus rodillas.

—¿Sabes? El caso es que Adrián también me cae bien. Nunca me pareció tan gilipollas como a Roser, y eso que yo entiendo de gilipollas.

Bien, ahora hacía referencia a su ex.

—Nena, no me importa si es o no un gilipollas Adrián —comenté inclinándome sobre ella y besándole el cuello—. *That's not my business.* [1]

—Pero ¿te lo parece? —preguntó apartándome un momento para mirarme a los ojos.

Bufé y me separé un segundo. Sentí que ese felino que había en mí estaba a punto de rugir y saltar sobre ella.

—No sé, es un tío que no quiere estar con su novia —reflexioné; suponía que esa era contestación suficiente.

—Pero no puede dejarla, está enferma. ¿Eso no lo redime un poco?

—No sabría qué decir. —Traté de centrarme en el tema de conversación que tanto importaba a Eva, a pesar de que mis intereses eran más carnales—. Mira, Eva, la realidad es que un tío que engaña a la novia es un cabrón, y si esta está enferma de cáncer todavía más cabrón. No puedo hacer de él un príncipe torturado.

—¡Pero él quería dejarla! Está con ella por obligación y sigue adelante con una boda que no quiere por no romperle el corazón.

De eso habíamos hablado hacía poco, la novia enferma de Adrián era el tema del verano en nuestro círculo. Todavía recordaba cuando se había desmayado en el pub.

—Bueno, chica, hay quien podría decir que en el fondo es un héroe. —Esbocé una medio sonrisa y vi cómo se entreabrían sus labios rojos—. *But that's not my case.* [2]

—¿En serio? —Eva deslizó sus manos por mi pecho y todo mi cuerpo se puso en tensión—. Tú eres muy noble, no puedo creer que no te apiades de él.

Bufé porque lo que pasara entre Roser y el español no era algo de mi incumbencia. Quería oírla gemir, quería que gritara mi nombre. ¿Era tanto pedir? De todas formas, intenté concentrarme en la pregunta.

—Sesenta por ciento cabrón y cuarenta por ciento héroe, ¿ok? —zanjé el tema—. ¿Podemos ya dejar de hablar de ellos y concentrarnos en lo que tenemos aquí? —pregunté levantando una ceja.

Eva ensanchó su sonrisa y me miró divertida. Ella no era la única mujer de la que me había enamorado, pero sí la única de la que me enamoré con un amor bonito. Éramos como esas películas en las que a las dos personas les latía el corazón al mismo tiempo. ¿No era algo loco? Sí, ella era esa persona: mi mitad, *my girl*.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —me retó Eva.

—Yo unas ganas locas de que grites mi nombre —susurré sobre sus labios antes de besarla.

La besé. Besar a Eva es como sumergirse en el mar cuando hay tormenta. Ella siempre es cálida, me enerva y tranquiliza a la vez. Sí, es algo loco, pero solo ella es capaz de hacerme sentir libre y salvaje. La deseaba con una ferocidad irracional, tal y como la deseé la primera vez que la hice mía.

Separé sus piernas con mi rodilla para que se abriera a mí encima de la banqueta. Miré hacia abajo, el vestido se había abierto y pude ver su ropa interior blanca, hecha de raso y puntillas.

—¡Mis favoritas!

—Sabía que con este vestido estarías observando.

—Yo siempre te estoy observando.

¿Se puede estar tan enganchado como el primer mes después de dos años? Nosotros lo estábamos. Estábamos locos de amor. De un amor salvaje, pero puro y limpio como una mañana de verano. Sentí cómo las manos de Eva me desabrochaban la camisa mientras no dejaba de besarla. Me acarició el pecho y yo tiré de su vestido, que se le deslizó por los hombros. La quería desnuda entre mis brazos. Desabroché el sujetador y lo dejé caer al suelo sin dejar de besarla,

quería llenarla de mí. Quería que su mente, su cuerpo y su corazón estuvieran llenos de mí. Rompí nuestro beso para deslizar mi lengua por su cuello, que se erizó por completo a mi tacto.

Eva me quitó la camisa y deslizó sus dedos por mis pezones. Me besó el pecho lentamente, con una sensualidad arrolladora.

—*Oh, fuck, Eva!*

Quería estar dentro de ella todos los días de mi vida hasta que me muriera.

—¿Más? —preguntó levantando la mirada hacia mí y volviendo a deslizar su lengua sobre mi pezón.

Cerré los ojos y hundí las manos en su cabello. Estiró sus manos hasta mi pantalón para acariciarme. Estaba volviéndome loco, llevándome al límite.

La separé de mí para que se apoyara hacia atrás.

—Nena, quédate quieta un momento.

—¿Qué quieres hacer?

Bajé mi mano hasta el raso blanco que cubría su sexo. La acaricié mientras ella se retorcía sobre la banqueta.

—¡Nolan…!

—Aguanta.

La acaricié de un modo demoledor sobre la fina tela friccionando su piel. Quería ver cómo se deshacía, ver cómo perdía el control.

—*You are so beautiful!* [3]

—¡Vamos a la cama, Nolan! —me pidió con el rostro rojo y los labios completamente hinchados.

Sonreí a pesar del dolor que comenzaba a sentir en la entrepierna. Sonreí porque sabía que era mía, que era solo mía y así la quería ver: mía, deshaciéndose en pedazos en mi boca.

—No quiero ir a la cama, me gusta tenerte así —susurré en su oído.

Eva no podía más y yo seguía acariciándola sobre la tela, frustrándola.

—*I love you!* [4] —le susurré entre besos, y lo dije de todo corazón.

Eva bufó en respuesta.

—Ahora llegarás al cielo, nena.

Me agaché entre sus piernas y le bajé la ropa interior.

Eva se abrió para mí, y yo caí de rodillas, para demostrarle cuánto la amaba. Se revolvía mientras la recorría con mi lengua. Seguí sin aliento, devorándola. Me la comería completa y me la tragaría llenándome de ella.

Me sentía fuera de mí. Estábamos lejos, en algún planeta lejano en el que yo era un gigante colosal y ella era mi alimento. Me apretaba con los muslos y sujetaba mi cabello, mientras yo seguía siendo ese gigante colosal ciego de amor, enfermo de amor. La amaba, la amaba con cada poro de mi piel, mientras sentía cómo se acercaban las ondas de un maremoto en su cuerpo. Cerca, muy cerca. Estaba a punto de explotar.

Sonó el timbre.

—¡Joder! —gritó Eva.

No paré. La sujeté con fuerza, ella se revolvió. Sabía que se desharía en mi boca.

Volvió a sonar el timbre.

—Querida, soy yo, Michael —saludó nuestro inesperado visitante—. *Are you ok?* [5] Acabo de oír como gritas.

Eva abrió los ojos frustrada.

No pensaba dejarla. Le abrí más las piernas y seguí con amor, con todo mi amor. Dándole todo lo que tenía, todo lo que era. Como un soldado entregado, luchando por su reina. No había nadie en la tierra que la pudiera amar como yo la amaba.

Eva cerró los ojos dejándose engullir por este coloso, en un pacto tácito de que no iba a perderse ese orgasmo. Su cuerpo por completo era mío. Sentí cómo se rendía y explotaba, mientras yo moría allí mismo, a sus pies. A la deriva en un mar de deseo y amor.

Eva abrió los ojos y me miró. Nos reímos.

—¡Michael, ya voy! ¡Espera!

Seguí a sus pies, entre sus piernas. Vi cómo intentaba recolocarse la ropa. Me puse en pie y la ayudé a vestirse.

Quería decirle algo que tenía atravesado en el pecho. Algo que no podía aguantar más allí, pero no era el momento.

—Me voy a dar una ducha fría.

Eva asintió y abrió las ventanas de par en par.

Los oí desde el cuarto de baño:

—*What's wrong?* [6]

—Nada, eres un impaciente.

—¿Os he interrumpido el polvo?

—¡Anda, no seas absurdo! No has interrumpido nada.

—*Oh, my God!* ¡Qué manera de mentir!

—Entra y ponte cómodo. Sírvete lo que quieras.

—¿Y Nolan?

—En la ducha.

Eva abrió la puerta del baño mientras Michael hablaba en inglés, pero ya no sabía qué estaba diciendo. Entró y me miró mordiéndose el labio a través del cristal de la mampara de la ducha. Tenía las mejillas sonrojadas y era una obviedad para cualquiera que acababa o de tener un orgasmo o de correr un par de kilómetros.

—¡Creo que se ha dado cuenta! —susurró.

Me enjaboné el pelo.

—Estoy seguro de que sabe lo que acabamos de hacer, nena.

En el salón se oía el ruido de la televisión. Michael iba cambiando de canal mientras hacía

comentarios sobre lo que ponían en la tele.

—Date la vuelta que tengo que hacer pis.

Me reí porque era ridículo que después de dos años todavía me pidiera que me diera la vuelta. Hice lo que me pedía no sin antes fijarme en cómo se bajaba las bragas hasta las rodillas. Moví el mando para poner el agua fría y aguanté la respiración. Eva tiró de la cisterna sin decir nada. Se lavó las manos y la cara. Se cepilló el pelo justo antes de salir.

—Ahora te veo.

—Ok, nena.

Me sonrió antes de cerrar la puerta del baño. Pensé en esa sonrisa, y en que si Michael no nos hubiera interrumpido ahora tendría su boca ocupada en otras cosas. Los oí hablar en el salón, pero no podía dejar de recordar su boca entreabierta de instantes antes. Su rostro crispado por la pasión, sus piernas y el cielo entre ellas. En fin, la ducha no estaba funcionando, así que decidí salir de allí.

Cuando salí del baño parecía que Michael y Eva habían llegado al punto más candente de la conversación.

—Michael, vamos. ¡No puedo creerme que tú y Jaime lo hayáis dejado definitivamente! ¿De verdad no vais a hablar de ello?

Michael se encogió de hombros. Se notaba que le incomodaba ese tema.

—No sé, *love*. Estamos muy lejos el uno del otro. Hace meses que está ausente.

Eva torció el gesto en desacuerdo.

—No creo que esta vez puedas echarle la culpa a Jaime. Él regresó y tú estabas con La Pelirroja.

Michael levantó la barbilla, orgulloso.

—¡No te confundas, querida! Yo estuve con Brianne precisamente porque Jaime no estaba aquí.

—¡Estaba de regreso!

—¡No estaba aquí! —replicó Michael una vez más—. Y cuando estaba es como si en realidad no estuviera.

—Lo hiciste a propósito: en vuestra cama y con una mujer.

Michael no lo negó. Puse al fuego la cafetera italiana. El ruido del hierro sobre la placa de la cocina hizo que Michael se girara y me mirase.

—*Hi, love!*

—Michael —sonreí—. Te veo bien.

Él esbozó una sonrisa más amplia y contestó mientras Eva cogía el mando de la televisión para apagarla:

—Serás el único que lo hace últimamente. —Hizo una pausa antes de decir—: ¡Tú sí que estás bien!

Mantuvimos la mirada unos segundos. Éramos buenos colegas. En estos dos años que nos

conocíamos había demostrado ser un buen amigo de Eva. Michael era nuestra familia, pero lo conocía tan bien como para saber que, si hubiera tenido la ocasión, se hubiera acostado conmigo y seguramente con Eva también. Michael entendía el sexo y las relaciones de una forma muy diferente a como lo hacía yo.

—Michael. —Eva requirió su atención—. ¿No vas a explicarme qué pasa con Jaime?

—No creo que haya nada que explicar. Ya no estamos juntos. —Miró hacia el exterior y se cerró.

—Haré café para todos —dije, y me di la vuelta.

—¿Y La Pelirroja qué? —preguntó Eva.

—Folla de maravilla.

—¡Michael, por favor! —se quejó Eva.

—Ok, *sorry*, querida. Es una mujer muy enérgica, muy entusiasta y estamos conociéndonos.

—Es una buena chica —me vi obligado a entrar en la conversación y dirigí una mirada severa a Michael, al fin y al cabo, estaban hablando de mi empleada.

—Pero ¿ahora qué? —volvió a reclamar su atención Eva—. ¿Tenéis una relación? Es mucho más joven que tú, Michael.

—¡Eso solo ha sido una ventaja, querida! —comentó con sorna. Decidió bajar el tono al añadir—: No le des tanta importancia, apenas nos estamos conociendo.

—Solo espero que sepas lo que estás haciendo —advirtió Eva con cierta preocupación.

Siguieron hablando un largo rato mientras se tomaban un café. Yo aproveché para bajar al bar y poner unos albaranes al día dejándoles intimidad.

* * *

Subí a la hora de la cena con la esperanza de que nuestro amigo Michael hubiera plegado velas. En cuanto abrí la puerta vi a Eva vestida con una camiseta larga de algodón, y debido a la interrupción que había sufrido por la tarde lo primero que pensé fue en subírsela. La observé cocinando, recién duchada.

—¡Nolan, que bien que ya subes! Estaba a punto de bajar a por ti.

Sonreí.

—¿Y Michael?

—Se fue hace media hora —comentó moviéndose en la cocina—. Estoy salteando pollo con verduras.

—*Great!*

La observé y sentí aquella opresión en el pecho. Esa necesidad de que lo que tenía allí dentro pudiera salir, extendiéndose y llenándolo todo.

—¿Todo bien? —pregunté en tono afable, como haría cualquier día.

Eva bufó. Removió las verduras en la sartén y se echó el cabello hacia un lado. Eché un ojo a

la sartén para ver cómo iba la cena, su fuerte nunca había sido la cocina.

—¡En realidad no! —sentenció y comprendí que el bufido no era porque algo se estuviera quemando, sino por Michael—. Lo de Jaime lo tiene hecho polvo y no quiere reconocerlo. Lo veo mal, muy perdido.

—¿Crees que es definitivo?

—No lo sé. Roser tiene razón, Michael lleva meses en plan kamikaze. Sé que ama a Jaime, pero algo tiene que estar muy mal entre ellos para que hayan llegado hasta este punto.

La observé coger dos platos del aparador y servir la cena en ellos. Apagó el fuego y dejó la sartén en el fregadero. Sentí alivio, como cada vez que la veía apagar el fogón. En una ocasión había quemado un paño de la cocina y en otra un recipiente de plástico al apoyarlo directamente sobre el fuego.

Eva sonrió, y el tono naranja que entraba en el salón mientras moría el día hizo que su rostro resplandeciera con una luz cálida. Supe que aquel momento era perfecto. Es muy difícil encontrar un momento perfecto porque no abundan, pero aquel lo era, estaba lleno de todo lo cotidiano de nuestras vidas, lleno de amor, lleno de nosotros.

Fui a la mesilla de noche y cogí entre mis dedos algo que llevaba allí algunos meses esperando ese momento. Me lo guardé en el bolsillo y volví al salón.

Eva había puesto los platos sobre la mesa. La abracé por detrás.

—¿Recuerdas la primera vez que hablamos?

Se rio.

—¡Claro que me acuerdo! Me diste una botella de agua porque creías que hacía mucho calor.

—Cierto, chica, te di una botella de agua porque te iba a dar una lipotimia, pero principalmente porque quería hablar contigo.

Le besé el cuello y Eva se rio. Si me preguntaran qué sería lo último que quisiera oír antes de morir diría que aquella risa.

La cogí de la mano y la guie hasta el ventanal de cristal. Señalé con una mano el banco en el que Eva solía sentarse a dibujar.

—Te veía ahí sentada cada día con esas piernas largas increíbles y tus blocs de dibujo.

—Llevaba años sin dibujar… Recuerdo lo que me costó arrancar.

—Pero lo hiciste.

—Sí, lo hice. —Eva respiró profundamente—. Tú siempre creíste que lo que estaba haciendo significaba algo. Creíste en mí antes de que yo misma lo hiciera.

La abracé con fuerza.

—Yo siempre creeré en ti. Te he amado desde ese primer día en que te di esa botella de agua.

Eva se dio la vuelta para mirarme a los ojos.

Esbocé una sonrisa porque el ambiente se había cargado de emoción. Pensé decir que desde ese primer día también había querido meterme entre sus piernas, pero en ese momento no quería hacerla reír.

—¡Te amé desde el primer día, y te voy a amar hasta el día en que me muera! No tengo ninguna duda al respecto, Eva. —Puse una rodilla en el suelo y le ofrecí el anillo de mi madre. Eva lo reconoció al instante—. *Will you marry me!* [7]

Eva parpadeó y se llevó una mano a la boca por la sorpresa.

—¡Oh, Dios mío, Nolan! —Tardó unos segundos en contestar con lágrimas en los ojos—: ¡Sí, claro que me casaré contigo!

Aquello que tenía atravesado en el pecho por fin se liberó: ¡era mía, toda mía!

Solté una carcajada y la cogí en peso.

—*Wow*, ¡qué miedo! Por un momento pensé que ibas a decir que no —bromeé besándola una y otra vez.

Eva se rio mientras yo daba vueltas con ella en brazos.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Yo jamás podría decirte que no!

Nos tumbamos en el sofá mientras nos besábamos con el hambre de la primera vez. Quería entrar en ella. Quería grabar para siempre aquel momento en mi corazón. Recordarlo cuando fuera un anciano con la piel cortada por el tiempo. Nos deshicimos de la ropa riéndonos y llorando a la vez. Un poco loco, ¿no? Así es el amor.

Deslicé una mano entre sus piernas para tocarla y comprobar que estaba lista. Yo llevaba horas preparado desde que Michael nos había interrumpido y ahora que había dicho que sí, necesitaba entrar dentro de ella. Allí, entre sus piernas, dentro de ella, en su piel, estaba mi hogar.

Eva estaba más que lista. Reaccionó a mi caricia abriéndose.

—¡Entra ya! —me pidió y supe que se sentía como yo.

Me hundí con fuerza y ella se arqueó. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, lágrimas de amor. Volví a hundirme con más fuerza, y ella volvió a recibirme. Gemimos juntos en nuestra casa, en el hogar que habíamos construido. Más fuerte, más sensibles, más lágrimas. Seguí hundiéndome una y otra vez, mientras Eva se entregaba por completo, rindiendo a mí cada centímetro de aquel maravilloso universo que era ella.

Era mía, solo mía. *My girl*.

Capítulo 27

Mis vísceras y latidos

Preparar la exposición fue una auténtica locura, pero como ya habían dado comienzo mis vacaciones pude dedicar todos mis esfuerzos a hacerlo posible en un tiempo récord. Confieso que sin la ayuda de Ginebra en el tema de redes todo sería diferente, pero por capricho del destino ella se había agarrado a aquel proyecto como a un clavo ardiendo, estaba completamente volcada. De repente tenía un Instagram muy *cool*, la web era elegante y fácil de gestionar, incluso mi página de Facebook parecía muy profesional. Ginebra era muy trabajadora. Nos pasamos horas en silencio trabajando codo con codo de forma infatigable. Yo seleccionaba óleos, acrílicos y demás obras, las preparaba y ajustaba el precio. Ella hacía las fotos, las subía al sistema informático y conseguía publicitar mis obras en un montón de portales de arte que ni siquiera sabía que existían. Insistí en remunerar su trabajo, pero Ginebra se negaba en redondo asegurándome que la había salvado, que si no fuera por mí estaría todo el día sola esperando a Adrián. Al parecer las amigas que tenía en Londres se habían marchado para disfrutar de la época estival. Agosto era el mes por excelencia de las vacaciones, y lo cierto es que el que podía ya había huido de Londres a esas alturas. Nosotros lo haríamos después de la exposición. Eva seguía ultimando detalles del itinerario de nuestro viaje por Alemania, sin que ni Michael ni Jaime se hubieran pronunciado al respecto. ¿Iban a venir? ¿Alguno de los dos se iba a caer del plan? ¿Qué pasaba con La Pelirroja?

Durante esa semana apenas hablé con Paul, sin embargo, dormí con él un par de noches. En ambas ocasiones, llegué cansada de todo el estrés de los preparativos de la exposición y lo único que quería era llenarme de él para intentar olvidarme de lo vacía que me sentía. Ponía todo mi empeño en tratar de arrancarme a Adrián de la piel, pero él estaba permanentemente presente, rondándome de una manera intangible, abrazándome en la cama en la que dormía con Paul. Ginebra me hablaba de Adrián cada día en algún momento: alguna anécdota, los planes que tenían para la boda, qué habían cenado el día anterior… Siempre lo nombraba y su presencia se extendía ingrávida entre nosotras. Sí, Adrián siempre estaba presente. Pero no solo lo estaba porque su novia, o yo misma, fuéramos incapaces de despojarnos de él: Adrián me escribía cada madrugada y yo leía sus mensajes con el ansia de quien esnifa una raya de coca. Nunca le contestaba, pero él siempre escribía.

Día 1:

Adrián: Te has ido de la feria con Paul. ¿Te has acostado con él? Ya sé que no tengo derecho a decirte nada, pero no puedo soportar la idea de que te toque.

Día 2:

Adrián: Gracias por todo lo que estás haciendo por Ginebra. Ella es increíble, necesitaba algo en lo que volcarse. Me siento un miserable, pero no soporto mentirle a la cara.

Día 3:

Adrián: Te quiero.

Día 4:

Adrián: Ginebra me ha estado enseñando la web y tu Instagram. Sales increíbles en todas las fotos. ¿Me harás algún descuento en un cuadro?

Día 5:

Adrián: ¿Estás en casa de Paul? He bajado a llevar la basura y no he podido evitar llamar a tu timbre.

Día 6:

Adrián: Acabo de acostarme con Ginebra. Llevaba todo este tiempo rehuyéndola y no he podido escaparme. ¡Ha sido horrible! Ya lo sé, soy un cabrón, puedo acostarme con todo Londres, pero no se me endurece en la cama con mi novia. A veces sueño que todo esto es una puta pesadilla.

Día 7:

Adrián: Te quiero tanto que duele. ¿Te sientes igual?

La galería era grande, y estaba llena de mí. Mis obras se extendían a través de cinco espacios diferentes: tres con mis obras cubistas, uno con obras de diferentes estilos y texturas, tanto en óleo como pintadas con acrílico, y el último con dibujos a lápiz. Nunca me había sentido tan expuesta y desnuda como en ese momento. Todo mi mundo estaba allí para el escrutinio de todas las personas que vinieran hoy y durante los próximos quince días. Hacía muchos años que no realizaba una exposición y ahora que había dado el paso me sentía como rezaba la propia palabra: expuesta. En aquellos trazos estaba todo lo que me componía: mi corazón y mi mundo. Sentí como si me hubieran abierto de arriba abajo y todo mi interior: mis órganos, mis latidos, incluso mis vísceras se hubieran repartido por aquellas cinco salas para que la gente las valorara. Sentí vértigo, pero en cierto modo también adrenalina, supongo que hasta el más introvertido de

los artistas anhela ese momento en el que contacta con el público. Sin embargo, la idea de escuchar críticas y halagos me horrorizaba. Si pudiera, observaría a través de la mirilla de una puerta y dejaría libre a la exposición de la presencia del artista.

La exposición se abría al público a las cuatro de la tarde, apenas quedaban quince minutos. Miré hacia las puertas exteriores de cristal y observé las gotas de lluvia deslizándose. Llevaba lloviendo desde el amanecer, parando a diferentes intervalos para volver a empezar. ¿Eso era bueno o malo para una exposición?

Eva, Nolan y Ginebra habían trabajado codo con codo para que todo quedara perfecto, sin ellos todo habría sido mucho más difícil. Me pasé las manos por la suave tela de mi vestido para asegurarme de que todo estaba bien. Me había puesto un vestido negro lencero de raso cuyos tirantes apenas eran poco más que un hilo. No llevaba sujetador y el vestido me hacía un bonito escote de pico donde había cuatro diminutos botones. El raso caía adaptándose a mi cuerpo como si llevara un camisón. Una de las piernas tenía un corte desde el muslo hasta el final de la tela. Una trenza rosa desteñida caía por mi hombro derecho. Mis sandalias rosas hacían juego con mi trenza. Cumplía a la perfección con la imagen que se esperaba de una artista transgresora y moderna. Respiré hondo.

Ginebra vestía unos pantalones de lino blancos con un top azul a juego con sus increíbles ojos. Llevaba en la mano unas etiquetas que estaba colocando en diferentes obras.

—¿Qué haces? —pregunté acercándome a ella.

—Menos mal que he podido llegar antes de que abran al público. Estas siete obras ya se han vendido por internet. No las puedes tener sin la etiqueta de vendida.

No podía dar crédito.

—¿Cómo es posible?

—¡La magia de las redes sociales! —sentenció—. Voy a hacer varios directos desde tu Instagram para enseñar cómo va la exposición y animar a la gente a que se acerque, pero deberás dejarme tu móvil.

—Sí, claro.

Me eché las manos a donde normalmente estaban mis bolsillos, pero allí no había bolsillos.

—No te preocupes, ahora no. Un poco más tarde, cuando haya ambiente. También es necesario que hables a la gente un poco para que vean a la artista. Una imagen vende mucho más que cualquier otra cosa. Especialmente una imagen como la tuya. Todo el mundo querrá conocerte. ¡Estás impresionante!

—No sabría qué decir.

—No hace falta que digas gran cosa. No eres una *influencer*, eres una artista. Es perfecta esa aura de misterio y hermetismo que a veces tienes.

Nolan y Eva entraron en la sala en la que estábamos para salvarme de mi charla con Ginebra.

—Esto es increíble —comentó Eva—. Ayer ya me parecía maravilloso, pero con las luces, la música y los camareros es otra cosa.

Vi como todo estaba a punto y un camarero se acercaba con una bandeja. Cogí una copa de champán.

—Perfecto —señaló Ginebra—. Te voy a hacer unas fotos y las subo a tu Instagram.

Le entregué el móvil cogiéndolo de mi bolso de mano.

Se acercó la dueña de la galería para saludarnos y comentar que abrían ya las puertas. Dejamos los bolsos en el guardarropa y posé para algunas fotos que Ginebra subió a las redes.

La gente comenzó a llegar. Los conocidos se acercaban a saludar, mientras que los desconocidos directamente se ponían a observar y comentar las obras. Sentí que aquella mezcla de vértigo y adrenalina iba en aumento.

A las seis de la tarde varias obras ya se habían vendido, tanto en la galería como por internet. Aquello estaba siendo un éxito, y no sabía ni cómo reaccionar.

—¿Todo bien? —me preguntó Nolan en un momento.

—Sí, claro —contesté sobresaltada.

—No sabía que Ginebra y tú erais tan amigas —comentó.

—No somos amigas, somos conocidas. Ella no tiene nada que hacer en todo el día y me está ayudando.

Nolan asintió mientras la gente comenzaba a abarrotar la galería.

—*Great*[1] —comentó.

Nolan era una de las personas más nobles que había conocido. Lo vi en sus ojos: el reproche velado del doble juego en el que me había metido.

En ese momento llegó Michael con La Pelirroja, juntos, pero sin tocarse.

—*Hi, love!* ¡Ya estoy aquí!

Y lo dijo así, como si no nos hubiéramos herido, como si no lleváramos tiempo sin hablarnos. Se anunció a sí mismo como si acabara de entrar la mismísima reina Victoria. No hizo falta que dijera nada para que Michael supiera en dos segundos que algo no iba bien. Nos conocíamos desde hacía tantos años que teníamos ese tipo de relación en la que no hacen falta las palabras para comunicarse. Michael sabía cuándo necesitaba un salvavidas. No importaba lo que nos hubiéramos hecho: éramos nosotros. Nuestra amistad estaba por encima de todo.

—Querida, eres una diosa. ¡Estás perfecta! —Elevó su copa y añadió—: Brindemos por ti, mi diosa de seda negra. ¡Vas a triunfar esta noche y nosotros seremos los testigos de tu éxito!

Nolan, Eva, Ginebra y yo levantamos nuestras copas, seguida de Brianne, que intentaba integrarse. Sonreí y él sonrió en respuesta. No hizo falta nada más porque cuando dos personas se aman, como lo hacíamos nosotros, las palabras sobran.

Bebimos mientras Michael y Eva se hacían cargo de la conversación y Ginebra nos hacía fotos para las *stories*. Intenté respirar y dejar que los demás llevaran el ritmo de la conversación, a pesar de que era mi exposición, prefería estar en un segundo plano. La gente seguía llegando, tanto conocidos como desconocidos, buscando, indagando entre las vísceras de mi mundo.

Adrián llegó apenas unos momentos después de Michael. Todavía mantenía la copa de

champán entre mis manos y Ginebra no dejaba de inmortalizar mi imagen mientras él se unía al grupo. Tiempo después, cuando vi las fotos de esa tarde, pensé que era imposible no sospechar algo. Todo mi cuerpo se había puesto rígido con la presencia de Adrián mientras él me miraba espiando cada uno de mis movimientos. Yo era su centro de gravedad y parecía que todo su mundo se inclinara hacia mí. Ginebra no estaba ciega, tenía que darse cuenta.

Quien sí se dio cuenta fue Michael:

—Querida, esto está increíble, de verdad.

—Gracias Michael, significa mucho que estés aquí.

—Tendría que caer un meteorito gigante sobre Londres para que hoy no te acompañara —señaló dejando su copa en una de las bandejas que pasaban.

Hice lo mismo y dejé mi copa. Ginebra se apoyó en el brazo de su novio para decir algo.

—No creo que un meteorito pudiera contigo —comentó Eva divertida.

—Cierto, vendría arrastrándome entre las lenguas de lava y los transeúntes mundanos para ver esta maravilla.

—¡No esperaría menos de ti! —comenté.

Nos reímos los tres.

—¡Vamos, querida, quiero una gira privada! —declaró cogiéndome del brazo.

Brianne se quedó con la palabra en la boca justo cuando parecía que iba a aportar algo a nuestra conversación.

Ginebra se alejó haciendo fotos a la gente que comenzaba a abarrotar la sala.

Michael de forma deliberada rozó el brazo de Adrián mientras nos alejábamos, no sin antes susurrar para que solo Adrián, él y yo lo oyéramos:

—Estás perfecto, querido. Cualquiera diría que quieres impresionar a alguien.

No dije nada, pero crucé mi mirada con los ojos verdes de Adrián, por supuesto que estaba impresionante. Vestía una camisa blanca de lino que resaltaba su piel dorada por el sol. El pantalón claro combinaba con unas alpargatas de alta gama. Toda su ropa estaba perfecta. Su cabello castaño caía sobre una mirada que me decía muchas cosas. Cosas a las que no podíamos darle forma, situaciones prohibidas para nosotros. Tragué saliva y me perdí con Michael entre la multitud. ¿Cuándo había llegado toda esa gente?

—Ese tío está loco por ti —susurró Michael en cuanto cambiamos de sala.

—¡No digas eso!

—*Oh, darling!* Pero es cierto, pocas parejas desprenden tanta atracción como vosotros. A esas alturas no creo que quede nadie que no sepa lo vuestro.

Me llevé la mano al estómago.

—Querida, esta tarde eres una diosa, y las diosas no bajan la cabeza ni se avergüenzan.

—¡Michael, baja la voz por favor! —susurré.

Caminamos entre la gente hasta la sala donde se exponían diversas obras de diferentes estilos.

Nos paramos delante de una pintura muy goyesca.

—Impresionante. No sé por qué te centras tanto en el estilo abstracto. ¡Esta pieza es exquisita!

—No lo sé, quizás porque me permite ser libre.

—Creo que voy a adquirirla —comentó.

—No tienes que comprar nada.

Michael se acercó para ver el precio de la obra.

—¿Cuatro mil libras, querida?

—Es una obra de metro ochenta de alto por metro veinte de ancho. Es una técnica difícil y tiene mucho trabajo.

—Eso no lo niego. Pero ¡madre mía querida, es un precio muy elevado!

—Esto lo hago para comprar el local. Ginebra me animó a poner precios un poco elevados. Ya sabes, ¿quién marca lo que vale una obra? Según ella al lanzarme a las redes acabo de crear una marca y lo que aquí ocurra hoy determinará mi futuro. Nadie ha triunfado en el arte con obras económicas, hay que intentarlo en serio o retirarse.

—Es una mujer fascinante —valoró Michael.

—Sí, se ha tomado este proyecto como propio.

—Ya sabes lo que dicen, querida: ¡si no puedes con tu enemigo, únete a él!

—Ella no sabe nada —comenté bajando la voz—. No sabe nada de lo que ha pasado entre Adrián y yo.

—Querida, cualquiera que os vea desde fuera sabe que ocurre algo entre vosotros.

No contesté, quizás por el miedo a que realmente la gente supiera lo que estaba pasando con Adrián. La idea de que Ginebra conociera nuestro secreto era aterradora, pero no, no tenía sentido: ella había estado a mi lado todo este tiempo. ¿Por qué lo haría si realmente supiera algo?

Capítulo 28

Lluvia sobre tu piel

La sala estaba abarrotada de gente, jamás me habría imaginado algo así. Me sentí libre, camuflada entre el gentío que hablaba y opinaba de mis obras sin saber que estaba escuchando prácticamente a sus espaldas. La dueña de la sala de exposiciones pasó un par de veces buscándome, pero no me apetecía presentarme a nadie, solo me paré para saludar a los conocidos. Pronto conseguí escabullirme con Michael hacia otra sala entre risas.

—¡No sabes lo que te he echado de menos! —susurré a su oído mientras caminábamos por el pasillo.

—Yo también, querida. Lamento mi comportamiento. Lamento haberte herido. Últimamente lamento demasiadas cosas, pero no a todas sé ponerle nombre.

—No has hablado con Jaime.

—No, no sé nada de él.

—Todavía no me puedo creer que hayáis roto.

—Yo tampoco puedo creerlo.

Noté el dolor en su voz.

—¿Por qué no lo llamas?

Negó con la cabeza.

—No sabría ni qué decir.

—¿Y qué hay de La Pelirroja?

Sonrió con una sonrisa ligera.

—No sé qué hay de ella —murmuró—. Por cierto, la perdí desde que entramos.

—No la perdiste, la dejaste atrás —señalé con cierto reproche.

—Pues creo que eso ya lo dice todo.

—La vi a lo lejos hace un momento con Eva, Nolan y Paul.

—¿Tu chico?

—No es mi chico, nosotros solo…

—¿Folláis?

—Sí, a veces.

Era muy crudo, pero también muy real.

—¡Qué pena de generación! —se lamentó Michael—. Tú, Adrián y yo acostándonos con personas por las que no sentimos nada.

Ensanché una sonrisa.

—Yo no diría que tu generación y mi generación son la misma.

—Ya estamos con la edad. ¡Eso es solo un número! —sentenció con dignidad—. Bueno, y arrugas, también son arrugas.

Me quedé en silencio mientras saludaba con la mano a unos conocidos que me hacían aspavientos desde la otra punta de la sala.

—Parece mentira que hables así —razoné—. Pensé que eras muy sexual, que el sexo era muy importante para ti.

—Sí, eso también pensaba yo.

—¿Y ahora?

—No lo sé. Ahora el sexo solo me parece sexo, no es la mayor cosa.

—¡Guau! No te reconozco, Michael.

—Creo que forma parte de mi crisis de los cuarenta.

—Que ha llegado dos años tarde.

—Cierto, mi tardía crisis de los cuarenta —replicó con sorna—. Tras las arrugas, la piel del cuello caída, mis celos y miedos con respecto a Jaime, y mi relación con una chica a la que le doblo la edad, llega mi nueva reconsideración sobre el sexo.

—¡Estás viviendo todo un periplo! —afirmé mientras varias personas se ponían a nuestro lado comentando una obra que estábamos observando.

Salimos de la sala.

—Una crisis de identidad —soltó como quien deja ir un peso muy grande—. Al menos eso dice mi psicóloga.

Me quedé muy sorprendida.

—No sabía que tenías una psicóloga.

Nos habíamos parado en medio del pasillo entre una sala y otra. Tenía la sensación de que cada vez había más gente, pero eso no era lo primordial en ese momento. Lo que me había revelado Michael era mucho más importante que todas las etiquetas de vendido que iba poniendo Ginebra sobre los precios de los cuadros.

Michael me miró directamente con sus profundos ojos castaños.

—Al parecer echo demasiado de menos nuestras charlas y tenía que hablar con alguien —se excusó—. Solo se lo he comentado a Eva, pero no en profundidad. Ahora mismo ella está ocupada con lo de su próxima boda.

—¿Qué?

Me quedé en *shock*. ¿Tan absorta había estado en mí misma como para no saber algo así?

—¿No has visto el anillo, querida? Ese diamante podría quitarle un ojo a alguien.

—Pero ¿cuándo ha pasado eso?

—Acaba de pasar, querida, hace unos días.

No podía dar crédito a lo que me estaba contando Michael: Nolan y Eva se casaban y yo no

me había dado cuenta. Eso me dio una buena perspectiva de que yo no veía a un par de metros más allá de mis narices.

—Llevan dos días ayudándome de forma infatigable y no me han dicho nada.

Michael se encogió de hombros.

—No querrían distraerte, *darling*. —Hizo una pausa—. Ya sabes, para que te concentraras en lo tuyo.

Michael me miraba a los ojos, y yo al parecer no veía nada más allá de mis narices, así que ninguno se dio cuenta de que Jaime caminaba hacia nosotros hasta que ya estaba allí.

—Hola.

Conocía perfectamente la voz de Jaime. Era elegante, una de esas voces que parecen descendientes de la aristocracia, de un linaje superior. En realidad, todo en Jaime gritaba elegancia, distinción, alta gama. Michael se quedó mudo y yo, que siempre sabía salir de las situaciones incómodas, tampoco pude articular palabra. Ninguno de los dos hubiera imaginado ni en nuestra fantasía más surrealista que Jaime estaría allí esa tarde. Estaba impecable. Sus zapatos negros brillaban a juego con su cinturón de piel que costaría mínimo 800 libras. Su camisa negra y su pantalón gris lo hacían el hombre más elegante de la galería, ganando a Adrián, que ya es mucho decir.

Jaime nos miró con sus ojos grises y como ninguno de los dos había podido contestar a su saludo tuvo que volver a hablar él.

—Es una exposición fantástica. Me alegro de que la hayas hecho, Ros. Hace mucho tiempo que pensaba que estabas escondiendo tu talento. Ese tipo de dones hay que compartirlos.

Me derretí de amor y sé que a Michael le pasaba lo mismo.

—¡Jaime, muchísimas gracias por venir! No te esperaba. —Abrí la boca y la sinceridad salió sin filtro. Total, ¿de qué servía mentir entre nosotros?—. ¡Me alegro tanto de que estés aquí!

Le di un rápido abrazo. Jaime y yo no somos de los que se pasan el día abrazando a los demás, pero fue un gesto genuino y por la calidez con la que recibió mi abrazo supe que los dos estábamos diciendo mucho más. Yo le dije en aquel breve contacto cuánto lamentaba lo que le había pasado y él me demostró lo mucho que a él le dolía.

—He adquirido cuatro de las piezas de tus dibujos de manos.

Me dio vergüenza. Pero no lo pude evitar, siempre me sentía así cuando alguien adquiría una de mis obras.

—No hacía falta.

—Lo he hecho porque he querido.

Jaime era un tipo sincero, pero también era una de esas personas que les dan mucha importancia a las convenciones sociales e ir a la exposición de un amigo y no comprar nada parecía algo que no encajaba en sus estándares de lo que es correcto.

—Mil gracias, Jaime.

—Hacía tiempo que no había tanto ambiente en estas galerías. Parece el primer día de rebajas

en Harrods.

Nos reímos los dos mientras Michael permanecía en absoluto silencio.

—Hay una chica que no para de poner etiquetas de vendido.

—Es la novia de Adrián.

—Perdona, creo que no lo conozco.

—No habéis coincidido.

—Estabas de viaje —dijo Michael hablando por primera vez.

La mirada grisácea de Jaime viajó de mí a Michael. No sabía si Jaime podía ver lo mismo que yo veía en los ojos de Michael, pero yo veía amor, deseo y mucho dolor, todo ello envuelto en una nostalgia que amenazaba lluvia.

Era el momento de dejarlos a solas.

—Voy a relacionarme un poco con la gente. Luego nos vemos.

Miré a ambos y me marché antes de que ninguno de los dos dijera nada.

Antes de entrar en la quinta sala, la de las obras a dibujo, eché un vistazo atrás y vi que Jaime daba un paso hacia Michael y ambos comenzaban a hablar.

Caminaba entre el gentío de la quinta sala tratando de no pararme demasiado con nadie y perderme entre los espontáneos que habían llegado esa tarde lluviosa hasta ahí. Comprendí que le debía mucho al marketing agresivo de Ginebra. Oí varios comentarios sobre mis obras, halagos y gente buscando en redes sociales información sobre mí. Me sentía en una montaña rusa de emociones, entre la satisfacción por la increíble acogida del público y la incomodidad de saber que aquella gente no solo se interesaba por la obra, quería saber cosas de la artista, consumir algo más íntimo que lo que había representado sobre los lienzos y el papel: consumirme a mí.

Me moví entre la gente hasta mi colección de dibujos sobre manos, buscando refugiarme en una zona segura, pero el bote al que yo quería subirme ya tenía un polizón. Me encontré con Adrián observando con atención uno de los dibujos.

El corazón me dio un vuelco, nunca pensé que fuera tan observador, había veinte dibujos de manos. Un observador común no se detendría más en uno que en otro. Pero debería haberme dado cuenta de hasta qué punto un arquitecto era amante de la belleza del dibujo, de la armonía, de la forma y la estructura.

Me miró cuando llegué a su lado y volvió la mirada al dibujo objeto de su escrutinio.

—Esa es mi mano. —Lo dijo con seguridad, sin un titubeo.

—Sí —acepté.

—No recuerdo haber ejercido de modelo.

—Fue un robado.

Adrián esbozó una sonrisa. Tan auténtica, tan llena de amor y dolor al mismo tiempo. ¿Por qué las relaciones tenían que ser tan complejas? Jaime y Michael, Adrián y yo. Parejas separadas

por unos u otros motivos mientras otros actores como Ginebra, Paul y La Pelirroja tenían papeles equivocados en nuestra opereta particular.

—Esa mano es de Michael —comenté desviando la atención de su propia mano—. Esa de Eva, Nolan, Jaime, esa es mía, otra vez Michael, una modelo, un señor del parque, una chica de la cafetería, Michael otra vez y Eva.

—¡Vaya, y yo sintiéndome especial!

—Siento decepcionarte.

—Tú nunca me decepcionas.

Levanté la mirada hacia Adrián. Lo que sentimos en aquel momento con tan solo una mirada era algo que trascendía lo físico, algo que se enraizaba en mis órganos como ramas de plantas floreciendo. Aquello tenía que ser amor. El amor más difícil y desubicado, pero amor, al fin y al cabo.

—Lo quiero —sentenció—. Lo pondré en mi estudio; es perfecto.

Rompí el contacto visual.

—En dibujo la perfección no existe. De hecho, la imperfección suele sumar interés a la obra. Las diferencias, los matices.

—En arquitectura es mejor que el edificio sea perfecto para que no se venga abajo —comentó aligerando el tono.

No me quedó otra que sonreír. Una de esas sonrisas que no llegan a ser completas, quizás porque había demasiado dolor entre nosotros.

—La perfección no existe —musité respondiendo a su comentario.

Adrián se giró y me sentí sobrecogida por el sentimiento que proyectaban sus ojos. Ese amor traicionero e inoportuno se instaló entre nosotros. Sentí que no podía respirar. ¿Cuándo había dejado de ser yo misma para someterme a las necesidades de mi yo más primario e irracional? Quería besarlo, quería estar con él más de lo que quería cualquier otra cosa en mi vida.

Adrián me acarició la mejilla con una ternura infinita y todas las personas que se encontraban a nuestro alrededor se convirtieron en una amalgama de colores. La suave música y los murmullos de la gente hablando generaban un ruido blanco.

—¡Tú eres perfecta para mí! Ojalá estuviéramos en ese mundo alternativo, viviendo en Nueva York. Yo diseñaría edificios, tú dibujarías mis manos, mis pies, todo lo que soy.

—¡Adrián! —susurré negando.

Pero ese amor nos arrastraba a hundirnos en él. Adrián levantó su otra mano acunando mi otra mejilla. Con Adrián descubrí que el amor es el sentimiento más poderoso y que nos puede llevar a hacer cosas de las que nos creíamos incapaces.

Adrián se acercó más a mí. No importaba la exposición. No importaba ni Ginebra ni Paul. Allí solo estábamos él y yo entre una tormenta de ruido blanco.

Sentí su aliento sobre mis labios, pero la cordura se abrió paso ante el deseo que se imponía como una pesada losa.

—¡No, no! —Lo aparté separándome de su cuerpo—. ¿Estás loco? —susurré mirándolo con rencor—. Tu novia está en la sala de al lado.

—Estoy enamorado —sentenció Adrián.

Vi sus ojos anegados en lágrimas y yo también tuve ganas de llorar. Pero ese no fue el único sentimiento que me invadió: sentí ganas de abofetearle, pero también deseo y amor. Un torrente de emociones a las que no sabía ni cómo darles nombre.

Caminé hacia el pasillo alejándome de Adrián.

—¡Espérame! —me pidió caminando detrás de mí.

No podía esperarlo, no podía enfrentarlo. Tenía que huir de él, de mí y de todo lo que nacía descontrolado entre nosotros. De aquel amor que se había enraizado con fuerza, que crecía en mis huesos, en mis costuras, dentro de mí llenándolo todo.

No podía soportar estar allí ni un minuto más. Conocía la galería y sabía que al final del pasillo, después de los baños, había una puerta que daba a la parte de atrás entre edificios. Nadie la utilizaba, era una especie de salida de emergencia. Era mi salida de emergencia.

No lo pensé. Caminé dejando atrás mis obras, a mis amigos, el ruido blanco y a Adrián. En cuanto vi la puerta la empujé y salí al exterior.

La lluvia me sorprendió fuera cayendo con fuerza sobre mí, sin la menor misericordia. La puerta daba a la parte de atrás del edificio, donde había un aparcamiento y la parte trasera de varios edificios. Caminé rápido, sin prestar atención a que me estaba mojando.

—¡Ros, espera! Te vas a empapar —oí la voz de Adrián detrás de mí.

—¡Déjame!

Seguí hasta girar la esquina que hacía el edificio. La lluvia caía con fuerza, mi vestido y mi peinado quedaron destrozados en segundos.

La lluvia torrencial no desanimó a Adrián, que caminó detrás de mí girando la esquina hasta que me cogió del brazo.

—Espera.

Me di la vuelta furiosa y lo empujé.

—¡Déjame, Adrián! Déjame en paz, sal de mi vida.

Adrián estaba empapado. El agua caía lavando su cara. Su pelo castaño se le pegaba a la cabeza.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí, sí. Es lo que quiero —contesté furiosa.

—¡Eso es mentira! —replicó con sus ojos verdes formando una fina rendija.

—¿Por qué? ¿Por qué es mentira? ¿Qué sabes tú de mí? —contesté experimentando un sentimiento desconocido que oscilaba entre la cólera y el dolor—. No sabes nada, ni siquiera me conoces de verdad. ¡Yo jamás mentía! ¡Yo odiaba las mentiras! Y mírame ahora con Ginebra: le miento a la cara todos los días.

Adrián asintió y supe por su mirada que él también estaba sufriendo.

—Ya sé que es difícil, también lo es para mí.

Estaba herida. Me sentía mal, humillada por tener la certeza de que se acostaba con otras, y celosa porque yo nunca sería la novia.

—Sí, muy difícil, por eso te acostaste con Alice.

Esta vez fue él quien se enfureció.

—¡Eso no significó nada! Menos que nada. Fue un acto de desesperación de alguien que no soporta estar solo para no pensar en su miserable vida. —Hizo una pausa y me miró con rencor —. Ya te pedí perdón. Pero ¿y tú qué?

Adrián dio un paso hacia mí.

—¿Yo qué?

—Tú te estas acostando con el tibio ese de Paul. ¿Por qué? ¿Para herirme? ¿Por qué te acuestas con él si no sientes nada?

—¿Tú qué sabes lo que siento por él? —lo desafié—. No tienes derecho a echarme nada en cara. Menos que nadie tú, que duermes con tu novia todos los días.

Adrián asintió mientras el agua de la lluvia se deslizaba por su cara.

—Casi nunca me acuesto con ella, y la última vez que lo hice tuve que pensar en ti.

Me sentí furiosa y le di un tortazo.

El agua caía con rabia sobre nosotros. Estábamos empapados.

Adrián torció la cara por el golpe, pero rápidamente volvió la vista al frente.

—Es la verdad. ¿Te duele? Lo siento, pero no te voy a mentir. ¡Yo tampoco soporto mentir más! —soltó—. No puedo acostarme con ella, es como mi hermana. Solo conseguí hacerlo pensando en ti, porque estoy loco por ti. ¡Estoy enamorado de ti! ¿No ves que estaba muerto antes de conocerte?

Las lágrimas comenzaron a caer de mis ojos, di un paso atrás para escapar de mis propios sentimientos, pero no había a donde huir porque los sentimientos estaban dentro de mí. Di otro paso atrás y mi espalda dio con la pared del edificio. Gracias a la cornisa, mi cuerpo quedó un poco resguardado de la lluvia. No tenía escapatoria. Adrián avanzó un paso para ponerme literalmente entre la espada y la pared.

Me acarició las mejillas secándome las lágrimas.

—Te amo y sé que me amas. —Lo dijo mirándome a los ojos, también parcialmente resguardado de la lluvia por la cornisa—. ¿Por qué no puedes admitirlo? Tu cuerpo no puede negarme.

En ese momento me besó y el mundo entero estalló. Los dos estábamos frente al abismo y allí no cabían las mentiras. Las emociones estaban a flor de piel: el miedo, el amor, el dolor y la certeza de que lo que sentíamos estaba prohibido. Simplemente no podía ser, y a pesar de todo nos amábamos.

Lo devoré hundiendo mis manos en su cabello empapado. Demostrando que sí tenía razón. Que, a pesar de todos los impedimentos, a pesar de la ética y la moral, por encima de todo estaba

la verdad, y la verdad siempre encuentra la forma de salir a la luz.

Adrián me cogió en volandas, apoyando mi cuerpo contra la pared sin dejar de besarme. Bajó sus labios por mi cuello, lamiendo y besando mi piel. Gemí en sus brazos cuando una de sus manos se metió por debajo de mi vestido, dentro de mi ropa interior, para acariciarme. Bajé un pie al suelo para no perder el equilibrio mientras él deslizaba sus dedos entre mis piernas trazando círculos.

Adrián estaba hambriento y necesitado. El amor puede ser una droga muy poderosa. Bajó el tirante de mi vestido para llegar a mi pecho izquierdo y se aferró a él mientras yo apretaba los dientes para no gemir más alto.

—¡Entra, por favor! —le susurré.

Adrián me miró a los ojos, con dolor, con amor, con rabia, mientras yo desabrochaba su pantalón.

Me penetró contra la pared del edificio entrando con fuerza dentro de mí. Fue salvaje, sensual y doloroso, especialmente para nuestros corazones.

—¡Te quiero! —me susurró cuando el amor pudo al deseo.

—Sigue, más fuerte —le rogué.

—¡Dímelo! ¡Dímelo, joder! Necesito escucharlo, aunque sea una sola vez.

Adrián subió el ritmo, y yo, que ya estaba rendida a él, lo deje seguir.

—¡Te quiero! —susurré en su oído mientras él se corría dentro de mí.

Exploté y temblé. Mi cuerpo se quedó exhausto como no lo había estado en mi vida. El amor puede ser devastador como una bomba de racimo. El amor me llevó a tener sexo en una calle inhóspita en la parte trasera de las galerías. Toqué el cielo y volví al infierno, que era nuestra realidad en cuestión de segundos. ¿Cómo habíamos podido? Eché de menos a la Roser que no prestaba tanta atención al sexo, a la Reina de Hielo, virgen de enamoramientos.

Adrián salió de mí y nos quedamos en silencio. Reposamos unos segundos apoyados en la pared. Estábamos sin aliento, quebrados. Comprendí que el papel de Adrián no era más fácil que el mío. Comprendí su dolor, que reconocí como propio, pero se viera por donde se viera, aquello estaba mal. Me parecía estar en un sueño, o en una pesadilla, estábamos completamente empapados. Era la primera exposición que hacía en años y acababa de arruinarlo todo. No solo no podía entrar y hacerme cargo de lo que había venido a hacer esa tarde, sino que quien lo estaba haciendo era Ginebra, la mujer a la que los dos habíamos engañado. Eso no podía volver a repetirse, nunca.

—No vuelvas a hablarme —murmuré con la mirada perdida en aquella capa de lluvia.

Adrián se mantenía a mi lado. Tratando de respirar, con la camisa medio abierta y empapada pegada a su cuerpo.

—¿Qué dices? ¿Cómo puedes decirme eso después de lo que acaba de pasar?

—No vuelvas a tocarme. No me mires. No me hables. No me mandes mensajes de madrugada. ¡No quiero nada!

Lo miré a los ojos. Adrián tenía una mirada desesperada.

—No puedes hablar en serio después de lo que me has dicho.

—Míranos, por Dios, Adrián. ¡Tu novia está ahí dentro! Estáis prometidos y ella me ha ayudado en todo esto. ¿Y qué hago yo? ¡Tirarme a su novio en un callejón!

—Hablaré con ella. Se lo confesaré y la dejaré.

—No puedes hacerlo —dije casi sin fuerza. No podía luchar más. Aquello no nos llevaba a ninguna parte. Exhalé la verdad. Lo que él y yo sabíamos que nunca le permitiría dejarla—: Se está muriendo y sé que la quieres. Sé que no serías capaz de dejarla. No lo has hecho en todo este tiempo y no lo vas a hacer ahora.

—¿Y nosotros qué? —preguntó con la desesperación de los desahuciados.

Las lágrimas caían por mis mejillas confundiéndose con el agua de la lluvia.

—Nosotros nada. Esta ha sido la última vez.

—¡Joder! —bramó Adrián y dio un puñetazo en la pared.

Vi la sangre en sus nudillos y el dolor en sus ojos. Pero no era por el golpe, era por saber que todo lo que yo había dicho era verdad. Que no había un nosotros, porque él no iba a dejar a Ginebra. Y en el fondo, a nuestra manera, los dos la queríamos. ¿Quién que la conociera por más de dos días podría no quererla?

—Adiós, Adrián.

Fue lo último que le dije antes de girarme y caminar de regreso a la galería.

En cuanto entré empapada por completo y descompuesta me encontré con la sorprendida mirada de Jaime. Llevaba en el brazo su americana, y me estaba buscando para despedirse y marcharse.

—¡Sácame de aquí, por favor!

Me abracé a Jaime desesperada mojando su atuendo perfecto.

Jaime me envolvió en su chaqueta y me abrazó.

Los amigos de verdad son como una segunda piel. Él fue mi segunda piel esa noche. Nos fuimos por una salida que evitaba la entrada principal y las salas. No recuerdo gran cosa de ese momento, solo el dolor en el pecho y la sensación de no poder respirar, el abrigo de la carísima chaqueta de Jaime que me envolvía en su aroma que conocía desde hacía tantos años. Salimos de la galería dejando atrás a mis amigos, a Ginebra que marcaba los cuadros vendidos, a Paul al que ni siquiera había saludado, y a un Adrián empapado y con el corazón roto, como lo estaba el mío.

Capítulo 29

Un remanso de paz

No recuerdo gran cosa de ese día, solo que me desmoroné como un castillo de naipes. Jaime me ayudó a llegar a casa, a secarme, a cambiarme de ropa y a meterme en la cama.

Cerré los ojos y me dejé ir.

Cuando me desperté, horas después, ya era de noche. Jaime se había marchado, principalmente porque es de esos hombres que nunca pierden la calma y a los que es bueno tener cerca en una situación de crisis. Le pedí que me dejara sola y él me respetó. Estaba a la deriva, pero era mi naufragio y no quería salvavidas. Antes de dormirme lo oí hablar por teléfono con Michael, a esas alturas todos sabían que me había pasado algo con Adrián. No se lo reproché, huir de mi propia exposición merecía una explicación en condiciones.

Mi ausencia en la galería no hizo más que aumentar el interés. Se generó mucha expectación alrededor de mi persona. ¿Había ido a la exposición? ¿Quién era la autora de las obras? En redes se hablaba de mis obras. Se hizo tendencia el *hashtag* #pinkhairedgirl [1] y se creó un hilo en Twitter con más de doscientos comentarios sobre mi presencia o ausencia en la exposición, sobre las obras en sí, incluso hay quien comentó algo sobre mi local de bellas artes. Mi perfil de Instagram pasó de doscientos seguidores a más de diez mil entre esa noche y los días siguientes. Me etiquetaron en *stories*, en *tuits*, en publicaciones de Facebook… ¡Fue un *boom*! Algo inesperado, algo que nunca me habría imaginado, pero que me ayudó a conseguir mi objetivo: vender obras. Y sí, la finalidad buscada se logró. Entre la noche de la inauguración y las dos semanas siguientes vendí el setenta por ciento de mi producción artística. Eso me proporcionó una suma que doblaba mis ahorros y que me ponía en disposición de hacer una oferta al propietario.

La exposición había sido un éxito, pero yo enfermé. Esa noche me subió la fiebre. Michael me llamó a la mañana siguiente y le conté lo mal que estaba físicamente, sin hablar de Adrián ni una sola palabra. Tuve fiebre durante dos días. Había oído eso de enfermar de amor, pero nunca pensé que podría ser tan literal. Michael, que había terminado su baja laboral para iniciar sus vacaciones, se presentó en mi casa y no se separó de mí durante días. Por las tardes Eva venía y le hacía compañía, principalmente porque yo me dedicaba a vegetar.

Ellos fueron mis escuderos esos dos días. Hablaron con la dueña de la galería sobre mi fiebre e indisposición. Se hicieron cargo de las ventas, de las redes y de contestar a cada comentario con un corazón. Yo iba y venía entre paracetamol, fiebre, sopa y líquidos.

Adrián no me llamó, pero sí que sabía lo que me había pasado. Michael se lo encontró al tercer día en el portal y se lo contó. Yo ya no tenía fiebre, pero seguía en cama. Esa tarde Michael me habló de forma un tanto enigmática:

—Adrián va a regresar a España con Ginebra. Al parecer ella tiene unas pruebas médicas y se irán mañana. —Hizo una pausa, pero no dije nada—. Debe de ser terrible estar en la situación de Adrián: atrapado y sin salida. Lo peor es que ella también está atrapada y sin salida. Son una pareja desgraciada. Sin embargo, él es un buen tipo. Nadie es perfecto.

No dijo nada más ni yo tampoco. Supongo que con aquel «nadie es perfecto» pretendía dignificar a Adrián. Pero no le di réplica.

Adrián cumplió con lo que yo le había pedido: no hubo ni una llamada, ni un mensaje por su parte. Lo último que recordaba de él era su rostro bajo la lluvia, sus ojos verdes heridos y la sangre en sus nudillos.

Quien sí vino a despedirse fue Ginebra. La oí hablar con Michael desde mi cama. Michael había dejado mi puerta entornada y pensaba que yo dormía.

—¡Oh, querida! Ros está durmiendo en este momento, sigue enferma.

—Sí, me contó Eva que se marchó de la exposición porque se encontraba mal, pero no pensé que todavía siguiera indispuesta. Vaya faena. No quise llamar por teléfono para no saturarla, seguro que está teniendo muchas llamadas y mensajes.

—Oh, ¡es cierto! Se ha descubierto una estrella.

—Sí, ¿verdad? Sabía que tenía talento. Lo supe en cuanto me puse manos a la obra con sus redes, pero ha sido un éxito. ¿Has leído las menciones en la prensa?

—Sí, sí. Eva lo tiene todo rastreado. Tendremos que acostumbrarnos a que nuestra Ros sea una persona famosa.

—¡Qué rabia que no haya podido hablar con la gente en el evento! Por otro lado, se ha creado mucha expectación, todo el mundo habla de la misteriosa chica del pelo rosa.

—Lo sé, estamos muy sorprendidos.

—Dile que, a pesar de todo, me alegro mucho por ella.

—¿A pesar de todo, *darling*?

Ginebra mantuvo silencio un instante.

—Sí, me refiero a que a pesar de que el fin de fiesta no hubiera sido lo que ella esperaba, me alegro de su éxito. Se lo merece, es una currante.

Ginebra se despidió de Michael y se fue. Había algo en ella diferente. No parecía la misma chica que me había estado ayudando día y noche. Me alegré de tener una excusa para no enfrentarla.

* * *

Se fueron a la mañana siguiente.

Adrián no me escribió. No sé si él también se había sentido superado por la situación. Le escribió a Michael desde el aeropuerto para pedirle que se despidiera de todos de su parte. No dijo cuándo regresaría, ni tan siquiera si regresaría. Acto seguido salió de nuestro grupo de WhatsApp.

El hecho de que se marcharan de algún modo significó un alivio. No me dolió ese acto en concreto, porque cuando ya te has roto, no sientes el dolor igual.

Necesitaba respirar y volver a levantarme. Me centré en volver a estar bien y me prohibí a mí misma seguir pensando en Adrián. ¿Dónde estaba la Reina de Hielo?

Tuve que pasarme por la galería y excusarme personalmente con la dueña. No le dio la menor importancia, lo achacó a las «excentricidades de los artistas». Al parecer el arte y la exposición también enfermaban. A ella lo que le interesaba era el negocio que había hecho: yo era una estrella emergente en el firmamento cultural londinense. Los números eran espectaculares. Me sentí satisfecha, quizás mi corazón estuviera dañado, pero mi cartera estaba hinchándose a pasos agigantados. Durante esos días me dediqué a organizar mi economía y a leer varios artículos sobre mi exposición.

El sábado Michael todavía seguía en mi casa. El hecho de que los dos estuviéramos de vacaciones le había dado la excusa perfecta para entregarse en cuerpo y alma a mí. Salí a correr por primera vez en días y me sentó bien. Activar las endorfinas siempre es una buena idea. Al regresar eché un vistazo a mis redes, no sabía cómo gestionar los cientos de mensajes que se me acumulaban por leer. Mi página web iba como un tiro y había vendido desde el día anterior otras cuatro obras por internet. Si seguía así a finales de agosto no tendría nada que vender, pero sí que tendría el dinero para comprar el local.

Michael llegó cargado con la compra.

—Querida, me he traído todo el *supermarket*.

Sonreí al ver que dejaba las bolsas sobre la mesa de la cocina.

—Michael, te recuerdo que el martes cogemos un avión a Alemania.

—Y yo te recuerdo que tienes que comer bien. Todo esto es para hacer uno de esos mejunjes tuyos, *dear*.

—¿Mejunjes?

—*Yes, love*. Esos batidos verdes —comentó con cara de desagrado.

—Cremas de verduras. ¡Son cremas, Michael! No tienen nada de malo.

Le ayudé a vaciar la compra y me encontré con una pizza.

—¿Y esto?

—Yo no pienso comer de eso verde.

—El otro día te vi comer la sopa y el pollo cocido.

—Un acto de amor. Lo hice por acompañarte, además la sopa no es verde.

—Y te ayudó Jaime a hacerla…

—Pensé que estabas con fiebre —siseó.

Repartí la compra entre la nevera y el armario.

—Estaba con fiebre, pero te oí cómo hablabas con alguien pidiendo indicaciones. —Me encogí de hombros—. La sopa quedó espectacular y sé cómo cocina Jaime, tú no has cocinado sopa en tu vida.

—*Touché*.

—¿Y?

—Y ¿qué? ¿Te has puesto en modo cotilla?

—Sabes que no soy cotilla, solo quiero que sepas que estoy aquí por si quieres hablar. No he sabido nada de La Pelirroja desde la exposición.

Michael se mostraba algo reticente.

—Bueno, digamos que le he pedido un poco de espacio.

—No me has dicho nada.

—No era el momento, querida. Estabas destrozada y febril. Tengo mucha consideración con la gente enferma, especialmente con los que están enfermos de amor, como tú.

Hice una mueca.

—Michael, no desvíes la atención hacia mí.

—Es cierto. ¡No tiene sentido ocultártelo! Te lo cuento, pero no quiero hablar del tema, ¿ok? Solo quiero desahogarme.

Asentí mientras Michael cogía entre sus manos un bolígrafo. Comenzó a darle vueltas y a cambiarlo de mano. Yo cogí varias verduras y las lavé, mientras esperaba que Michael arrancara.

—Necesito espacio con Brianne, la cosa se estaba poniendo demasiado seria y yo no estoy para una historia seria en este momento. —Hizo una pausa antes de seguir—. Ya no me ayuda a olvidar… *Oh, shit! I can't do it!* [2]

Tiró el bolígrafo sobre la mesa y apoyó ambas manos encima de la misma.

Dejé los vegetales en un escurridor y observé a mi amigo luchar consigo mismo.

—Pasó algo en la inauguración que no te he contado, querida.

Recordé a Adrián entrando y saliendo de mi cuerpo. Pidiéndome que le dijera te quiero. Las lágrimas que caían por mi rostro después de haber arañado el cielo. Su puño contra la pared. La sangre escurriéndose entre sus nudillos. Su mirada verde entre los mechones empapados en lluvia. El cielo roto sobre nuestras cabezas.

—¿Qué? —pregunté con la imagen de Adrián grabada en mi retina.

—Follé con Jaime en el baño.

—¿Cómo?

—¡Fue un momento de locura! No pudimos evitarlo —se excusó—. Él me habló, se preocupó por mí y yo… —Se pasó ambas manos por la nuca y la cara—. ¡Joder! Ese tío me pone como la primera vez. Fue algo salvaje. Nos metimos en el baño y no pude esperar para ponerme de rodillas y…

—¡Basta, Michael! No necesito los detalles.

Michael se mordió el labio.

—*Ok, love*. Fue increíble —suspiró—. El mejor sexo siempre ha sido con Jaime.

Guardé silencio un momento para tratar de ordenar mis ideas.

—Entonces, ¿habéis hablado?

—No, bueno sí, pero no. No de nosotros. Hemos hablado de cómo estabas. Hemos hablado de cómo hacer la sopa. Pero nada sobre nosotros.

—Pero ¿por qué no le hablas de lo que sientes? Está claro que os seguís queriendo.

—A veces no es suficiente con amar, también hay que amarse bien. Nosotros ya no nos amamos bien.

No dije nada. Michael tampoco añadió nada más. Me quedé con la frase de Michael: «A veces no es suficiente con amar, también hay que amarse bien».

* * *

Agosto fue un remanso de paz, como esa calma que llega tras una fuerte tormenta.

Salimos de viaje a Alemania sin Jaime ni Brianne. Éramos un grupo considerable: Nolan, Eva, Michael, las compañeras de Michael del trabajo, el alemán, encargado de encabezar el viaje, Juan y Lucas, Alice y yo. Casi el grupo completo de los que solíamos hacer las fiestas y salidas últimamente. Sabíamos que íbamos a encontrarnos con la naturaleza más salvaje, pero nada nos preparó para la imagen con que nos encontramos en las montañas de arenisca del Elba. Estábamos en la frontera con la República Checa, en el Parque Nacional de la Suiza sajona. Las formaciones rocosas eran inmensas y con una curiosa forma alargada y redondeada que chocaba con la imagen que teníamos de una cordillera. De forma inevitable me recordaron a las montañas de *Dragon Ball*. La extensión de naturaleza, el vernos tan lejos de un escenario conocido, nos hizo desconectar. Paseamos, hicimos fotos y caminamos por el Puente Bastei a casi doscientos metros de altura sobre el río Elba. Era uno de esos sitios que te hacen desconectar de lo mundano. Ese fue el inicio de nuestro periplo por la naturaleza, estuvimos quince días más descubriendo los rincones de mayor belleza natural de Alemania. Sitios tan increíbles como la cascada de Bad Urach, los acantilados blancos en la isla de Rugen y el Muro del Diablo en las montañas de Harz.

He de reconocer que tanta naturaleza no era ni lo mío ni lo de Michael, a los ocho días ya nos sentíamos un poco árboles y necesitábamos asfalto con carácter urgente, pero los dos coincidimos en que nos venía bien aquella desintoxicación de la ciudad. Nos perdimos por bosques frondosos reconciliándonos con nuestro yo más salvaje. Caminamos, comimos y perdimos la cobertura constantemente. Sin Paul ni Adrián, sin Brianne ni Jaime. Lejos de todo lo que había ocurrido en Londres en los últimos meses. Mientras tanto, Nolan y Eva estaban prácticamente de luna de miel. Con su reciente compromiso ambos habían subido un par de

grados de felicidad y tanto Michael como yo coincidíamos en que brillaban más. Eran tan ideales, nuestros Ken y Barbie particulares.

El aumento de mi popularidad en redes no se vio afectado por mi falta de cobertura. Al contrario, mis ausencias crearon interés.

Paseando con Michael, Nolan, Eva y los demás por los bosques, como si fuéramos habitantes de La Comarca de Frodo Bolsón, encontré paz. Una paz que nunca había ansiado tanto.

Capítulo 30

Charlas, amor y perdón

Jaime

Llamar al timbre de mi propia casa se me hacía demasiado raro. No había vuelto allí desde el día en que había regresado de Japón. Aquel fatídico día en el que todo había saltado por los aires. Recordaba el sexo con Michael y después el abismo cuando confesó que se había acostado con una mujer en nuestra cama. No me lo podía creer, o quizás sí. Michael me conocía mejor de lo que nadie me había conocido en toda mi vida y sabía cómo herirme. Habíamos vivido en un perfecto equilibrio entre sus necesidades y mi concepto del amor. Mi clásico concepto del amor, según Michael. Sin embargo, ese equilibrio tan difícil se había resquebrajado. Hacía un año que habíamos dejado de hablar de lo que realmente importaba, que pasábamos de puntillas por las cosas y que nos amábamos mal. Habíamos llegado a un punto donde no éramos pareja, no éramos amigos, ni éramos amantes. Hablábamos siempre sin abordar la cuestión nuclear: ¿qué nos había pasado?

La última vez que lo había visto fue en la exposición de Roser y desde entonces habían pasado semanas. Aquella tarde habíamos perdido la cabeza y habíamos tenido sexo en el cuarto de baño como si fuéramos unos recién enamorados. Sí, nos amábamos, de eso no tenía ninguna duda a pesar de lo mal que lo habíamos hecho.

Al ver que Michael no abría la puerta entré.

Me había dicho que si llegaba antes que él entrara y lo esperara en casa. «En casa», qué difícil se me hacía ese concepto. Qué duro puede ser el amor cuando se hacen las cosas tan mal.

Entré en el que había sido nuestro templo durante años. Llevábamos doce años juntos y habíamos vivido tanto que la vida sin Michael se me hacía extraña. Observé la cama donde habíamos tenido amor, sexo, risas y discusiones. Tenía una sensación de pérdida difícil de explicar. Sabía que Michael y yo tendríamos que enfrentarnos a un futuro separados, pero de algún modo no éramos capaces de romper del todo el cordón umbilical que nos unía. Michael tenía un carácter mucho más emocional que el mío. Era mucho más sensible que yo, por eso incluso había estado de baja tras nuestra ruptura. Él había sembrado un campo de minas y cuando estas habían estallado había sido el más perjudicado.

Estábamos terminando agosto y era un día caluroso. Abrí las ventanas de la habitación porque

no me gustaba la sensación de estar con ellas cerradas. En realidad, no se refrescaba el ambiente, pero para mí era algo necesario, algo irracional y poco habitual en mí que siempre racionalizaba todo. Pero estar allí, en donde habíamos vivido tanto, enfrentándonos a lo que éramos ahora, se me hacía cuesta arriba. No me extrañaba que Michael se hubiera ido a la casa de esa chica al principio de nuestra ruptura, después a casa de Roser y después a Alemania. Estar allí dentro era insoportable sabiendo que ya no estábamos juntos.

Decidí aprovechar el tiempo y abrí de par en par las puertas del armario. Saqué mi ropa y fui haciendo perfectos montones por categoría e incluso colores. Tendría que subir al trastero a por maletas. Por lo menos hoy me llevaría una parte, pero había tanto que recoger que tendría que llamar a una empresa de mudanzas. No me sentía con fuerzas para empaquetar, pedazo a pedazo, mi propia vida.

—¡Hola! Ya estoy aquí. —Oí entrar a Michael—. Traigo vino, lo dejo enfriando. Espero que te quedes a cenar.

—Estoy en el dormitorio —contesté mientras colocaba unos jerséis perfectamente doblados.

—Ok. Vi tu mensaje —comentó mientras caminaba hacia mí—. No tienes que escribirme diciendo que has entrado. Es tu casa, ¿recuerdas? Está a tu nombre en el registro.

Michael entró en la habitación con su parloteo habitual y de repente se frenó en seco.

—¿Qué haces, Jaime?

Lo observé. Estaba guapísimo con unos pantalones vaqueros desgastados. Unas chanclas y una camiseta blanca con un simpático bolsillo de cuadros escoceses en el pecho. Se le veía recién rapado y estaba sencillamente espectacular.

—Aprovechar el tiempo —contesté intentando mantenerme frío—. Estoy preparando algunas cosas para llevarme. Estaba pensando que quizás sea mejor que envíe una empresa de mudanzas para el resto. —Michael no dijo nada, así que seguí—: Lo de cenar, bueno sí. No lo había pensado, pero podemos pedir algo.

Michael se acercó a la cama como si no entendiera lo que estaba pasando.

—¿Estás recogiendo tus cosas? ¿Te las vas a llevar?

—Claro, no tiene sentido que siga comprando cosas que necesito cuando están aquí las mías.

—¡Tampoco tiene sentido que estés en un hotel cuando esta es tu casa!

Michael estaba fuera de juego, pero vi cómo rápidamente el enfado ganaba al desconcierto.

—Michael, yo no puedo estar en esta casa. Quédate tú —confesé.

—Es tuya.

—Da igual.

—¡Es tuya, joder! —repitió—. Yo tampoco puedo estar aquí sin ti.

Michael levantó la voz. Podía comprender su dolor porque lo compartía. Mi propio dolor era insoportable. Ninguno de los dos podía permanecer allí. Habíamos estado en un tiempo muerto, en el cual nos escribíamos y hablábamos sin atacar la cuestión nuclear. Un limbo en el que

Michael compraba vino y lo ponía a enfriar para una cena en la que compartiríamos sin compartir. ¿Qué podíamos hacer? El tiempo se había acabado. Todo llegaba a su fin.

—Michael, no quiero esta casa. Me partiría el corazón vivir aquí sin ti. Dejémoslo estar, no nos hagamos más daño.

Michael me miró abatido. Después miró la cama: a los cuidadosos montones de ropa que había preparado. Se abalanzó sobre ellos y los lanzó al suelo, o contra la pared, mientras despotricaba:

—¡No quiero dejarlo estar! ¡No quiero ser civilizado! No quiero que hablemos y que no nos digamos nada.

Me acerqué a él y lo sujeté de un brazo para que dejara de armar semejante desorden.

—¡Basta, Michael! Seamos sensatos, esto no nos llevará a nada.

—¡No, querido! No quiero ser sensato. Yo tampoco quiero estar en esta maldita casa si tú no estás conmigo.

Michael abrió las puertas del armario y cogió sus prendas lanzándolas por el aire. Me quedé perplejo. En menos de cinco minutos había vaciado en el suelo gran parte del armario.

—Por favor, Michael, no seas crío —musité, todavía incrédulo.

—¿Crío? Tengo cuarenta y dos años, se me caen los párpados y tengo el cuello de vieja.

—Tú nunca podrás tener el cuello de vieja.

Michael me miró con rabia.

—Tienes razón, ¡tendré el cuello de viejo!

—Tú cuello está perfecto.

Caminó hacia mí y se paró a escasos centímetros.

—¡Tú sí que estás jodidamente perfecto! Con tus camisas de marca, tus pantalones, tu pelo canoso y tus ojos grises. Te follaría ahora mismo. Duro, tan duro como el primer día.

Sin poderlo evitar, se me puso dura. Yo también me lo follaría, pero ¿qué conseguiríamos con eso?

—No sigamos en este círculo vicioso —traté de razonar—. No quiero que nos hagamos más daño.

Michael se giró y se encaminó hacia el baño de nuestra habitación.

—Yo sí quiero. Quiero que nos hagamos daño, amor o lo que quieras. ¡Pero no quiero más noches sin ti! —bramó—. No quiero más charlas sin llegar a nada.

Cogió mi perfume de la estantería y comenzó a desenroscar el tapón.

—¿Qué haces?

—Tirarlo. No puedo tener tu jodido perfume todo el día presente.

Traté de quitarle el frasco.

—¡Basta, Michael! Cuesta cuatrocientas libras.

—Me da igual.

Forcejeamos y el bote se vació en nuestras manos.

—¡Mira lo que has hecho! Siempre eres tan impulsivo… —me quejé.

—¡Joder, antes te gustaba!

—Y me sigue gustando, pero no para tirar mi puto perfume. —No pude evitar que la verdad aflorara a mi boca—: Dejaste de ser impulsivo conmigo. Te encerraste, pusiste distancia.

Ahí estaba: la verdad, abriéndose paso entre las raíces de nuestro problema.

El olor a mi perfume se extendió como una plaga.

—¿Yo puse distancia? Te fuiste a Alemania, después a Finlandia, España, Francia, Argentina, México, Nueva York, Tokio…

—Viajé a más sitios —lo corregí.

—¡Ya lo sé! No hace falta que me corrijas, deja de ser tan jodidamente perfecto.

—Yo nunca dije que fuera perfecto.

Nos miramos a los ojos. Heridos, necesitados, desahuciados.

—Lo eres para mí —sentenció Michael. Me cogió de la cara y sentí sus manos calientes en mi piel—. Lo eres para mí. No podía soportar la distancia contigo cuando te marchabas. Te echaba de menos con desesperación, quería estar donde tú estabas.

Me quedé en *shock*. Los ojos de Michael eran pura lluvia.

—Nunca me dijiste nada al respecto —confesé—. Pensé que estabas enfadado por mis viajes. Sentí que mi éxito te hería de alguna forma.

—¡Y me hirió! —confesó Michael—. Fui ruin y mezquino. Me alegré por tus éxitos, pero sentía celos. Fui un miserable, lo sé. Yo seguía siendo un simple celador, mientras tú pasaste de ser el jefe de cardiología a una eminencia. ¡Una puta eminencia!

Me quedé callado.

Michael deslizó sus manos por mi rostro y las hundió en mi cabello.

—¡Mi eminencia! —susurró—. No sé en qué momento pude ser tan mezquino. Me volví loco con tus ausencias. Te echaba muchísimo de menos, cuando en realidad solo quería estar allí contigo…

No podía dar crédito.

—No me dijiste nada, Michael.

—Tú no me invitaste a ir.

—Nunca pensé que quisieras dejarlo todo para seguirme alrededor del mundo.

—¡Pero si tú eres mi vida! —declaró—. ¿Qué podría hacer mejor que compartir tu éxito? Me quedé aquí siendo un imbécil sin atreverme a contarte el vacío que sentía. Con el corazón roto, sintiéndome lejos de ti. Mayor, viejo, poco sexi.

No pude evitar mirar sus labios y volver a subir la mirada a sus ojos.

—¡No me jodas Michael, eres el tío más sexi que conozco! Sabes que no tengo ojos para nadie más.

Michael esbozó una sonrisa.

—¿Todavía piensas eso? ¡Eres jodidamente maravilloso! —Michael deslizó su mano por mi

mejilla—. No te has acostado con nadie en estos doce años.

—No.

—No era una pregunta.

Tragué saliva. Michael estaba cerca y nuestros cuerpos se rozaban.

—Solo quería que no tuvieras ninguna duda. Jamás he estado con otro.

—Mientras que yo te herí acostándome con otros.

—Es algo que yo acepté —tuve que tragar.

—No te gustaba.

—Porque era algo que yo no necesitaba. —Hice una pequeña pausa antes de declarar—: Pero me heriste al acostarte con esa chica en nuestra cama.

Cruzamos una mirada cargada de sentimiento.

—Confieso que me acosté con ella solo para herirte. Me dolía tanto tu ausencia, tu frialdad.

Vi el dolor en los ojos de Michael. ¿Quién había hecho más daño?

—Siento haberte hecho daño.

—No, yo lo siento —sentenció Michael—. Siento haber sido un imbécil y no haber sido sincero con lo que me pasaba. Siento haber traído una mujer a nuestra cama. Estaba tan perdido en mi dolor que no supe actuar de otra manera.

Michael me besó o quizás fui yo quien lo besé a él. Fue un beso lento, denso y cargado de todo lo que habíamos sido. Un beso que abrió un destello de esperanza entre la montaña de toxicidad que habíamos construido. Pero cuando se ama de verdad, como nosotros nos amábamos, es difícil mantener a raya el deseo. Sentí las manos de Michael descender hasta acariciarme. Todo mi cuerpo ardía de anticipación, sentí que él también estaba sobrepasado por las emociones. Me desabrochó el pantalón para colar su mano hasta mi miembro y acariciarme con firmeza. Bajó sus labios por mi cuello mientras los dos nos encendíamos. De repente sujeté su mano evitando que siguiera.

Michael levantó la mirada y me miró sorprendido.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté con la voz rota tratando de mantener la calma.

—Yo amarte toda la vida, si me dejas.

Sonreí y él también lo hizo. En ese momento no necesitamos más palabras. Dimos rienda suelta a la pasión y conectamos a través de un cordón umbilical invisible que siempre había estado ahí. El amor y el sexo se diluyeron en un solo sentimiento, porque el sexo, cuando es una expresión del amor, conecta no solo nuestros órganos, sino las capas y capas de nosotros que tratamos de cubrir a los demás. Por eso en el sexo nos desnudamos, porque nada puede quedar oculto.

Nos metimos en la ducha y follamos mientras nos reíamos, mientras nos llevábamos al límite, mientras sentimos que éramos los mismos que se habían enamorado en un hospital doce años atrás. No importaba las marcas que cortaban nuestra piel, los años, el sexo superficial con otras personas, la ausencia o los muros que habíamos levantado. Allí, en aquella ducha, mientras

apoyaba mi pecho en la pared, sentí cómo Michael me penetraba mientras susurraba promesas en mi oído. Promesas de una vida juntos en la que él y yo envejeceríamos juntos, en la que él me acompañaría en mis charlas alrededor del mundo. Yo también juré acompañarlo a él durante toda la vida. Amarlo con sus defectos, con sus virtudes y adorar cada nueva arruga que apareciera después de los años. Cuando eyaculamos dejamos ir todo lo malo y decidimos enfrentarnos a un futuro juntos, sin mentiras, sin silencios.

Después vinieron muchas charlas, mucho más amor y mucho perdón. ¿Quién no estaría dispuesto a volver a empezar si es con alguien a quien nunca has dejado de amar?

Capítulo 31

Esbozos en Nueva York

El teléfono sonó dos veces.

—¡Maldita sea! —susurré.

Estaba de rodillas con la cabeza en el váter vomitando. Sentí una nueva arcada y no salió nada. Llevaba delante del inodoro quince minutos con náuseas, había echado bilis y nada más.

La noche anterior habíamos salido de cena para celebrar tardíamente el cumpleaños de Jaime que había sido en julio, el compromiso de Eva y Nolan, y la reconciliación de Michael y Jaime. Habíamos ido con la pandilla a un italiano nuevo que había abierto muy cerca del London Eye.

Después nos habíamos desplazado hasta Xoyo para tomar unas copas y bailar un poco. ¿Quién que se considerara un auténtico londinense no había pasado una noche allí? Xoyo era una de las discotecas más auténticas de Londres y de las favoritas de Michael para pasar una noche épica. La verdad es que fue una gran noche, todavía podía sentir los destellos de las luces mientras bailábamos haciendo sombras en nuestros cuerpos. Lo mejor de la velada habían sido los votos que Michael había recitado a Jaime. Le había comprado un anillo a juego con otro que se había comprado para él, y había dicho de forma jocosa:

—Como veo que no te animas a pedírmelo, aquí están los anillos. Cuando quieras firmamos, *love*.

Jaime se había emocionado. No había llegado a llorar porque era una persona de emociones contenidas, pero se le veía muy emocionado.

Cuando todos pensábamos que lo suyo estaba acabado y que ya no había vuelta atrás, nos sorprendieron a todos reconduciendo su relación. Yo no era de ese tipo de personas que creía en los cuentos de hadas ni en los príncipes azules, pero al verlos juntos esa noche tuve la certeza de que esa historia de amor sobreviviría a cualquier envite del destino.

El teléfono sonó una tercera vez.

Me lavé la cara en el lavabo y me enjuagué la boca.

Llegué a tiempo de contestar al quinto tono.

—¡Querida, pensé que seguías durmiendo!

Bufé molesta, no me encontraba nada bien.

—Pues si lo pensaste, no te importó en absoluto porque no has dejado de llamar.

—¡Bueno, son las once de la mañana de un domingo! No me pareció que fuera tan pronto como para no insistir —replicó cantarín.

Michael estaba en las nubes, uno de los efectos del amor, y contra eso era muy difícil combatir.

Me llevé la mano a la cabeza, estaba algo mareada, así que decidí sentarme.

—¡Michael, nos hemos acostado a las cinco de la mañana!

—Y como eres una señora no aguantas una noche de fiesta… ¡Oh, querida, no tienes ni treinta años!

—No me queda mucho. De todas formas, ahora mismo me siento una anciana —confesé y me llevé la mano al estómago—. La verdad es que acabo de vomitar, algo no me sentó bien.

—¡Mojitos! Lo que no te sentó bien fueron los mojitos, *darling*.

—Solo me tomé dos, no seas exagerado. Será algo de la cena…

—Madre mía, querida, si te sientan tan mal las copas por no haber salido en un mes cuando no tienes ni treinta no quiero pensar que harás a mi edad.

—¡Pobre abuelo! Será que tú estás acostumbrado a tomarte una botella de vino cada dos días —comenté acercándome a la ventana—. Bueno, ¿y qué necesidad había de llamarme esta mañana? Pensé que seguirías de noche de bodas con Jaime.

—Pues por eso te llamo, mi Reina de Hielo, porque nos sentimos realmente como unos recién casados.

—Pues deberías estar teniendo sexo sin descanso —lo interrumpí—. ¿No hacen eso los recién casados?

—Recién casados de cuarenta y pico años, *sweetie*. Ya tuvimos un coito ayer antes de dormir y dos esta mañana.

—No hacía falta que entraras en detalles, entre tú y Jaime, y Nolan y Eva me siento en una comedia romántica.

—¡Está bien, iré al grano! Para poner la guinda en el pastel queremos invitaros hoy a comer, *sweetie*.

—¡Pero si ya lo celebramos ayer!

—Bueno querida, ayer pagamos entre todos porque había demasiadas celebraciones pendientes y ni un solo regalo.

—Eso es cierto, estamos ya por encima de esas convenciones sociales.

—¡Yo no! De hecho, me planteo casarme de verdad solo por los regalos.

Me reí.

—Bueno, el caso es que hemos reservado en Le Gavroche a la una. Solo los íntimos, nosotros cinco.

—¡Madre mía, Michael! ¿Alta cocina francesa? Realmente estáis de celebración.

—Sí, querida, tengo muchas ganas de festejar.

—Me voy a sentir un poco aguanta velas —me quejé sintiendo todavía un poco de malestar en el estómago.

—Eso nunca lo permitiríamos. Tú siempre serás nuestra Roser, nuestra Reina de Hielo.

—Bueno, del apodo ya no me queda mucho.

—*You are a very strong woman!* [1] Encontrarás la forma de volver a levantar tu castillo helado, *my queen*. [2]

Mi vestido de corte midi blanco con flores negras me recordaba un poco a los vestidos de la época dorada de Hollywood. Lo acompañé con unas sandalias de tacón negras, una cartera de mano y una estilosa coleta. Michael quería una boda, y aunque no hubiera firma nos vestiríamos lo más acordes al no evento. ¿Quién era yo para oponerme a las necesidades de un novio?

Salí del portal y me encontré de frente con Ginebra y Adrián.

Adrián estaba pálido, desmejorado. Había perdido el moreno en las semanas en las que no nos habíamos visto. Ginebra tenía un aspecto neutro, pero había cierta fragilidad en su rictus. Intuí que el maquillaje estaba haciendo maravillas, pero estaba más delgada y con el cabello sin brillo.

—Roser —me saludó esbozando una sonrisa—. ¿Qué tal? ¿Cómo han ido las vacaciones? ¡Las ventas en tu exposición fueron todo un éxito! Dime que no te has gastado todo el dinero a lo largo del mes de agosto.

Ginebra sonó tan agradable como siempre. Sin embargo, había algo que la hacía menos dicharachera, más ácida.

—Hola —saludó Adrián sin añadir nada más.

—Hola, no sabía que volvíais antes de septiembre —comenté sorprendida—. La exposición todavía sigue dando sus frutos, definitivamente tendré que darte una comisión por tus servicios.

Ginebra hizo un gesto negando con la cabeza.

—Olvídalo, ¡te ayudé de corazón!

Sus ojos brillaron y los tres nos quedamos en silencio.

Sentí que llevaba la letra escarlata tatuada en el pecho.

—Te lo agradezco. La verdad es nunca pensé que iría tan bien, esta semana me acercaré a la galería. Debido al éxito han decidido alargarla más tiempo.

—Sabía que saldría bien, tienes un talento increíble —afirmó Ginebra.

Adrián me miró con cierto anhelo.

El silencio volvió a imponerse.

—¡Bueno, me alegro de veros! —dije algo incómoda—. Tengo una comida y se me hace tarde.

—¿Has quedado con Paul? —preguntó Ginebra.

Me sentí helada. ¿Con Paul? No sabía nada de Paul desde la inauguración en la que lo había dejado plantado. Apenas nos habíamos intercambiado un par de mensajes en todo ese tiempo. Los ojos verdes de Adrián me atravesaron.

—No, no. No he quedado con él.

—¿Ya no os estáis viendo? —insistió Ginebra con cierta seriedad.

—Pues la verdad es que hace tiempo que no nos vemos.

Di un par de pasos bajando los escalones mientras Adrián metía la llave en el portal.

—Nos despediremos antes de irnos —añadió Ginebra a mi espalda.

Me giré cuando acababa de bajar el último escalón. Los miré desde la acera.

—¿De iros?

Adrián me observaba fijamente.

—He venido para dejar el piso y arreglar unas cosas con mi primo. Regreso a España.

—¿Por un tiempo? —me oí decir.

Adrián guardó silencio un momento antes de decir:

—Para siempre, regreso con Ginebra.

—Nos casamos en otoño —añadió ella con una voz distinta que no supe interpretar.

El corazón se me heló.

—Enhorabuena —susurré.

—¡Gracias! Llevamos mucho comprometidos y no le vemos sentido a esperar más tiempo.

—Claro.

—Será una ceremonia íntima, no más de sesenta personas —continuó—. Algo en un jardín bonito a principios de octubre, antes de que llegue el frío.

—Buena idea —añadí mientras se me cerraba el estómago—. Os deseo mucha felicidad.

Ginebra se abrazó a Adrián.

—¡Gracias! Será un día maravilloso. Tenemos muchas ganas de que llegue.

Adrián apoyó un brazo sobre los hombros de Ginebra y sentí que un agujero se abría a mis pies para tragarme por él. Sin embargo, eso no ocurrió. Seguí allí a los pies de la escalera.

Sentí que todo era injusto: la vida con Ginebra, ella con Adrián, él conmigo y yo con ella.

—Me tengo que ir a comer. Michael y los demás me esperan.

Adrián me replicó:

—Saluda a Michael de mi parte. Le escribiré antes de marcharme.

* * *

Celebramos la no boda de Jaime y Michael por todo lo alto. Nosotros cinco en uno de los mejores restaurantes de Londres. Brindamos y reímos por la feliz pareja mientras ambos anunciaban que al día siguiente se irían al aeropuerto y cogerían el primer avión que tuviera billetes a la venta sin importar el destino. Se irían los cinco días de vacaciones que les quedaban. Eva y Nolan también viajarían a España para visitar a la familia de ella. Así que terminaría el verano sin mis grandes apoyos.

Brindé por Michael y por Jaime, por su amor y por toda una vida juntos. Michael había decidido que se cogería muy pronto una excedencia para acompañar a Jaime alrededor del mundo en sus viajes.

Lo que jamás nos habríamos imaginado es que al día siguiente de brindar por ellos y antes de coger el avión, finalmente a París, Michael y Jaime se marcharían al ayuntamiento y se casarían

pidiendo a dos funcionarios que estaban por allí que fueran sus testigos. Cuando vi la foto que ambos nos enviaron del certificado de matrimonio no daba crédito. La palabra «boda» se extendía como una plaga a mi alrededor. ¿Qué estaba pasando?

Mi teléfono sonó al momento, era Eva.

—¡¿Has visto eso?!

—¿Tú no estabas en Galicia?

—Estamos haciendo escala en Madrid —comentó—. En serio, no me lo puedo creer. Si no supiera que no tiene nada que ver, ¡diría que ha tenido celos de mi compromiso y me ha adelantado por la derecha! —Soltó con una carcajada.

Nolan habló por detrás.

—*Sure!* No tengo dudas de eso. Michael siempre necesita ser el protagonista.

—¡No digas eso! Se ha casado con Jaime por amor —le replicó Eva.

—Nolan tiene razón. Sí, se ha casado por amor, pero eso no quita que además quiera ser el protagonista y que en el fondo le haya encantado adelantarte.

Resoplé.

—¿Te pasa algo? ¿Te oigo un poco rara?

—Sí, llevo unos días rara —acepté—. He tenido náuseas estos días y estoy como mareada. No sé, creo que tengo un virus de estómago.

Silencio.

—¿Eva?

—Espera.

Oí cómo caminaba y el típico ruido ambiente del aeropuerto: gente hablando, ajetreo y llamadas para aviones.

—¿Qué pasa?

—Quería alejarme de Nolan para hablar. ¿Has dicho que tienes náuseas y estás mareada?

—Bueno, sí. Llevo unos días rara. Debería ir al médico. Es que no sé qué me pasa.

—¿No estarás embarazada?

—¿Qué?

La imagen de Adrián entrando y saliendo de mi cuerpo hasta correrse dentro de mí en la inauguración viajó a mi mente.

—¿Roser?

—¿Cómo voy a estar embarazada?

—¿No me dijiste que Adrián hacía eso? ¿Lo de no acordarse del preservativo?

—Sí, pero siempre terminaba fuera —susurré sabiendo que no siempre había terminado fuera —. Además, yo también estuve con Paul. —Me senté mientras el mareo se extendía por mi cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla?

—Después de estar con Paul —recordé—. La tuve después de estar con Paul y no me volví a

acostar con él. De hecho, los últimos días que dormí en su casa no hicimos nada porque tenía el periodo.

—¿Y después de la regla te acostaste con Adrián?

—Sí, el día de la exposición tuvimos sexo en la parte de atrás de la galería, ya te lo dije. —Me llevé una mano a la boca—. Lo hicimos justo una semana después de tener la regla. Nos empapamos mientras lo hacíamos como si no fuéramos capaces de pensar, sin importarnos que estuviera su novia allí. ¡Como si fuéramos unos animales! —me lamenté con la voz trabada.

—Como si estuvierais enamorados —me corrigió Eva con pena.

Sentí que los ojos me escocían, pero no lloré. Trabé las emociones cosiéndolas a mis tripas. Dejando que se quedaran allí, macerando. ¿Embarazada? ¿Era posible que estuviera embarazada?

—Roser…

—No me encuentro bien, hablamos en otro momento, ¿vale? —la corté.

—Está bien. Hablamos cuando quieras.

En eso Eva y yo éramos idénticas: a ninguna de las dos nos gustaba agobiar. Tratábamos de dar el espacio que la otra persona necesitaba.

Me quedé sentada con el móvil en la mano un largo rato. No sabía ni cómo reaccionar.

En cuanto mi cuerpo salió de su entumecimiento, me dirigí hacia la farmacia de forma automática. La chica insistió en que esperara a hacer el test de embarazo con la orina de la primera hora de la mañana. ¿Quién podría esperar en un momento así?

Apoyé en el lavabo el test tras hacerlo. Vi cómo la primera raya se marcaba al momento y después la segunda raya. Resultado: POSITIVO. En ese instante comenzó a sonar el timbre. También sonó mi móvil. El móvil lo tenía al lado, vi que era la directora de la galería. Colgué la llamada. En la puerta volvieron a insistir y oí la voz de Adrián.

—¿Ros, estas ahí? Ábreme por favor.

Cogí la prueba de embarazo y la guardé en el primer cajón del mueble del baño.

Me había quedado pálida y me sentí algo indispuesta. Ya no sabía si era del embarazo o del susto. Mientras abría la puerta a Adrián no podía parar de pensar que hacía cuatro semanas que lo habíamos hecho sin pensar en Ginebra, ni en mi inauguración. Lo habíamos hecho sin pensar en lo más evidente cuando tienes sexo: que del sexo sin protección vienen los bebés.

Abrí la puerta como un autómata. Adrián estaba pálido, pero mi cara no era mejor que la suya. Sin embargo, no pude evitar que se me encogiera algo en el pecho al verlo, sus ojos verdes me miraban anhelantes. Estaba guapo, y la palidez le quedaba bien a su belleza aristocrática.

—Tienes mala cara —dijo al verme.

—No me encuentro bien.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

¿Qué podía decirle? Estoy embarazada, el niño es tuyo. ¿Qué estaba diciendo? ¿El niño? ¿Iba a tener ese bebé?

Me llevé de forma inconsciente la mano a la barriga, pero la retiré al instante como si quemara.

—¿Qué quieres Adrián?

—Despedirme. Nos vamos mañana. ¿Puedo pasar?

Asentí.

Adrián guardó silencio mientras entraba hasta mi salón.

—¿Quieres tomar algo?

Me miró con tristeza.

—No.

Asentí. Sin embargo, recordé algo que solía decir Michael: los peores momentos son menos malos con té.

—Hare té.

—Está bien.

Cogí la tetera y la llené bajo el grifo mientras Adrián paseaba por mi pequeña salita de colores.

—Está todo distinto —comentó.

—Faltan muchos lienzos que llevé a la galería. Michael dice que ahora mi casa ha crecido en metros cuadrados.

Los dos sonreímos. Nos miramos con aquellas sonrisas tristes, sabiendo que no había futuro, que lo que habíamos vivido no iba a volver, como los lienzos que ya no llenaban mi casa.

—Espero que en la misma proporción haya crecido tu cuenta en el banco. Ginebra dice que las ventas han tenido que ser muy buenas por lo que ella vio mientras tuvo acceso a la web.

—Sí, jamás pensé que fueran a ir tan bien.

—Espero que eso te ayude a comprar el local. Me encantaría ayudarte en lo que falte.

Lo miré a los ojos sin comprender muy bien.

—¿Quieres darme dinero?

Pensé en el bebé. En lo que costarían los pañales. ¿Cuánto tiempo utilizaba pañales un bebé? ¿Cuánto costaría interrumpir el embarazo? Tenía que consultar clínicas que daban ese servicio e informarme.

—Solo quiero que cumplas tu sueño —contestó Adrián devolviéndome a nuestra conversación.

Recordé el sueño de Adrián: él y yo en Nueva York. Él diseñaría edificios y yo esbozaría lienzos. Ahora el sueño quizás incluiría un pequeño de ojos aceituna corriendo entre nuestras piernas. Sentí ganas de llorar, yo no era especialmente sensible, así que lo achaqué a las hormonas.

—No aceptaría nunca que me dieras dinero. —Puse la tetera al fuego—. De todas formas, no creo que lo necesite. Tengo suficiente para hacer una buena oferta. —Cogí dos tazas—. No me lo

esperaba. Hacía tantos años que no exponía que no tenía tomado el pulso al mercado, y no tenía ni idea de que las redes pudieran ayudarme tanto.

—Ginebra dice que en la web algunos cuadros entraron en subasta. Y que uno alcanzó las veinte mil libras. También dice que eres tendencia en redes. La verdad es que yo no soy muy de redes sociales.

Eché el agua en las dos tazas y puse sendas bolsitas de té dentro.

—Yo tampoco soy de redes, pero tu novia sabe todo lo que hay que saber al respecto —confirmé—. Sin ella no habría logrado nada de esto. Seleccioné algunas obras para poner en subasta por iniciativa de Ginebra. Dice que los que quisieran gastar dinero valorarían más las obras caras, y que las subastas siempre gustan. Es algo absurdo, pero funcionó.

—Ginebra se encaprichó de uno de los cuadros que estaba en subasta y ganó la puja. Es una pareja de ancianos, creo.

Me reí.

—¿Crees?

—Es cubista.

—Tú eres arquitecto. ¿Dónde está tu visión espacial?

—Por eso he dicho «creo».

Adrián me miró con una medio sonrisa. Quizás ninguno de los dos tenía fuerzas para una sonrisa completa.

—Sí, es una pareja de ancianos —confirmé acercándome a él.

—Es una maravilla de obra.

—¿Cuánto pagó por él?

—Unas cinco mil libras.

—¡No me lo puedo creer! Si hubiera sabido que le gustaba tanto se lo habría regalado.

Me senté en el sofá al lado de Adrián y dejé las dos tazas en la mesa delante de nosotros.

—Ella jamás lo habría aceptado —replicó Adrián—. Pujó por él porque le gustaba de verdad.

Nos quedamos en silencio mirando nuestras tazas de té.

—Es una persona increíble. El éxito de la exposición se lo debo a ella.

—Ginebra es así. Cuando encuentra un proyecto en el que volcarse entra de lleno, no es capaz de estar a medias.

—Ella es increíble —volví a insistir sobre la misma idea— y nosotros unos cabrones.

Adrián dejó de mirar la taza y me miró con sus ojos verdes, claros como un día de verano. Realmente estaba pálido y con mala cara.

—Hace tiempo que he perdido la perspectiva de lo que está bien y de lo que está mal.

No pude decir nada, sentía trabada la garganta. Adrián alargó la mano y me acarició la mejilla.

—No me arrepiento de nada. De ni uno solo de los momentos que pasé contigo —declaró—. ¡Ojalá las cosas fueran diferentes!

Sentí ganas de besarlo. Pensé en él, en mí, en Ginebra y en el bebé que crecía en mi vientre. ¿Debía decírselo? ¿Debía tenerlo? ¿Quería ser madre? Nunca me lo había planteado en serio. Siempre había sido como una de esas posibilidades indeterminadas que pueden o no ocurrir en la vida.

Busqué una forma de huir.

—Las cosas son como son. Dejémoslo estar y no le demos más vueltas.

Hice ademán de levantarme, pero Adrián me sujetó.

—¡Espera por favor!

Me volví a sentar y vi las manos de Adrián sujetando las mías.

—Quiero que sepas que iba a dejarla en España —confesó. Me miró a los ojos y juro que nunca recibí una mirada tan desolada como aquella—. Pensé que me volvería loco, ¡no podía dejar de pensar en ti!

—Yo no te pedí eso —repliqué, superada por unos acontecimientos que no sabía cómo controlar.

—Ya lo sé, pero no podía seguir. No puedo arrancarte de mi pecho… ¡Te tengo aquí clavada! —dijo llevándose una mano al corazón—. Pero no pude dejarla. Ginebra se puso muy mal cuando llegamos y estuvo ingresada más de una semana. —Movió la cabeza a ambos lados—. Dicen que no pueden comprender como sigue tan vital. El cáncer es del tamaño de una pelota de tenis. Le han dado dos sesiones de radio, no sé cómo sigue teniendo pelo en la cabeza. Le van a dar algunas sesiones más, pero es para ralentizar lo inevitable. Le han pronosticado tres meses de vida. Aunque el médico dice que ha visto un par de casos en los que podría llegar a vivir hasta más de un año. Incluso dos. —Esbozó una triste sonrisa—. ¡El panorama es desalentador!

—¡Es tan joven! Lo siento muchísimo.

Y lo dije de corazón.

—No lo sabe —añadió Adrián cogiendo fuerzas para hablar—. Sabe que está mal, pero no que se va a morir y mucho menos que el pronóstico es tan desalentador.

—¿Y cómo está la familia?

—¡Destrozada! —contestó con emoción—. La madre me pidió llorando que no la dejara, que me casara con ella. Le dije la verdad: que no podía amarla como mujer. —Guardó silencio— Ella me replicó que yo tenía toda la vida para ser feliz y que su hija solo tenía este momento. Es un argumento difícil de combatir.

—Es su madre. Supongo que solo quiere verla feliz.

Adrián asintió con la cabeza y miró su taza de té.

—Mis padres me han visto tan mal que no han querido meterse. Han dicho que haga lo que considere en conciencia que debo hacer. —Se coló un silencio helado entre nosotros antes de que Adrián concluyera—: ¡Me siento un perro por no poder amarla!

—No puedes sentirte mal por eso. Los sentimientos no se pueden forzar.

—No. Pero es triste pensar que va a pasar los últimos meses con alguien que no la ama.

Alguien que solo la quiere como amiga.

Sonreí con tristeza.

—No es una mala perspectiva: acabar nuestra vida junto a nuestro mejor amigo me parece un buen plan.

Sonreímos los dos con tristeza.

—Si tengo que quedarme con ella al menos intentaré hacerla feliz —añadió, mirándome con unos ojos muy verdes—. Me casaré con ella. Haré lo que lleva tanto tiempo soñando. Haremos su boda de cuento de hadas y renunciaré a ti.

Lo miré a los ojos y vi su mirada vidriosa. Me sentía igual: con ganas de llorar. Por él que se casaba obligado, por Ginebra que se estaba muriendo sin saber la verdad, por el hijo que podría haber sido nuestro hijo y por la vida que no tendríamos.

Adrián apoyó su frente en la mía. Cerré los ojos y sentí su aliento muy cerca.

—Ros, quizás más adelante…

—¡No lo digas, por favor! —le pedí, tapándole la boca con una mano mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

Adrián me miró y asintió.

—Está bien, ¡perdóname!

Las lágrimas también abrían surcos por sus mejillas. No podíamos decirlo, eso nos daría una entrada segura para el infierno. Él no podía pedirme que lo esperara, ni yo podría jamás esperar a que muriera Ginebra para tener nuestro momento. La idea cruzó por nuestras mentes como si se hubiera colado un elefante gigante en la habitación, pero era un elefante del que no podíamos hablar. Hacerlo nos convertiría en seres mezquinos. Construir nuestro futuro sobre las cenizas de Ginebra era inviable. Adrián y yo nos separábamos allí, en aquel momento. Sin que yo le confesara que se abría paso en mi vientre el hijo que podríamos haber tenido. Sin cargarle con más peso. Sabiendo que nunca existiría ese futuro. Que ni siquiera podríamos hablar de ello. Que no habría bebé ni esbozos en Nueva York.

Nos abrazamos presos de una emoción desconocida. Sabiendo que el dolor que sentíamos era un dolor prohibido, tanto como nuestro amor. Adrián me besó con la necesidad de un enfermo febril y no pude hacer otra cosa que responder a su beso y pedir perdón en silencio por ser tan débil. No opuse ninguna resistencia cuando comenzó a llevarme a la cama y a quitarme la ropa. Participé en el proceso con el mismo deseo, las mismas ganas y la misma desesperación que él tenía. Nos amamos con desesperación, sin pudor. Gemí mientras lo tomaba, sin pensar en que pudieran oírme los vecinos. Él entró en mí con las mismas ganas que la primera vez, pero con la desesperación del desahuciado. Nuestro amor, prohibido y enfermo, tocaba a su fin. No habría flores ni corazones.

Adrián me miró a los ojos cuando alcancé el éxtasis. Habíamos gemido y habíamos llorado. Él siguió penetrándome, mirándome con aquel verde enrojecido por las lágrimas. El sudor caía

por su frente, vi que estaba próximo a llegar y le acaricié la cara en un gesto demasiado tierno para un momento tan impregnado de sexo.

—¿Puedo correrme dentro?

Esta vez lo preguntó. ¿Qué podía pasar ya?

—Sí.

Se corrió mientras todo su cuerpo se vaciaba, pero no se salió. Se quedó encima de mí un largo rato, abrazándome. Queriendo retener todo lo que pudiéramos de aquellos momentos.

Finalmente salió de mi cuerpo, pero me mantuvo pegada a él. No sabía qué podía pasar por su mente para no pensar en las consecuencias de practicar sexo sin condón.

Fui yo quien rompió el silencio:

—¿Dónde está Ginebra?

—Ha ido de compras. Dijo que quería comprar unas cosas en Harrods antes de volver a España.

—¿Y no la has acompañado?

—No. Le dije que vendría a despedirme de ti.

Sentí ganas de reír y llorar, por una vez había sido honesto.

Giré la cabeza para mirarlo a los ojos y me encontré con el verde aceituna de Adrián con sus vetas castañas.

—¿Le dijiste eso? ¿Sabe algo?

Adrián me acarició la cara.

—No sé si sabe algo. Yo no le he dicho nada, pero cada vez me cuesta más mentirle. Quería despedirme de ti y se lo he dicho.

Asentí.

Nos miramos unos instantes en silencio. Me hubiera gustado decirle que deseaba que fueran muy felices y en cierto modo era verdad, pero no pude. Adrián me miró con ganas de decirme muchas cosas. Los sentimientos se le desbordaban, pero se contuvo. Él era un romeo, pero yo era la Reina de Hielo. Para mí, claudicar y haberle dicho «te quiero» un mes antes, en la inauguración, era demasiado. Ese era todos los «te quiero» que podía decir, y creo que en cierto modo Adrián lo sabía.

—¿Quieres ver algo?

Me reí teniendo en cuenta que los dos estábamos parcialmente desnudos tapados por la sábana.

—¿Qué me queda por ver?

Adrián se levantó y fue a por su móvil.

Me enseñó una foto.

—Mira el mural que he puesto en mi habitación.

—Es muy fuerte que todavía vivas en casa de tus padres.

—Lo sé, pero se supone que iba a vivir en Londres unos años —me replicó—. Pronto me iré a

vivir con Ginebra, pero mira esto.

Me fijé en la pared de la habitación que Adrián había decorado con varios dibujos enmarcados.

—Son mis manos.

—Literalmente: las tuyas, las mías, las de Michael, Eva, y todos los modelos que utilizaste.

—¿Las compraste todas?

—Todas las que quedaban, algunas ya se habían vendido —replicó con una sonrisa—. Solo quería las tuyas. Necesitaba tenerte siempre presente y para que no cantara demasiado compré las demás.

No me lo podía creer. Moví la cabeza a ambos lados mientras me sentaba en la cama.

—¡Estás loco!

—Qué puede haber mejor que ver tus manos por la mañana cuando me despierte contento…

Le di un pequeño golpe en el brazo.

—No sé si eres más cerdo o cursi.

—Ya te contesto yo: cerdo, siempre. ¿Echamos el de despedida?

—¿No lo acabamos de hacer?

—Ese era el previo.

Me caí sobre la cama con Adrián encima mientras me besaba. El último fue divertido y lleno de risas. No queríamos una despedida triste, pero Adrián no pudo evitar decirme al oído cuanto me quería y cuanto se iba a acordar de mí. Lo repitió mientras me penetraba una y otra vez. Aunque no fui capaz de contestar, las lágrimas que se resbalaban de mis ojos hablaron por mí, y para demostrar que sí era un cursi besó esas lágrimas mientras seguía entrando en mi cuerpo. Al terminar nos abrazamos apenas un par de minutos y nos despedimos. Ninguno de los dos podía soportar más esa situación.

—¡Vete ya! —le pedí en el salón mientras él me daba un último abrazo—. Por favor, vete.

—Está bien. Adiós, Ros.

Se fue con la mirada contenida y el corazón tan roto como el mío. Cerré la puerta sabiendo que aquello se acababa allí. No habría más momentos robados, ni flores, ni corazones. No habría más esbozos de sus manos ni más sentimientos prohibidos. No tendríamos paseos por Nueva York, ni un futuro juntos, ni tampoco habría un bebé con los ojos de Adrián.

Capítulo 32

Las cartas que nos han tocado

Esperé cinco minutos mirando la puerta cerrada antes de desmoronarme. Entonces lloré, lloré muchísimo. Cuando conseguí tranquilizarme abrí las ventanas y cambié las sábanas. Limpié todo como si la conciencia no me dejara, como si tuviera la certeza de que en algún momento Ginebra iba a llegar a mi casa y entraría por la puerta. Como si ella pudiera ver las huellas de lo que allí había pasado.

No fui capaz de comer, tan solo pude tomarme un té. Salí a dar un paseo porque iba a volverme loca y compré un test de embarazo con indicador de semanas. El resultado fue: embarazada más de tres semanas. Puse un test al lado del otro encima del lavabo y los miré incrédula.

Cogí el móvil y busqué información. El bebé tendría un tamaño de poco más de un milímetro. ¿Podía llamársele bebé? Me miré en el espejo y me puse de lado. Me subí la camiseta y no noté nada, pero al mismo tiempo me vi muy distinta. ¿Qué iba a hacer? Tendría que abortar cuanto antes. ¿Conseguiría una cita para esa misma semana? Sin Michael ni Eva tendría que ir sola. La perspectiva de enfrentarme a algo así sola me pareció horrible, pero tampoco estaba muy segura de querer contarlo. Quizás si nunca lo decía en alto, si nadie lo sabía sería como si nunca hubiera pasado.

El timbre me sobresaltó. Cogí los test y los tiré a la papelera de metal del baño. La observé bien para asegurarme de que la tapa había quedado bien cerrada. Aquello no había pasado, nadie lo sabría jamás.

—¡Hola! Vengo a despedirme —me saludó Ginebra—. He estado todo el día de compras, tendré que hacer hueco en las maletas.

Esperaba la visita de Ginebra de un momento a otro, pero aun así me sorprendió.

—Pasa. ¿Quieres tomar algo?

—Si tienes mucho hielo, me encantaría una Coca Cola.

—Sí, claro.

—Voy un momento al baño mientras la preparas. Estoy a punto de orinarme y no fui en el piso porque Adrián estaba fregando el suelo. Lleva horas limpiando. No sé por qué lo hace, habíamos quedado en contratar a una empresa de limpieza, pero Adrián insiste en que necesita mantenerse ocupado en algo.

Se metió en el baño.

Comprendí a Adrián. A mí también se me estaba haciendo larga la espera hasta que ambos se marcharan. Estaba segura de que él se encontraría mejor cuando se fueran y yo también. Sentía como si una bomba planeara sobre nuestras cabezas.

La lavadora pitó cuando ya había preparado el refresco de cola. Tenía todos los electrodomésticos en la cocina, así que saqué las sábanas que había lavado para pasarlas a la secadora que estaba justo al lado.

Ginebra vino a la cocina.

Mientras yo tenía las sábanas entre las manos, ella tenía otra cosa en las suyas: mis pruebas de embarazo.

—¿Estás embarazada?

—Eso estaba en la papelera —fue lo único que pude contestar.

Pensé en la papelera de metal y en su tapa. Se había quedado cerrada, estaba segura.

—¡Tengo la regla! —contestó Ginebra—. Fui a tirar un tampón y me encontré con que tú utilizas la papelera para otros menesteres.

Me sentía como una idiota con las sábanas mojadas entre las manos. Las sábanas en las que había retozado con su novio horas antes. Las metí en la secadora mientras me enfrentaba al hecho de que ya nunca podría hacer como que aquello no había pasado.

—¿No vas a contestarme?

—No creo que haya nada que decir —contesté, rompiendo el contacto visual y programando la secadora.

—¿Estás lavando las sábanas a estas horas?

La miré a los ojos y supe que lo sabía. Ginebra no parecía dispuesta a dejarlo estar, así que siguió planteando preguntas que yo no quería contestar.

—¿Os habéis vuelto a acostar?

—Sí —fue lo único que dije.

La respuesta había salido de mis labios sin que pudiera retenerla. Sentí como si el telón se hubiera caído. No nombró a su novio, las dos sabíamos con quién me había vuelto a acostar.

Ginebra se limitó a asentir.

—¿Habéis follado tanto que has tenido que lavar las sábanas o solo pretendes limpiar tu conciencia?

No contesté.

—¿Cuántas veces lo habéis hecho?

—Hoy dos.

Ginebra se mantuvo fuerte, no quería desmoronarse delante de mí. Yo no quería herirla, simplemente no podía mentir más. En ese momento comprendí a Adrián, él tampoco podía mentir.

—¿El bebé es de Adrián o de Paul?

—De Adrián.

—¿Él lo sabe?

—No.

—¿Se lo vas a decir?

—No. No le voy a decir nada.

Tomé distancia y me fui al salón.

—¡Sabía que pasaba algo entre vosotros! —sentenció la novia de Adrián—. Lo supe desde el primer día. Primero pensé que era deseo, un deseo contenido. Pero en la inauguración cuando me dejaste tu móvil vi los mensajes de Adrián.

—¿Revisaste mi teléfono?

—Sí —aceptó—. ¡Sentía que me estaba volviendo loca! Lo revisé sabiendo que estaba mal y aun así lo hice.

Ya estaba, lo bueno de todo aquello es que las dos podíamos liberarnos y dejar a un lado las mentiras.

Ginebra caminó hasta la sala y se sentó en el sofá. Imité su gesto.

—Adrián no quería hacerte daño.

—Ya lo sé. Soy yo la que se lo hace a él: no quiere estar conmigo —declaró con la voz rota —. ¿Sabes? Me evita, tanto como para poner más de mil kilómetros entre nosotros.

No contesté.

—Pero no puedo dejarlo —sentenció—. No me queda tiempo. Me estoy muriendo. No sé si viviré para conseguir casarme con él. Siento que estoy corriendo por un camino que se va deshaciendo tras mis pasos. ¡No sé si alcanzaré el altar o si se desmoronará todo antes! —Sonrió con cierta amargura—. Creen que no lo sé, pero lo sé. Me muero y ellos intentan negármelo. —Tomó aire antes de sentenciar—: ¡Quiero llegar a ese altar! Es mi única meta, es el único sueño que puedo tratar de alcanzar.

—Comprendo —murmuré.

—¿Sabes lo que veo cuando hablo con Adrián o con mis padres? La palabra «muerte» pintada en sus caras.

Me di cuenta de lo engañados que podemos estar. Ginebra sabía mucho más de lo que Adrián y su familia pensaban. Toda esa protección extrema no había servido para ocultarle una verdad que era imposible de tapar.

—Ellos creen que no lo sabes, solo quieren protegerte, hacerte feliz —me oí decir—. Quizás todavía tengas años por delante, en estas cosas no hay nada seguro.

Ginebra sonrió con una sonrisa incompleta.

—Leí mucho sobre el tema, hay gente que puede vivir hasta cinco o seis años. Quizás pueda darle un hijo a Adrián. —Miró al vacío con la mirada desencajada—. ¿Crees que podré quedarme embarazada con el tratamiento del cáncer?

—No lo sé —respondí con un hilo de voz.

Me sentí mal y me llevé una mano a la frente.

—¿Te encuentras mal?

—Últimamente tengo mareos, parece que es normal.

La novia de Adrián asintió.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde esta mañana.

Ginebra miró mi barriga con dolor. Alargó una mano hasta mi vientre y me tocó.

—¡Qué ironía! La vida crece en tu vientre mientras yo me muero. Llevas dentro el hijo de Adrián que yo no podré darle.

Me sentí morir.

—¡Eso no lo sabes! —fue lo único que fui capaz de decir.

Retiró la mano.

—La situación se ha vuelto imposible, ¿no crees? —preguntó con lágrimas en los ojos—. Él te ama a ti, pero no puede estar contigo por mí. Yo lo amo a él, pero no puedo tenerlo del todo por ti. Tú ya tienes en tu vientre un hijo suyo y yo no sé si podré darle un hijo algún día. —Guardó silencio unos instantes antes de decir—: ¡No se lo digas!

—No pensaba decírselo. Ni tan siquiera creo que lo tenga, esto ha sido totalmente inesperado.

—¿Vas a abortar?

Ginebra me miró con tanto dolor que contesté con más seguridad de la que sentía:

—Creo que sí. —Hice una pequeña pausa para armarme de valor y confirmé—: Sí, lo haré.

Tenía que abortar. Yo no tenía derecho a tener aquel hijo. No era un hijo buscado ni deseado. No éramos una pareja. Ese bebé no nacería y ninguna de las dos tendría un hijo de Adrián.

Ginebra se levantó y caminó hacia la puerta.

—Adiós, Roser, siento mucho cómo han ido las cosas.

—Yo también lo siento —y lo dije de corazón—. ¡Jamás quisimos hacerte daño!

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Ginebra. Nunca me pareció tan frágil como en aquel momento.

—Lo sé, Adrián jamás me haría daño de forma deliberada. Yo tampoco quiero hacérselo a él. Sin embargo, no puedo dejarlo ir. Al final los dos nos hemos hecho daño —sentenció encogiéndose de hombros—. Sé que estoy siendo egoísta, pero creo que la muerte me concede esa ventaja. Seré egoísta y lo retendré a mi lado hasta el final. Espero que puedas perdonarme, algún día.

Me constó tragar, pero intenté estar a la altura de su valor:

—Yo también espero que tú puedas perdonarme.

Según las convenciones sociales, ella era su prometida y yo debía ser quien le pidiera perdón a ella. Sin embargo, ahí estaba ella diciéndome a la cara que el hecho de estar muriéndose le daba permiso para retenerlo a su lado. Sabía que estábamos enamorados, pero no iba a dejarlo ir. No me sentí fuerte como para juzgarla, cada una hacía lo que podía con las cartas que le habían tocado.

Adrián y Ginebra se marcharon al día siguiente. Vi por la ventana cómo se subían al taxi que los llevaría al aeropuerto. Quizás él no la amara, pero se veía el cariño con el que se ocupaba de ella. Quizás eso fuera suficiente, tal vez podrían ser felices por un tiempo. Deseé que así fuera y que la vida les diera una oportunidad. Yo también seguiría mi propio camino. Puse la mano en mi vientre y tomé una decisión. Ese era uno de esos momentos en la vida en los que sabes que tomas un camino que no te va a dejar volver atrás. Estaba sola y así tomaría mi decisión. Esa vida en la que Adrián y yo criábamos a ese hijo se deshizo como cenizas al viento y voló lejos de allí. Adrián regresaba a España y yo seguiría mi camino sola.

Busqué una clínica para abortar.

Capítulo 33

Con el frío de noviembre

Adrián

—Ginebra ha pedido que subas a hablar con ella —me dijo su padre con aspecto serio.

—Pero ¿cómo voy a ir ahora? No se puede ver a la novia antes de la ceremonia.

—Eso da igual, sube por favor.

Dejé a mi madre, quien me miró con cierta preocupación, y me encaminé hacia el interior de la casa.

Organizar la boda en menos de dos meses había sido agotador. La verdad es que es injusto decir que la habíamos organizado en tan poco tiempo. Ginebra llevaba preparando aquella boda desde mucho antes de que hubiera una fecha real, pero desde que habíamos regresado de Londres se obsesionó por conseguir la boda perfecta. El 12 de octubre, el Día del Pilar, fue el elegido. La ubicación: una finca elegante y preciosa a las afueras de Madrid a la que nos habíamos desplazado el día anterior. Celebramos una cena de preboda, en la que Ginebra había cenado y bailado con nuestros amigos y familiares durante horas. Aquella había sido una noche perfecta. Ginebra se había puesto un vaporoso vestido blanco y había prendido unas flores silvestres en el lado izquierdo de su cabeza. Se la veía muy pálida y algo cansada, sin embargo, estaba preciosa. Brillaba con luz propia. Bailó y se rio en mis brazos durante horas. Su risa en mis oídos me hizo sentir que todo había merecido la pena, que aquella locura llena de mentiras en la que nos habíamos sumergido por fin tenía sentido. Su sonrisa me recordó a la chica de la que me había enamorado años atrás y me reconcilié con la situación. Acepté de buen grado vivir el resto de su vida a su lado.

Esa noche fuimos tan felices como lo habíamos sido años atrás. Tuve un espejismo del amor que algún día había sentido y, aunque era incapaz de sentir lo mismo, la quería y haría todo lo que pudiera por hacerla feliz.

* * *

Llamé a la puerta.

—¿Ginebra?

—Pasa.

Giré la manilla y entré.

La habitación en la que se encontraba era preciosa. Con grandes ventanales de luz por los que entraba el sol a raudales. Una cama de cuento, con dosel y suaves cortinas transparentes. Era todo tal y como ella lo había soñado. Jarrones con flores silvestres se distribuían por los distintos muebles de la estancia. Todo era blanco inmaculado y las notas de color las daban aquellas flores. Ginebra estaba sentada frente al tocador en un banco por el cual caía su larga cola de novia. Su vestido era maravilloso, blanco y de raso, con encajes perfectos envolviendo sus curvas. El escote estilo barco mostraba la piel nacarada de su escote y sus hombros. Una fina tela transparente cubría con encajes blancos sus brazos hasta la mitad del antebrazo. No hizo falta que me dijera que había elegido esas mangas para ocultar los derrames por las múltiples veces que le habían puesto vías y le habían sacado sangre para analíticas.

El pelo ondulado le caía sobre uno de sus hombros. Vi su rostro y sentí que algo iba mal. Ni tan siquiera el maquillaje podía tapar la enfermedad que había escogido el peor día para mostrarse.

—¿Qué pasa Ginebra? Tu padre ha venido a buscarme.

Esbozó una pálida sonrisa y dijo:

—¡Estás impresionante!

—Clásico y de esmoquin, como tú querías.

Asintió.

—Acércate —me pidió, y sonó como esos enfermos que están en la cama de un hospital y te piden que te acerques porque ellos no pueden hacerlo—. Ven.

Me agaché a su lado, con una rodilla en el suelo para quedar a la misma altura que ella.

Ginebra me acarició la cara y me miró como si estuviera tratando de grabar cada detalle de mi rostro en sus recuerdos.

—Estás guapísimo, el esmoquin siempre te ha quedado genial.

Toqueteó la pajarita y las flores silvestres que me habían puesto en la solapa.

—¿Qué ocurre Ginebra? No debería estar aquí. ¿No se supone que esto da mala suerte?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —murmuró—. No sabría ni por dónde empezar.

Entonces vi las señales de alarma. Delante de ella, en el tocador, había dos largos mechones de cabello rubio. En el cepillo había más cabello suyo enganchado en las cerdas. Era demasiado, como si alguien lo hubiera cortado. Me quedé helado. Ginebra siguió mi mirada hacia el cabello depositado sobre el tocador.

—Le pedí a la peluquera que se marchara. Mi cabello ya no soporta las tenacillas. —Tragó antes de añadir—: ¡No puedo seguir, Adrián!

—Ginebra, estoy seguro de que te pueden hacer otro peinado. No tiene la menor importancia.

Sonreí para tranquilizarla, pero ella fue tajante:

—No.

—No tienes que hacerte nada. Estás preciosa tal y como estás.

—¿Tú crees?

Pasó su mano entre los mechones, y largos cabellos dorados se quedaron entre sus dedos. Ginebra siempre había sabido salir de las situaciones más complicadas con humor. Esa era una de las cosas que más me había enamorado en su momento. Miró aquel cabello y dijo:

—Podría raparme y sería un increíble golpe de efecto.

—Ginebra, estarías preciosa con cualquier cosa. Bajemos y casémonos, olvídate del cabello.

Negó con la cabeza.

—Estoy agotada, Adrián. ¡No puedo más! —sentenció con la voz quebrada—. He tenido que sentarme porque no podía caminar con este vestido, pesa demasiado. No sé por qué escogí algo tan pesado, pero ya da igual, me rindo.

En ese momento no pude entenderla. Era imposible comprender la trascendencia de lo que estaba diciendo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que no voy a luchar más! —soltó el aire—. No habrá boda, eres libre.

Lo dijo mirándome a los ojos.

Entonces lo comprendí: no teníamos tan engañada a Ginebra como nosotros pensábamos. La muerte se reflejaba en su cara y se había llevado todo el brillo de la noche anterior, pero no había podido acabar con su belleza. Era bellísima, con el sol que se filtraba por la ventaba se la veía casi tocada por la divinidad. Era la mujer más perfecta que jamás había conocido, ojalá el amor no se hubiera ido hacía ya tanto tiempo. Me sentí un miserable por no poder amarla como ella se merecía. Pero ese era su día y no iba a dejarla flaquear después de todo lo que nos había costado llegar hasta allí.

—No digas tonterías. ¡Por supuesto que va a haber boda! —dije con firmeza mientras la cogía entre mis brazos—. Yo mismo te llevaré al altar.

Ginebra se abrazó a mi cuello de forma instintiva. Con su cuerpo entre mis brazos, vislumbré un reflejo de todo lo que habíamos sido y la vida que podríamos haber vivido. Pero el cáncer corría millas hacia nosotros, tanto que estaba a punto de arrollarnos.

—Para, ¡para Adrián! —me pidió con un hilo de voz—. Bájame.

La ayudé a ponerse de pie, pero no la solté. Ginebra se llevó una mano a la cabeza.

—¡El dolor es insoportable! —siseó.

—¿Has tomado tus pastillas?

—Sí, ya no me hacen nada —gimió.

Mantenía a mi novia sujeta por la cintura, con la certeza de que sin mis manos se desplomaría de un momento a otro. No quedaba nada de la chica que bailaba alegremente la noche anterior.

—Acuéstate un rato conmigo —me pidió con voz cansada—. Hoy no habrá ninguna boda.

—No, no Ginebra. Llevas luchando por esto más de un año, ahora no te vas a rendir.

Sonrió con debilidad mientras se apoyaba en uno de los postes del dosel.

—No podría bajar y caminar con este vestido hasta el jardín. Son más de cien metros, no podría hacer ni diez.

—¡Pues llamaré al cura y que nos case aquí! —sentencié incapaz de dar crédito.

Habíamos hecho tanto para llegar hasta allí. No podía concebir que se rindiera.

—Basta, Adrián, ¡se acabó! —sentenció, cogiéndome con una mano la mía y dándome un ligero apretón—. No más.

Se me rompió el alma al ver cómo se echaba poco a poco en la cama.

—Suéltame el vestido por detrás, pero no me lo quites, quiero tenerlo un poco más. Quiero soñar solo un rato más —murmuró con voz fatigada.

Desabroché el corsé del vestido y oí como suspiraba.

—¡Quédate un rato aquí conmigo! —Respiró hondo antes de decir—: Después podrás marcharte y seguir con tu vida.

Tocó la cama a su lado.

Estaba en *shock*. Ginebra, mi novia, mi prometida, que había luchado con uñas y dientes para llegar conmigo al altar, estaba allí tumbada con los ojos entrecerrados en vez de estar caminando del brazo de su padre por el jardín. No era así como esperaba verla vestida de blanco.

Me quité los zapatos y la chaqueta, y me eché a su lado apartando las capas de su vestido. Ella cerró los ojos y se acomodó en mi pecho.

—Ginebra, con todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí… —murmuré sin ser consciente de que se me empañaban los ojos—. Todavía podemos casarnos, solo necesitas descansar un poco.

—No estaba obsesionada con casarme —me confesó—. Estaba obsesionada contigo, con tu amor. Pero, aunque nos casemos, eso hace mucho que no lo tengo.

Bajé los ojos hasta Ginebra, ella me miró con sus ojos azules y el rostro muy pálido.

—Ginebra…

—No vayas a mentirme, por favor, ya no tiene ningún sentido. Te agradezco todo lo que has hecho y que estés conmigo a pesar de todo, a pesar de no quererme.

Me costó tragar.

—Sí que te quiero.

—No me refiero a un amor fraternal.

Me pidió que no le mintiera y no podía hacerlo. No con una novia muriéndose en el que se suponía que era el día más feliz de su vida. Me había acostado con decenas y decenas de mujeres. Me había apartado más de mil kilómetros para escapar a un destino que me ataba a alguien a quien no amaba y me había enamorado de otra, tenía a Ros clavada entre pecho y espalda. Sí, me había portado muy mal con Ginebra, al menos le debía ser honesto.

—No te voy a mentir. No te amo. —Me senté en la cama y ella me miró desde la almohada. Cogí sus manos entre las mías—. Pero sí que te quiero, siempre te he querido y aunque ahora sea

otro sentimiento, es un sentimiento bonito. ¡Me casaré contigo y seremos felices!

Ginebra sonrió y se llevó la mano a la cabeza.

—No, eso no va a pasar. Ni siquiera es correcto atarte así a mí. No me extraña que hayas huido a otro país, me he comportado como la bruja del cuento.

—No digas tonterías. —Las lágrimas cayeron por mis mejillas y me limpié con torpeza—. ¡Tú no has hecho nada malo! El único que no ha actuado bien he sido yo; perdóname.

—No te lo reprocho —sentenció con un hilo de voz—. Ni tan siquiera te echo en cara a todas las mujeres con las que te has acostado este año, no me importó lo más mínimo. Estaba dispuesta a pasar por todo con tal de que no me dejaras. Lo único que de verdad me ha dolido es que te enamoraras de Roser.

Sentí como si me hubieran dado un golpe seco en el estómago.

—¡¿Lo sabías?!

Se movió con cuidado hasta que se quedó sentada enfrente de mí.

—Sí, lo sé. Sé que estás enamorado de ella.

Tenía los ojos muy brillantes, con la emoción a flor de piel.

—No sé cómo no lo vi el primer día que la conocí. Es normal que perdieras la cabeza por ella —sentenció Ginebra mirándome a los ojos—. Ella transpira todo lo que te atrae: la independencia, la libertad, el arte, la creatividad… Es tan auténtica, ¡casi como una obra de arte de autor! Tan inteligente, tan brillante y tan diferente a ti como para representar un verdadero desafío. Y siempre te han atraído los desafíos. —Se quedó en silencio, supongo que para darme margen a que yo mismo entendiera mis propias motivaciones—. Creo que preferí engañarme a mí misma. Menudo tópico, ¿no?

—Por favor, Ginebra, déjame explicarte…

—¿Qué vas a explicarme? Es que no quiero saber nada. En realidad, no importa nada de lo que haya pasado entre vosotros, porque hace mucho que no eres mío. —Se volvió a recostar y cerró los ojos—. Me parece que tendré que ir al hospital, no me encuentro nada bien…

Me puse en pie de un salto. Estaba claro que los excesos del día anterior habían sido demasiado para ella.

—¡Llamaré a tu padre!

—No, espera solo cinco minutos —me pidió mirándome una vez más—. ¡Abrázame vestida de novia, en nuestra cama de novios! Déjame descansar en tus brazos, solo un momento.

Me tumbé a su lado otra vez y la dejé descansar unos instantes como me había pedido. Sabía que abajo estarían esperando a que bajara de un momento a otro. ¿Qué hora era? Había perdido la noción del tiempo. En realidad, no me importó nadie, ni uno solo de los invitados que nos esperaban. Ni siquiera los padres de Ginebra, ni los míos. Lo único que me importaba era sostenerla, vestida de novia, como ella me había pedido.

En aquel momento solo podía pensar en lo que habíamos sido y no en lo que éramos. Supongo que a Ginebra le pasó igual, porque juntos nos sumergimos en un mar de recuerdos.

Hablamos de la primera vez que nos habíamos besado y de la primera vez que habíamos tenido sexo en el coche de sus padres. Un recorrido con risas y lágrimas por momentos divertidos y emotivos, para acabar en las luces que adornaban el jardín la noche anterior. La noche antes de nuestra boda había sido preciosa, perfecta, ella había brillado a pesar de todo, y ambos habíamos llenado nuestros corazones con la esperanza de un futuro feliz.

Me quedé dormido en la quietud de la habitación hasta que alguien llamó a la puerta y entró la madre de Ginebra.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no habéis bajado? —preguntó nerviosa.

—Nos hemos quedado dormidos —me excusé medio adormilado.

Apenas tardé unos segundos en reaccionar. ¿Cuánto tiempo me había dormido? Seguramente no más de quince minutos, pero había caído rendido. Miré a mi prometida, que todavía dormía a mi lado.

—Ginebra, Ginebra… ¡Vamos, despiértate! Ha venido tu madre.

Ginebra no reaccionó.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre histérica acercándose a la cama—. ¿Qué le ocurre?

Me alarmé. Ginebra estaba pálida como el papel y totalmente inconsciente. Le tomé el pulso, tratando de no perder los nervios a pesar de los aspavientos de mi suegra. El corazón de Ginebra latía, muy bajito, pero latía.

—Está inconsciente.

Cargué a Ginebra vestida de novia en mis brazos y bajé las escaleras.

Todo pasó muy rápido: el caos, la gente preguntando, el padre de Ginebra abriendo las puertas de su coche, mi madre llorando… Con el tiempo, todo lo que ocurrió aquel día se tornó en una masa de recuerdos licuados en mi cabeza.

* * *

Ginebra no se casó aquel 12 de octubre, como siempre había soñado, sino que ese día ingresó en el hospital y ya no regresó a casa. No tuvimos margen para explicar que ella había parado la boda. La realidad nos atropelló y nadie supo el motivo real por el que no habíamos bajado a nuestra hora. Ese día me quedé con el esmoquin de novio a pasar la noche en el hospital. Sostuve la mano de Ginebra al día siguiente, cuando ya había vuelto en sí y tuvo que aceptar que le afeitaran la cabeza. No me moví de su lado en las siguientes semanas. La ayudaba a bañarse mientras veía cómo se consumía en cuestión de días. Me convertí en el esposo que no era y me mantuve a su lado día y noche. Le leí poesía y vimos algunas películas, aunque ella dormía casi todo el tiempo. Estuve a su lado cuando se enfrentó por primera vez a un diagnóstico médico sin edulcorantes: la situación había caído en picado, se moría y su esperanza de vida no iba más allá de dos meses.

* * *

Ginebra falleció cuando llegó el frío de noviembre. A las dos y media de la madrugada de un jueves. En los últimos días había perdido la conciencia en varias ocasiones e incluso desvariaba. Su cerebro había perdido la batalla y la manteníamos parcialmente dormida. Sus padres decidieron poner fin a su sufrimiento con la sedación, cuando comprendieron lo rápido que se habían desarrollado los acontecimientos.

Estaba a su lado cuando sentí el último aliento. Me puse en pie y el poemario de Rafael Alberti que le había estado leyendo cayó al suelo resonando en el silencio de la habitación.

* * *

La muerte de una persona joven siempre es terrible. Lo fue para los padres de Ginebra, para sus amigos y para todos… La música que ella había escogido para nuestra boda se oyó en su funeral. El cuarteto de cuerda tocó mientras bajaban su féretro blanco a la tierra y lo cubrían con tierra. Todas las coronas y todos los ramos eran de flores silvestres, como a ella le gustaban. Fue una ceremonia inmensa, había gente por todas partes hasta donde me alcanzaba la vista. La gente lloraba sin pudor, supongo que cuando es una muerte injusta, a destiempo, se recibe así. Estuve al lado de los padres de Ginebra hasta el último momento. Sostuve a su madre contra mi pecho cuando su padre ya no tenía fuerzas. Ese día me convertí en el viudo sin boda.

La muerte no deja de ser dolorosa por ser esperada. Durante las siguientes semanas no fui capaz de hacer nada. Lloré, sé que lloré mucho, pero no puedo recordar en qué momentos. Los wasaps llegaban inundando mi teléfono con cientos de palabras de confort que no conseguían reconfortarme. Me sentía mal, casi como enfermo, por su muerte y por todo lo demás: por no haber podido amarla en el último año como ella se hubiera merecido, por no haber conseguido llevarla hasta el altar y por no haber estado a la altura. Debí haber puesto un anillo en su dedo y al menos sí sería el viudo como el que todos me trataban. Me sentí mal porque la quería, la quería muchísimo, pero no como ella me quería a mí. Ella siempre había estado en mi vida y ahora, de repente, no estaba. Casi no podía recordar mi vida sin su presencia, y, cuando se murió, su presencia lo llenó todo.

Durante semanas me sentí enfermo, como si mi cuerpo fuera de corcho. Estaba viviendo un duelo en muchos sentidos.

Pero a pesar de todo lo que había pasado desde que había abandonado Londres, no podía deshacerme del recuerdo de Roser. Cada noche soñaba con ella. Recordaba el sexo con ella, las risas, el sonido de una vida con ella. En el hospital, en el día a día, ocupaba toda mi energía en Ginebra. Pero cuando caía la noche, todo mi mundo se llenaba de Roser. La muerte de Ginebra no me hizo libre para regresar junto a Ros. Ella formaba parte de los sueños de una vida que

había muerto con Ginebra. Sentí como si su muerte hubiera arrasado con todo, incluido conmigo mismo. Me convertí en esa tierra estéril que se queda devastada tras un huracán.

* * *

Me mudé a Nueva York en diciembre. Necesitaba dejar atrás Madrid, así que decidí que ya era hora de mirar hacia delante y tratar de alcanzar el sueño que había dejado aparcado. Nueva York había sido mi meta desde que había comenzado a estudiar arquitectura. Me instalé en uno de los dos pisos gemelos de los que mis padres eran propietarios en Manhattan. Los habían comprado como inversión en cuanto se había construido el edificio en el año 2000 y no los habían puesto ni en arriendo. Eran la letra A y B de la penúltima planta de un edificio moderno, planta treinta y siete. Me hice cargo de los dos pisos. Los limpié, hice las reformas necesarias, compré muebles y busqué inquilino para el B. Ocupé el que tenía la letra como mi inicial.

Enero arrancó cuando ya vivía cómodamente en mi piso de cuatro habitaciones y vistas al Edificio Chrysler. Doscientos metros era mucho para una sola persona, pero siempre había pensado que el espacio es lujo. En una de las cuatro habitaciones instalé el estudio con el que siempre había soñado y me sentí por fin satisfecho.

Comencé a trabajar en un estudio de arquitectura donde el nivel de exigencia pedía mi entrega mínimo diez horas al día, un riñón y dos pulmones. Se lo di todo, con un extra de generosidad en el horario que necesitaba llenar para no pensar. Me sumergí de cabeza en el trabajo en Nueva York y para finales de enero sentí que por fin dejaba atrás el estatus de viudo. Me dediqué a pensar en arquitectura, a hablar de arquitectura, a leer arquitectura. Todo eso me permitió dejar atrás el cáncer y la muerte de Ginebra. Poco a poco comencé a ir de copas con compañeros de trabajo. Pero, así como durante el día conseguía centrarme en mi trabajo, por las noches soñaba con Roser: con sus lienzos, sus *piercings*, sus silencios y la piel suave del interior de sus muslos. Tenía metida en mi cabeza el recuerdo de la única vez que me había dicho «te quiero»: aquella tarde, mientras lo hacíamos bajo la lluvia. El recuerdo de Roser me había perseguido hasta Nueva York. Me despertaba pensando en ella, pero en la ducha ya me centraba en mi día a día escuchando las noticias. Necesitaba vivir, porque los últimos meses habían sido un mar de muerte y enfermedad. Necesitaba vivir, quería hacerlo con todas mis fuerzas, así que, a pesar de los recuerdos de otra vida, me aferré con todas las ganas a mi nueva vida y me sumergí en los proyectos de arquitectura que tenía encomendados. De forma inevitable, hice nuevas amistades y conocí chicas, pero por primera vez en mi vida no utilicé el sexo para desahogarme o para huir. No es que pensara volverme monje y era obvio que en algún momento comenzaría a tener relaciones con mujeres. Sin embargo, por ahora prefería volver solo a mi casa después de una copa con los compañeros. No me importaba en absoluto, por fin me sentía en paz conmigo mismo y eso era mucho mejor que un orgasmo.

Febrero fue el mes en el que por fin comencé a sentirme bien, conforme con mi nueva vida y

cómodo en mi piel. Me apunté al gimnasio más cercano a mi edificio y empecé a sentir que mi estado de eunuco comenzaba a desaparecer. Las ganas volvían a resurgir, especialmente cuando veía a las chicas haciendo *step*. Eso era bueno, ¿no? Quedé a tomar algo en un par de ocasiones con dos chicas del *gym*, pero a la hora de rematar la faena siempre encontraba alguna excusa para volver solo a casa. Era curioso porque toda mi vida en Nueva York comenzaba a tener forma. Sin embargo, seguía en mi abstinencia sexual como si no fuera capaz de decidirme a estar piel con piel con una mujer.

Un martes, 13 de febrero, caminando por Times Square vi una trenza rosa de una chica que estaba de espaldas. Llevaba un vestido *pin-up* de cuadros. Sentí que el corazón se me paraba en el pecho y un sudor frío se extendía por mi frente, hasta que se dio la vuelta y vi que era otra persona. Ese día comprendí que definitivamente tenía que acostarme con alguien de una vez por todas. Tantos meses sin sexo estaban comenzando a pasarme factura. Necesitaba arrancarme su recuerdo del pecho. Por eso, cuando esa tarde vi la ocasión de escabullirme al baño con mi compañera de trabajo ni me lo pensé. Dona se me había insinuado en diversas ocasiones. Era una tía guapa, no de una belleza clásica ni armónica como Ginebra. Tampoco tenía una belleza curiosa y con carácter como Roser. No, Dona tenía una boca grande y unos labios gruesos. Era una mujer a la que toda la ropa le quedaba ceñida, con culo grande. El tipo de mujer con el que sientes un deseo irracional de empujar y que sabes que no va a ser una remilgada en la cama. Le seguí el rollo y no tardó nada en meterme a empujones en el cuarto de baño.

Era una mujer muy caliente. Me dijo tantas barbaridades en tan poco tiempo que no pude evitar reírme mientras ella me sobaba descaradamente el paquete.

Dona se desabrochó la blusa para que pudiera ver sus pechos. No me hacía falta, ya la tenía como el Monumento a Washington.

Acaricié su cabeza mientras me bajaba la bragueta. Estaba a tope, llevaba demasiados meses sin estar con una mujer.

Sin embargo, de repente, me desinflé. La cara de Roser se cruzó en mi mente mientras aquella vaquera de Oklahoma estaba dispuesta a acabar con mi sequía.

—¡Espera! —le pedí en inglés mientras la apartaba.

Mi miembro se venía abajo.

—¿Qué pasa?

—¡Perdóname!, no me encuentro bien. Quizás no sea muy buena idea —me excusé como pude cerrándome la bragueta.

Dona estaba de rodillas, con la blusa abierta delante de mí, y no se tomó nada bien que la fiesta acabara con un desinflamiento.

—Lo dejamos para otra ocasión, ¿vale?

—¡Imbécil! —fue lo único que me dijo mientras se levantaba y se recolocaba la blusa.

Se largó de un portazo y no me habló el resto de la tarde.

* * *

Cuando llegué a casa me sentía frustrado. No sabía si mi frustración estaba más asociada a la ausencia de liberación sexual o al hecho de que fuera el rostro de Roser el que lo hubiera impedido.

Me sentí molesto e inquieto. El malhumor no desapareció durante la noche, porque no pude hacer otra cosa que soñar con Roser.

Me levanté cansado y de malhumor. La ducha no me mejoró el ánimo, ya que el agua caliente se estropeó y me tuve que dar una ducha con agua fría. La mañana cada vez iba de mal en peor, y la guinda llegó cuando comprobé que no me quedaba café.

—¡Maldición! ¿Algo más para hacer la mañana redonda? —siseé molesto.

Me puse un abrigo y decidí coger un café para llevar en la pastelería que había en mi calle.

Nueva York es una ciudad acelerada a todas horas, por lo que me sorprendió que tanta gente hiciera cola en la confitería a las ocho y media de la mañana. ¿Se les había acabado a todos el café? En ese momento comprendí que no era café lo que estaban comprando, principalmente eran bombones y dulces en forma de corazón. ¡Era San Valentín! No me había dado cuenta hasta ese momento. El chico que estaba delante de mí en la cola pidió una caja de bombones de las grandes y cargaba con un ramo de rosas rojas. Estaba seguro de que los bombones eran una delicia porque eran artesanos y tenían un aspecto increíble. Todo lo que había probado hasta entonces de aquella pastelería era una exquisitez.

Cuando llegó mi turno pedí café.

—¡Oh vaya! Veo que usted no lleva flores y corazones —me comentó la dependienta con un fuerte acento neoyorkino.

—No, no. Se me acabó el café. —Sonreí débilmente.

—Bueno, es el primer hombre casadero que no me pide bombones. Llévese un cruasán de chocolate para el café, ¡le aseguro que es mejor que cualquier bombón!

—No, no tengo hambre —me excusé con una sensación rara.

—Está bien, usted se lo pierde, ¿no cree? Al fin y al cabo, la vida son dos días.

La señora rolliza me miró con el café en la mano.

—Gracias —contesté con la mente muy lejos de allí.

Observando aquellos cruasanes de chocolate no pude evitar recordar a Roser. Ella los hubiera preferido mil veces a las flores y corazones.

—¿Sabe qué? Finalmente sí me llevaré unos cruasanes. Póngame una cajita.

—Estupenda decisión. No es bueno tomar el café con el estómago vacío.

Mientras observaba cómo preparaba los cruasanes no podía dejar de pensar en que aquel era el día más cursi de todo el año y, en el fondo, yo no dejaba de ser un romeo trasnochado.

Capítulo 34

Mi corazón lleno de flores

La lluvia caía de forma pausada contra la ventana. Llevaba tres días sin dejar de llover. Miré el reloj, eran las nueve y veinte de la mañana, iba a perder el metro y ya no me daría tiempo a llegar a las diez al local. *Mi* local, exclusivamente de *mi* propiedad. Cada vez que pensaba que era mío, de mi propiedad, me sentía satisfecha. Sí, seguía pagando una renta por el piso en el que vivía, pero era una renta antigua, y el hecho de no tener que hacer frente cada mes a dos alquileres era una mejora importante en mi economía mensual. La exposición del pasado verano había cambiado mi vida 180 grados. Con las ganancias obtuve lo que me faltaba para comprar mi local. Pero eso no fue lo único que conseguí. La exposición me dio una proyección que me lanzó al mundo del arte haciéndome aterrizar en primera línea. Me había convertido en una voz emergente a la que otros ojos prestaban atención. En pocos meses había vendido una gran parte de toda mi creación artística. En la galería se habían quedado diez obras en la exposición permanente. El valor de aquellas obras era de diez mil libras cada una. ¡Una pequeña fortuna! Necesitaba tiempo para poder pintar y dibujar, así que no me importaba que se frenara un poco la venta masiva de mis obras. ¡Venta masiva! ¿Cómo había logrado llegar hasta ahí?

Un par de días atrás había estado precisamente hablando de eso con Eva. Ella me había insinuado que quizás tuviera que dedicarme a pintar y dibujar, y cerrar el local que tanto me había costado comprar. Pero yo me negaba, ¿cómo iba a hacer eso? ¿Perder aquello que tanto me había costado conseguir?

—Roser, ¡no es una pérdida!

—Eva, sabes muy bien lo que me costó comprarlo. El local de bellas artes ha sido mi forma de vida desde hace muchos años. Es un negocio que me hace feliz.

—Ya lo sé. Lo sé muy bien, pero la vida son etapas. Ahora estás en otro punto: ¡mira esto por favor!

Me enseñó mi página de Instagram.

—Tienes cien mil seguidores y el verificado. Las marcas se partirían la cara porque las anunciaras.

—No es para tanto, no exageres. Además, no soy una comercial.

—*Instagrammer* —me corrigió—. No serías una comercial, serías una *influencer*.

Negué con la cabeza.

—No me interesa nada de eso. La página es una ventana al mundo para mi arte, no para

enseñar qué cocino o qué perfume me gusta comprar. Además, yo no sé nada de redes, todo lo que se logró fue gracias a Ginebra.

—Estoy segura de que ella estaría de acuerdo conmigo. Si ella manejara ahora tus redes, te haría una estrella.

—Es cierto —acepté—. Pero sería gracias a su mano, tenía un don para hacer brillar todo lo que tocaba.

Las dos sonreímos con tristeza porque sabíamos lo que había pasado.

Michael era al único al que Adrián había informado tras el fallecimiento de Ginebra, en una conversación que no había durado más que unos pocos minutos.

No lo culpaba por no llamarme, hubiera sido una conversación demasiado dolorosa. Michael me habló de él solo esa vez y después ninguno de los dos volvió a mencionarlo. Cuando algo duele demasiado lo único que puedes hacer es dejar que cicatrice, y a veces la única forma de cicatrización es el tiempo.

Nunca más volvimos a hablar de él, de lo que había pasado, ni de lo que podría haber sido. Eso era el pasado. Yo era una mujer demasiado pragmática para vivir de lo que hubiera podido ser, prefería quedarme con lo que tenía entre mis manos. Michael y Eva me conocían bien en ese sentido, así que me respetaron.

Ginebra se había ido, pero antes de irse me había lanzado al mundo digital y me había hecho brillar.

—¡Nunca la olvidaré! —sentencié.

Eva asintió y dejamos que el silencio llenara el resto del espacio. A veces no decir nada también es una forma de cicatrización.

Mi local era la piedra angular sobre la que había girado mi destino medio año atrás. Por él había hecho la exposición y alrededor de aquellos acontecimientos había cambiado todo mi mundo. No iba a renunciar a él porque ahora un mercado incipiente demandara mis obras. Haría ambas cosas, podría hacerlo, ¿no?

* * *

Cogí el maletín y mi bolso, y revisé que lo llevara todo; últimamente andaba muy despistada. Metí el móvil, cogí las llaves y abrí la puerta.

De repente todas las prisas se acabaron. Recuerdo ese momento como si hubiera ocurrido uno de esos seísmos en los que casi no notas nada, pero sabes que acaba de temblar el mundo entero. Me quedé sin palabras cuando vi enfrente de mi puerta a Adrián, con la mano a punto de tocar el timbre.

Vestía un abrigo de paño marrón y, en el cuello, una bufanda de Burberry a juego. No llevaba paraguas y algunas gotas de lluvia se habían posado en su cabello y en sus hombros. En las manos enfundadas en unos guantes marrones sostenía una caja rosa de pastelería.

—¡Hola Ros!

Me pareció que la veta de sus ojos verdes era más castaña que la última vez que lo había visto. O quizás era su mirada, más profunda, más vivida. Estaba guapo, en ese momento diría que era el hombre más guapo del mundo. Lo vi más alto, más maduro y más apuesto. Sentí que de algún modo había crecido, al menos diez años y diez centímetros. Entendí que era más adulto, y me sentí como si lleváramos toda una vida sin vernos y no solo seis meses.

—Adrián, ¿qué haces aquí?

Yo vestía un abrigo negro estilo capa. Al cuello también llevaba una bufanda gris perla, de esas muy mullidas que casi son más grandes que el abrigo. El cabello estaba más desteñido que cuando él me había visto por última vez. La raíz castaña abarcaba tanto espacio que ya casi no podía llamarla raíz. Lo llevaba trenzado, cayendo sobre un hombro, eso no había cambiado. El maquillaje suave, salvo un marcado *eyeliner* negro. No era mi mejor *look*, pero estábamos en invierno y, dadas las circunstancias, estaba guapa.

—He venido a traerte esto —dijo extendiendo la caja hacia mí.

Vi la caja de la pastelería y me pareció un caballo de Troya. ¿Qué significaba aquello?

—¿Has venido a traerme dulces?

En ese momento mi vecina salió al rellano y nos observó con curiosidad.

Ambos la saludamos con un gesto algo forzado.

—¿Vas a dejarme entrar? ¿O me vas a tener aquí en la puerta esperando la invitación como un vampiro?

Sonreí a pesar de mí misma y lo dejé entrar, a él y a su caballo de Troya.

Adrián entró en mi piso y dejó sobre la mesa de la cocina el paquete rosa de la pastelería. Se quitó los guantes mientras yo cerraba la puerta. Observé las manos que había dibujado tantas veces.

—¡Hace calor aquí! —exclamó sacándose la bufanda y apoyándola en el respaldo del sofá que separaba el salón de la zona de cocina. Acto seguido se desabrochó el abrigo y lo dejó en el mismo sitio.

Apoyé en el mueble de la entrada mi maletín y el bolso. Caminé hacia la mesa de la cocina, pero no me quité ni el abrigo ni la bufanda que daba dos vueltas a mi cuello y caía por delante de mi pecho.

—¿No tienes calor? Podrías pasar por una habitante de Invernalia.

—Estaba a punto de marcharme.

—Ya…

Nos miramos un momento en silencio y sentí que el mundo se partía en dos. ¿Qué hacía allí Adrián? ¿Había venido a ver a su primo? ¿Estaba de paso por un viaje de trabajo? No acababa de comprender su presencia en mi casa, todo me parecía descontextualizado. Sin embargo, las ganas de besarlo no me eran precisamente ajenas. Sentí deseo, pero no era solo deseo, era algo mucho más profundo. Algo denso contra lo que no se podía luchar: añoranza, ganas de arañar algo

genuino que flotaba en el aire cuando estaba con él. Quizás algunas personas lo llamasen amor, para mí era vida. Un sentimiento imposible de describir con palabras. Algo visceral que se despertaba cuando estaba cerca de él y que me recordaba lo primitivos y animales que podemos llegar a ser. Adrián formaba parte de mí. Lo que había vivido con él se iba a quedar para siempre como una capa más de mi vida. Sobre esa capa se construirían más y más capas de vida. Crecería la hierba, se posaría el hielo, y tal vez caminaran otros amores. Pero en el fondo sabía que lo que había vivido con él, lo que sentía por él, jamás moriría del todo.

Inevitablemente recordé a Ginebra. A pesar de lo que había pasado entre nosotros, sabía que su pérdida había sido dolorosa.

—¡Siento muchísimo lo de Ginebra!

Hablé de corazón. Adrián me miró desde un verde lleno de aguas.

—Gracias.

—¿Cómo está su familia?

—Mejor —contestó apoyándose en el respaldo del sofá—. Ya no hablo con ellos tanto, pero sé que están bien. No podía seguir manteniendo el contacto a diario, era mentalmente insoportable.

—Lo comprendo.

Adrián soltó aire y buscó algo bueno que decir.

—Tienen varios nietos, se centran en eso. Los niños les dan mucha alegría.

Asentí.

—Sí, supongo que sí.

Recordé a mi madre, ella estaba como loca por ser abuela. Llevaba la mitad de su existencia preparada para recibir a una nueva generación.

—¿Y cómo estás tú?

Deseé desde las entrañas que me dijera que estaba bien, que era feliz, que todo había merecido la pena porque él estaba bien. Que el daño no lo había destruido. Que su mundo entero seguía adelante, sin Ginebra y sin mí, pero en un camino que lo hacía feliz. Traté de obviar esa necesidad casi primaria de acercarme a él y me concentré en pensar que sería suficiente que me dijera que estaba feliz. Quizás en cinco minutos saliera por la puerta y entonces no volvería a verlo jamás.

—Estoy bien —contestó metiéndose las manos en los bolsillos—. Estoy viviendo en Nueva York desde diciembre.

Me alegré, pero no pude evitar cierta nostalgia por lo que no había sido, necesitaba poner distancia. Me separé de la mesa y la rodeé para llegar hasta el fregadero y coger un vaso de agua. Empezaba a sentir mucho calor con el abrigo, la bufanda y su presencia. Tenía que irme pronto. ¿Cuándo pensaba marcharse Adrián? ¿Por qué había venido?

—Me alegro de que persiguieras tu sueño y de que lo hayas hecho realidad.

—Sí, Nueva York es todo lo que siempre imaginé —aceptó—. Al principio fue muy

complicado. Me quedé completamente noqueado tras la muerte de Ginebra, pero he comenzado a levantar vuelo.

—Eso está bien —murmuré inquieta.

Necesitaba que Adrián se fuera y saliera de allí antes de…

—¡Estás siempre presente conmigo en Nueva York! —soltó de repente—. Sueño contigo todas las noches. Cursi, ¿eh?

Sentí que algo me golpeaba fuerte en el pecho y toda mi sangre fluía enredándose en aquellas flores que Adrián hacía crecer dentro de mí.

—Un poco.

Me miró serio con una mirada profunda.

—¿No vas a abrir lo que te he traído?

Vi la caja rosa de la pastelería, el caballo de Troya con el que Adrián había regresado a mi vida, con su declaración todavía flotando en el aire. A veces no hace falta decir mucho para decirlo todo. Sabía que tenía que librarme de él, pero aquella caja rosa de pastelería se convirtió en el epicentro de la habitación. Me acerqué a la mesa y la abrí, dentro me encontré con una bandeja de cruasanes de chocolate.

Levanté la mirada hacia Adrián.

—¡Te los he traído por San Valentín! —declaró—. Ya lo sé, vengo con un día de retraso, pero llegué en el primer avión que pude coger. Ayer me levanté y todo parecía ir mal, ¿sabes? —Adrián se rio con una sonrisa que tenía cierta ternura enmascarada de algo más profundo—. Me tuve que dar una ducha de agua fría y después no tenía café para el desayuno, así que bajé a la pastelería. No tenía ni idea de qué día era, solo de que la gente cargaba ramos de rosas y bombones. Cuando pedí mi café, vi los cruasanes. Sé que no eres de flores y corazones, pero recordé lo mucho que te gustan los cruasanes… —Adrián se quedó en silencio mientras mi corazón se llenaba de las raíces de todas las flores que Adrián hacía crecer. Lleno de él, de su risa, de sus miradas verdes, de sus manos, de sus sueños, de cómo había hecho que el sexo se convirtiera en amor y el amor en algo tangible para mí—. ¡Ros, vi esos cruasanes de chocolate y pensé que no había nadie más en este mundo con el que me apeteciera compartirlos que contigo! Así que cogí una caja y el primer avión que pude dirección Londres.

—Adrián… —No sabía ni qué decir, apenas conseguía mantenerme en pie.

—¡No digas nada! —me pidió acercándose.

Me quedé estática, con todas aquellas flores de colores trenzando raíces en mi pecho, abriéndose paso por debajo de mi piel.

Adrián me acarició las mejillas con infinita dulzura. Tan dulce como aquellos cruasanes.

—Ya sé que lo nuestro no ha sido precisamente una historia de cuento. Sé que no he estado a la altura en muchos momentos y que todo fue demasiado complicado… Mi novia, el compromiso, mis mentiras, y después… —Tragó para no mencionar a Ginebra otra vez—. ¡La nuestra era una historia imposible en un momento imposible y traté de dejarte atrás! Pero a pesar

de haber un océano entre nosotros solo puedo pensar en ti y no quiero disfrazarlo. ¡No quiero más mentiras en mi vida! Estoy aquí porque estoy enamorado de ti, así de sencillo. —Adrián me miró sin dejar de sostener mi rostro entre sus manos—. Hemos disfrazado de sexo el amor que sentíamos porque no encajábamos, porque estaba mal, porque yo no era libre, porque me acostaba con cualquiera con tal de escapar de una vida en la que estaba atrapado…. ¡Por demasiadas cosas! —Guardó silencio, pero no supe ni qué replicar—. ¿Sabes? Cuando te conocí me voló la cabeza: tan diferente, tan auténtica, tan exótica, tan lejos de mi mundo. Sé que al principio solo parecía un juego, pero conocerte se ha convertido en lo más importante que me ha pasado en mi vida.

—Adrián, han sucedido demasiadas cosas… —lo interrumpí con la emoción a flor de piel.

—¡Déjame decirte todo lo que tengo metido en el pecho, por favor! —me pidió, y volví a callar—. Sé que siempre ha parecido imposible, teníamos todo en contra. Todo nos separaba, ¡hasta este maldito caballo bordado! —señaló tocándose el pecho—. Hemos jugado y nos hemos quemado, pero no me digas que no fue amor.

Lo miré a los ojos y no pude mentir.

—No tengo intención de mentirte, pero todo lo que ha ocurrido ha sido demasiado…

—Complicado —terminó por mí.

Di un paso a un lado separándome de Adrián. Apoyé una mano en la mesa. El abrigo me daba calor, tenía que quitármelo, pero él seguía allí y no parecía dispuesto a marcharse.

—Sí, complicado —susurré.

—¡Lo sé! Cuando te dejé aquí pensé que jamás volvería a verte. Viví algo muy difícil con la muerte de Ginebra. Tan difícil que ni siquiera pude llamarte. Me convertí en viudo sin haber sido esposo. Me dolió mucho, no te voy a mentir. Estaba dispuesto a casarme con ella, con el convencimiento de que ver cumplido su sueño me daría cierto consuelo.

—Lo sé.

—No hubo boda, pero sí entierro —sentenció—. Ha sido la peor experiencia de mi vida. Pero incluso en aquellos días soñaba todas las noches contigo. Si eso no es amor, ¿dime qué es?

No pude contestar, el de las palabras era él. La emoción me había envuelto por completo, solo podía dejarme atrapar por la profunda mirada verde de veta castaña de Adrián.

Adrián salvó la distancia que nos separaba y me besó. En ese momento despegué los pies del suelo. Estábamos flotando en un mundo muy muy lejano donde las princesas no hablan de amor, pero tienen sexo a diario. Me convertí en una mujer de papel y debajo de mi piel solo había flores de colores, creciendo y enredándose, llenándose de Adrián. ¡Él lo llenaba todo!

Cogió mi rostro entre sus manos y me besó la nariz, la frente y las lágrimas de mis mejillas.

—¡Roser, la chica que no quería flores ni corazones! La chica que solo me dijo «te quiero» una vez, mientras lo hacíamos debajo de la lluvia. Dímelo hoy, dime que nunca has sentido por nadie lo que sientes por mí, que no ha habido otro, que tú también cruzarías un océano por mí.

Las lágrimas también bailaban en los ojos de Adrián. Acaricié sus mejillas imitando su gesto

y confesé:

—¡Sí, yo también cruzaría un océano por ti!

Volvió a besarme. Un beso intenso, de película, de los que te besan con el alma y te abrazan con todo el cuerpo. Adrián me sostuvo contra su cuerpo con firmeza y supe que jamás me soltaría.

En ese momento el globo en el que levitábamos explotó.

—Pero ¿qué?

Se apartó y me miró extrañado.

Me quité la bufanda y el abrigo. Mi vestido blanco de punto con ribetes negros me marcaba una bonita barriga.

—Estoy embarazada.

Adrián tan solo necesitó unos segundos para pasar del asombro absoluto a tocarme el vientre poniendo sus manos encima de las mías.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería obligarte a nada… Iba a abortar, estaba decidida. —Tomé aire antes de continuar —: Pero el día en que tenían que practicarme el aborto sentí algo en el vientre. Dicen que eso es imposible porque estaba de pocas semanas, pero noté al bebé, y supe que era *mi* bebé y que ya no podría dejarlo atrás. —Solté la verdad y sentí que volvía a respirar. Adrián me miraba entre sorprendido y emocionado—. ¡Perdóname! No tienes que hacer nada, es una decisión que he tomado sola…

Él pánico se había apoderado de mí, pero solo de mí al parecer.

—¿Qué es? —preguntó Adrián mientras me miraba la barriga maravillado. Tras unos instantes de incertidumbre parecía feliz, como un niño al que acaban de darle una sorpresa.

—Una niña.

—¿Tiene nombre?

—No.

Adrián se puso de rodillas y le habló a mi barriga:

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás? ¡Soy tu papá! Perdóname que haya estado tan lejos, pero ya estoy aquí.

Le dio un beso a la barriga y apoyó su mejilla para sentir al bebé. Como si la pequeña quisiera responder a su saludo dio una patada para hacerse notar.

—¡Esta niña va a ser futbolista!

—No te voy a decir que no —repliqué secándome las lágrimas.

Adrián se puso de pie y me dio un beso en los labios.

—¡Hoy es el mejor día de mi vida! Te tengo a ti y tengo a Adriana.

Me abrazó y sentí que estaba en casa. Emocionados, nos besamos entre risas y lágrimas.

—¿Adriana? ¿Un nombre tan pijo?

—¡Hombre, tendrá que llamarse como su padre!

Adrián me cogió en brazos y me llevó hasta el dormitorio.

—Dios, ¡sí que pesas!

—Solo he engordado siete kilos.

—¿Seguro?

—¡Imbécil!

Adrián me apoyó en la cama y dejé caer mis zapatos de tacón negros. Se quitó el jersey mientras comenzaba a acariciarme.

—¿Sabes algo bueno? Que podemos hacerlo sin preservativo.

—¡Cómo si eso hubiera sido un impedimento!

—Eso es la mejor locura que he hecho en mi vida porque ahora os tengo a las dos. —Me besó —. ¡Eres mía, solo mía!

—¡A mí ya me tenías! —confesé.

—¡Vaya, eso es muy romántico!

—Es lo más romántico que me vas a oír decir.

Adrián ya se había deshecho de mi vestido y de mis medias y observaba con curiosidad mis pechos, que habían subido dos tallas.

—Seguro que consigo que grites que me quieres mientras te follo.

—Inténtalo.

—¿Eso es un reto?

—Tal vez…

—¡Me encantan los retos!

A pesar de estar de bastantes meses, ese día lo hicimos tres veces. Por mi parte no había perdido la libido y Adrián tenía mucho «amor contenido».

Confieso que sí grité, pero no dije «te quiero» porque al fin y al cabo yo no necesito las palabras para expresar mi amor. Se lo dije de mil formas ese día y los días que siguieron. Se lo dije a través de todos los retratos y bocetos que hice de cada parte de su cuerpo. Se lo dije con la mirada cuando se convirtió en un padre entregado sin dejar de ser un amante apasionado. Él decía «te quiero» con palabras y yo pintaba mi amor con óleos. Con palabras solo se lo había dicho una vez, mientras teníamos sexo bajo la lluvia en la exposición de pintura.

De ese «te quiero» nació Adriana con 2,800 kilos, ojos verdes como su papá y pasión por las pinturas como su mamá.

Epílogo

Por todas las chicas

—¡Para!

Adrián siguió subiendo su mano por mi muslo hacia el inicio de mi nalga.

—Es pierna.

—Es culo.

—Es pierna, no te he tocado el trasero. Además, no he llegado al pantalón corto, por lo que sigue siendo pierna.

—¿Me estás diciendo que con este pantalón voy por ahí enseñando el culo?

—Bueno, has llegado a la treintena y está a dos centímetros de la nalga. Yo diría que, para ser una persona de alcance público, así como una madre ejemplar, sí es corto.

Bufé.

—¡Pues no parece que te disguste!

Adrián se rio mientras colaba sus dedos por debajo del pantalón.

—A mí me encanta, para que te lo voy a negar, pero preferiría estar en casa para poder quitarte ese pantalón y follarte.

Hice una mueca.

—¡No seas burdo! —siseé mirando a nuestro alrededor.

—No nos entienden.

—Estamos en Nueva York, no en Tokio. Por supuesto que una gran parte de la población puede entendernos.

Adrián subió su pierna a la mía y se pegó más. Estábamos tumbados bajo un árbol en Central Park y la tenía durísima.

—¡Mira cómo me tienes!

—Yo no te tengo de ninguna manera.

—Podíamos aprovechar que Adriana está con sus padrinos para ir a casa y, bueno, ya sabes, darle un hermanito.

Negué con la cabeza riéndome.

—¡No hay segundo bebé, ya te lo he dicho!

Adrián también se rio y me besó el cuello mientras colaba una mano por debajo de mi camiseta y me apretaba un pecho.

Jadeé.

—Por favor, Adrián…

—¿Segura de que no quieres un segundo bebé? —me torturó pellizcándome el pezón.

—¡Estamos en público!

—Ya sabes que eso me encanta…

Me reí y lo besé, pero quité su mano de debajo de mi camiseta.

Adrián y yo éramos los mismos que dos años antes. De alguna manera tener un bebé y mudarnos a Nueva York nos había cambiado, pero por otro lado la conexión que teníamos era más profunda, y el enganche a nivel sexual era tan poderoso o más que antes. No sabía hasta qué punto la maternidad podía cambiar el mundo de una mujer haciéndolo girar 180 grados. Pero al final era algo que habíamos descubierto juntos y era el viaje más emocionante de nuestras vidas. No negaré que me costó tener a un ser humano colgado de mi teta de forma constante. Adrián decía con humor que él también lo haría si pudiera. En cierto modo nos volvimos locos, pero resurgimos un año después de la vorágine que significa tener un bebé y construimos un hogar juntos en Nueva York. Adrián combinó la paternidad a tiempo completo con trabajar en el estudio de arquitectura con ferocidad y se convirtió en asociado en dos años. Yo alquilé mi local de bellas artes en Londres a una artista incipiente. Ahora la que cobraba las rentas era yo. Cuántas vueltas da la vida, ¿no? Monté mi estudio en una de las habitaciones de nuestro piso y me dediqué a jornada completa a dibujar y pintar, bueno, además de cuidar a la recién llegada a la familia. Desde el éxito de Londres había hecho varias exposiciones. Estaba en el momento de mayor productividad de mi carrera, mi popularidad estaba en auge y el valor de mis obras se había disparado. Tenía medio millón de seguidores en Instagram y eso había hecho que las redes finalmente también se convirtieran en un ingreso. Había tocado la tecla que había disparado mi éxito y mi crecimiento de manera exponencial. ¿Cómo lo había conseguido? ¿Por qué yo y no otra de las cientos de artistas que inundaban las redes y las calles de Londres y Nueva York? Ni siquiera lo sé a día de hoy. Dicen que si hubiera una fórmula para el éxito todo el mundo la reproduciría. Yo simplemente me dediqué a trabajar como siempre había hecho, pero nunca olvidé que Ginebra fue la que me hizo brillar para que el mundo me mirara.

En cuanto a la maternidad, lo cambió todo, pero de alguna forma no cambió ni un solo aspecto de quien era yo: una artista, una amiga, una amante, una mujer y, sí, ahora también una madre. La maternidad formaba parte de todo lo que yo era, pero no me definía como mujer.

Adrián resultó ser un padre entregado y, en parte, era mucho más mamá que yo. Él llevaba el control de las vacunas, de la talla de los pañales y de qué leche o alimento era mejor para Adriana. Yo era más tranquila, fluía con ella y con nuestra nueva vida. Reconozco que me ponía ver lo buen padre era, y él se empeñaba constantemente en demostrarme que amaba cada centímetro de la mujer que había conocido en Londres y de la mujer que era ahora en Nueva York. Aprovechaba cada siesta de Adriana para dormir una siesta conmigo y demostrármelo con ferviente entusiasmo.

Contratamos a una niñera llamada Fernanda que era mitad neoyorquina y mitad ecuatoriana; le enseñaba a Adriana expresiones de lo más disparatadas. Amaba el espacio de pareja que Fernanda nos brindaba. Salíamos a cenar dos veces por semana y paseábamos por las calles de Nueva York charlando sobre nuestros planes, nuestros sueños o cualquier tontería que hubiera hecho nuestra hija. Los viernes nunca regresábamos a casa hasta que nos dolían los pies. Adrián seguía aprovechando aquellas salidas en pareja para tener sexo en los baños de los restaurantes. Yo siempre le decía que estaba loco, pero me ponía vestidos vaporosos para que él pudiera tener fácil acceso a mi cuerpo. Me penetraba con fuerza en los lugares más variopintos y yo lo amaba, amaba cada centímetro de aquel camino sinuoso que había sido nuestra vida. Lo amaba desde los dedos de los pies hasta el cabello lacio de su flequillo, amaba cuando me sujetaba las nalgas con fuerza para entrar dentro de mí, profundo, tan profundo y tan dentro que alcanzaba las compuertas que nadie jamás había abierto. Lo amaba tanto que jamás le decía «te quiero» porque yo era de pintar los sueños que compartía con él con mi pincel, de dibujar los mundos que él me hacía acariciar con mi lápiz, pero no de susurrar palabras. No podría decirle con palabras lo que él me hacía sentir. Todas las palabras que podrían describir lo que éramos me sonaban pequeñas e insignificantes, quizás por eso Adrián trataba de arrancarme gemidos, porque sabía que no podría arrancarme «te quieros».

La mano de Adrián había vuelto a mi muslo.

—Hay una cafetería a unos minutos en esa dirección. Pido un café y te espero en el baño.

—¡Ni se te ocurra! —le advertí—. Jaime y Michael están a punto de regresar con Adriana.

Fue mentarlos y se oyó:

—¡Mami, mami!

Adriana corrió hacia nosotros con un pequeño coche verde en sus manitas y su cabello castaño claro bailando en una coleta.

Se agachó a mi lado y directamente me arrolló. Casi no me dio tiempo a recibirla.

—Hola, pequeña.

—Hola, mamá. ¡He estado en una abarca!

Adriana se acurrucó en mi pecho. Adrián se sentó y la corrigió:

—En una barca.

Adriana lo miró muy seria.

—Eso, ¡en una abarca!

—Vale, en una abarca —aceptó Adrián haciéndole cosquillas mientras se acercaban Jaime y Michael.

—*Oh, my God!* Esta niña tiene una energía arrolladora.

—Eso no te lo voy a negar, pero te lo advertí —sentencié haciéndole caricias a Adriana, que había pegado su cabeza a mi pecho.

Adrián se acercó un poco a la pequeña y susurró:

—¿Y para papá no hay nada? ¿Así me agradeces que soy el único que te deja tomar helado?

Adriana levantó sus enormes ojos verdes y saltó de mi regazo a las piernas de Adrián, quien la cogió en brazos y se levantó para hacerla girar.

—¡Ya sabía yo que la palabra mágica era «helado»!

Adriana reía como una loca mientras giraba en los brazos de su padre.

Michael se sentó en el espacio que había dejado Adrián mientras yo me atusaba el cabello y me hacía una larga trenza de lado.

—Adoro a mi ahijada, pero es incombustible —sentenció Michael.

—No hagas ni caso —negó Jaime divertido—. Lo hemos pasado estupendamente. Es una niña muy inteligente, habla por los codos.

Adrián había dejado a nuestra hija en el suelo y se dedicaba a hacerla correr detrás de una pelota naranja.

—Se supone que tienes que dejarla que ella toque la pelota. ¡Eres un chupón! —le grité levantándome mientras él se alejaba divertido y Adriana corría con sus piernecillas detrás de su papá.

—No sé cómo no se te ha llenado la raíz de canas con tanto ajetreo diario. Por cierto, te hace falta volver a la peluquería, *darling*.

—¡Lo sé! —acepté mientras daba vueltas a la goma que me sujetaba la trenza—. Pero me he acostumbrado al rosa desteñido.

—Yo creo que deberías cambiar el nombre de tu página web por el de Rosa Desteñido —comentó Eva mientras se acercaba de la mano de Nolan.

—Hey, ¿qué ha pasado? —saludó Michael levantando una mano—. ¿Habéis terminado todas las salas del museo?

Nola, Eva, Jaime y Michael habían llegado a Nueva York hacía tres días para pasar una semana con nosotros. Nolan no había estado nunca antes y tenía muchas ganas de ver museos. El Museo de Historia Natural era el segundo que visitaban tras el Moma.

—*It's amazing! I love it* —declaró Nolan con una gran sonrisa—. Me ha gustado mucho más que el Moma.

—A mí también me ha encantado —sentenció Eva—. La verdad es que no tenía grandes expectativas con él, pero he de decir que es una maravilla.

—Sobre todo las momias —indicó Michael.

—Pues la verdad es que sí —aceptó la rubia—. ¡Son fascinantes!

—Ok, *love*. Pero, por favor, no hagas un cómic sobre momias, ya existe *The Walking Dead*.

—Ese es de zombis, no de momias.

—Gracias, Jaime —comentó Eva con una sonrisa—. Es que para Michael todos los seres sobrenaturales son iguales.

Michael se puso de pie y se acercó a Jaime para abrazarlo.

—A mí el único ser sobrenatural que me interesa es mi marido —dijo con teatralidad.

Este se rio mientras su pareja le daba un beso en los labios. Uno de esos sencillos y rápidos

pero que, para Michael, tras la crisis que habían pasado dos años atrás, se habían convertido en indispensables.

—¿Nos vamos a comer? —preguntó Adrián mientras se acercaba con la niña subida a sus hombros.

—Sí, vamos —contesté.

—Buena idea, yo tengo hambre —comentó Nolan.

—No sé cómo puedes comer tanto —apuntó Eva—. Con lo que has desayunado, yo no podría comer en doce horas. En el crucero del Báltico, en la luna de miel, desayunaba dos veces.

—¡Era gratis, chica! *What could I do?*[1] —preguntó con una de sus auténticas sonrisas *made by* Nolan.

—Hay una cafetería restaurante justo por esa salida del parque —señaló Adrián haciendo un gesto con la cabeza mientras la niña, sentada sobre sus hombros, no paraba de estirar sus orejas.

—*Love*, ¡vas a dejar a papá como a Dumbo! —comentó Michael.

—Anda, vente, Adriana —la llamé cogiéndola en mis brazos.

—¿Que tal los baños de la cafetería? —preguntó Michael dirigiéndose a Adrián.

—¿Por?

—Lo digo por las prácticas que te gusta llevar a cabo en los baños, querido. Te advierto que hoy Ros lleva pantalón, no falda.

—¡Michael! —me quejé tapándole las orejas a la niña mientras todos reían.

—No te preocupes, Michael —replicó Adrián—. Ese pantalón se lo quito en un par de segundos.

—¿Y cuánto necesitas para el resto?

—Solo cinco minutos —respondió sin avergonzarse un ápice—. Compréndeme, trato de arrancarle desde lo más profundo un «te quiero». ¡Es un trabajo diario!

—Oh, querido, por muy profundamente que hagas tus incursiones, la Reina de Hielo no es de «te quieros».

Todos se echaron a reír menos yo, que trataba de distraer a Adriana con unas flores.

—¡Sois incorregibles! —farfullé con una medio sonrisa, al fin y al cabo, me gustaba ver que había cosas que nunca cambiarían: Michael y sus conversaciones subidas de tono había encontrado en Adrián a la horma de su zapato.

Adriana cogió una mano de Jaime y le dio la otra a Nolan. Los dos se adelantaron consintiendo que la pequeña fuera dando pequeños saltitos impulsándose en ambos, mientras les daba indicaciones de cómo tenían que hacer para que ella saltara más alto.

Adrián aprovechó para cogerme en volandas y me plantó un sonoro beso en los labios.

—Bueno, Michael, yo creo que Ros tiene miedo a decir las palabras mágicas. La única vez que me dijo «te quiero» se quedó embarazada de una pequeña señorita que está ahí delante hablando como una cotorra.

Eva miró con dulzura a la niña.

—La verdad es que os salió monísima —afirmó.

—*Oh, love! Sure, she's cute!*[2] Pero si Ros no quiere más *babies*, es mejor que no diga las palabras mágicas. A pesar de la profundidad del amor con el que nuestro romeo lo intenta, una y otra vez, en bares y restaurantes.

—¡Los dos sois idiotas! No estamos metidos en los baños públicos a diario —sentencié divertida mientras Adrián me dejaba en el suelo.

—¡Papá! —lo llamó la niña mirando hacia atrás—. ¡Papá, ven!

—Voy, cariño… —respondió Adrián adelantándose.

—Os estaré vigilando, para ver si vais o no a la vez al baño —declaró Michael alzando la voz.

Adrián replicó mirando hacia atrás:

—¿Qué pasa, Michael? ¿Quieres mirar?

Este sonrió socarrón.

—No me importaría, la verdad.

Jaime lo miró negando con la cabeza con una sonrisa, porque sabía que ahora Michael solo era un fanfarrón. Desde hacía dos años solo tenía ojos para él.

—Si a Ros no le importa, por mí no hay problema —replicó Adrián con una sonrisa que derretiría hasta el Polo Norte.

Negué con la cabeza llevándome una mano a la frente.

—¡Sois unos fanfarrones! —repliqué.

Michael negó sonriendo, mientras los ojos verdes de Adrián brillaban antes de mirar hacia delante y responder a algo que le había dicho Nolan.

Jaime observó divertido a su marido unos segundos antes de seguir caminando con Nolan, Adrián y la pequeña.

Apenas una mirada entre Jaime y Michael era suficiente para ver la conexión en la pareja. Llevaban dos años casados e inseparables. Michael había pedido una excedencia para acompañar a Jaime en sus viajes. Este seguía siendo una referencia en el mundo de la cardiología, sus publicaciones en revistas científicas de primer nivel como *JAMA Cardiology*, *The Lancet* y *British Medical Journal* eran de lo más consultado en el gremio. Seguían en el mismo piso, pero, según Michael, habían quemado el colchón en el que él había dormido con La Pelirroja. No lo habían quemado literalmente, solo lo habían cambiado, pero a él le encantaba darle un toque literario al acontecimiento. Nunca los había visto tan unidos como en esos dos años. Michael no solo se dedicaba a ser un amante esposo, sino que se había hecho un canal de YouTube y un perfil de Instagram llamados *M for Michael*.[3] Allí hablaba de viajes, de comida, de Londres, de cremas antienvejecimiento, del día a día, de sexo, de relaciones y de mil y una cosas más. Michael decía que sus vídeos y publicaciones eran como esos bolsos grandes de señora donde puedes encontrar desde una pinza de depilar hasta las entradas de cine de hace dos años. Todas las semanas hacía dos directos que titulaba *Tell Michael after work*.[4] Sin lugar a dudas, Michael había nacido para ser una estrella y estaba bien que el mundo lo disfrutara.

—¿Sabéis, queridas? Es posible que Jaime deje de viajar tanto por una larga temporada, creemos que es hora de ampliar la familia.

—Dime que no estás embarazado —comentó Eva.

—Más o menos —respondió Michael haciéndose el interesante—. Vamos a adoptar a estos señoritos —explicó enseñándonos una foto de su móvil mientras caminábamos.

En la instantánea se veía a un par de galgos.

—¡¿En serio?! —repliqué sorprendida.

Michael nunca había querido ataduras, principalmente para poder volar. Sin embargo, ahora, al parecer cuantas más ataduras mejor.

—Sí, a Jaime le apetece mucho y a mí también, la verdad. Me apetece cuidar de otro ser vivo. ¿Y qué mejor que de estas dos preciosidades?

—Son muy elegantes —apreció Eva.

—¿Y vosotros? —preguntó Michael.

—No, no, ¡por ahora ni perros ni embarazos! —negó Eva—. Nolan quiere ser papá, lo ha dejado caer un par de veces. Incluso habla de una casa con jardín a las afueras de Londres.

—¿Y tú? —pregunté conociendo perfectamente la respuesta.

—Sigo sin verme en todo eso. Me encanta mi vida con Nolan y todavía quiero volar, no quiero tener un ser vivo del que cuidar. Tengo mucho que hacer antes. Además, ¡incluso las plantas se me dan fatal!

Sabía que Eva diría algo así. Le encantaba vivir con Nolan porque él la amaba libre para extender sus alas hasta donde pudiera llegar. Ella estaba completamente comprometida con sus novelas gráficas, tras la cuarta por fin había logrado romper el mercado. Estaba entregada a trabajar en su sueño y, a pesar de lo mucho que amaba a Nolan, la verdad es que por ahora quería centrarse en su trabajo y en su vida con él. Pero no solo eso, Eva amaba su vida tal y como era. Necesitaba su mundo y su espacio, y cuando extendía las alas lo hacía a lo grande. Amaba salir a pasear y llevarse su bloc de dibujo bajo el brazo. Sentarse en el parque de al lado del pub con los pies descalzos al sol y crear una historia sobre el papel. De vez en cuando necesitaba conocer otros mundos, inspirarse, acercarse a otras vidas. Se cogía una mochila un viernes al mediodía y se montaba en un tren para pasar el fin de semana en la otra punta de Inglaterra o en algún pueblo perdido sobre el que había leído. Eva amaba esa independencia y a Nolan no solo es que no le importara, es que le fascinaba ver a su rubia perderse en pequeños pueblos con su bloc para llegar el domingo por la noche y contarle emocionada todo lo que había descubierto. Entonces Nolan le hacía el amor con todas sus ganas y con toda su alma, para que Eva siempre quisiera volver a él. Veía a Eva muy lejos de querer tener una familia, pero era muy joven, se merecía tener todo el tiempo que quisiera para perseguir sus sueños y sus metas, y tener sus espacios, si eso es lo que necesitaba.

No podía culpar a Eva por querer perderse en su pasión. Yo amaba tanto pintar como Eva hacer sus viñetas. El amor por la pintura y el dibujo es lo que había hecho que se cruzaran

nuestros caminos. Podía comprender los recelos de Eva porque yo misma los había sentido, algo así como un pequeño vértigo a perder lo que eres con la aparición de una nueva persona. En mi caso, Adriana no había sido buscada, al menos no de forma plenamente consciente, sin embargo, no me había arrepentido ni en un solo instante de haberla tenido. Tiempo después del nacimiento, Adrián me confesó que cuando estaba conmigo solo quería refugiarse y sentir algo de verdad. Sabía las consecuencias de hacerlo sin preservativo y, si bien el embarazo no fue buscado, tiempo después comprendió que en el fondo sí buscaba algo que me atara a él. Gracias a la pasión desmedida, al amor ciego o quizás a la inconsciencia, Adriana había llegado a nuestras vidas. Nuestra boda apenas había sido ir a firmar al ayuntamiento y a desayunar juntos. Yo estaba de nueve meses menos una semana y recuerdo aquel descafeinado con leche y el dónut de azúcar como un auténtico manjar. Adrián no quería saber nada de bodas ni de preparativos. Dijo que lo único que quería del día de nuestra boda era pasear conmigo de la mano y hablar de nuestro futuro y eso fue lo que hicimos. Todo parecía fácil y dulce con la barriga llena de dónuts de azúcar.

—Bueno, querida, si quieres volar, vuela. Pero si con un hombre de toda la Tierra merece la pena procrear, es con ese fantástico vikingo. *Everyone should procreate with Nolan!* [5]

Sonreí. Michael sentía debilidad por Nolan, había sido así desde que se habían conocido. El verano anterior, se le caía la baba cuando lo miraba caminar hacia el altar. La boda de Eva y Nolan sí fue una gran boda de más de cien invitados, gracias a la cual pudimos conocer el sur de Galicia y descubrir los manjares de su tierra. Se había hecho en un castillo con vistas a un mar radiante que los autóctonos llamaban ría.

—La verdad es que los tres son muy guapos —concedió Eva.

Levanté la mirada y me fijé en los tres hombres que caminaban por delante de nosotras. Empezando por la derecha, Nolan era el más alto, con sus habituales vaqueros y una camiseta blanca sencilla, llevaba el cabello recogido detrás de la nuca, como siempre. En el centro estaba Adrián, casi tan alto como Nolan, con la piel canela por el sol del verano y los paseos por Nueva York; llevaba unos vaqueros blancos tobilleros, una camiseta azul sencilla y unas alpargatas rojas de Saint Laurent que gritaban pijo a los cuatro vientos, por mucho que lo intentara disimular. Finalmente, a la izquierda estaba Jaime, como siempre elegante con unos pantalones de lino gris y una camisa de un color crudo indeterminado. Mantenía el cabello grisáceo perfectamente peinado. Adriana caminaba entre ellos y no paraba de parlotear.

—Sí, los tres son muy guapos —acepté—. Pero el mío es el más divertido.

—*Oh, my God!* [6] Eso es un piropo. ¡Eres toda una mujer enamorada! —exclamó Michael—. ¿Dónde está mi amiga a la que le importaba más comer que el sexo?

—Bueno, parafraseando a un buen amigo mío —repliqué con intención mirando a Michael de soslayo—. En el sexo también se come…

—*Of course, darling!* [7]

Los tres rompimos a reír.

—¿Os habéis dado cuenta de que caminamos cada uno detrás de su hombre? —preguntó Eva —. Esta imagen es muy poco empoderada.

Efectivamente, según como estábamos colocados cada uno estaba caminando detrás de su pareja.

—¡Oh, las tres casadas, agarradas del brazo, y caminando unos metros detrás de nuestros maridos! Seguro que parecemos unas viejas chismosas. ¡Pronto estaremos haciendo punto! —se lamentó Michael.

Eva no podía parar de reír y a mí el cuadro no podía parecerme más divertido.

—Hoy en día, Michael, no creo ni que las señoras de avanzada edad hagan punto —señalé.

—*Well*, queridas, yo por si acaso me voy a adelantar…

Michael se soltó de nosotras y salió corriendo como un auténtico fondista. Se notaba que ese año se había tomado en serio el gimnasio.

—¡Hey, yo no quiero ser una señorona! —se quejó Eva frunciendo el ceño—. Para empezar casi ni sé cocinar y las tareas de la casa se le dan mucho mejor a Nolan que a mí —soltó mientras corría detrás de Michael quien ya había adelantado a nuestros tres mosqueteros.

—¿En serio tengo que correr? —me quejé.

—*Lame!*[8] —me retó Michael.

Los chicos nos miraban extrañados y Adriana empezaba a correr también sin entender nada.

—Será posible. ¡Esperadme! ¡Todo sea por no ser una aburrida ama de casa! —grité mientras corría adelantando al trío de hombres que nos miraban como si fuéramos extraterrestres.

Mientras corría, la goma que sostenía mi cabello se escurrió y mi cabello se soltó.

—*What's wrong?*[9] —preguntó Nolan.

—¿Estáis locos, Ros? ¿Qué pasa? —inquirió Adrián.

—¡Yo lo hago por los derechos de las mujeres! —me defendí—. Además, no puedo permitir que crean que me he convertido en una aburrida ama de casa.

—¡Mamáááá! —gritó Adriana corriendo detrás de nosotros.

Miré hacia atrás y el cabello rosa me proporcionó una visión de mi mundo rosa desteñido. Perfecto dentro de su imperfección.

Regresé sobre mis pasos y cogí a mi pequeña en brazos.

—Ven conmigo, corramos. ¡Algún día lo entenderás!

Adriana soltó un chillido y se rio mientras su mamá se la llevaba sin parar de correr.

—¡Esperadme! —grité detrás de mis amigos—. Llevo a la representante de las futuras generaciones.

Nunca olvidaré aquella mañana de verano corriendo por Central Park, esquivando turistas. Con Michael gritando una perorata sobre el empoderamiento femenino y alguna cosa absurda como quemar sujetadores y no depilarnos. Obviamente estaba haciendo el tonto porque el que más se preocupaba por la depilación era él, y desde luego no tenía ningún sujetador que quemar. Con Eva riéndose mientras su melena rubia volaba, tanto como sus propias alas. Con Adriana

gritando en mi oído mientras Adrián, Jaime y Nolan echaban a correr detrás de nosotros. Justo en ese momento, sentí que mis pies despegaban del suelo y todo era rosa desteñido.

Agradecimientos

Es imposible pensar en *Rosa Desteñido* sin pensar en *Las rubias también lloran*. ¿Que no has leído todavía a mi rubia? Pues si has llegado hasta aquí ahora tienes que sumergirte en el mundo de Eva y Nolan. Cuando escribí *Las rubias también lloran* necesitaba crear un personaje secundario que fuera una buena amiga con mayúsculas. Esa amiga que está ahí, que se preocupa, pero que no te agobia. Que sabe escuchar, pero a la vez sabe darte espacio. Que es capaz de ponerse en tus zapatos a pesar de que ambas pertenecéis a universos distintos. Roser, esa amiga de pelo rosa y estilo alternativo que llegó al mundo de Eva, para después convertirse en la protagonista de su propia historia. Por ello, a Noelia Moreira, mi Roser y mi mejor inspiración.

A Quique por su apoyo incondicional. A Cristina, mi lectora cero, por todos los audios, comentarios, risas y máximo escrutinio. A Gema por tanta calidez y fe. A Ana, por leerme con ganas, ¡espero tus audios con ansia! A Leo por acompañarme de forma infatigable. A todas las incondicionales: Sandra, Vicky, Vane… y todas las demás, las de Vigo, Madrid, Irlanda y otros rincones. A mis compañeras de café y letras, Antía, Nesa y Andrea. A mi familia, especialmente a mi madre, fan número uno.

A mis lector@s que se enamoraron de mis anteriores novelas y me escribieron pidiendo más, gracias por darme alas.

A las *bookstagrammers* y blogueras que me acompañan en el camino, reseñando, valorando, haciendo fotos increíbles, *edits* e incluso *cosplay*. Vosotras hacéis que brillen mis historias. Gracias a todas, entre ellas, en Instagram: @bookstagramer_1, @whistledownbooks, @entrehijosylibros, @ayshel_la_sirena, @noelautnerstory, @aprolavidacadia, @_romanticasdelnorte, @mi_vida_por_un_libro, @nera.entre.historias, @aliciavozme, @noedevoralibros, @jonaylochadas_mis_lecturas_, @love_fantasy__books, @silenciosentrepalabras, @sora.in.neverland, @lecturitatis, @bloglacopela, @rachel_en_su_tinta, @acrossthereadings, @Elmundodebella27, @verabooks_, @mividaentrepasiones, @booksbyjaraa_, @iztamundosdelibros, @r_infinito, @serecturas, @ladronadetinta, @tinabookks, @rastreadoradehistorias, @linbookss, @las.locas.de.los.libros, @oceanos_de_tinta, @anatopica, @emes.books, @montserd_libros, @elvientoentushojas, @angela.lectoravoraz, @entrepaginasdehistorias, @ratitaentrelibros, @mipequenorincon.blog, @lamagiadeloslibros3.0, @lectubea, @booksatram, @books_y_demas, @snow_bookss, @loslibrosdebubu, @nuriysuslibros, @ro_perdidaentrelibros, @pilasdelibros, @lectura_y_magia, @mimundoconun_libro, @desvelos_de_un_ave_nocturna,

@apasionadadelalectura22, @elcorazondexana, @_descubriendohistorias, @dejamequetelea, @head.in.the.clouds.and.books, @noemilibros, @itssandra.books, @booksalive_, @unpandaentrelibros__, @rincondeelle, @laurabooksblogger, @blairmeller, @missbookziilla, @leyendobajoelarcoiris, @my_booksoul, @historiaspastelonas, @liveletraslove, @letrasdeluz7, @ratitabibliotecaria, @afewpages_books, @shaddix_books, @mrsbellabook, @leolalluviacaer, @booksbymaria_, @vilmont_books, @labuscadoradehistorias, @quilaknabooks, @booksbyblackcat y @bookssyass.

A David Benzal, que siempre encuentra la forma de crear en una imagen perfecta las ideas que bullen en mi cabeza.

A Grupo Planeta y Editorial Zafiro. Especialmente a Adelaida Herrera, por ser tan cercana, cálida y profesional. Por apostar por mí y creer en *Rosa Desteñido*.

Biografía



Noelia Rodríguez (Mos, 1983). Licenciada en Derecho Económico Empresarial por la Universidad de Vigo. Lectora incansable desde tiempos inmemoriales, comenzó su primer manuscrito a los diez años en una libreta de espiral. Desde entonces no ha podido dejar de escribir. Prolífica autora durante la adolescencia, mantiene escondidos bajo llave aquellos primeros intentos.

Tras licenciarse pasó una temporada en Irlanda antes de comenzar su trabajo como abogada. Especialista en Derecho Procesal y Concursal, ejerció sus primeros años en Madrid, ciudad donde siempre se siente en casa. Actualmente reside nuevamente en Vigo, donde compagina las letras con las leyes.

En 2019 se publicó su novela *Involución*, una distopía apasionante que nos acerca a un Madrid revolucionario. En 2021 vio la luz *Los visionarios*, una novela fantástica que nos sumerge de lleno en la metaliteratura. En 2022 llegó *Las rubias también lloran* una novela romántica sobre el amor y la amistad, donde su protagonista vive un trepidante viaje físico y personal que le hace descubrir quién es a través de nuevas experiencias.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Twitter: https://twitter.com/noeliargueznr

Instagram: https://www.instagram.com/noeliarodrigueznr/

Facebook: https://www.facebook.com/noelia.rg.7

Notas

1. Ya sé. ¡Tetas grandes!

2. Es una emergencia.

3. ¡Ok, amor! Nos vemos.

1. Seré pobre.

1. ¿Me llamarás?

2. Lo siento, regreso hoy a España. Eres increíble, te recordaré.

3. Maldita sea, cariño.

4. No me lo creo, ¡después de doce años!

5. De acuerdo, amor. Cuídate.

6. Acosador.

1. Te llamo la Reina de Hielo por un motivo.

2. ¡Oh, ¿en serio?!

1. ¿Qué ocurre?

1. ¡Oh, querida! ¡Estás increíble!

2. Eres mi heroína.

1. ¿Quién habrá sido el cabrón?

2. No estoy realmente seguro.

1. ¡Desde luego!

2. No puedo creer que nos esté pasando esto.

1. ¿Qué ocurre?

2. Vamos, cariño.

3. ¡No digas más!

4. ¿Estás loca?

5. ¿Cómo se dice…?

6. ¡No digas más!

1. Oh, querida. ¡Lo siento!

1. Sexi. Muy atractiva.

2. Gente rara.

3. ¡Chica mala!

4. ¿Qué ocurre?

5. Estoy llamando a una ambulancia.

1. ¿Estás bien, amor?

2. No puedo soportarlo más.

3. El *show* debe continuar.

1. ¿Qué ocurre?

2. ¡Es un puto héroe!

1. Nos lo llevamos.

1. ¿Qué ocurre?

2. ¡Siento que voy a enloquecer!

3. ¡Lo siento, querida!

1. No es asunto mío.

2. Pero no es mi caso.

3. ¡Eres preciosa!

4. ¡Te quiero!

5. ¿Estás bien?

6. ¿Qué ocurre?

7. ¡Cásate conmigo!

1. Fantástico.

1. #lachicadelpelorosa.

2. ¡Oh, mierda! ¡No puedo hacerlo!

1. ¡Eres una mujer muy fuerte!

2. Mi reina.

1. ¿Qué iba a hacer?

2. ¡Oh, querida! Por supuesto, ¡ella es muy mona!

3. Con M de Michael.

4. Díselo a Michael después del trabajo.

5. ¡Todo el mundo debería procrear con Nolan!

6. ¡Oh, Dios mío!

7. ¡Por supuesto, querida!

8. ¡Aburrida!

9. ¿Qué ocurre?

Rosa desteñido
Noelia Rodríguez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro / Área Editorial Grupo Planeta
© De la imagen de la cubierta: David Benzal (@david.benzal)
https://www.instagram.com/david.benzal/ · https://davidbenzal.artstation.com/

© Noelia Rodríguez, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: noviembre 2023

ISBN: 978-84-08-28161-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!